

Los Orcos
del Kingverse

2

INVOCANDO AL ORCO

SAAM KING

Invocando al Orcos

Serie Los Orcos de Kingverse

Libro 2

Saam King

Descripción

¿Invocar accidentalmente a un monstruo sexy en el trabajo es una falta que puede ameritar un despido? Pedirle ayuda a un amigo...

A Becca le encantaban los libros sobre mujeres que encontraban a sus parejas predestinadas, pero como estaba atrapada en el mundo real, pensó que tendría que centrar su atención en ser la mejor bibliotecaria de tomos encantados que nadie hubiera visto jamás. Habría funcionado, también. Si tan solo no hubiera atraído accidentalmente a un orco a través de un portal mágico y cambiado todo... Como jefe de un clan de uno solo, a Rok le preocupaba no tener nunca una familia propia. Entonces ella lo convocó. Todo lo que hizo falta fue una mirada a la hermosa Becca y supo que era suya. Entonces, navegar por un mundo extraño mientras corteja a una mujer humana que no habla su idioma no debería ser demasiado difícil... ¿verdad? Cuando las brujas del tomo amenacen con enviarlo de regreso a su propio reino, ¿Becca y Rok decidirán que vale la pena luchar por su potencial de felices para siempre? Supongo que solo hay una forma de averiguarlo...

Dedicación

Para CMNS. ROD de por vida. Los quiero mucho.

Contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Receta del Turr de Rok
Una nota de la autora
Agradecimientos
Acerca de la autora

Nota a los Lectores

Este libro que estás por leer fue traducido por una lectora, sin fines de lucro. Está traducido con mucho respeto a la autor/a, por ello te invito que si puedes adquirirlo en papel o en forma digital original lo hagas, reconociendo así su trabajo.

Dejo constancia que como está prohibido vender o comprar esta traducción no oficial, si la hubieras comprado, habrías cometido un delito contra el material intelectual y los derechos de autor, por lo cual, se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador.



Capítulo 1



Rok

De pie en el borde del acantilado, contemplando el bosque que se extendía sobre las colinas en un esplendor exuberante frente a mí, escudriñé mi corazón en busca de una emoción que no fuera el dolor incesante de la soledad. Esto era mío. Todo. Hasta donde alcanzaba la vista.

Mi tierra, mi territorio.

Yo era el último miembro de mi clan que quedaba en pie. Cinco años atrás, una enfermedad desconocida había azotado mi tribu y diezmado a la única familia que conocía. Mi aparente inmunidad era un misterio: toda mi familia había muerto en menos de un año. Empecé a preguntarme si era una maldición.

Mi madre, mi amu, fue la que más duró. Se aferró a mi mano y me rogó que encontrara a mi compañera antes de que ella abandonara el mundo. Aún no había podido cumplir su último deseo.

Apreté los dientes, eché la cabeza hacia atrás, sobre los hombros, de cara al sol que brillaba en mi rostro y solté un aullido de furia y pérdida. Había estado buscando durante años, incluso antes de que la enfermedad me atacara, pero no había podido encontrar a la que sería mía.

El susurro de los árboles a mi izquierda hizo que mi mano se dirigiera hacia mi hacha, pero me relajé cuando un alto orco macho entró caminando. Gruñí en saludo y él respondió de la misma manera, golpeándose el pecho con el puño.

Él era de un clan cercano, uno de sus mensajeros. Nos conocíamos bien. Me había ofrecido a una de sus hermanas como compañera adecuada y, aunque lo había apreciado, con mi soledad rogando por aceptar la oferta, sabía que mi compañera estaba ahí fuera. Lo sentía en mi alma. El vacío persistente significaba que ella no estaba lejos de mí, pero por más que lo intentara, por más que buscara, no lograba encontrarla.

Los ancianos de otros clanes me habían presentado cientos de hembras. Yo era un macho muy solicitado. Tenía suficiente tierra y oro para mantener a cientos de orcos si fuera necesario, pero no podía encontrar a la única que encajara conmigo en todos los aspectos. Estaba empezando a preguntarme si necesitaba acercarme al grupo de brujos locos en la cima de la desierta montaña del dragón hacia el este. Había oído que podían prever el futuro. Si las cosas seguían como estaban, podría tener que hacerlo. No había manera de que pudiera continuar sin una sola alma que me hiciera compañía.

Los orcos tenían clanes por una razón. Anhelábamos la familia y los vínculos de una manera que muchas otras especies no lo hacían. Nuestra cantidad no era solo para protección. Nos ayudaba a continuar con nuestras tradiciones y a establecernos en roles que eran necesarios para nuestra especie.

—Jefe Rok —dijo el macho que estaba a mi lado, sacándome de mis pensamientos oscuros—. Traigo noticias.

Le hice un gesto con la cabeza, mirando hacia el bosque que tenía frente a mí una vez más, dándole la espalda. Era una de las muchas maneras en las que le decía que

confiaba en él, pero también que era un macho lo suficientemente poderoso como para que, incluso si me atacaba, eso no me preocupara.

—Drogbur ha encontrado una hembra cerca —exclamó, y pude percibir la emoción en sus palabras—. Y pensé que debería acudir a ti de inmediato, por si acaso...

Se quedó en silencio, pero ambos sabíamos lo que estaba tratando de decir. *En caso de que ella sea tu compañera.*

El entusiasmo me llenó hasta el borde, pero lo oculté, asintiendo y me volví para mirarlo de frente otra vez. —Dirígeme—, dije con mucha más indiferencia de la que sentía.

Hicimos el corto recorrido en menos de diez minutos. Su clan había traído a la hembra directamente a mi territorio. Sabía por qué. Si encontraban a mi pareja, sabían que estaría en deuda con ellos. Estaban ansiosos por tener mi tierra, mi poder y mi oro de su lado.

No podía culparlos, pero aun así me molestaba que todos supieran lo vulnerable que era en ese sentido. Tenía *todo* lo que los dioses podían regalarme. Todo menos esto.

Respiré profundamente, encarando a la hembra que se encontraba entre dos machos imponentes, uno de ellos el jefe del clan y el otro su hijo. Ambos se dieron puñetazos en el pecho y yo hice lo mismo.

—Rok —llamó el jefe Vrogak, señalando a la hembra que estaba a su izquierda—. Te hemos traído una ofrenda.

La hembra se volvió hacia él y le lanzó una mirada fulminante: —¡No soy la ofrenda de nadie!

Su valentía me impresionó y me hizo gracia, pero mi esperanza se hizo añicos en cuanto vi su rostro. Aunque la hembra era hermosa, con piel verde oscuro y ojos grises tormentosos, no era mía.

El vínculo entre compañeros se establecería en cuanto nos viéramos y nos oliéramos. Respiré profundamente otra vez, solo para asegurarme, pero no había nada. Su aroma era agradable, pero no reconocí nada.

Me enfrenté al jefe Vrogak y sacudí la cabeza. —Gracias, Vrogak, pero no. No es ella —le dije, intentando que no se notara el arrepentimiento en mis palabras.

Observé a la hembra desplomarse con alivio y oculté mi diversión. Mi madre siempre me decía que el apareamiento era más difícil para las hembras. Mientras que los machos ganaban todo, las hembras perdían mucho: su familia, su identidad y, a veces, su dignidad.

Aprendí de ella *exactamente* cómo se esperaba que tratara a mi compañera. Siempre tendría una opción conmigo. La adoraría de la misma manera que mi padre había adorado a mi madre, y yocriaría a nuestros hijos para que tuvieran el mismo respeto por sus parejas.

Mis hijos e hijas.

Mi corazón dio un vuelco al pensar en ellos. Aún no sabía cómo sería mi hembra, pero esperaba que quisiera tener tantos cachorros como yo. Docenas si podía tenerlos. Para que el clan alcanzara la gloria que había tenido en el pasado.

—Gracias por intentarlo —les dije a los orcos que estaban frente a mí, golpeándome el pecho con el puño otra vez. Repitieron el gesto y se fueron con la hembra, que ya estaba proclamando que no quería que la exhibieran frente a más machos.

Esperé a que estuvieran fuera de los límites de mi territorio antes de sacudir la cabeza y darme la vuelta para emprender el viaje de regreso a mi cueva solitaria. Al pasar por la entrada, recorrió con los dedos los grabados de las paredes. Los había admirado desde que era joven, los actos gloriosos de mis antepasados grabados en cada centímetro que podía ver. Tenía una sección entera de mis aposentos esperando mis

propios grabados. Tenía docenas de secciones llenas de batallas y cacerías, pero las que necesitaban ser llenadas eran especiales.

Estaban esperando los nombres de mi compañera y de mi descendencia. Cuando entré en el espacio cavernoso, mis ojos se dirigieron directamente a la piedra intacta. Estaba vacía por ahora. Tan vacía como yo.

Me senté en el borde de la cama, enterrando mi cara entre mis manos.

Capítulo 2



Becca

Contemplé el edificio que tenía delante, con el pecho lleno de asombro. No podía ser verdad. *No* podía estar viviendo allí. Habían pasado varias semanas, pero tuve que dejar mi antiguo trabajo y vaciar mi antigua casa antes de mudarme allí.

—Si sigues mirándolo boquiabierta, tu cara se quedará atascada de esa manera—, me dijo mi mejor amiga, moviendo mi barbilla para cerrar mi boca que había estado abierta.

—¿*Vives* aquí, Pen? —pregunté, agarrándola del brazo.

—Lo sé, ¿verdad? —se rió, abrazándose a su lado—. ¡Y ahora tú también! Será como cuando éramos niñas. Fiestas de pijamas todo el tiempo.

Un gruñido molesto detrás de mí me indicó que el compañero de mi mejor amiga nos había escuchado. Dristan no era el macho más sociable ni siquiera en el mejor día y yo sabía que *las fiestas de pijamas* podrían ser demasiado. Aun así, disfruté provocándolo.

Le envié una sonrisa radiante por encima del hombro. —¿No sería genial, Dristan? ¡Podríamos trenzarte el cabello y la barba!

Su ceño fruncido dejó al descubierto sus colmillos y contuve la risa malvada que se estaba formando dentro de mí. Enfurecerlo era uno de mis nuevos pasatiempos favoritos. La semana pasada, Pen, Rudgar y yo le habíamos enviado un mensaje de texto diciendo que Pen quería organizar una fiesta e insistimos en que nos ayudara a planificarla. Estuvo de mal humor todo el día.

—Y luego pasaré toda la noche diciéndote gracias por ser paciente y dulce —lo arrulló Penélope, enviándole un beso.

Eso alivió un poco el enojo de su expresión, y en su lugar, su mirada se llenó de calor. No me molesté en ocultar mi sonrisa.

Los machos son tan fáciles.

La punzada en el pecho, la que había existido dentro de mí desde que tuve la edad suficiente para entender lo que era la soledad, decidió que era el momento perfecto para hacerse notar. Nunca tuve un respiro.

No estaba segura de por qué me sentía así. Hasta donde yo entendía, nadie más se sentía así. Le había preguntado a Penélope varias veces desde que éramos jóvenes si alguna vez había sentido ese vacío en su interior. Ella asintió y dijo que pensaba que era la única.

Nos habíamos guardado esa soledad para nosotras, ya que no parecía afectar a nadie más. Sin embargo, estaba segura de que no podíamos hacer nada al respecto. Yo había empezado a llenar ese vacío dentro de mí con historias de amor y romance, y ella se había centrado en su familia.

Desde que era joven, devoré libros sobre el amor y las parejas predestinadas. Estaba segura de que eso era lo que faltaba en mi interior. Estaba convencida de que había un hombre ahí fuera que me reconocería como su otra mitad, los extremos irregulares de nuestras almas esperando a ser unidos.

Hasta el momento, mi búsqueda había sido un fracaso. No ayudaba el hecho de haberme criado en el pueblo más pequeño de la historia de los pueblos. Mis opciones habían sido, en el mejor de los casos, minúsculas.

Pero ahora me había mudado a la gran ciudad con mi mejor amiga y su pareja predestinada, Dristan. Grebath sería el lugar para encontrar a mi propia pareja, si tuviera una. Había una enorme y ecléctica mezcla de especies y *millones* de seres que se movían con ajetreo por las calles.

Observé al hermano de Dristan mientras se acercaba a nosotros y nos miraba con preocupación. Tenía la esperanza de que ese imponente macho despertara algún interés en mí. Incluso cuando era niña me atraía ver a los actores orcos, pero los orcos machos en particular me habían intrigado desde que vi a uno por primera vez en persona, en la calle cuando era adolescente.

Mi corazón había latido con interés cuando el macho pasó junto a mí, ignorándome por completo. Mi obsesión había comenzado en ese momento y todavía se mantenía fuerte.

Me decepcioné cuando el vínculo predestinado no se había establecido correctamente cuando conocí a Rudgar, pero tendría que seguir buscando. Rudgar me sonrió y yo le hice un gesto con la mano.

—Escuché que seremos vecinos —le dije y Penélope chilló de felicidad a mi lado, todavía agarrando mi brazo.

—¡Sí! ¡Rud también puede venir a pasar la noche con nosotros! —dijo riendo.

Observé cómo el macho palidecía y una sonrisa inquieta se extendía por su rostro mientras miraba a su hermano. Dristan tenía una expresión de suficiencia y asintió, dándole una palmada en la espalda.

—Sí, por supuesto. Le encantaría —respondió Dristan por él, entregándome una tarjeta de acceso—. Esta es tuya. Acceso al ascensor y a tu apartamento.

La tomé con manos temblorosas, sin haber imaginado jamás que estaría allí donde estaba. Era una huérfana pobre de un pueblo pequeño que no tenía a nadie más que mi mejor amiga. Había estado trabajando en la biblioteca, que no contaba con los fondos necesarios, enterrándome en libros y sueños, y ahora estaba allí, con todo mi futuro desplegado frente a mí como un regalo.

—Gracias —le dije con una sonrisa llorosa que pareció incomodarlo. Con un gruñido y un asentimiento, se dio la vuelta y se alejó de mí.

Penélope soltó una carcajada y me abrazó fuerte. —Lo que quiere decir es que *eres bienvenida* —dijo con una sonrisa.

Ella me soltó, se dirigió hacia su compañero y lo abrazó. Él se inclinó para recibir un beso de ella de inmediato y esa punzada de anhelo en mi pecho dolió aún más fuerte.

Estaban muy enamorados y, aunque no envidiaba en absoluto a mi mejor amiga, deseaba poder encontrar lo mismo. Los vi susurrarse entre ellos y Rudgar se acercó a mí.

—Lo hacen mucho —dijo en voz baja—. Me refiero a que se pierden en su propio mundo —aclaró—. Te mostraré el lugar, ya que pronto comenzarán a besarse.

Le sonréí al macho, lo tomé del brazo y le permití que me guiara hacia la entrada del edificio. Miré hacia donde Dristan y Penélope habían comenzado a besarse en medio del patio para que todo el mundo los viera y puse los ojos en blanco.

—Juro que si no está embarazada el mes que viene... —comencé, pero la risa de Rudgar me interrumpió.

—Créeme cuando te digo que lo han intentado —se burló, estremeciéndose, y yo negué con la cabeza, divertida—. Pronto habrá docenas de pequeños bebés semiorcos descontrolándose. —Me miró con una mirada evaluadora—. ¿Y tú? ¿Tienes a alguien especial?

Sacudí la cabeza y suspiré. —Todavía no. Pero estoy buscando. ¿Y tú?

Hizo una mueca, sacudió la cabeza y se frotó la nuca con la mano. —No puedo decir lo mismo. Tal vez estaría mejor soltero.

Chasqueé la lengua, con mi brazo todavía envuelto alrededor del suyo mientras le daba palmaditas en la mano. —Tengo docenas de libros que puedo prestarte que te dirían lo contrario—, le dije. —No sabes lo que te estás perdiendo hasta que te golpea en la cabeza.

—¿Libros? —preguntó, parpadeando—. ¿Libros de instrucciones para encontrar el amor? —Sacudió la cabeza—. No necesito ese tipo de ayuda...

—No, por supuesto que no —me burlé, despidiéndolo con un gesto—. Libros *de romance*. ¡Ah! Hay uno —empecé a decir mientras me guiaba hacia el ascensor. Lo solté para que hiciera un gesto hacia delante. —Donde el personaje principal masculino es un orco y se enamora de esta lechera...— Pasé todo el viaje en ascensor deleitando a un ceñudo Rudgar con la esencia del libro. Cuando llegó a nuestro nivel, uno debajo del ático, prácticamente corrió hacia su apartamento.

Me encogí de hombros y me dirigí hacia la puerta que estaba frente a la suya. Parpadeé y me sentí intimidada por lo que solo podía ser madera auténtica. Tragué saliva con fuerza, utilicé la tarjeta de acceso en el lector que estaba a la derecha de la habitación y giré el pomo. El cavernoso interior se iluminó con luces automáticas y me quedé mirando con asombro el impresionante diseño.

Solté un silbido bajo, impresionada con todo lo que podía ver. Los muebles eran modernos y elegantes, del tamaño de los orcos, y le envié un *agradecimiento* a Dristan porque mi yo de talla grande podía caber en las sillas. No era una mujercita, de ninguna manera.

Tenía curvas en lugares que me encantaban, como las caderas y los pechos, y curvas en lugares que odiaba, como el estómago y los muslos. Entré en el apartamento y cerré la puerta con llave. Fijé la vista en una silla en particular y me acurruqué

cómodamente en el asiento, disfrutando de lo grande que era antes de mover el trasero en el cojín.

Oh, esto es lindo.

Observé el apartamento desde mi asiento, con alegría y esperanza burbujeando en mi interior. Esta era mi vida ahora. *Esto...* Sacudiendo la cabeza con asombro, me levanté, entré en el comedor, pasé los dedos por el cristal de la gigantesca mesa y me acerqué a los ventanales que se abrían a una terraza. Tragué saliva al salir al exterior y contemplé la vista más bonita que jamás había visto.

El enorme parque se extendía frente a mí, el lugar verde perfecto en la enorme ciudad. Al otro lado había edificios imponentes hechos de vidrio y acero. Me pellizqué y grité al darme cuenta de que realmente estaba *allí*. Esto estaba sucediendo y yo ya no estaba en mi vieja cama, soñando.

La brisa que golpeó mi rostro me refrescó antes de dar un paso atrás. Entré, ansiosa por explorar el resto del apartamento. La cocina era el siguiente lugar y hurgué en la despensa, donde vi nuevos alimentos que *sabía* que mi mejor amiga me había comprado. Iba a tener que regañarla por pagar todo más tarde, pero por ahora, solo estaba muy agradecida.

Luego exploré los dos baños y los cuatro dormitorios, chillando en el jacuzzi y mirando fijamente el edredón que cubría la enorme cama del tamaño de un orco. Solté otro chillido de emoción cuando abrí el vestidor y encontré docenas de percheros llenos de ropa. Me tiré de cabeza a la cama otra vez y agarré mi teléfono.

Becca: Perra, te amo.

Pen: Te mereces todas las cosas.

Becca: Muchas gracias. Haré de niñera para pagar todas estas cosas más adelante.

Pen: No tienes que devolver ni una sola cosa.

Becca: Sí, lo necesito. Necesito todos los recibos. Me llevará cincuenta vidas, pero con el tiempo voy a poder pagarlos.

Pen: Nunca me da los recibos. Dristan me deja elegir las cosas sin etiquetas y luego las compra. Así que nunca lo sabremos.

Becca: Voy a hacer mi mejor estimación y escribiré un pagaré.

Pen: ¿Puedes tomar esto como el soborno que es? Te necesito aquí y Dristan también lo sabe.

Me reí y formé ángeles con las mantas sobre la cama. Ella tenía razón. Dristan sabía que su esposa necesitaba a su familia y a su mejor amiga cerca, así que hizo lo que cualquier caballero multimillonario haría: nos compró casas más cerca de ella.

Sus padres, a quienes amaba como si fueran míos, tenían una casa nueva en un suburbio cercano y yo estaba disfrutando de ese espacio colosal. Me moví de alegría mientras enviaba otro mensaje de texto.

Becca: Agradécele a tu compañero de mi parte, por favor. Y agradécete a ti también.

Pen: No hace falta que te muestres agradecida. ¿Te encanta?

Becca: ¡Mucho! Estoy obsesionada.

Pen: Perfecto. Ahora voy a besar a mi compañero.

Becca: Mi oferta es cuidar a esos bebés que estás a punto de concebir.

Pen: 😊

Una brisa sopló en mi rostro, el aroma del bosque y algo salvaje y tentador me acarició la nariz. Me giré para mirar la ventana, pero no vi ni una rendija abierta. Confundida, me incorporé y miré a mi alrededor.

No había nada que pudiera haber provocado esa ráfaga de viento. Arqueé las cejas confundida, pero no pude evitar cerrar los ojos y saborear ese aroma. Me hizo doler el pecho de añoranza, pero eso no podía ser correcto. Nunca había oido algo así antes.

Sacudí la cabeza y me pregunté si estaba perdiendo la cabeza. Me dejé caer sobre la cama e hice más ángeles con las mantas.

Capítulo 3



Becca

Tiré del dobladillo de la preciosa blusa violeta que mi mejor amiga me había comprado, mirando la enorme biblioteca que se erguía alta e intimidante frente a mí. Esto era algo completamente nuevo.

Tragué saliva con fuerza, enderezé los hombros y caminé hacia la entrada. El guardia de seguridad, una enorme gárgola, me miró con los ojos entrecerrados, pero yo levanté mi credencial de nueva empleada con mano temblorosa.

—Hola —dije con voz chillona—. Me llamo Becca. Es mi primer día y no estoy segura de adónde debo ir.

La sospecha se transformó en una gran sonrisa. —Hola, soy Gideon —dijo, extendiendo una enorme mano con garras. La tomé, agradecida por su amable bienvenida—. El Departamento de Adquisición de Talentos está en el tercer piso —agregó, señalando la hilera de ascensores a través de las puertas de vidrio detrás de él—. Trixy trabaja allí. La linda aracne con el cabello rojo. —Se congeló cuando se dio cuenta

de lo que había dicho, sus ojos se abrieron de par en par mientras tartamudeaba para corregirse—. Lo que quiero decir es...

—Estaré pendiente de ella —dije con un guiño—. Y no diré ni una palabra sobre lo bonita que te parece.

Se frotó la nuca y sus enormes brazos se abultaron mientras me abría la puerta. Entré, ocultando una sonrisa. La biblioteca en la que había trabajado antes era diminuta. Solo habíamos tenido tres empleados, incluyéndome a mí, y los otros dos eran mayores, estaban casados y tenían hijos. Nunca antes había sido capaz de meter mis dedos curiosos y casamenteros en nada, pero ya me frotaba las manos de alegría. Aunque no lo había encontrado por mí misma, me divertía encontrando el amor para los demás.

Entré en el espacio sagrado de la biblioteca que había admirado en fotografías desde que era niña. La habían modernizado desde entonces, pero yo me mantenía al día de todas las obras que se habían realizado en ella.

Suspiré de alegría y di vueltas mientras me dirigía hacia los ascensores. Miré el mural pintado en el techo con una sonrisa. Los libros flotantes y el cielo azul eran lo más bonito que había visto en mi vida.

Las puertas de la derecha estaban abiertas y pude ver todos los estantes que no podía esperar a tocar. Mi entrevista había sido remota y me habían contratado con una rapidez que me di cuenta de que se debía a una donación considerable que había hecho el compañero de mi mejor amiga. Pasé una hora y media tanto reprendiendo como agradeciendo al macho a partes iguales mientras él me ignoraba y jugaba con el cabello de su pareja, acurrucándose en sus rizos como si yo no existiera.

Junté mis manos bajo mi barbilla mientras seguía caminando, la emoción rebosaba en mi interior. En los ascensores, presioné el botón para subir, temblando por la necesidad de gritar de alegría.

Cuando las puertas se abrieron, salí. Vi los carteles a la izquierda que indicaban las oficinas administrativas, mientras que la entrada a la derecha tenía otra serie de

estanterías. Chillé por dentro, pero traté de mantener la calma mientras me dirigía hacia las oficinas. Nunca me atrevería a hacer ese tipo de ruido en voz alta dentro de una biblioteca. Sería como gritar dentro de una iglesia. Para mí, ese era un lugar sagrado y merecía respeto.

Las pestañas que sobresalían de la parte superior de las puertas del pasillo me guiaron hasta que me detuve frente a una que decía “**Adquisición de talentos**”. Con una sonrisa radiante, llamé a la puerta, tratando de hacerlo con suavidad.

La puerta se abrió y parpadeé para mirar a la imponente hembra que tenía frente a mí. Tenía un cabello rojo brillante que le caía en una hermosa melena por la espalda, pero debía medir más de dos metros y medio, la mitad superior era humana, pero la inferior, de araña. Nunca había conocido a una aracne en persona y traté de no mirarla, pero era difícil.

Era hermosa, la górgola tenía razón, sus ojos principales eran de un hermoso color lila mientras que los otros, arriba y abajo, eran completamente negros. Su mitad superior estaba vestida con una elegante blusa y blazer, pero su mitad inferior estaba cubierta con lo que parecía ser un espeso cabello negro. Sus ocho patas la sostenían en alto, pero las puntas parecían afiladas y puntiagudas. Mi naturaleza curiosa estaba tratando de tomar el control, pero no quería ser irrespetuosa. Tenía tantas preguntas, la mayoría de las cuales estoy segura de que se considerarían inapropiadas, así que mantuve un candado en mis labios.

No le preguntes a este perfecto ejemplar de hembra si alguna vez ha apuñalado a alguien hasta la muerte con sus patas.

Luché por mantener mi mirada fija en sus ojos mientras sonreía. —Hola. Soy Becca. Me dijeron que viniera a este piso...

—Becca, por supuesto —dijo la aracne sonriendo mientras me tendía la mano. La tomé y me apretó con suavidad—. Soy Trixy. Tengo todo el papeleo preparado. Entra y podemos empezar.

Entré, miré a mi alrededor y vi un grupo de cubículos dispuestos de distintos tamaños y niveles de divisiones. Me llevó al más cercano a mí, se sentó en una colchoneta suave en el suelo y me hizo un gesto para que me sentara en la silla a su lado. Lo hice, tratando de mantener mis nervios al mínimo.

Era precisamente el tipo de situación social que yo evitaba. Un cara a cara con una desconocida. Inquieta en mi asiento, la vi recoger los papeles de su escritorio, rebuscar en un cajón y sacar un portapapeles antes de entregármelo.

Le di las gracias y tragué saliva mientras leía los papeles. Ella fue paciente, tecleó en su computadora y no me apuró de ninguna manera. Aun así, mis palmas estaban sudorosas y apenas entendí el significado de la primera página, ya que tuve que volver a leerla.

Me obligué a relajarme y me tomé mi tiempo para asegurarme de que estaba de acuerdo con todo antes de poner mis iniciales en cada página y firmar al final. Cuando le devolví el portapapeles con los papeles, ella sonrió ampliamente y vi sus colmillos. Miré hacia otro lado, tratando de parecer indiferente, pero me surgieron preguntas aún más inapropiadas.

¿Muerdes a tu presa? ¿O a tu pareja? ¿O a ambos?

—Me alegro mucho de que hayas empezado con nosotros —dijo, con otra sonrisa radiante en el rostro—. La sección que vas a encargarte es mi favorita absoluta. —Juntó las manos frente a ella y suspiró—. Los tomos mágicos tienen un misterio especial, ¿sabes?

Asentí y me iluminé al oír que me hablaban de dónde iba a trabajar. —Siempre me han intrigado. Por eso siempre he querido venir aquí. En mi última biblioteca solo había *un* tomo mágico —le dije, sacudiendo la cabeza ante la injusticia—. Y era sobre pociones. Ni siquiera estaba maldito ni *nada por el estilo*.

Sus ojos se abrieron de par en par al oír la palabra “*maldito*”. —Oh, créeme, tenemos bastantes de esos—, se rió entre dientes, y el sonido agudo y aniñado parecía

fueras de lugar viniendo de una hembra de aspecto tan intimidante. Hizo que me gustara aún más. —Pero los conocerás muy pronto—, añadió con un guiño. —Te llevaré a tu sección para que puedas conocer al bibliotecario al que reemplazarás. Te entrenará durante dos semanas antes de jubilarse.

Extendió las manos en un gesto de consuelo. —Pero aún así no tendrás que preocuparte. Tenemos un grupo de personas increíbles y bien entrenadas. Hay bibliotecarios que pueden ayudarte cuando esas dos semanas terminen. No te dejarán sola—, me aseguró. Me relajé y me levanté cuando ella lo hizo.

Me condujo hasta el ascensor y observé cómo la llevaban sus patas. La curiosidad me venció mientras ella no me miraba. No me di cuenta de lo grosera que estaba siendo hasta que se giró para mirarme con una sonrisa profunda en el rostro.

—Supongo que nunca has conocido a una aracne en persona antes —preguntó ella, con voz cargada de diversión.

—Lo... lo siento mucho —tartamudeé, con las mejillas ardiendo—. No era mi intención...

—No eres la única —dijo guiñando un ojo morado mientras los ojos negros que tenía alrededor de la frente me miraban—. Soy una anomalía de mi especie —dijo encogiéndose de hombros—. La mayoría de nosotros nos quedamos en nuestras propias comunidades y preferimos mimetizarnos con el resto. —Se volvió hacia el grupo de ascensores, esperando a que llegara a nuestro piso.

—Además, nadie más se tiñe el pelo—, se rió entre dientes.

—Es un color hermoso —me apresuré a asegurarle y ella me guiñó un ojo.

—¿No es así? Si sumamos todo eso y añadimos el hecho de que somos seres nocturnos —continuó, exhalando un soplo de aire—. Bueno, supongo que no somos la especie más extrovertida.

—¿Eres nocturna? —le pregunté, parpadeando y mirándola con los ojos muy abiertos.

—Yep—, dijo, haciendo sonar la *p* al final de la palabra. —Pero me encanta este trabajo y quería mudarme a la ciudad para experimentar cómo es vivir aquí—, me dijo, inclinando la cabeza en mi dirección y mostrando esos colmillos en una sonrisa de nuevo. —Así que te toca el turno de día. Me costó un poco acostumbrarme y mi patrón de sueño sigue siendo un poco extraño cuando voy a visitar a mi familia y luego vuelvo, pero, en general, diría que vale la pena.

Las puertas del ascensor se abrieron y, cuando ella entró rápidamente, agachándose un poco para no rozar la parte superior, yo apreté mi trasero de talla grande junto al suyo, tratando de no rozarla por si le resultaba incómodo.

—Descubrirás que la mayoría de la gente de aquí tiene historias como la mía—, dijo Trixy, balanceándose a pesar de que no había música. —Soñadores que se mudaron aquí para encontrar algo que les faltaba.

Mis ojos se posaron en los suyos de inmediato. —¿Algo que les faltaba?

Ella inclinó la cabeza hacia mí, con todos sus ojos fijos en mi rostro mientras volvía a mostrar esos colmillos. —¿No es por eso que estás aquí?

Capítulo 4



Becca

Parpadeé y miré a la aracne que tenía frente a mí, tragando saliva con fuerza mientras pensaba en sus palabras. —Supongo—, dije, evitando su mirada. —Todo el mundo echa de menos algo.

Trixie asintió justo cuando las puertas se abrieron de nuevo y salimos al séptimo piso. El piso superior. La única abertura que había estado disponible y una que era muy codiciada.

La sección mágica.

Sentí un escalofrío en la espalda y percibí el mismo aroma tentador que había percibido en mi nuevo apartamento. Miré a mi alrededor y frunció el ceño, preguntándose si me estaba volviendo loca.

—Creo que ya conoces a Jun—, me dijo, sonriendo mientras caminábamos hacia el escritorio del frente donde un kinnara de plumas rojas estaba escribiendo en una computadora.

Asentí, porque había conocido al macho severo durante mi entrevista y la impresión que me había llevado de ello era que no me aprobaba. Aun así, me enderezé, puse mi mejor sonrisa de servicio al cliente en mi rostro y seguí a Trixy.

—Hola Jun—, llamó al macho y observé cómo sus magníficas plumas rojas de la cola se movían detrás de él. La parte superior de su torso parecía humana, con la principal diferencia de que su cabello y sus pestañas eran hermosas plumas escarlatas en lugar de cabello. Su mitad inferior era similar a la de un aveSTRUZ, y nuevamente contuve todas las preguntas y los impulsos curiosos que se me ocurrieron.

Realmente quiero tocar sus alas.

—Trixy —dijo el macho asintiendo en su dirección antes de girar esos ojos críticos hacia mí.

Debería concentrarme. Sabía que debía hacerlo, pero lo único que podía hacer era quedarme paralizada por sus pestañas y desear poder sacar mi lupa de mi bolso para poder investigar exactamente cómo lucían esas diminutas plumas. —Veo que has traído mi reemplazo—, continuó con voz crispada.

Ella asintió y me hizo un gesto con el brazo. —Sí. Esta es Becca. Entrenará contigo durante las próximas dos semanas, si te parece bien. Esperaba que pudieras enseñarle el lugar hoy y luego comenzar con la entrega de la misión que discutimos —dijo, y su voz se volvió más profesional de lo que había escuchado antes.

Me pregunté si ella y Jun no se llevaban bien, pero dejé el pensamiento de lado mientras me concentraba en la curva del labio del macho.

Oh, él simplemente va a ser un montón de felicidad-felicidad-alegría-alegría.

—No puedo esperar para empezar—, le dije, esperando que mi entusiasmo pudiera ablandarlo.

—Estoy seguro de que es verdad. He visto la biblioteca de la que vienes —dijo con sarcasmo, con los labios apretados en una línea firme y plana.

Bien. Empecemos con el comportamiento de imbécil despreciable.

—Sí, muy diferente. Mucho más pequeña —convine, esforzándome por no dejar que me quitara la felicidad que sentía por estar allí.

No voy a dejar que ningún imbécil arruine mi experiencia.

Emitió un pequeño sonido en la parte posterior de su garganta y me miró de arriba abajo. Por la forma en que curvó los labios, me di cuenta de que no le gustaba mi aspecto. Era consciente de que no era la persona más convencional. No todo el mundo elegiría los tonos brillantes que yo prefería en lugar de los apagados que me hacían parecer más delgada, pero yo era como era.

Me sentí abatida bajo su mirada, preguntándome por qué estaba dejando que un imbécil crítico decidiera que no me ajustaba a lo que él esperaba y que, por lo tanto, no era digna, pero no podía evitarlo. Nunca había tenido la autoestima necesaria para soportar ese nivel de juicio. Ser huérfana me había convertido en una persona complaciente en muchos sentidos y apenas estaba empezando a romper ese ciclo.

—No puedo esperar a conocerte mejor, Becca—, me dijo Trixy, extendiendo la mano para darme un apretón en el hombro y yo le di una sonrisa inquieta como respuesta, agradecida por ella.

Le lanzó una mirada fulminante a Jun, pero él no parecía afectado. En cambio, se levantó del escritorio y me hizo un gesto para que lo siguiera mientras Trixy se iba, saludándome con la mano mientras lo hacía.

—Este es el espacio más protegido de la biblioteca—, anunció con voz engreída. —Y debe ser tratado como tal. Cada uno de nuestros libros está especialmente seleccionado y clasificado para garantizar que los únicos que puedan acceder a ellos sean aquellos seres que puedan manipular lo que hay dentro.

Nos dirigíamos hacia las estanterías y sentí que la anticipación y la emoción regresaban con toda su fuerza. Por *eso* quería estar allí. Los magníficos tomos rebosaban de conocimiento antiguo y protegido.

A diferencia de los demás pisos, estos libros no se guardaban en la parte principal del piso, sino en la parte trasera, protegidos tras una puerta de seguridad. Me habían hablado de ello, pero verlo en persona fue muy diferente.

Me acerqué a la puerta y observé fascinada cómo el macho pasaba su placa de identificación por el sensor de la derecha. La cerradura hizo un chasquido y él giró la manija para abrirla, lo que me permitió entrar primero.

Asentí con gratitud y entré. Mis ojos se abrieron de par en par al ver las enormes filas de estanterías que tenía frente a mí. El aroma a magia y libros casi me abrumaba.

Que alguien me pellizque.

La puerta se cerró detrás de nosotros y Jun se acercó, señalando con una mano los libros. —Esto es todo. Nuestra colección completa.

Solté un gemido y él puso los ojos en blanco, pero no me importaba. Ahora no. Me tambaleé hacia adelante, mi mano rozando los bordes de los estantes mientras miraba con anhelo cada título.

—Sí, estoy seguro de que es abrumador para ti —resopló Jun en ese tono condescendiente que me resultaba irritante—. Pero tratemos de mantener la calma hasta el final de la gira, por favor.

Empezó a caminar por los pasillos, recitando la historia de la colección, pero yo ya sabía todo sobre ella. Esta colección había sido mi obsesión privada desde el día que descubrí su existencia. Recorrimos cada sección y tomé notas detalladas de los requisitos para cada libro junto con algunos de los hechizos de protección que se requerían renovar y sus fechas.

Habían pasado varias horas cuando volví a sentir esa extraña brisa acariciándome la cara y giré bruscamente la cabeza en la dirección de donde provenía. Había un libro abierto sobre un atril, con las páginas revoloteando, pero todas las ventanas estaban cerradas. Miré hacia el techo, pero no había ningún conducto de ventilación.

Me volví hacia donde Jun estaba hablando consigo mismo, señalando las estanterías y luego caminé de puntillas hacia el libro. El olor era mucho más fuerte allí y cerré los ojos, inhalando para aspirar el embriagador aroma.

Deberían embotellarlo y venderlo.

El libro en sí no tenía nada de especial. Parecía como cualquier otro tomo encuadrado en cuero que había en la habitación, pero supe que era especial cuando lo leí. Las páginas dejaron de girar y se detuvieron en una en particular. Incliné la cabeza y me moví para quedarme frente a ella, alejándome de donde Jun no se había dado cuenta de que había dejado de seguirlo.

Pasé los dedos por los bordes del atril. El aroma era tan fuerte que me llenaba la cabeza de todo tipo de pensamientos. Pensamientos perversos. Pensamientos sucios. De esos que solo tienes a altas horas de la noche, cuando deberías estar abrazada a un hombre. Agarré los bordes del atril y miré las páginas en las que se había abierto el libro.

Pasé mis dedos sobre las páginas, asombrada al darme cuenta de que estaban *cálidas*.

¡Qué extraño!

Mis labios se movían al compás de las palabras que aparecían en la página antes de poder detenerme. Oía ruidos de fondo. Un canto extraño que no podía ser algo que estuviera sucediendo en mi realidad, pero todo parecía suave y difuso a mi alrededor mientras continuaba leyendo lo que había en las páginas.

Ni siquiera sabía cómo podía leerlo. No estaba en ningún idioma que yo conociera o entendiera. Sin embargo, me quedé atrapada allí, casi en trance, mientras lo terminaba.

—¡E-espera! —gritó Jun, con la voz llena de horror, pero no podía apartar la mirada de las páginas del libro; mis labios seguían moviéndose aunque no podía oírme

hablar. Cuando terminé de decir esas palabras, el canto se detuvo y hubo un repentino silencio a mi alrededor.

¿Qué carajo acaba de pasar?

Jun se apresuró a acercarse y me apartó del libro. —¿No leíste el folleto de bienvenida? —preguntó con voz entrecortada y sentí un calor intenso en la cara.

—Lo he hojeado —me defendí, mordiéndome el labio—. ¿Por qué?

—¡Lo he hojeado! ¡No! —jadeó, alejándose de mí y del libro. A nuestro alrededor, la habitación comenzó a retumbar, con un fuerte estruendo de estanterías por todas partes, un viento que se levantaba y se arremolinaba en el suelo, llevándose consigo las páginas del libro. Este revoloteaba frenéticamente, rodeado por una brillante luz púrpura que giraba a su alrededor.

—¡Por eso! —se lamentó Jun—. ¡Es un tomo de invocación! ¡No puedes leerlo, idiota! De estos libros salen todo tipo de criaturas desagradables. ¡Por eso hay una regla!

Estaba demasiado ocupada mirando con asombro el espectáculo de luces que ocurría sobre el libro; la habitación adquiría un brillo resplandeciente mientras las páginas continuaban revoloteando como locas frente a mí.

—¿Invocación? —, pregunté cuando sus palabras finalmente penetraron en mi mente. —Espera, ¿qué es lo que va a salir?

—¡Quién sabe! —gritó Jun, alejándose de mí y del tomo—. ¿Demonio? ¿Dragón? ¿Súcubo? Podría ser cualquier cosa. —Arrojó la tarjeta de acceso al suelo, a mis pies—. ¡No olvides cerrar con llave!

—¿Qué? ¿No vas a ayudarme? —pregunté, alejándome del libro y preguntándome si también debería planificar mi estrategia de salida, mientras el miedo me recorría el cuerpo.

—Regla número dos —se burló—. Si lo invocas, lo devuelves. Buena suerte.

Entre las luces brillantes que había sobre el libro, vi una forma que se manifestaba. Entrecerré los ojos, tratando de verla con claridad, y me estiré hacia atrás, agarrando la mano de Jun para que no se moviera.

—¡Por favor, no sé qué es! —le dije. Chilló, tratando de alejarse de mí, pero me aferré a él. Cuando se formó la silueta, entrecerré los ojos. —Creo que... parece un orco.

Sentí un gran alivio y apenas *pude* contenerme para no poner los ojos en blanco. ¿Me había estado asustando por nada?

El orco se volvió más claro y me quedé boquiabierta. No parecía un orco típico que yo conociera. Era mucho más grande que cualquiera que hubiera visto antes, su cabello suelto y cayendo por su espalda en una cascada de seda oscura. Su pecho estaba desnudo excepto por correas de cuero que creaban una “X”, que conducía a una placa de metal sobre el centro de su pecho, protegiendo su corazón, y luego vi una enorme hacha asomando por encima de su hombro, donde estaba asegurada en su espalda junto con una bolsa de cuero.

Tenía tatuajes en espiral en el pecho y los brazos musculosos, más correas de cuero que le rodeaban los enormes bíceps y le bajaban por los antebrazos. Llevaba pantalones de cuero y, a medida que se hacía más nítido, tuve que apartar la mirada, porque esos pantalones no ocultaban en *absoluto* lo que hacía de este macho un *macho*. Tenía el ceño fruncido y una expresión feroz cuando se materializó por completo. Mi corazón latía con fuerza y me quedé sin aliento al verlo. Su mirada giró alrededor antes de posarse en mí.

Sus ojos se abrieron con sorpresa, justo cuando algo dentro de mí se retorció con una punzada de dolor. Jadeé, llevándome la mano al pecho, con un dolor tan intenso que me daba vueltas la cabeza. Vi cómo la mano del macho también se llevaba al pecho, aferrándose a la placa de metal. Sus intensos ojos marrones oscuros se entrecerraron al mirarme, y soltó un suspiro antes de ver a Jun detrás de mí, con mi mano unida a la del hombre pájaro.

Él echó la cabeza hacia atrás y lanzó un rugido, y yo solté la mano de Jun, me cubrí la cara y me agaché, acobardada por el estruendo. Oí a Jun alejarse a toda prisa, lanzando un chillido, con las afiladas uñas de sus garras repiqueteando contra el suelo mientras corría. El estruendo del orco que lo perseguía resonaba en mis oídos y yo gemí, escondiéndome detrás de mis brazos.

Después de unos momentos, me destapé los ojos y me pregunté si estaba soñando. En cambio, vi un montón de plumas rojas frente a mi cara. Confundida, me aparté y caí de culo.

Es él.

El orco estaba frente a mí, agachado para estar a mi altura, sus curiosos ojos color chocolate se centraron en mí de una manera que nadie antes lo había hecho. Soltó un suspiro, me ofreció de nuevo el puñado de plumas rojas y mis ojos se abrieron de par en par al darme cuenta de dónde habían salido.

La cola de Jun.

Oh Dios mío, este macho le había arrancado las plumas a Jun y ahora me las estaba dando a mí.

¿Qué. Mierda?

Capítulo 5



Rok

Es ella.

Estaba cazando un jabalí cuando mi mundo empezó a dar vueltas. El extraño remolino de magia me hizo pensar que me estaban atacando, pero luego me trajo aquí. No estaba seguro de dónde estaba, pero capté su olor de inmediato.

Mi compañera

Su aroma inundó mi mente de consuelo y paz; por fin, después de todo ese tiempo. Cuando la vi, me temblaron las rodillas. Y no fue una hazaña pequeña. Yo era el macho más fuerte de todas las tribus. Y allí estaba yo, a punto de caerme de bruces por culpa de una diminuta hembra.

Quizás sea demasiado pequeña para mí.

Frunció el ceño mientras observaba a mi compañera mirándome fijamente con sus enormes y hermosos ojos color avellana. La luz de su mirada me cautivó y me quedé sin aliento.

Mía.

Llevaba una especie de cubierta de cristal que me intrigaba. ¿Eran algún tipo de decoración en su tribu?

Mi mirada recorrió su espléndida figura, contemplando sus sensuales curvas. Mis garras se curvaron con el deseo de tocarla, de sentirla. Esos pechos eran *míos* para tocarlos. Ese largo cabello oscuro era *mío* para tirar hasta que ella arquease ese cuello perfecto para que pudiera marcarla con mis colmillos. Su piel cremosa era de color marrón claro con matices cobrizos y parecía tan suave que me pregunté qué sabor tendría. Solo había una forma de averiguarlo.

Una sonrisa salvaje curvó mis labios y estaba a punto de dejar que mis instintos tomaran el control cuando la voz de mi madre me dio una bofetada en la cabeza.

A la hembra hay que cuidarla, no reivindicarla como un bárbaro.

Maldiciendo por dentro, me puse de pie y me pregunté qué demonios se esperaba que hiciera en esas circunstancias. Me encontraba frente a la criatura más adorable que había visto en mi vida y no sabía dónde estaba ni cómo cortejarla. No estaba seguro de qué especie era, pero *fuera* lo que fuese, era *mía*.

Era obvio que me había convocado aquí, pero no estaba seguro de que *me* estuviera esperando. Su mirada no había cambiado en absoluto. Parecía aterrorizada. Era de esperar que alguien sintiera cierto terror y asombro cuando me veía por primera vez, pero el horror en su rostro era un poco abrumador.

Tal vez esperaba un macho más pequeño. Después de todo, ella tampoco era lo que yo esperaba. *Era incluso mejor.*

Estaba seguro de que, con el tiempo, se daría cuenta de que tener un macho más grande y fuerte que la protegiera y cuidara era algo bueno. Le mostraría mi destreza y habilidad y luego me ganaría su afecto. Pero ¿cómo?

A todas las hembras les encantan los regalos.

Las sabias palabras de mi madre volvieron a mi mente, pero me costó mucho apartar la mirada de mi compañera. Atraía mi mirada como una polilla a la llama. Sin

embargo, un movimiento detrás de ella me llamó la atención. Una bestia-pájaro con brillantes plumas rojas se alejaba de mí.

Ajá. Regalos para mi pareja. Necesitaré uno para proponerle matrimonio, de todos modos.

A las hembras les encantaban los adornos. Mi madre tenía una colección de plumas de todos los colores. Si no hubiera sido por ella, no habría habido decoraciones dentro de nuestra cueva aparte de los grabados en las paredes. Ya sabía que mi compañera era perfecta para mí. Llevaba una especie de vestido que ocultaba su piel de mí, algo que me molestaba y que pronto abordaría, pero era de color púrpura.

Me invadió una satisfacción petulante. Por supuesto que llevaba el color de mi clan. Tenía que saber que era mía, después de todo.

Lo había usado en un intento de cortejarme. Y estaba funcionando. Ahora solo necesitaba mostrar mis habilidades de caza y ella estaría conquistada. En ese mismo instante, el macho detrás suyo decidió correr. Mis ojos se clavaron en él, mi instinto de perseguirlo se desencadenó, y pasé rápidamente junto a ella.

El macho soltó un graznido cuando lo alcancé y lo agarré por la cola. Siguió corriendo y su chillido cuando le saqué las plumas del trasero me divirtió por un momento antes de darme la vuelta para volver con mi pareja, agarrando las plumas escarlatas en mi mano.

Perfecto.

Regresé con ella, victorioso por haber obtenido la decoración más bonita que pude encontrar para ella en ese lugar de aspecto extraño. Tenía que ser una especie de cueva, pero no se parecía a nada que hubiera visto antes. Los olores eran todos extraños y la energía del lugar era desconcertante y confusa.

Me concentré en lo único que necesitaba, en lo único que le había estado pidiendo al universo. Me había respondido de una manera que no esperaba, pero yo era un macho fuerte y resiliente y podía dejar mi huella en cualquier lugar.

Si hubiera perdido mi hogar, habría construido otro. Encontraría la cueva más grande que pudiera y allí haría nuestro hogar. Ella me ayudaría, por supuesto. Me agaché hasta donde estaba mi pequeña compañera cubriéndose con sus manos.

El chillido de esa criatura-pájaro salvaje la había asustado. Estaba seguro. Le tendí mi ofrenda y esperé hasta que me miró por detrás de sus pequeños dedos.

Esos ojos.

Había soñado con esos ojos de color marrón verdoso claro durante tantas noches que pensé que los había inventado. La verdad se instaló en mi interior y me encontré sonriéndole.

Parpadeó primero mirando las plumas y luego a mí. Sus labios se separaron, pero antes de que pudiera decir nada, dije las palabras que necesitaba para reclamarla.

—Mía. Eres mía. De nadie más. Si alguien intenta arrebatarte de mí, lo mataré. Te protegeré a ti y a nuestros jóvenes con mi vida. A partir de ahora soy tu macho. ¿Aceptas?

Tenía el ceño fruncido, pero le tendí las plumas de nuevo y las tomó con un apretón vacilante. La satisfacción se apoderó de mí. Esto era todo. Ella había aceptado mi regalo de apareamiento. Incliné la cabeza hacia atrás y solté un rugido de triunfo.

Mi hembra chilló, un sonido que me pareció entrañable, y volvió a usar sus manos y las plumas para cubrirse la cabeza. Me quedé con una pequeña risa.

Mi compañera tenía miedo a los ruidos fuertes. Qué curioso. No importaba. Pronto se acostumbraría a mí.

—Soy Rok, hermosa. ¿Cómo te llamas? —Me di un golpecito en el pecho mientras lo decía antes de acercarme a ella, sus deliciosos y redondos pechos estaban a mi alcance.

Ahora que la tenía, iba a tocarla cada vez que tuviera oportunidad.

Capítulo 6



Becca

No tenía idea de qué demonios estaba pasando. Primero, había convocado a un orco de alguna manera. Luego, le había arrancado las plumas a Jun como si fuera una especie de pájaro mascota. Después de eso, me las había ofrecido, diciendo palabras que no entendí en un gruñido gutural que me *empapó* las bragas por alguna razón. Y ahora estaba extendiendo su mano, mi *pecho* era el objetivo obvio.

Le di un golpe en la mano, pero me miró con el ceño fruncido como si yo fuera una mascota desobediente. Gruñó unas cuantas palabras más sin sentido y luego lo intentó de nuevo.

—Detente —jadeé, dándole otra palmada en su enorme garra.

Entrecerró los ojos y gruñó unas cuantas palabras más.

—No te entiendo —le dije, sacudiendo la cabeza antes de alejarme corriendo de él.

Apareció en un instante, persiguiéndome con un interés absoluto. Tragué saliva, miré a mi alrededor y recé para que hubiera alguien más allí.

Murmuró más bajo en ese idioma, provocando un escalofrío. Mi columna vertebral y yo miramos hacia donde él estaba mirando. Mi falda se había fruncido y mis piernas ahora estaban expuestas hasta la mitad del muslo. Esas manos suyas siempre presentes tenían un nuevo objetivo y tuvimos una pequeña pelea en la que seguí dándoles palmadas para alejarlas y él me miró con el ceño fruncido como si *yo* fuera la que estaba haciendo el ridículo.

Levantó las manos en un gesto que pude entender como “*¿Qué pasa?*”

—¡No te conozco! —le dije, señalándolo con la mano y retrocediendo de nuevo, tirando de mi falda para asegurarme de no exponerme ante él—. ¡Y no dejo que extraños me toquen!

No le expliqué que me invadía una emoción que nunca antes había sentido por un hombre en mi vida. Por primera vez, la soledad que siempre había estado presente en mi interior se había disipado por completo. Era como si lo hubiera estado esperando a *él* ... a este macho.

Pero ¿quién demonios era él y cómo llegó aquí? Incluso si lo hubiera invocado desde el libro, tenía que haber venido de *algún lado*. Me estudió durante un largo momento, sus ojos recorriendo mi cuerpo de arriba a abajo, sintiendo como dedos con el calor que dejaba atrás.

Exhaló un gran suspiro contenido antes de golpearse nuevamente el pecho.

—Rok —dijo con voz ronca. Me tendió la mano y mis ojos se abrieron de par en par al comprenderlo.

Se está presentando.

Encantada, pero tratando de no estarlo, me coloqué el cabello detrás de la oreja y observé cómo su mirada seguía el movimiento. No pude evitar sentirme como una presa para este enorme macho. Apreté mi mano contra mi pecho y esos ojos castaños oscuros se enfocaron nuevamente en mis pechos, suavizándose mientras se lamía los labios. Traté de no concentrarme en ese vistazo de su ancha lengua.

—Becca —dije, pronunciando la palabra lentamente. Él asintió, moviendo los labios por un momento antes de decir, en una réplica perfecta y lenta:

—Becca. —Mi vagina se tensó ante eso y vi que su mirada bajaba hacia donde yo estaba apretando mis muslos, con una lenta sonrisa jugando en sus labios.

Joder. Él lo sabe.

Los orcos poseían un sentido del olfato increíblemente fuerte, pero no me había dado cuenta de *lo* fuerte que era.

— *Becca* —, gruñó de nuevo y no sabía qué esperar, pero *no* a él, que se acercaba. Me escabullí de nuevo, pero fue más rápido, me agarró en sus brazos y me levantó como si fuera tan ligera como una pluma. Parpadeé hacia él, con la mandíbula floja por la sorpresa.

¡Qué demonios!

Miró a su alrededor, levantó la cabeza para oler el aire y salió de la habitación con paso firme, seguro de sí mismo hasta que se encontró frente al ascensor. Inclinó la cabeza hacia las puertas metálicas y extendió la mano para abrir las con los dedos. El metal se *dobló*, dejándome atónita.

—¡No! —grité, dándole otra palmada en las manos. Me empujó para evitar que lo golpeara, pero no quería que dañara la hermosa biblioteca.

—Por ahí— señalé las puertas de la escalera y él frunció su hermosa frente mientras las miraba. Se acercó a ellas, olió la puerta y volvió a meter los dedos por la rendija. Le aparté las manos de nuevo, me agaché, giré el picaporte y empujé la puerta para abrirla.

Dio un paso atrás, sorprendido, y miró el picaporte, lo empujó con su dedo gigantesco y lo movió hacia arriba y hacia abajo. Murmuró para sí mismo en su idioma antes de darme una palmadita en la cabeza como si me estuviera agradeciendo. Continuó avanzando, entrecerrando los ojos mientras miraba hacia abajo por las

escaleras. Probó una y, cuando resistió nuestro peso, resopló satisfecho y comenzó a bajar.

—Espero que sepas que esto es un secuestro —le dije, abrazándolo por el cuello para asegurarme de no caerme mientras él bajaba apresurado las escaleras, con prisas por ir a *Dios sabe dónde* conmigo en sus garras. —Y aunque los orcos solían hacer este tipo de cosas hace mucho tiempo, *¡ahora está seriamente mal visto!* No me molesté en explicar que la única vez que había *oído* hablar de un secuestro de orcos en los últimos cientos de años fue en uno de los libros obscenos que leí.

Jadeé cuando se inclinó para acariciar la parte superior de mi cabeza, un ronroneo comenzó a surgir de su pecho. —No puedes simplemente... Tú... Tú...— Me quedé en silencio, mis ojos se cerraron con el sonido de su ronroneo y la vibración de su pecho contra mí.

¿Qué clase de magia es ésta?

Capítulo 7



Rok

Bajé por la peligrosa formación de piedra y escuché a mi compañera hablarme con esa hermosa voz suya. Podría escucharla hablar durante horas, aunque no tuviera idea de lo que estaba diciendo.

Después de estar solo durante tanto tiempo, me había acostumbrado al sonido del silencio. Pero estar acostumbrado a algo no significaba que lo quisiera. Cuando era niño, mi cueva nunca había estado en silencio. Las voces y las risas la llenaban.

Quería eso otra vez. Lo volvería a *tener*, aunque fuera lo último que hiciera. Mi compañera. Mi *Becca*. Ella sería el primer paso hacia eso.

No quería silenciarla, pero a nuestro alrededor percibía el olor de otros seres. Machos y hembras, pero eran los machos los que me preocupaban. ¿La querrían para ellos? Si tuviera que luchar, lo haría, pero con la gran cantidad de seres que percibía, preferiría encontrar una forma pacífica de ponerla a salvo.

También percibí el aroma de la vegetación no muy lejos de nuestra ubicación actual. Los extraños olores y sonidos cercanos, humo y ruido como nunca antes había sentido, me indicaron que necesitaba llegar al bosque tan pronto como pudiera.

Los bosques eran refugios. Los bosques eran lugares seguros. Adondequiera que me hubieran transportado, *no lo era* ... Pero encontraría el bosque, encontraría una cueva, y entonces comenzaría a perseguir a mi hembra. Ya estaba mojada. No podía ocultarme su excitación y yo sabía que ella estaba sintiendo lo mismo que yo.

Mi ronroneo garantizaría que se sintiera segura y cuidada. Mis instintos me decían que lo necesitaba en ese momento. La calmaría y la mantendría tranquila, lo que le permitiría esconderse más fácilmente. Cuando llegué al fondo de la extraña formación de piedra, que estaba seguro de que alguien tuvo que haber tallado o construido con el propósito de trepar más alto en esta enorme estructura en la que se encontraba mi hembra, encontré otro de los extraños artilugios que mi compañera me había presentado antes, con la pequeña trampa de metal que lo mantenía cerrado.

Lo toqué con mi dedo como ella me había mostrado antes, otra indicación de que mi hembra iría conmigo voluntariamente, y se abrió de la misma manera que el otro.

Me acerqué y me dirigí hacia un piso de piedra plana. Miré hacia afuera y abrí los ojos de par en par al ver seres de todo tipo corriendo de un lado a otro, apresurándose y sin prestarnos atención. Entrecerré los ojos y puse la mano en el hacha mientras daba un paso cauteloso hacia afuera. Esto no podía estar bien. No había forma de que hubiera una reunión de tantas especies diferentes en un solo lugar.

Levanté el labio en un gruñido cuando un centauro pasó galopando junto a mí, con herraduras brillantes clavadas en sus pezuñas. Entrecerré la mirada hacia una arpía que llevaba un vestido rosa brillante, hecho con un material desconocido similar al que llevaba mi pareja, mientras miraba una pequeña caja en sus manos. Pero mis orejas se movieron, incluso en medio del caos, porque juré que la pequeña caja estaba *hablando*.

Una voz emanaba de ella. Parpadeé cuando la hembra respondió, echando la cabeza hacia atrás riendo.

Varios seres sostenían esas cajas mientras caminaban y me pregunté si se trataba de algún tipo de trampa moderna que mantenía a otros seres como rehenes. Confundido, pero sabiendo que la seguridad de mi hembra era lo más importante, levanté la cabeza para oler la dirección del bosque. Al darnos la vuelta, sentí que ella acariciaba mi pecho con su cabeza. Cuando miré hacia abajo, mi hembra tenía los ojos cerrados, sus brazos alrededor de mi cuello y su dulce y hermoso rostro presionado contra el mío.

Me derretí por dentro. Ella confiaba en mí. Esta hembra perfecta y hermosa confiaba en que yo la mantendría a salvo. Incluso ahora, rodeada de tantas amenazas, se acurrucó contra mí como si *supiera* que yo era el macho más fuerte aquí y que podía protegerla de cualquier cosa. Mi pecho se hinchó ante eso y enseñé mis colmillos a un humano que pasaba y que miró mi hacha con una ceja levantada y luego a mi pareja. Solté un gruñido bajo y el humano se apresuró, mirándome por encima del hombro.

Necesitaba llevarla al bosque. Era la única forma de asegurarme de que nadie más la secuestraría. Estaba seguro de que todos los machos de aquí la codiciarían. Sería imposible encontrar una hembra tan hermosa y ninguno de ellos podría tener la *mía*.

La atraje hacia mí y solté otro ronroneo para calmarla mientras comenzaba nuestro viaje. El bosque estaba cerca. Me moví por el suelo de piedra, sintiendo la dureza bajo mis pies con sospecha.

¿Cómo era posible que toda esa zona estuviera hecha de piedra? Fuera de una cueva, era casi imposible que se pudiera realizar semejante hazaña. Tenía que ser un lugar mágico. Era la única explicación. Los hechiceros serían los responsables de algo así y, aunque todavía no podía comprender la razón, me aseguré de que cada paso fuera cuidadoso por si había alguna trampa.

Otros seres nos observaban mientras me dirigía hacia el bosque, pero desviaron la mirada en cuanto los miré con enojo. Me detuve por completo cuando me encontré

frente a una enorme bestia de metal. Era el doble de grande que yo y parecía estar rodeada por todo su clan. Se movió frente a mí, acercándose demasiado para mi comodidad y ya podía oler que se había tragado a dos seres.

Mostré mis colmillos, mi mano apretando mi hacha, pero en lugar de darme la vuelta y correr, continuó hacia mí. Su rugido era el sonido más agudo y molesto que jamás había escuchado. Aproveché ese tiempo para liberar mi hacha, apartando suavemente a mi compañera antes de golpear con toda mi fuerza la cabeza de la bestia. La bestia se detuvo y un fuerte grito salió de su interior. Dos seres salieron de los costados de la bestia y se enfrentaron a mí, con el horror escrito en sus rostros.

—No hace falta que me agradezcan por haberlos liberado —les dije asintiendo, mientras sacaba mi hacha y la guardaba en el soporte de mi espalda—. De nada. — Siguieron mirándome y me di cuenta de que mi hembra ya estaba despierta. El ruido de la batalla la había sacudido.

Inflé el pecho de nuevo, orgulloso de que ella estuviera viendo de lo que su macho era capaz.

Sí, soy un buen ejemplar, compañera. Ahora verás que soy digno de ti.

Capítulo 8



Becca

Oh, Dios mío.

Rok casi me había puesto a dormir con el sonido hipnótico que salía de su pecho, pero cuando escuché el claxon del auto, abrí los ojos y descubrí que estábamos frente a una minivan en el *medio de la calle*.

En lugar de moverse en otra dirección, sacó su hacha gigante y la estrelló contra el capó del auto. No sabía de qué diablos estaba hecho él o esa hacha, pero prácticamente *lo había cortado por la mitad*.

El ogro y su esposa salieron del auto, mirando el hacha y luego a Rok en estado de shock. Rok sacó su hacha y la guardó en la banda de cuero que llevaba en la espalda como si nada estuviera mal. Su expresión decía que no tenía ni una pizca de remordimiento en su interior. Lo miré boquiabierto y él me sonrió.

—Lo siento mucho —le dije a la pareja, pero cuando se dio cuenta de que ya no lo estaba mirando, Rok me acercó más a él y continuó su camino hacia el tumulto de

autos. Chillé, presionando mi cara contra su pecho, rezando para que nadie nos golpeara.

El sonido de neumáticos chirriantes y gritos de maldiciones nos rodeaba, pero yo mantenía mi rostro enterrado en el fuerte pecho del macho, murmurando las palabras “*Esto no puede estar pasando*” una y otra vez. Quizás si lo repetía lo suficiente, el universo me escucharía y detendría la locura. No tenía muchas esperanzas, ya que pasaban los minutos y el macho que me sostenía como si fuera la ramita más pequeña de una hembra, lo cual estaba muy lejos de la realidad, no disminuyó su ritmo.

Su paso era decidido, pero yo no tenía idea de hacia dónde se dirigía. No conocía a Grebath en absoluto y, sin mi práctica y útil aplicación de navegación que me indicaba en qué dirección caminar, me perdería cada vez que saliera de un edificio.

Todavía no entendía cómo podía aprenderme cada centímetro y rincón de una biblioteca como la palma de mi mano, pero necesitaba que la tecnología me dijera cómo llegar a una cafetería a dos cuadras de distancia. La mayoría de las veces, aceptaba mi caos, pero en ese momento, cuando un extraño orco que olía a pecado me llevaba a *Dios* sabe dónde, deseaba poder ser más autosuficiente.

Aquellas largas zancadas se aceleraron y un gruñido de satisfacción retumbó en el pecho de Rok. Levanté la cabeza, miré por encima de su hombro y observé cómo las calles de Grebath desaparecían en una zona boscosa. Chillé en protesta, pero Rok siguió adelante.

Por supuesto que me llevaría al único lugar de toda la ciudad que me aterrorizaría.

No me iba bien con la vida al aire libre. Casi todo me aterrorizaba. Me *encantaba* leer sobre las diferentes criaturas y plantas que existían, pero cuando me enfrentaba a ellas en la vida real, estaba casi segura de que volvería corriendo a la biblioteca.

Había *insectos* y animales salvajes. Aunque me parecía que podía encontrar la manera de hacerme amiga de un mapache, y estaba casi segura de que se los podía

sobornar con golosinas, también podía haber osos o un ganso salvaje que buscaba carne humana para cenar.

Intenté zafarme de los brazos del macho, pero él me reacomodó. Me abrazó con fuerza y me dio una palmada en el trasero, lo que debería haberme ofendido *profundamente*, estaba segura, y no haberme excitado en *absoluto*, como me sucedió. Él gruñó algunas palabras en ese idioma que ahora me arrepentía de no haber aprendido.

Me había intrigado cuando Dristan empezó a enseñarle orco a Penélope. Ahora podía decir algunas frases, que estaba casi segura de que eran obscenas al traducirlas, que lo hacían sonreírle y sacarla rápidamente de la habitación.

Al principio, quería aprender, pero después de conocer a Rudgar y darme cuenta de que *no era* el macho que había estado esperando toda mi vida, me di cuenta de que tal vez mi pareja no fuera un orco. Y si no lo era, aunque algunas malas palabras podrían ser útiles para el compañero de mi mejor amiga, no tendría sentido aprenderlo.

Ahora me arrepiento de esa decisión.

Rok se quedó paralizado donde estaba, con la cabeza inclinada hacia un lado mientras miraba fijamente hacia adelante con los ojos entrecerrados. Me giré para ver hacia dónde se dirigía, ya que se había estado moviendo por el bosque como si estuviera familiarizado con él.

Frente a nosotros había una cueva, pero estaba bloqueada por una enorme pared de madera. En la entrada había carteles que advertían contra la entrada.

—Oh, no, qué pena —le dije a Rok con voz chillona, señalando los carteles—. Parece que no podemos entrar. Supongo que tendremos que volver a la ciudad. — Intenté sonar molesta, pero sabía que la alegría se podía oír en mi voz.

Me incliné hacia atrás para mirarlo y él me estaba observando con una mirada calculadora. Mis ojos se abrieron cuando volvió a sacar su hacha y negué con la cabeza.

—No, Rok. No —le dije, soltando su musculoso hombro el tiempo suficiente para señalarlo con el dedo.

Me miró arqueando una ceja oscura antes de girar el hacha. y la golpeó con precisión contra la partición.

—Alto —grité, sacudiéndole los hombros, pero con unos cuantos cortes rápidos, la mampara cayó. Me quedé boquiabierta al ver el enorme agujero que había dejado atrás. Al otro lado había una oscuridad impenetrable. Si tuviera que clasificar mis miedos, la oscuridad triunfaba sobre el bosque cualquier día de la semana—. Oh, no. *No voy* a entrar allí...

Mis palabras se interrumpieron en un grito cuando entró, ignorándome. La oscuridad nos rodeó y enterré mi cara en su garganta con un pequeño sollozo. El macho se quedó paralizado y salió de la cueva de inmediato.

Levanté la cara para mirar a mi alrededor y suspiré aliviada porque nos había devuelto al bosque bien iluminado. Me lamí los labios y miré a Rok, que tenía el ceño fruncido mientras examinaba mi expresión.

—No me gusta la oscuridad —le dije señalando la cueva y sacudiendo la cabeza.

Sabía que no podía entenderme, pero cuando su mirada pasó de mi rostro a la cueva, emitió un pequeño gruñido. Se dio la vuelta, se movió entre los árboles y buscó algo en el suelo. No tenía idea de lo que buscaba hasta que se agachó y comenzó a juntar ramas y palos secos y los pasó por las correas de cuero que llevaba puestas.

Podría haberme dejado en el suelo en cualquier momento, pero de vez en cuando me atraía hacia sí y me acariciaba el pelo con la nariz, gruñendo por lo bajo. Me aferré a él con todas mis fuerzas, no quería que me dejara en el suelo del bosque por si había escorpiones o ranas. Cualquiera de los dos me resultaría igualmente aterrador. Estaba segura de que, si veía una serpiente, moriría sin ninguna duda sobre la potencia del veneno.

Empecé a ayudarlo, recogiendo más leña con él, asegurándome primero de que él metiera la mano en el suelo para comprobar que no hubiera bichos, y sosteniéndola en el hueco de mi brazo. Rok gruñó la primera vez que lo hice, pero estaba segura de que

no era por disgusto. De hecho, la forma en que sus ojos brillaban con diversión delataba que estaba disfrutando de mis intentos por ayudarlo. Cuando volvimos a la entrada de la cueva, ambos estábamos cargados de leña seca. Me bajó al suelo y me hizo un gesto con una mano.

Quédate ahí, era lo que estaba casi segura que estaba tratando de decirme. Miré el bosque detrás de él, pero ya sabía que no tendría ni idea de adónde iba. En lugar de eso, me quedé allí, tratando de mantener los palos y las ramas firmes en mis brazos mientras buscaba mi teléfono.

Disminuí la velocidad cuando vi lo que estaba haciendo Rok. Había tomado la rama más grande y la había envuelto con algo que tenía en su morral. Luego había agarrado una pequeña botella de arcilla y vertió algo sobre ella. Cuando la encendió, mis ojos se abrieron y me quedé mirando con asombro cómo el macho hacía una antorcha.

Me reí a carcajadas, feliz de estar presenciando algo tan asombroso. Lo había visto un millón de veces en las películas, pero en cuestión de segundos, este macho había creado algo que pensé que solo los arqueólogos con sombreros y látigos podían hacer.

Rok me miró cuando me reí y su sonrisa hizo que algo cálido y dulce revoloteara en mi estómago. Terminó abruptamente cuando me levantó en sus brazos nuevamente, sosteniendo la antorcha frente a él mientras avanzaba hacia la cueva.

—Oh, espera, espera, no... —empecé a decir, pero él siguió adelante y cuando entramos, solo chillé, ya que la antorcha iluminaba la entrada interior. Mientras avanzábamos, Rok levantó la cabeza, oliendo a su alrededor, antes de caminar con determinación.

Me aferré a él, segura de que nos íbamos a encontrar con un oso muy grande y muy furioso o que íbamos a morir por una trampa. Cualquiera de esas dos cosas sería preferible a enfrentarnos a un millón de murciélagos, así que no levanté la vista y volví

a enterrar mi cara en su garganta. Me dio lo que estaba segura de que era un beso en la parte superior de la cabeza, pero no vaciló.

Capítulo 9



Rok

Mi compañera es perfecta.

La cargué como llevaría a nuestros pequeños: bien abrigada en mis brazos y sin intención de soltarla hasta que estuviéramos en algún lugar donde pudiera protegerla. Me ayudó el hecho de que era muy pequeña y no pesaba casi nada.

Su chillido de miedo cuando entramos en la cueva me sorprendió. No esperaba que mi hembra tuviera miedo de la oscuridad, pero cuando se aferró a mí, mirando fijamente con preocupación grabada en su hermoso rostro, sentí que el orgullo se hinchaba en mi pecho.

Cuando se le presentaba algo aterrador, se aferraba a mí para protegerla. Ya sabía que yo sería la barrera entre ella y cualquier cosa que la amenazara.

Percibí el olor de seres por todas partes, incluso dentro del bosque, pero sabía que este era un lugar en el que estaríamos a salvo. La cueva se convertiría en nuestro hogar. La fortificaría para nosotros y me aseguraría de que mi hembra estuviera bien cuidada

antes de construir las trampas adecuadas frente a ella para evitar que alguien más entrara.

Me di cuenta de que había estado ocupada hace mucho tiempo, pero no sentí ningún olor a animales ni seres cerca de nosotros. El suelo aquí era rico y oscuro, y sería un lecho suficiente por ahora. Mi hembra podría usar el calor de mi cuerpo para mantenerse caliente. Cualquier fuego que encendiéramos tendría que estar lo suficientemente cerca de la entrada para que el humo saliera y eso era algo que no quería hacer hasta que estuviéramos cocinando.

No quería llamar la atención hasta tener la oportunidad de explorar el área y ver en qué tipo de terreno había terminado. La comunicación con mi compañera era mi máxima prioridad.

Ella era mía y necesitaba saberlo. Ayudaba que su olor no tuviera ningún rastro de algún macho. Mi labio se curvó ante la idea.

Sentí el olor del agua un poco más adelante en la cueva, así que me detuve bastante antes de llegar y enterré la antorcha en el suelo. Esa era toda la iluminación con la que podíamos arreglarnoslas por ahora. Iluminaba unos cuantos metros a nuestro alrededor y, al ver el movimiento, mi hembra levantó la cabeza de mi garganta, un punto vulnerable que solo ella podía explorar, y miró a su alrededor.

Tragó saliva con fuerza y se mordió el delicioso labio inferior mientras la ponía de pie. Se giró para mirarme, escrutando mi rostro y yo me tomé el tiempo de explorar el suyo. Señaló el fuego y dijo algunas palabras que no entendí.

Me encogí de hombros y extendí la mano para colocarle el pelo largo detrás de la pequeña oreja y volver a acariciarla, todavía asombrado por la hembra que me había tocado. Ella parpadeó, inclinó la cabeza y extendió la mano para tocar mi mano con la suya.

Me quedé inmóvil mientras la intimidad del momento me invadía. Estábamos solos y mi compañera me estaba tocando. El calor reprimido que había estado bullendo

dentro de mí desde que la vi por primera vez, se desató sin control. Me quedé completamente quieto mientras ella tomaba mi mano entre las suyas y me abría los dedos hasta que quedaron completamente extendidos. Ella colocó la suya sobre la mía y ambos miramos fijamente el lugar donde su delicada mano descansaba sobre mi piel callosa. Había una gran diferencia de tamaño, pero la combinación parecía muy acertada. Su piel morena contra la mía verde. Su delicado tacto contra mis fuertes dedos.

Antes de que terminara el día, haría un sacrificio de agradecimiento a los hados. Quizá otra bestia de metal, ya que parecían abundantes en su tierra.

Cerré mis dedos sobre los suyos y ella me miró, esos ojos que tenían el brillo que me había encantado cuando nos conocimos me miraron con confusión. La oleada de emoción en mi pecho me dijo todo lo que necesitaba saber.

Me quedaría aquí, con ella, y nadie me la arrebataría jamás. Me incliné hacia abajo y ella me miró parpadeando, intentando apartarse. La mantuve cerca con nuestros dedos entrelazados, pasando mi colmillo suavemente por su mandíbula y cuello.

Su dulce jadeo era música para mis oídos. Mi hembra podía ser diminuta, pero era tan lujuriosa como cualquier orco hembra que hubiera conocido. El aroma de su excitación me hormigueaba en la nariz, se arremolinaba en mi cerebro y me mareaba.

Ella se alejó de mí tambaleándose, lamiéndose los labios pero manteniendo una distancia que yo respetaba. El calor del apareamiento podía ser abrumador y hacía poco que nos conocíamos.

Recorrió con la mirada su cuerpo, de pies a cabeza, rezando para que se acostumbrara pronto a mis caricias. No quería que mi celo se desatara sin que su pequeño cuerpo estuviera preparado para mí.

Mi mirada se fijó en sus generosos pechos y mi mano se estiró sin mi permiso. El golpe de su mano contra la mía se escuchó fuerte en la cueva, su mirada se entrecerró mientras decía: —No.

Ya me daba cuenta de que detestaba esa palabra en su idioma. Solté un suspiro de dolor y retiré la mano. Observé fascinado cómo ella metía la mano en un compartimento oculto de su falda y sacaba una caja brillante.

Ella le dio unos golpecitos mientras mis orejas se movían nerviosamente por los pequeños sonidos que emitía. Emitió una luz y mi labio se levantó en un gruñido.

Magia.

¿Mi hembra era una de las brujas de las que había oído hablar? Nunca había conocido a ninguna, pero a los orcos se les enseñaba a desconfiar de lo que la magia podía ofrecer.

Incliné la cabeza y volví a mirar a mi hembra con admiración. Si era una bruja, entonces podría convencerme de que me acostumbrara a su magia.

Cuando una pequeña voz salió de la caja, entrecerré los ojos. Mi hembra la levantó hasta su oído y habló con esa voz encantadora y melodiosa que hizo que mis ojos se cerraran.

¿Un dispositivo de comunicación?

Me acerqué y ella se apresuró a retroceder, pero se detuvo al borde de la luz parpadeante de la antorcha, sin entrar en la oscuridad que había más allá. Con una sonrisa de suficiencia, tomé la pequeña caja de sus manos y la di vuelta entre mis manos. No parecía amenazante, pero la sostuve un poco lejos de mí por si acaso.

—¿Quién habla? —pregunté y hubo un largo silencio al otro lado de la línea antes de que una voz femenina se escuchara desde el interior del pequeño artefacto.

—Buenos días—, dijo y yo arqueé una ceja. Ni siquiera *yo* era tan formal al hablar.

—Buenos días —respondí, con los oídos moviéndose con dificultad por el crujido que provenía de la cajita—. ¿Quién es?

—Penélope —dijo la mujer de la caja—. Has secuestrado a mi amiga.

Incliné la cabeza de nuevo hacia la caja que contenía a la hembra loca. —No he secuestrado nada. ¿Qué haces por mi compañera? ¿Cómo funcionas?

Incliné la cajita de un lado a otro, sacudiéndola para ver si una hembra diminuta se caía de ella. Mi compañera extendió las manos y me di cuenta de que quería que tuviera cuidado con su juguete.

Dejé de sacudirla y le envié una sonrisa de disculpa.

—¿Compañera? —chilló la hembra desde dentro de la caja.

—Sí, mi compañera —gruñí, curvando el labio.

¿Esta hembra iba a desafiar mi afirmación? Estaba seguro de que podría aplastarla entre mis dedos sin mayor problema, pero molestaría a mi compañera, que miraba fijamente a la pequeña cosa como si fuera un salvavidas.

Se oyó un ruido de pelea al otro lado de la línea y luego una voz masculina profunda dijo, en un orco moderno impecable: —¿Quién es?

Entrecerré los ojos mirando la caja, mis dedos temblaban por la necesidad de aplastarla. ¿Quién era este macho y por qué mi hembra lo llevaba en su bolsillo? El gruñido salió de mi garganta antes de que pudiera detenerlo.

—Ya estoy apareado —dijo el macho con un dejo de diversión y el gruñido amenazador que no me había dado cuenta de que sonaba en mi pecho se detuvo—. La hembra con la que estás es la mejor amiga de mi compañera.

Mis ojos se encontraron con los de mi chica y le di una sonrisa mientras ella me miraba con expresión preocupada. —Becca—, susurré el nombre.

—Sí, Becca. ¿Le dijiste a mi esposa que la secuestraste y la llevaste a una cueva?

De inmediato frunció el ceño con fastidio. —No la secuestré.

Podría haberla secuestrado.

—Entonces, ¿por qué la llevaste a una cueva? —preguntó el macho en la caja.

—Ella es mi compañera—, dije con orgullo. —Y tenía que llevarla a un lugar seguro. Este era el lugar más seguro que pude encontrar. Tenemos cosas que resolver entre nosotros—, resoplé.

El gruñido que provenía del interior de la caja me recordó al de mi padre y sentí una punzada en el pecho.

—Vamos a ir a buscarte —dijo, y yo miré hacia la caja, preguntándome cómo se vería desde adentro—. Mantenla ahí. Podría escaparse —dijo.

Pero mi hembra no corría. Tenía los brazos cruzados sobre su amplio pecho y la mano extendida imperiosamente.

Un gruñido de placer satisfecho recorrió mi pecho mientras le ofrecí la pequeña caja.

Capítulo 10



Becca

Estaba casi segura de que mis bragas estaban en llamas. Escuchar a este macho hablar con Dristan había sido la experiencia más caliente de mi vida.

Hasta ahora solo había escuchado frases cortas y órdenes bruscas dirigidas a mí, pero cuando conversaba, apenas podía *evitar* lamer la piel expuesta de su pecho.

Me devolvió el teléfono después de haber sido tan grosero al quitármelo de las manos. Estaba claro que no estaba seguro de lo que era, pero lo había tomado como si tuviera todo el derecho a todas mis cosas.

Lo cual, desde luego, no era así.

Aunque era el epítome de todo lo que podía esperar de un compañero orco, no podía hacer lo que quisiera. Lo miré de reojo mientras escribía un mensaje para mi mejor amiga.

Becca: Mayday. Un orco secuestrador anda suelto. Una mejor amiga secuestrada. Envía recursos.

Pen: ¿Eso significa que necesitas ayuda o que necesitas condones del tamaño de un orco?

Sentí cómo se me enrojecían las mejillas y aparté otra mano inquieta de Rok. Ahora que ya no estaba ocupado con mi teléfono, había vuelto a intentar tocarme los pechos.

Machos.

Becca: ¡AYUDA, maldita zorra!

Pen: Basándome en la forma en que el gruñón te llamó *su compañera*, diría que eres tú la que debería ser jodida ahora mismo. ¿Voy a sorprenderte desnuda como lo hice aquella vez que decidimos no volver a hablar de eso?

Becca: ¡ESTO ES HABLAR DE ELLO!

Pen: ☺ ¿Cómo conociste a un orco cualquiera que solo habla orco? Todavía estoy aprendiendo, pero no parece que sea de por aquí.

Becca: Te lo explicaré cuando llegues aquí.

Pen: Así de mal, ¿eh?

Ella no tiene idea.

Guardé mi teléfono y miré a Rok, que estaba parado *demasiado cerca* de mí, con sus ojos fijos en mis pechos y su lengua saliendo para humedecer su labio inferior.

Mierda. voy a sobre calentarme.

—Rok —dije, y su mirada absorta se posó en la mía. Una sonrisa se dibujó en sus labios y su hermoso rostro se volvió aún más atractivo. Apenas pude contener un desmayo, presionando mis dedos contra mi pecho nuevamente. Sus ojos se posaron allí, agudizándose con interés, y un ronroneo grave comenzó en su garganta.

No lo conocía muy bien, pero podía imaginar lo que significaba ese ronroneo.

Sé una buena chica, enséñame tus pechos.

La necesidad de hacer precisamente eso me indicó que había algo más sucediendo aquí de lo que yo entendía. No era muy tímida ni nada por el estilo, pero me costaba un

tiempo sentirme cómoda con una pareja sexual. Aquello era ridículo. Lo único que sabía de él era que era una tentación andante que hablaba como un orco y se llamaba Rok.

No debería querer dejar de lado mis inhibiciones y desnudarme para él. Sin embargo, allí estaba yo, preguntándome qué pasaría si le mostraba mis pechos, ya que estaba tan interesado en ellos.

Levanté la barbilla y recuperé el autocontrol, me aclaré la garganta antes de decir:
—No puedes seguir tocándome.

Inclinó la cabeza hacia un lado y el brillo inteligente en sus ojos me indicó que estaba tratando de entender lo que yo estaba tratando de decir. Agité mis manos sobre mis pechos y luego negué con la cabeza.

—No me toques —dije, y un gruñido bajo salió de su pecho mientras entrecerraba los ojos.

Soltó un áspero ladrido y casi me sobresalté. Suavizó su postura de inmediato y volvió a hablar con palabras más suaves. Sonaba como si estuviera tratando de hacerme entrar en razón.

Mis labios se crisparon divertidos. ¿Estaba tratando de convencerme de que, en efecto, *necesitaba* seguir tocándome los pechos?

—Mis amigos van a venir pronto y podrán traducir —le dije, tomándome el tiempo de admirarlo a la luz del fuego, que resaltaba las motas doradas de sus ojos marrones.

Tragué saliva con fuerza cuando extendió la mano hacia mí; la intensidad de su mirada hizo que me revolotearan las mariposas en el estómago. En lugar de volver a dirigirse a mi pecho, deslizó un enorme dedo por el costado de mi cara y su mirada se suavizó mientras murmuraba otra vez en orco.

Dioses, si supiéramos lo que dice.

—Becca —dijo, y sus labios volvieron a curvarse—. Am'osh —continuó, mientras me pasaba el dedo por la barbilla.

Sentí que fruncía el ceño mientras me miraba. ¿Estaba esperando algo? Recordando la palabra que había dicho, la repetí. —¿Am'osh?

Sus colmillos brillaron en una sonrisa blanca mientras se acercaba y pasaba la lengua por mi cuello. Jadeé y me alejé y él gruñó, pero me soltó.

—Becca, am'osh —repitió, golpeándose el corazón con el puño.

Mis ojos se abrieron cuando me di cuenta de que debía haber repetido algo que no debía. —¿Q-qué significa eso?

—Am'osh —ronroneó, sus labios se curvaron de nuevo y ahuecó mi rostro en su palma antes de que pudiera alejarme de nuevo—. N'am'osh.

El áspero gruñido de sus palabras me provocó un escalofrío en todo el cuerpo y traté de apretar las piernas para detener el repentino dolor que sentía, pero había algo en la forma en que me tocaba y me miraba. Nadie me había mirado nunca así.

Como si fuera lo único que importara en su mundo.

Él inclinó mi barbilla hacia atrás y lo miré fijamente a los ojos, quedándome hipnotizada por ese macho.

—N'am'osh —repitió, bajando lentamente la cabeza hacia la mía y cerrando los ojos con sus largas y espesas pestañas envidiables. Sentí que mis propios ojos se cerraban cuando sus colmillos rozaron mi rostro.

—¿Becca? —gritó una voz desde la entrada de la cueva y ambos nos sobresaltamos. Me volví para encarar al intruso con la culpa y el horror expandiéndose por mi pecho mientras él saltaba frente a mí, con el hacha lista.

—¡Vaya! ¿Puedes decirle a tu novio que suelte el arma? —gritó Penélope desde donde estaba usando la linterna de su teléfono dentro de la cueva.

—Te dije que te quedaras detrás de mí —gruñó Dristan, moviendo su enorme masa frente a ella mientras le mostraba los colmillos a Rok, que todavía estaba de pie con su hacha frente a mí.

Dristan levantó las manos y habló en orco. Vi cómo Rok relajaba su postura. Observó a Dristan de pies a cabeza antes de inclinar la cabeza hacia un lado.

Capítulo 11



Rok

Estudié con curiosidad al macho que tenía delante. No estaba vestido como un guerrero, pero tenía la postura orgullosa de uno mientras vigilaba a la hembra que tenía detrás. Por su olor, ella era su compañera.

—Baja el arma —gritó, y entrecerré los ojos durante unos instantes al darme cuenta de lo que había hecho.

Este era el macho de la pequeña caja. ¿Cómo lo habían liberado? ¿Fue un hechizo? ¿Lo habían convocado como a mí? La hembra que estaba detrás de él era humana, pero tal vez era una bruja como mi pareja.

—Esta hembra es mi compañera. Si intentas quitármela, te mataré —gruñí. Algo me decía que podía confiar en este macho y su compañera, pero no me había convertido en el mejor guerrero de ninguna de las tribus por no ser inteligente con mis alianzas.

Hasta que supiera más sobre él, no lo juzgaría, pero no iba a dejar que *nadie* me arrebatara a mi pareja. Las hembras nos observaban y las vi haciendo muecas. ¿Eran del mismo aquelarre?

Apreté a Becca firmemente contra mi cuerpo con mi brazo izquierdo, agarrando la base de mi hacha con la otra.

—No te la vamos a quitar —dijo el macho, volviéndose para lanzar una mirada fulminante a su propia hembra, que intentaba escabullirse detrás de él. Ella le sonrió en lugar de sentirse reprimida.

—Parece que tu hembra no obedece —gruñí, acicalándome mientras mi propia hembra permanecía presionada contra mi espalda, sus exuberantes pechos enviando una sacudida de anticipación a través de mí. No podía esperar a sentirlos en mis palmas.

La pequeña hembra que estaba detrás de Dristan me miró con los ojos entrecerrados y luego le habló en el idioma que hablaba mi compañera. Todos los sonidos eran suaves y los tonos confusos. El orco era simple, fácil de hablar y de entender. Esperaba que mi hembra pudiera aprenderlo. También se lo enseñaríamos a nuestros jóvenes.

Anhelaba llenar nuestra cueva de apareamiento con palabras orcas, risas y los gritos de las muchas crías que ella traería para mí. El pensamiento pacífico se instaló en mi mente y, por primera vez en mi vida, estaba viendo los sueños que había albergado durante tanto tiempo hacerse realidad frente a mis ojos.

—Tu compañera está a salvo con nosotros —dijo el macho, y mi labio se curvó ante sus palabras—. Ambos son bienvenidos en nuestra casa. Podrás protegerla mejor allí.

Entrecerré los ojos ante sus palabras. ¿Era un truco para intentar que me fuera con él?

En ese momento, la luz de la antorcha parpadeó y mi hembra lanzó un chillido de miedo.

—Tu hembra le tiene miedo al aire libre —me dijo y mi ceño se profundizó.

No estábamos al aire libre. Estábamos a salvo, dentro de una cueva, pero su pequeño y curvilíneo cuerpo temblaba contra el mío. Y no con la lujuria que yo quería de ella. Su delicioso aroma estaba siendo sofocado por un miedo acre.

—¿Dónde está tu casa? ¿Qué tan grande es tu cueva y cuántos hay en ella? ¿Tu clan? —pregunté, todavía cauteloso.

El orco que estaba frente a mí parecía avergonzado y se rascó la nuca antes de responder: —Nuestro clan es pequeño. Mi compañera, yo, mi hermano y tu hembra.

El gruñido bajo comenzó en mi pecho. ¿Estaba albergando a mi pareja como posible compañera de cama para su hermano? Le arrancaría la garganta al macho antes de dejar que la tocara.

—Ella es amiga de Penélope. Su hermana en todos los aspectos, excepto en la sangre—, me dijo.

La pequeña hembra que estaba detrás de él gritó: —Mi hermana. Quiero a mi hermana—. Extendió la mano hacia mi Becca, pero cuando mi pareja intentó moverse a mi alrededor, la detuve acercándola.

Me miró y la mirada suplicante en sus ojos me dijo que quería ir a verla. Me dolió el corazón. No quería negarle nada, pero tampoco quería perderla. No había forma de que pudiera dejarla ir ahora que la tenía, pero eso era lo que me estaba pidiendo.

Tragué saliva con fuerza y odié lo que tenía que hacer. La solté. Ella dio un paso vacilante y me miró con los ojos entrecerrados por un momento antes de correr hacia su hermana. El golpe en mi corazón fue uno del que no sabía si podría sobrevivir.

Ella me dejó.

—Baja el arma —ordenó el macho y mis músculos se movieron solos, despojados sin ella detrás de mí para protegerla. Puse mi hacha en el soporte de cuero atado a mi espalda, mi mirada en mi hembra. Ella estaba abrazando a su hermana bruja, pero sus ojos estaban fijos en los míos.

Ella también lo siente. Yo lo sé.

Puede que no sea un orco, pero sintió la conexión entre nosotros. Lo había visto en sus ojos antes. Lo sentí en la forma en que su cuerpo reaccionaba al mío, arqueándose ante mi toque.

La encontraría de nuevo. Ahora que estábamos en el mismo lugar, Encontraría una forma de cortejarla. Solo necesitaba rastrearla hasta su casa. Con esa información, podría poner en marcha mi plan. Al final sería mía, estaba seguro de ello.

—Eres bienvenido a venir con nosotros —dijo Dristan y mis ojos se abrieron.

—¿Ir contigo a... la casa de Becca? —dije, preguntándome si esto era un truco.

—Eres su compañero —dijo encogiéndose de hombros—. Estoy seguro de que le haría feliz que te quedaras con ella.

La esperanza me inundó el pecho tan rápido que tuve que apretarme el corazón con la mano. Latía sin control.

—Sí. Sí, me quedaré con ella —acepté tan rápido como pude y me dirigí hacia ellos. Me quedé cerca de mi hembra, que miraba a Dristan y a mí con expresión confusa.

No estaría confundida por mucho tiempo. Iba a ir a su casa y tenía toda la intención de reclamarla como mía.

Capítulo 12



Becca

Estaba casi segura de que Dristan era un traidor que me había vendido. Rok caminaba con nosotros, con su mirada curiosa recorriendo nuestro entorno mientras avanzábamos.

Cuando llegamos a la camioneta de Dristan, vi que la mano de Rok iba hacia su hacha y lo detuve, sacudiendo la cabeza con vehemencia.

—¿Puedes decirle que no ataque tu auto?—, le pregunté a Dristan y el macho arqueó una ceja de mal humor antes de hablar con Rok. Hubo un breve intercambio en el que Rok empujó la camioneta con la punta de madera de su hacha. Gruñó antes de atarla a su espalda una vez más.

Su expresión estaba llena de asombro cuando Dristan abrió la puerta para Penélope. Sus grandes dedos jugaron con el picaporte de la puerta trasera, encontrando torpemente el pestillo antes de abrirla para mí, con una sonrisa orgullosa en su rostro.

Vaya, es más caballero que cualquiera de los idiotas con los que he salido antes y ni siquiera sabe lo que es un coche.

Tomé asiento y me deslicé para dejarle lugar a Rok. Su expresión era curiosa mientras subía, la punta de su hacha rozando el techo. Gruñó algunas palabras en orco y Dristan soltó una risa a regañadientes antes de tomar su propio asiento.

—Tu macho se quedará contigo —me dijo Dristan en común y lo miré parpadeando.

—¿Qué? —pregunté mirándolos a ambos.

Esto es una conspiración. Los orcos se unen y todo eso.

—Pero no lo conozco —argumenté.

—Tengo otros apartamentos, por supuesto —dijo Dristan, alejándose de la acera. Los brazos de Rok se extendieron para agarrarme, acercándose más a su costado, con el otro brazo agarrando la puerta, sus nudillos casi blancos—. Pero él no es de aquí. Necesita a alguien que lo ayude a aprender a moverse por aquí.

Gritó algunas palabras en orco y Penélope y Dristan se rieron.

—Simplemente nos dijo que frenáramos a la bestia antes de que nos digiriera —rió Penélope—. Me gusta.

—Sí, bueno, entonces puede quedarse con ustedes —me quejé, mi corazón se derritió cuando me acurrucó protectoramente contra su pecho.

—Él va a exigir quedarse contigo y tú lo sabes —dijo Penélope, mirándome con una sonrisa traviesa—. Y tienes que admitir que es bastante guapo.

El gruñido de Dristan le valió una caricia reconfortante en el pecho por parte de su compañera. Ella le sonrió y le dio un beso en la mejilla. —No tan guapo como tú, por supuesto.

Dristan gruñó su acuerdo, mirándonos por el espejo retrovisor. —Un macho apareado no se va a alejar de ti. Y supongo que no es de esta dimensión. Deberías ser indulgente con él y dejar que se quede contigo. Nuestras compañeras nos mantienen tranquilos —dijo, inclinándose para darle un dulce beso en los labios a Penélope.

Vi que la mirada de Rok se agudizaba con interés ante el beso, inclinó la cabeza con curiosidad y luego se giró para mirarme con especulación. Miré hacia otro lado, esperando que no intentara eso conmigo. No estaba segura de poder resistirme.

El hecho de que Dristan estuviera defendiendo a Rok, y usando tantas palabras para hacerlo cuando no era el orco más hablador del mundo, me dijo que consideraba que el macho era digno de confianza. No era cruel. Sabía que era culpa mía haberlo convocado en primer lugar, pero no confiaba en mí misma para mantener mis manos alejadas de él.

Y yo era una romántica de corazón. Creía en los finales felices. ¿Qué pasaría si me enamoraba perdidamente de este macho y luego él tenía que volver a casa? Tenía a Penélope y a sus padres aquí. No podía imaginarme no volver a verlos nunca más.

Este apareamiento, aunque era algo con lo que había soñado durante mucho tiempo, no parecía estar escrito en las estrellas. ¿Por qué los dioses me enviarían un compañero predestinado de *donde sea* que viniera en lugar de aquí mismo? No era justo. Había soñado con tener un compañero orco y ahora que lo tenía, probablemente tendría que despedirme de él.

Me permití acariciarle el pecho rápidamente y su aroma me relajó de una manera que nunca antes había sentido. Me acercó aún más, casi hasta dejarme sobre su regazo, antes de que pudiera liberarme.

—Está bien. Puede quedarse conmigo, pero dormirá en el otro dormitorio — respondí resoplando.

—Tus arreglos para dormir no tienen nada que ver con nosotros —dijo Dristan, pero Penélope ya estaba girada en su asiento para sonreírme.

—¡Vamos, Becks! ¡El cliché de una sola cama es nuestro favorito por una razón!

—En *los libros*, tal vez —resoplé—. Pero esto es la vida real y *ese* orco que está a mi lado es real.

Miré su pecho desnudo, lamiendo mis labios antes de poder detenerme y Penélope soltó una risa.

—Sí, compartirán cama antes de que acabe la semana. Ya me doy cuenta —dijo riendo.

—Nadie te lo preguntó —repliqué, tirando de un mechón de su cabello rizado.

Ella se rió y le dijo algo a Rok en orco. El macho me miró con un brillo posesivo en sus ojos y le respondió.

—Oh, dijo que *definitivamente* se quedaría contigo —me dijo Penélope en lengua común, con una sonrisa casi salvaje en el rostro. Desde que se había enamorado de Dristan, había estado intentando emparejarme con todos los orcos disponibles de la ciudad—. Y supongo que eso significa que por fin vas a echar un *p-o-l-v-o*.

Puse los ojos en blanco, pero el calor se apoderó de mis mejillas cuando Rok volvió a acariciar con su colmillo la parte superior de mi cabeza.

Maldita sea. No puedo enamorarme de este macho. Él tiene que volver y yo no tengo la capacidad emocional para lidiar con eso.



—¡No, no! —jadeé, extendiendo la mano para quitarle la tarjeta a Rok mientras él la tomaba de mis manos.

Sus ojos habían estado deambulando con curiosidad desde que salimos de la camioneta. Estaba menos inclinado a agarrar la hacha cada vez que pasábamos por delante de un vehículo, y pensé que eso era una mejora.

Dristan y mi traidora mejor amiga me sonrieron cuando Rok me atrajo hacia él de manera protectora en el ascensor, desconfiando y tratando de mantenerme cerca.

—Los dos son unos imbéciles —murmuré, mirándolos con enojo mientras sacaba a Rok del ascensor y lo llevaba al piso en el que estaba mi apartamento. Las puertas se cerraron detrás de nosotros mientras Penélope me guiñaba el ojo.

—Diviértanse ahí dentro—, gritó y puse los ojos en blanco.

Sabía que ella quería lo mejor para mí, ¿pero ¿no podía ver que me encontraba en una situación imposible? Él podía ser el hombre de mis sueños, pero no era mío para quedármelo.

Me siguió sin quejarse, con los ojos cálidos mientras miraba hacia abajo, donde yo sostenía su mano. Acomodó nuestros dedos, entrelazándolos y emitió un ronroneo de placer. Me provocó un escalofrío en la columna y una calidez se extendió por mi pecho.

Me sentí increíble al sentir que este macho me deseaba. Incluso un toque tan pequeño lo afectaba. Me aclaré la garganta, me dirigí hacia la puerta y lo solté para sacar la tarjeta de acceso de mi bolso. Fue entonces cuando decidió confiscarla.

—Eso no es *tuyo* —le dije, con las manos en las caderas y mirándolo fijamente—. No puedes quedártelo todo.

Inclinó la cabeza mientras me observaba y sonrió mientras me ofrecía el objeto. Lo tomé, pero él lo apartó de nuevo. Resoplé y extendí la mano para exigirlo.

Bajó la cabeza hacia la mía y se dio golpecitos en los labios con el dedo. Me puse pálida y sacudí la cabeza.

De ninguna manera. No hay manera de que pueda besar a este macho y escaparme sin saltar sobre sus huesos.

—Sin besos —insistí, y él se encogió de hombros, metiendo la tarjeta en la cartera que llevaba y cruzando los brazos sobre el pecho.

Nos quedamos en un punto muerto y lo miré con enojo. —¡No puedes aceptar eso así!

Se volvió a tocar los labios, con otra sonrisa en los labios, y yo negué con la cabeza. Su encogimiento de hombros decía todo lo que no podía decir en lengua común.

Entonces supongo que nos quedaremos aquí.

—Un *beso* —dije entre dientes y, cuando me acerqué más a él, el triunfo brilló en los ojos de Rok mientras bajaba la cabeza.

Era tan grande, tan formidable. Me lamí los labios, esperando a que se inclinara más cerca. Aunque lo intentara, nunca podría alcanzarlo. Se agachó y sacó su lengua para humedecerse los labios. Mi rostro encajó perfectamente entre sus grandes colmillos y luego me besó y mi mente se quedó en blanco.

La electricidad que se formó entre nosotros recorrió mi cuerpo, una conciencia y una sensibilidad agudas me invadieron. Este no era como ningún otro beso que hubiera tenido antes. Me estiré, agarré sus hombros y lo acerqué.

Sus grandes palmas se curvaron alrededor de mi cintura y emitió un gruñido bajo de placer mientras movía sus labios contra los míos.

¿Qué me pasa?

Capítulo 13



Rok

Mi hembra estaba sacudiendo mi mundo. No había forma de describir lo que me estaba sucediendo mientras apretábamos nuestras bocas.

Había visto a Dristan hacerlo con su hembra y supe de inmediato que yo también lo haría con la mía. Pero *esto* ... Esto era éxtasis.

Esa cercanía, esa intimidad. Era todo lo que siempre había deseado que sucediera entre nosotros y ella había capitulado con facilidad.

Si mi hembra hubiera querido, solo habría tenido que mantenerse firme y negarme por unos momentos más. Yo habría cedido a sus dulces demandas. Eso lo sabía. Le habría devuelto el pequeño recuerdo, fuera lo que fuese.

Pero ella también me deseaba. Lo sentía con todo mi cuerpo. Su aroma se impregnaba de lujuria cada vez que nos rozábamos.

No entendía los rituales de apareamiento de esta nueva tierra, pero los entendería y me aseguraría de seguirlos todos y cada uno de ellos por ella. Sin embargo, ese contacto de bocas era algo que quería seguir haciendo.

Y necesito más.

Acerqué más a mi hembra, levantándola con facilidad para que encajara contra mí, con su cuerpo aplastado cerca, sus deliciosos senos contra mi pecho.

Sí, Becca. Sí.

Sus labios se separaron contra los míos, succionando mi labio inferior entre los suyos, y mi pene palpitaba tan fuerte que pensé que me correría allí mismo. Intrigado por este ritual, hice lo mismo con el suyo, succionando sus labios entre los míos.

Su pequeña lengua salió y gemí cuando rozó la mía.

Ella va a ser mi muerte.

Moví mi lengua contra la suya, vacilante al principio. Ella jadeó contra mi boca, su pequeño cuerpo temblando.

Lo estoy haciendo bien. Mi hembra está tan excitada que no haría falta mucho para que se corriera.

Ese pensamiento me provocó otra sacudida. Quería eso. Quería darle tanto placer que lo único en lo que pudiera pensar fuera en lo que yo podría hacerle a su cuerpo.

Si necesitaba conquistarla con orgasmos antes de conquistar su corazón, lo haría. Mientras ella gemía contra mi boca, acunando mi rostro con sus pequeñas manos, la necesidad de probar su piel era insoportable. Tiré de nuestros labios para liberarlos y deslicé mis labios por su mejilla.

Pasé mi lengua por su cuello y el sonido que escapó de sus labios fue de puro placer. Mis caderas se movieron hacia adelante por voluntad propia, frotando contra su suave estómago. Todo en ella era tan suave. Lo contrario de todo lo que yo estaba acostumbrado.

Ella era mi consuelo. La suavidad que siempre había necesitado pero que nunca había podido encontrar. Estaba hecha para mí. Perfecta en todos los sentidos.

Su aroma inundaba mis sentidos, embriagándome con su excitación. Su cuerpo se estaba preparando para mí y sumergí mi labios más lejos, pasando mi colmillo contra su piel, marcándola a la antigua manera de mi pueblo.

Cuando llegara el momento, le mordería la piel del cuello con mis colmillos y todos los machos sabrían que me pertenecía. Mostré mis colmillos ante la idea, rozando la delicada piel de su garganta para que apareciera allí la marca más clara. Nada como una verdadera marca de apareamiento, pero suficiente para que otros machos supieran que ella estaba siendo cortejada y que estaba receptiva a mí.

Un bufido de satisfacción salió de mi garganta ante ese pensamiento y mi hembra se arqueó ante el pequeño pinchazo. *Gimió*, volviéndome loco, pero recitó mi linaje con la esperanza de poder contener mi celo.

Rok hijo de Grun y Malbar, Grun hijo de Jarl y Paran, Jarl hijo de...

Mi hembra envolvió una pierna alrededor de la mía, lo que me hizo perder el control de mis intentos de mantener la cordura en su presencia. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, su dulce vagina se apretó contra mi muslo y la victoria me llenó.

La inmovilicé contra la puerta en un instante. Iba a hacerla correrse y lo iba a hacer *ahora*.

La risa baja de un orco macho detrás de mí era lo último que quería oír. Con un gruñido salvaje, me di la vuelta y bloqueé a mi preciada compañera de la amenaza.

—No me hagas caso —el macho que se parecía a Dristan levantó las manos en una postura pasiva que me hizo soltar el hacha que tenía en la mano—. Soy el hermano de Dristan, Rudgar. Solo quería asegurarme de que tuvieras todo lo que necesitabas.

—Ella es todo lo que necesito —gruñí, entrecerrando los ojos y él asintió.

La expresión melancólica de su rostro me habría bastado para atacarlo, pero no estaba dirigida a Becca. No, estaba dirigida hacia mí. Era una expresión que conocía bien. Expresaba todo lo que había sentido durante años.

Este macho anhela a su compañera.

—Ella vendrá —le dije con voz ronca y sus ojos se abrieron de par en par—. No pensé que alguna vez encontraría a mi hembra, pero resultó que solo tenía que esperar a que ella me convocara a este plano. Incluso cuando ya no tengas esperanzas, no te rindas.

Una pequeña sonrisa curvó los labios del macho y asintió solemnemente. —Gracias por eso—, murmuró y asentí.

—Dristan me pidió que te trajera algunas cosas para que te las arreglaras hasta que pudiéramos llevarte a comprar más —dijo, mientras me ofrecía una bolsa, pero no tenía idea de cómo estaba atada. Parecía que estaba unida con cierres de metal.

Arqueé las cejas y la tomé sabiendo que tendría que abrirla para poder usarla. Qué desperdicio.

—Tengo oro —le dije, levantando la barbilla con orgullo—. Puedo contribuir a nuestro clan.

—Nuestro clan —dijo el macho con una sonrisa—. Eso suena bastante bien. Parece que estamos creciendo en número.

—Cuanto más grande sea el clan, mejor —le dije asintiendo con firmeza—. Pronto mi hembra y yo tendremos nuestra primera cría y crecerá aún más.

El macho alzó las cejas y soltó una risita. —Tras conocer a tu hembra, te deseo la mejor de las suertes con tu plan—, dijo.

Mi labio se curvó en una mueca de desagrado. ¿Qué *tan bien* conocía a mi hembra? Nunca la culparía por ninguna pareja que hubiera tenido en el pasado, pero si él pensaba que tendría acceso a ella nuevamente...

—No es así —me aseguró Rudgar, encogiéndose de hombros—. Solo somos amigos. Dos miembros del clan sin pareja antes de que ella te conociera.

Sentí que mis músculos se aflojaban cuando mi hembra se apretó contra mí, espiando al macho. Ella le habló en ese idioma absurdo suyo y yo anhelaba poder hablarlo mientras él respondía del mismo modo.

—Becca quiere que sepas que lo que vi no era lo que parecía —, me dijo con una sonrisa traviesa. —Pero estoy bastante seguro de que estaba a punto de presenciar un reclamo.

Gruñí, sin querer ofender a mi hembra, aceptando. No entendía las costumbres sexuales de este plano y, si había ido demasiado lejos, tendría que afrontar las consecuencias. Aun así, ella estaba pegada a mí, con su rostro acalorado contra la piel de mi espalda, así que no podía haber sido *tan* malo.

—¿Te doy el oro a ti o a Dristan? —pregunté, mientras buscaba en mi morral la bolsa de oro. Extendí la mano y vertí el oro en mi palma.

El macho sacudió la cabeza por un segundo antes de entrecerrar los ojos y luego abrirlos al ver el oro.

—E-eso es *oro de dragón* —siseó, acercándose a pasos rápidos y mirando la pila de oro.

Levanté la barbilla con orgullo. —Por supuesto. Y tengo más en mi cueva.

Se quedó boquiabierto mientras sacudía la cabeza, dio un paso atrás y levantó las manos. —No soy tan bueno con el oro como mi hermano, así que le dejaré a él la conversión, pero incluso una sola pieza de eso valdrá al menos un millón de dólares —, dijo con asombro.

No tenía idea de qué era un *dólar*, pero si era la moneda de este plano, eso debía ser un buen augurio para lo que podría ofrecerle a mi hembra. Me volví hacia ella con una sonrisa y ella parpadeó antes de devolverme una sonrisa trémula.

—Me gustaría quedarme con algo para regalárselo a mi hembra como parte de su dote —le dije a Rudgar, sin apartar los ojos de ella.

—Buena suerte con eso —resopló—. Las hembras de aquí podrían no aceptar las viejas costumbres tan fácilmente como te gustaría.

—Lo será —le dije, con la esperanza llenándome el pecho al pensar en que ella aceptaría la dote y luego me aceptaría a mí—. Se la ofreceré a ella y le daré el resto a Dristan.

—Dejaré que Dristan te explique cómo funcionan los clanes aquí —dijo Rudgar. — Me lo dijiste, con un tono divertido en la voz—. Pero parece que te has olvidado de que estoy aquí. Entra con tu hembra. Familiarízate con las comodidades y, si necesitas algo, dile mi nombre y sabrá que debe llamarme.

Asentí y le di la espalda a este macho en señal de confianza y respeto. Me ayudó el hecho de que ahora podía admirar a mi hembra en todo su esplendor excitado. Sus mejillas estaban sonrojadas, su aroma era tan lujurioso como siempre y su mano estaba extendida con una demanda firme.

Sonréí mientras le daba cinco de las monedas de oro. Sus ojos se abrieron como platos y sus labios se separaron. Balbuceó palabras en su idioma, devolviéndomelas, pero yo guardé el resto de las monedas en la bolsa y luego las guardé de nuevo en la cartera para poder dárselas a Dristan más tarde.

Si pudiera, se las regalaría todas. Cada pieza había sido ganada con mucho esfuerzo, luchar contra dragones por su tesoro era visto como una sentencia de muerte para la mayoría de los orcos, pero ella se merecía cada una de ellas.

Además, mi voz interior me dijo mientras inflaba el pecho: no eres la mayoría de los orcos.

Capítulo 14



Becca

Tengo en la mano una especie de oro y sé que probablemente valga una fortuna.

La forma en que Rudgar se había tambaleado sobre la pila en la enorme mano de Rok me dijo que esto, fuera lo que fuese, probablemente podría comprarme *diez* veces más. Traté de empujarle las enormes y pesadas piezas, pero el testarudo macho no las tomó, y guardó el resto en su morral.

—No puedo quedármelas —chillé, sacudiendo la cabeza mientras se las devolvía— . ¡Son demasiado! ¡Las perderé o algo así!

Murmuró algunas palabras en orco, con una mirada suave mientras pasaba un mechón de mi cabello detrás de mi oreja con su dedo gordo. Sus ojos eran suaves e íntimos en mi rostro y el calor subió por mis mejillas.

Este macho iba a hacerme perder la cabeza y ya estaba muy cerca de hacerlo por mi cuenta. Lamí mis labios y vi cómo su mirada se entrecerraba ante la acción y bajaba la cabeza.

Di un paso atrás. —¡Oh, no! Basta de eso. ¡Dijiste que me darías la llave!

Su ceño fruncido se arrugó con confusión y señalé la tarjeta que aún estaba cuidadosamente guardada en su morral. —La *llave* —, dije.

—Llave —dijo, escudriñando mi expresión mientras la sacaba y la levantaba hacia mí. Asentí y le di una amplia sonrisa mientras la tomaba.

Al menos sabía que no era un trámoso. Me había dado el beso, y *vaya beso*, y me había dado la llave junto con cinco monedas de oro. Su generosidad me dejó atónita por un momento antes de entrecerrar los ojos.

—Será mejor que no pienses que puedes comprarme con esto —le dije, agitando el pesado oro y golpeándolo accidentalmente en el pecho.

Inclinó la cabeza hacia mí y sus ojos brillaron mientras me analizaban. Murmuró una palabra que sonaba como *skarsh*. No tenía idea de qué demonios significaba eso, pero encontraría una manera de hacerle saber que no estaba en venta.

No sabía cómo funcionaban los compañeros en el lugar de donde él era, pero no me *compraría*. Tendría que *ganarme*. Me puse rígida al darme cuenta de lo que acababa de pensar. La culpa inundó mi mente.

No había forma de que me comprometiera con este macho que tendría que volver a su hogar. Y cualquier otra cosa que hiciera aquí, solo lo incitaría a seguir adelante. Querría que regresara con él a su casa, pero no había forma de que dejara atrás a mi familia.

Puede que no tengamos parentesco de sangre, pero sí lo teníamos en todos los aspectos importantes. Por más delicioso que fuera ese sexy macho, no podía tomar decisiones con mi vagina.

No se puede confiar en ella.

Toqué la puerta con la tarjeta y se abrió con un *clic*. Rok me miraba con esa extraña concentración que había notado cuando observaba su entorno. Tenía la sensación de que iba a aprender rápido y no sabía cómo sentirme al respecto.

Murmuró unas palabras en orco mientras yo empujaba la puerta para abrirla, permitiéndole ver el interior. Sonaba como una oración, pero también podría haber sido una maldición y nunca lo sabría.

Abrí la aplicación Prattle en mi teléfono y la usé frenéticamente hasta que comencé la prueba gratuita de Orcish. No tenía forma de convencer a este macho de que me abandonara si no nos entendíamos.

Abrí los ojos como platos y me di una palmada en la frente al darme cuenta de que había podido usar Zooble Translate durante todo este tiempo. Rok había comenzado a rondar por el apartamento, pinchando y empujando a medida que avanzaba.

Le lanzó un gruñido bajo al robot aspirador que se dirigía a través del suelo, con el brazo en alto y la hacha en la mano. Puse mi mano sobre su brazo y eso pareció tranquilizarlo, pero mantuvo la mirada fija en el pequeño círculo de caos mientras pasaba a toda velocidad junto a él otra vez.

—No sé qué tan bueno sea tu versión de orco —le dije, escribiendo en el traductor—, pero lo intentaremos.

Le acerqué el teléfono y él se echó hacia atrás bruscamente mientras hablaba con voz monótona. Frunció el ceño, me miró a mí y luego al teléfono, lo señaló y me hizo una pregunta. Mantuve el dedo sobre el micrófono mientras decía: —Esto puede ayudarnos a hablar entre nosotros.

La aplicación habló de nuevo y aunque Rok todavía tenía esa expresión confusa en su rostro, asintió.

—Aquí es donde te quedarás —le dije, señalando a nuestro alrededor.

Sostuve el micrófono y le hice un gesto con la mano para que hablara. Dijo algunas palabras lentamente y luego la aplicación dijo:

—Me quedo contigo.

Asentí, señalando el apartamento que nos rodeaba.

—Nos quedamos los dos aquí.

Su expresión se aclaró y ronroneó la palabra —N'am'osh— que había dicho antes. Esta vez el traductor dijo:

—Mi compañera.

Mi corazón se encogió al oír esas palabras, la ternura en su mirada y la pequeña sonrisa que se dibujaba en sus labios mientras las decía. Me mordí el labio, tratando de poner los pies en la tierra.

—¿Cómo sabes que soy tu compañera?—, le pregunté mientras la aplicación hacía su trabajo.

Inclinó la cabeza, una sonrisa burlona se dibujó en sus labios y arqueó una ceja arrogante. Ni siquiera necesitó hablar para que yo entendiera lo que estaba diciendo.

Mujer, por favor.

De acuerdo, eso era cierto. Un orco macho reconocería a su compañera. Yo lo sabía. Había investigado lo suficiente como para conocer los detalles más *íntimos* en lo que respecta al apareamiento de los orcos.

Mis mejillas se llenaron de calor mientras bajaba la mirada hacia donde podía ver el pene de Rok delineado en los pantalones de cuero que vestía. Miré hacia otro lado, pero no antes de que él se diera cuenta y se acercara un paso más a mí.

Su bajo ronroneo de palabras me provocó un escalofrío en la columna vertebral.

—Hembra quiere pollo—, dijo la aplicación con voz monótona y no pude evitar el resoplido divertido que me dejó.

Miré a Rok, pero no parecía nada divertido. Sus ojos estaban llenos de la misma lujuria que había visto antes y ahora que estábamos a salvo tras puertas cerradas, no sabía si podía decir que no.

Capítulo 15



Rok

—¿Mi hembra quiere mi pene?—, pregunté en tono seductor. Cuando la pequeña caja habló con esa voz extraña en su idioma, por alguna razón las palabras hicieron reír a mi compañera.

Supuse que estaba diciendo algo incorrecto. Apenas entendía lo que intentaba decirme con la voz monótona de la caja mágica, pero tenía que ser algún tipo de hechizo de traducción.

Si hubiera hecho esto antes, habría podido seducirla dentro de la cueva. Tal vez mi hembra necesitaba tiempo para comenzar este hechizo de traducción.

Cualquiera que fuera la razón, agradecí que ella intentara comunicarse conmigo. Haría que nuestro apareamiento fuera mucho más fácil. Me lamí los labios, di un paso más cerca de mi Becca y sus ojos se abrieron de par en par antes de dar un paso hacia atrás.

—¿Quieres correr, Becca? —pregunté con una sonrisa burlona—. Ya sabes lo que correr le hace a los orcos. Sería lo peor que podrías hacer.

La caja mágica parloteó sus tonterías y los ojos de mi hembra se abrieron de par en par. Sentí que mi sonrisa se ensanchaba.

Bien.

Necesitaba saber que yo hablaba en serio sobre ella, sobre nosotros. Había comenzado nuestro cortejo de la manera tradicional, pero estaba dispuesto a saltarme algunos pasos, si me lo permitía. El roce de labios de antes solo había despertado mi apetito por más de ella.

Retrocedió otro paso y yo emití un gruñido bajo de advertencia. *¿Quería* que la persiguiera? Las imágenes en mi cabeza, de perseguirla por el bosque, atraparla, saborear su risa contra mi boca y luego joderla contra la tierra blanda, me harían perder la cabeza.

Le habló a la caja mágica y esta le dijo, con su terrible imitación del orco: —No puedo. Vete.

Fruncí el ceño de inmediato y sacudí la cabeza con vehemencia. —No me voy. Me dijiste que nos quedaríamos juntos.

Esperó las palabras de la caja y luego se mordió el labio. Escrutando mi rostro, suspiró antes de murmurar para sí misma y darse la vuelta. Estuve sobre ella en un instante, extendiendo mi palma para acariciar la hermosa curva de su trasero.

Ella se dio la vuelta, me dio una palmada en la mano y yo le sonreí. Los orcos no eran tímidos a la hora de tocar. Mis padres, para mi trauma permanente, se tocaban constantemente. Los compañeros eran inseparables y un día mi pequeña bruja llegaría a entender esa forma de vida. Por ahora, podía ser tímida.

Observé con diversión cómo mi hembra se acomodaba el cabello detrás de la oreja y daba dos pasos hacia atrás. Llené el espacio sin problemas. Podía permitirle que fuera tímida, pero no había forma de que yo fingiera no saber cuánto me deseaba.

Su aroma estaba impregnado de lujuria y yo estaría más que dispuesto a satisfacer todas sus necesidades. No había forma de que dejara que mi Becca sufriera durante la noche. No cuando había tanto que podía hacer para ayudarla.

Me incliné y ella gritó, golpeándome el pecho con la mano que agarraba las piezas de oro. Gruñí ante el pequeño impacto, pero seguí bajando la cara. Sus grandes y hermosos ojos color avellana parpadearon y no pude evitar presionar mis labios contra los suyos.

Esta era mi nueva cosa favorita. La manera perfecta de mostrarle lo que sentía por ella.

Cerró los ojos y sus pestañas oscuras ocultaron lo mucho que me deseaba. Me concentré en el resto de ella, sintiendo los deditos de su otra mano clavándose en mi brazo, sujetándome fuerte mientras la mano que agarraba el oro seguía presionada contra mi pecho.

Entrelacé mi lengua con la suya y ella lanzó el sonido más decadente que había escuchado en mi vida, el estridente ruido de las monedas que caían al suelo de madera me llenaba de orgullo. Sus dos manos me estaban tirando más cerca ahora y la moví más adentro de la habitación, ya habiendo memorizado el diseño.

La levanté y la puse en el borde alto de lo que supuse que era una cama, pero parecía que solo era lo suficientemente grande para que cupiera mi pequeña hembra. Incluso si tuviéramos que dormir en el suelo, me aseguraría de que mi Becca estuviera cómoda.

Le di un fuerte apretón en el trasero y ella me dio una palmada en el hombro hasta que la solté y me reí. Sus piernas se separaron alrededor de mis caderas y gemí contra sus labios, saboreándola más profundamente.

Todo mi cuerpo ardía por ella. Pasé mis dedos por su cuello, arrastrándolos por sus hombros y brazos antes de rodear su suave cintura.

Gritó, metiendo el estómago hacia dentro, pero yo gruñí, inclinando su cabeza hacia atrás otra vez y distrayéndola con mis labios. Era tan perfecta, tan suave. Iba a explorar cada centímetro suyo.

Seguí su voluptuosa figura con mis manos, recorriendo sus suaves curvas con admiración y reverencia. Cuando llegué a sus exuberantes pechos, me detuve, sabiendo que ella era muy particular en cuanto a que la tocara allí.

Suspiró contra mi boca, soltándome lo suficiente como para llevar mis manos hacia ellos. Gemí y los apreté con agradecimiento. Mi hembra. Estaba aquí conmigo. Después de tanto tiempo.

Intenté apretar los ojos para contener las lágrimas que se habían formado en ellos, pero no pude. Mi hembra se apartó y yo me volví avergonzado, pero me tomó el rostro entre las manos y me hizo volver hacia ella.

Había una pequeña sonrisa en sus labios y murmuró palabras en su idioma, mirando hacia abajo, donde mis manos se negaban a soltar sus preciosos pechos. Su sonrisa se ensanchó y me llenó de asombro cuando secó una lágrima de mi mejilla.

Sus manos se movieron detrás de ella y observé fascinado cómo lo que llevaba puesto caía para dejar al descubierto una prenda que le cubría los pechos. Me vi obligado a mover las manos para permitir que cayera, pero solo por un momento. Volví a tocarla, fascinado por los diminutos dibujos de la prenda. La suavidad de la tela.

Todo en ella era una maravilla. ¿Dónde había encontrado un material tan suave? Estaba tan ocupado estudiándolo que, cuando se aflojó y las diminutas tiras cayeron sobre la parte superior de mi mano, casi no entendí lo que estaba sucediendo.

Entonces, mi respiración se congeló en mi pecho y mi mirada saltó hacia mi hembra. Ella me estaba dando esto. Iba a mostrarse ante mí. La ternura que vi en sus ojos fue casi mi perdición.

Quería asegurarme de que comprendiera lo mucho que significaba para mí ese regalo. —Me honras —le murmuré, rozando mi nariz con la suya, como había visto a mi

padre hacer con mi madre incontables veces—. Usaré la piel de cualquiera que intente hacerte daño.

Hice el juramento, la miré a los ojos mientras dejaba caer la cubierta, desnudándola ante mí. —Eres todo para mí—, le dije y ella volvió a sonreír, aunque no entendía lo que le estaba diciendo.

Tragando con fuerza, bajé la mirada y mis rodillas casi se doblaron ante la vista. Me permití caer hacia ellos, mi pene palpitando en mis pantalones mientras miraba sus senos exuberantes. Su piel era más clara aquí, lo que me decía que no los descubría al sol. Eso era bueno. Tendría que matar a menos machos por mirarla.

Sus pezones oscuros estaban apretados y duros, el olor de su excitación me mareaba.

—Por favor, dime que esto es real —susurré, inclinándome hacia delante para acariciar su suavidad. Solté un profundo gemido y elevé una silenciosa oración de agradecimiento.

Los dioses sabían lo que hacían cuando la formaron para mí.

—Quiero besarlos—, le dije, mirándola, y me di cuenta de que tenía su dulce labio inferior entre los dientes mientras me observaba. Puede que no supiera lo que estaba diciendo, pero estaba disfrutando con ello.

Me aseguraría de que se enamorara de mí cuando la tocara. Que ansiara tener mis manos sobre ella cada segundo del día. Era la primera parte de mi plan para cortejarla y hasta ahora lo estaba haciendo bien.

—Déjame lamerte, Becca —murmuré y ella frunció el ceño, pero me hizo un gesto con la barbilla. Sentí que la sonrisa se extendía por mis labios antes de pasar la lengua por un áspero pezón.

Su sabor era sublime. Gruñí en voz baja y lo succioné con la boca, ahuecando sus pechos y presionándolos contra mi cara.

Iba a saborear esto. La adoraría aunque fuera lo último que hiciera. Pasé al otro pezón, absorto en mi tarea, pero los pequeños sonidos que emitía me hicieron mirarla.

Becca tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, con esos dientes blancos como perlas clavándose con más fuerza en su labio inferior. Levanté una mano hacia su cara, le acaricié la mejilla y le aparté el labio de la mordedura antes de que pudiera sangrar.

Ella jadeó, su piel morena en mi palma verde era tan hermosa que sentí que mi pecho dolía de alegría. Parpadeó hacia mí y una tímida sonrisa se extendió por su rostro. Fue como un detonador en mi cabeza. Necesitaba hacer que mi hembra se corriera y necesitaba hacerlo *ahora*.

—Necesito ver tu dulce sexo, compañera. Déjame verlo —le supliqué mientras mis manos se dirigían hacia su falda y la levantaba lentamente por sus piernas para que supiera lo que le estaba pidiendo.

Se lamió los labios, ya húmedos, y me hizo otro gesto de asentimiento. Dejé que mis instintos se apoderaran de mí. Recogí la tela y arranqué el retazo que le cubría el sexo antes de que otro pensamiento surgiera en mi cabeza.

Entonces, lo único que pude hacer fue mirarla fijamente. Su absoluta perfección. Su vagina estaba empapada, casi goteando por mí. El vello estaba prolíjo y recortado, una pizca perfecta de suavidad para que me frotara la cara. Y su *aroma*. Era lo más delicioso que había olido en mi vida. Iba a comerme a esta hembra todos los días por el resto de mi vida.

La lujuria me golpeó como un tronco en la nuca. Estaba tan cerca de correrme en mis pantalones que tuve que agacharme y apretarme el pene dolorosamente. No habría nada de eso ahora.

Ella era todo lo que importaba. Mi placer era insignificante. Con un profundo gemido, hundí mi rostro en ella, esparciendo su humedad sobre él.

Necesitaba estar cubierto por ella. Este olor de su lujuria en mi rostro les diría a otros machos que era mía y que estaba muy complacida. Los haría pensar dos veces antes de acercarse a ella. Hasta que no estuviera cubierta de mi *propio* aroma y llena de mi semen, no sería reclamada, pero tenía toda la intención de matar a cualquier macho que ni siquiera le enviara una mirada apreciativa.

La seguiría a todas partes hasta que aceptara ser mía y llevar a mis crías en brazos. Gruñí y bajé una mano para acariciar su suave vientre. Se estremeció un segundo antes de relajarse contra mí.

Sí, te vas a acostumbrar a mis caricias, hembra. Se acabó el correr para ti.

Pasé mi lengua por sus labios hinchados y escuché su jadeo femenino, sus muslos temblando a ambos lados de mí.

—Te haré sentir muy bien, Becca. Confía en mí y te lo daré cada vez que pueda — le dije, su dulzura cubrió mi lengua. Gemí, hundiendo mi lengua en ella hasta que me agarró del pelo con una de sus manos y un grito salió de su garganta.

Apenas notaba el tirón en mi cuero cabelludo, perdido en su sabor y suavidad. Podría haberla comido durante horas. El mundo podría haberse acabado a mi alrededor y ni siquiera me habría dado cuenta. Este era el lugar donde debía estar.

Capítulo 16



Becca

Debería detenerlo.

El pensamiento era un revoloteo en mi cerebro, apenas presente, mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, bombardeada por el placer. Este macho era un maestro con una vagina. Recién había comenzado, dándome largas lamidas antes de empujar su lengua gruesa y larga dentro de mí. Yo era del tipo de chica a la que le gustaba la estimulación del clítoris. Siempre lo había sido.

Sin embargo, allí estaba yo, con el culo en una posición incómoda en el respaldo de un sofá que me preocupaba al cien por cien que se cayera con mi peso, con su lengua dentro de mí, después de haber rozado mi clítoris durante quizás un segundo, ya al borde del orgasmo más fuerte de mi vida. ¿Acaso mi cuerpo lo había estado esperando?

Mientras introducía su lengua en mí, su grosor me hacía entrecerrar los ojos. Estaba bastante segura de que la respuesta era sí. Empezó a empujar con firmeza y los hormigueos empezaron en mis dedos de los pies. Los que me decían que estaba a punto de correrme.

Hundí mis dedos en su cabello, incliné la cabeza hacia atrás y mi mente se quedó en blanco mientras cerraba los ojos con fuerza, concentrada en el macho arrodillado frente a mí y en la magia de su lengua. El orgasmo me golpeó como un tren de carga. Todo mi cuerpo se puso rígido y grité, todavía sujetándolo mientras me daba cuenta de que estaba cayendo hacia atrás.

Grité, pero él no me soltó, sus manos se movieron de mis pechos a mi trasero, equilibrándome una vez más mientras frotaba mi sexo contra su cara. El tipo era un maldito Dios. No había otra explicación.

Me jodió lamiéndome y yo gemí cuando la hipersensibilidad empezó a apoderarse de mí. Eso no lo detuvo. Sus brillantes ojos marrones con esas hermosas motas doradas se encontraron con los míos y observé cómo se aferraba a mi clítoris. Mis ojos se abrieron de par en par con inquietud.

Oh, no. No puede esperar que vuelva a correrme después de eso.

Pero parecía que sí, ya que succionaba con intención, sin apartar la mirada de la mía en ningún momento. Yo estaba atrapada en su mirada, incapaz de apartarla mientras mi traicionero cuerpo se preparaba para un segundo orgasmo alucinante.

—Rok —le susurré y la curva de sus labios fue todo lo que necesité para que mi mundo explotara por segunda vez, las estrellas se rompieron detrás de mis ojos mientras me corría. Mis dedos de los pies se clavaron en su espalda y los de mis manos estaban todos enterrados en su cabello ahora, confiando en que él me mantendría firme mientras me sacudía contra él.



Oh Dios mío, me ha cegado.

No podía ver. Todo había sucedido demasiado rápido y ahora estaba ciega. Mi segundo orgasmo me había destrozado y mi pobre cuerpo no podía soportar ese tipo de estrés.

Sus suaves palabras murmuradas en orco mientras pasaba esa lengua milagrosa por mis labios una vez más, me hicieron parpadear y abrir los ojos.

Oh.

Lo miré, con su sonrisa de satisfacción, pero ¿quién podía culparlo? El tipo era supertalento.

Mientras se acariciaba contra mi muslo, susurrándome palabras dulces que no entendía, las endorfinas en mi cerebro me decían que estaba sintiendo cosas por este macho que simplemente no podía ser.

Entonces, se acercó y ahuecó mi mejilla en su palma, acariciándola con una ternura en su mirada que significaba que él sentía lo mismo y yo sabía que dependía de mí hacernos entrar en razón a ambos. Me aparté, cayendo hacia atrás en el sofá con un chillido que esperaba no haya sido tan fuerte y vergonzoso como pensé que era.

Acomodé mi ropa mientras él se ponía de pie en toda su imponente altura, con el ceño fruncido en confusión.

—Lo siento —dije, dándome unas palmaditas en la falda antes de sacar el sujetador del sofá y ponérmelo—. Creo que nos dejamos llevar un poco.

Inclinó la cabeza hacia mí y entrecerró los ojos mientras yo tiraba de mi blusa. Me mordí el labio inferior, recordando cómo me había impedido morderlo demasiado fuerte y mi corazón dio un vuelco que me asustó.

Cálmate, Becca. No puedes enamorarte de ese macho. No puedes dejar atrás a tu familia.

—Te iba a mostrar tu habitación —chillé, intentando caminar normalmente sobre mis rodillas que ahora parecían hechas de gelatina.

Miré a Rok mientras se levantaba de su lugar en el suelo y me mordí el labio ante el enorme bulto en la parte delantera de sus pantalones.

Este macho lleva una tercera pata.

Aparté la mirada, aunque no tan rápido como imaginé, a juzgar por la sonrisa que me dirigió, y seguí caminando, tratando de no darme de cara contra ninguna pared o puerta. Fue una lucha.

Yo era un charco de sustancia viscosa posorgásmica y el macho que me había llevado hasta allí estaba justo detrás de mí, sus feromonas todavía me golpeaban directamente en el hipotálamo. Todo lo que sabía era que yo era una hembra en mi mejor momento y este macho daría a mis óvulos los mejores bebés.

Quiero decir, serían bebés excepcionalmente lindos.

Le hablé con seriedad a mi cerebro sobre las prioridades y por qué mi familia era más importante que el sexo, pero lo único que me envió fueron imágenes de adorables bebés mitad orcos, mitad humanos, con trajes con volantes. Cuando llegamos a su dormitorio y nos encontramos con la enorme cama del tamaño de un orco, me pregunté qué tenía de malo *tener* un bebé mitad orco.

Me volví hacia él y me pareció que se estaba preguntando lo mismo, porque sus ojos se movieron de la cama a mí con lujuria e intención escritas en cada centímetro de su expresión.

—No, grandullón —le dije, extendiendo una mano frente a mí—. No vamos a hacer eso.

Deberíamos estar haciendo eso. ¡Piensa en los bebés tan lindos!

Maldije mis instintos internos de anidación y mantuve la distancia entre nosotros, pero me di cuenta de que no estaba feliz por el pellizco en su frente. Miró la cama una vez más y luego extendió su propia mano hacia ella, hablándome con sus palabras en un tono bajo, como si estuviera tratando de ser razonable.

Puse los ojos en blanco y palpé mis bolsillos hasta que encontré mi teléfono. Cuando lo saqué y abrí el traductor, se lo tendí de nuevo. Frunció el ceño, pero repitió sus palabras.

—La cama es para el apareamiento y para generar calor—, me dijo con su voz monótona mientras mi rostro se calentaba.

—Tenemos calefacción interior, así que no hay necesidad de abrazarse —dijo en la caja y cuando tradujo mis palabras, frunció el ceño.

Supuse que le había dicho alguna tontería, pero no esperaba que utilizara su cuerpo para empujarme contra la cama, inclinándose sobre mí hasta que la parte posterior de mis muslos chocó contra ella.

Oh, no.

Se lamió los labios y una sonrisa se dibujó en sus labios. Habló con el caja y esperé como decía,

—Sí, abrázame.

Oh, no, no. Tengo la sensación de que “*abrazos*” no significa lo que él cree. ¡Maldito seas, Zooble Translate!

Intenté alejarme, pero eso hizo que volviera a caer en la cama. En un instante, tenía mis piernas sobre sus hombros y mi cuerpo se derritió bajo él.

¿Más orgasmos?

El sonido estridente del teléfono que estaba a mi lado era lo único que podía sacarme del hechizo que estaba lanzando a mi alrededor. Volteó una mirada molesta hacia mi teléfono y lo tomó. Luchamos por un breve momento lleno de lujuria antes de que le diera un golpe en la gran palma verde y se lo arrebatara, respondiendo.

—*¿Hola?—*, jadeé.

—Dios mío —dijo Penélope al otro lado de la línea—. Solo ha pasado media hora desde que nos vimos, Becks. *¿Cuántos orgasmos has tenido desde entonces?*

Se me calentó la cara y miré hacia donde Rok estaba acariciando con la nariz mi pantorrilla, tratando de ocultarlo mientras me subía la falda por las piernas.

—Dos —chillé, y su alegre grito me hizo contener una sonrisa.

—¡Claro que sí! Sabía que ese machoería bueno para ti —se rió—. Te lo quedas y ahí termina la historia.

—No puedo quedármelo —le dije, sacudiéndome mientras Rok pasaba su lengua por la piel de mi muslo, separando mis piernas con facilidad mientras mi cabeza caía hacia atrás sobre la cama—. Él necesita regresar al lugar de donde vino y yo no puedo ir con él.

—Por *supuesto* que no te vas con él —insistió, y pude ver su mirada severa en mi cabeza incluso cuando Rok empezó a mordisquear más fuerte—. Pero te *lo quedarás*. Él se quedará aquí. Puede mudarse al apartamento.

—Eso es una locura—, dije, mi voz sin aliento antes de gritar cuando me acarició allí. Mis tibios intentos de alejarlo no lo disuadieron.

—Supongo que estás demasiado ocupada para tener una conversación racional ahora mismo. Deja que te dé unos cuantos orgasmos más esta noche y luego tráelo a nuestra casa para desayunar. Podemos hablarlo.

Probablemente dije algo en ese momento, pero no estaba segura. Su risa cómplice me indicó que sabía *exactamente* lo que estaba pasando cuando colgó el teléfono.

Capítulo 17



Rok

No me permití dormir en toda la noche. Tenía miedo de estar soñando y despertarme para encontrarme nuevamente en mi solitaria cueva.

Pasé la noche acurrucado con mi hembra. Después de asegurarme de que se corriera tres veces más contra mi lengua, se había vuelto un desastre somnoliento en mis brazos. Seguí mi nariz hasta el aroma de la fruta en un recipiente en el área de cocina y le di de comer trocitos, observándola mirarme con ojos lánguidos entre mis brazos.

Ella era mi posesión más preciada y estaba aprendiendo a cuidarla en esta nueva tierra. Lo haría mejor. Tenía que hacerlo si tenía alguna esperanza de conservarla.

Acostarse al lado de alguien también tenía su propia forma de intimidad. Las hembras con las que había estado antes me habían invitado a sus camas y me habían echado justo después de que el acto hubiera terminado.

No mi compañera.

Se había acurrucado en mis brazos como un *matagot* soñoliento que se hubiera metido en una cueva en busca de calor. Le acaricié el pelo, pasando mis dedos por sus sedosas trenzas, y toqué su delicada piel. Encontré un cuchillo en la cocina y me corté las garras, pero necesitaba un poco de piedra para limar los bordes afilados antes de poder tocarla correctamente.

Nunca quisiera hacerle daño, ni siquiera por accidente. Pasé horas acurrucado a su alrededor y ella apoyó su delicioso trasero contra mi pene. Fue sublime. Quería revivir y atesorar cada segundo.

Pero, aparte de tenerla conmigo, no estaba seguro de cómo sería ese nuevo mundo en el que viviría. De todos modos, no habría podido dormir, aunque lo hubiera intentado. Había ruidos por todas partes, fuertes y discordantes, cuando yo estaba acostumbrado a escuchar únicamente el sonido relajante de los animales nocturnos.

Las numerosas entradas a su espacio vital tampoco tenían la misma seguridad que una cueva. Un enemigo podía entrar por cualquier lado. Había barreras claras por todas partes, pero parecían frágiles y fáciles de romper. ¿Cómo vivía ella sola aquí? ¿Una hembra sola?

Sabía que estábamos muy altos. De hecho, no había podido calcular a qué altura nos encontrábamos del suelo cuando miré a través de las barreras transparentes, pero no podía imaginar que eso disuadiera a nadie que tuviera las herramientas adecuadas.

Me acurruqué contra el cabello de Becca, oliendo un poco de su aroma y tranquilizándome. Tendría que hacerle muchas preguntas a Dristan cuando lo viera. Cómo había equipado su propia casa para proteger a su compañera.

Solo necesito aprender. Aquí podemos estar seguros y felices. Yo la cuidaré y ella nunca me dejará.

Pasé mis colmillos sobre ella, cubriéndola con mi aroma, mis manos llenas de sus deliciosos pechos. Así era como quería pasar todas las noches. Con mi compañera en mis brazos después de haber saciado su lujuria.

Pasé mi lengua por su oreja y ella soltó una risita, haciéndome sonreír. El sol se asomaba por las ventanas. Era nuestro momento de levantarnos.

Abrió los ojos de par en par, su boca se abrió con un bostezo adorable y mi corazón se derritió en un charco. Se giró para mirarme y una sonrisa se dibujó en sus labios.

Murmuró palabras en su idioma y me maldije por no saberlo. Sonaba íntimo y dulce. Como si me estuviera agradeciendo por nuestra primera noche juntos.

—Todas las noches a partir de ahora, Becca —le respondí.

Se estiró, arqueó la espalda, su trasero presionó mi pene dolorido y sus pechos se movieron en mis manos. Cerré los ojos para saborear su sensación.

Mi compañera.

Señaló una pequeña caja con glifos parpadeantes y murmuró más palabras antes de volverse hacia mí nuevamente y levantar la boca para darme un beso.

Dioses, sí. Esta pequeña hembra me está aceptando.

Le di mis labios, pero ella se apartó y se acurrucó contra mí otra vez. Fruncié el ceño al darme cuenta de que se estaba volviendo a dormir. Miré el cielo por la ventana otra vez, confundido.

Pero... el sol está saliendo. ¿Por qué no iba a empezar ella su día?

Sonriendo, me di cuenta de que había alterado su horario al agotarla con orgasmos. Engreído, me separé a regañadientes de ella, sonriendo al ver su diminuta figura en la suave cama. Era realmente algo mágico. Mi propia cama estaba repleta de pieles, pero nunca había sido capaz de lograr algo parecido a esa textura.

Pasé de nuestro dormitorio a la zona de cocina de nuevo, sin estar seguro de lo que mi hembra comería para el desayuno. Había más fruta en la pequeña cesta sobre la piedra en el centro de la habitación, pero necesitaba algo que la sustentara durante el día. Eso no sería suficiente.

Si tuviera embutidos, podría hacer algo digno de ella, pero no tenía muchas esperanzas. Era tan pequeña cosa, cazar podría no ser una de sus mejores habilidades. Probablemente por eso había tanta fruta.

Olfateando, seguí el olor de la comida hasta una caja pegada a la pared. Estaba sellada y ladeé la cabeza hasta que vi el sello en los bordes. Había asas en el medio y cuando les di un suave tirón, se abrieron con facilidad.

Mis ojos se abrieron de par en par ante los olores y las vistas que me bombardearon junto con una ráfaga de aire frío.

Ingenioso.

Mi hembra había almacenado *comida*. Tanta que estaba seguro de que podríamos tener un festín de al menos una semana. Era mucho más pequeña que yo, así que tal vez la había racionado durante meses.

Mientras olfateaba el envoltorio en el que cubría la comida, arrugué la nariz. Había otros olores junto con la comida. Cosas que no olían *a natural*. Levanté un paquete que parecía contener lonchas de carne, pero no tenía idea de qué tipo era.

En esta tierra se añadía algo a la comida y me pregunté si era para evitar que se estropeara. Solté una carcajada. Qué tontería, si se podía pescar más.

Aun así, olfateé y picoteé carnes y verduras hasta que tuve suficiente para alimentarme a mí y a mi hembra. Puse todo en la piedra grande con la fruta, sabiendo que le agregaría algo de eso en caso de que fuera lo que ella prefería, y cerré la caja fría.

Abrí más puertas pequeñas que había por la habitación, pero ninguna de ellas estaba tan fría como la caja. En su lugar, encontré cerámica, pero distinta a todo lo que conocía. Todo era delicado y frágil, como lo comprobé cuando partí por la mitad un cuenco plano con solo levantarla.

Sostuve uno más frente a mí con solo las puntas de mis dedos, llevándolo hacia la comida. Con cuidado, lo dejé sin romperlo y suspiré aliviado. Seleccioné los mejores trozos de comida para mi hembra y los puse en él, enganchando los trozos que no eran

tan buenos para ella. Yo mismo estaba hambriento, pues la noche anterior no había comido carne.

Fruncí el ceño, sin estar familiarizado con el sabor de lo que estaba comiendo y los ingredientes adicionales que se le agregaban. Tendría que cazar y buscar comida para mi hembra para que pudiera ganar suficiente peso para llevar a mis crías.

Le preguntaría a Dristan y a Rudgar por la zona de caza más cercana. Me molestaría tener que separarme de Becca durante un largo periodo de tiempo, pero tendría que crear mi propio acopio de carne curada para ella, si tenía alguna esperanza de conseguir algo apetecible.

Gruñendo de fastidio, levanté la delicada vajilla de cerámica con una palma, equilibré la comida y se la llevé a Becca. Mi mirada se suavizó al verla dormida. Se había extendido sobre mi lado de la cama, acurrucándose entre las sábanas.

A ella le encanta mi aroma tanto como a mí me encanta el suyo.

El puñetazo en el estómago me hizo mostrar los colmillos.

Nadie jamás me la quitará.

Las fosas nasales se dilataron y, tratando de calmarme, bajé la comida al soporte de madera que había junto a la cama. Le acaricié el pelo y ella emitió un pequeño gemido, murmurando palabras y volviéndose hacia mí.

—Despierta, compañera —murmuré, y ella parpadeó y abrió los ojos. Me dedicó otra de sus sonrisas, con la mirada fija en la comida. Arqueó las cejas y volvió a mirarme.

Se sentó, las mantas cayeron de sus perfectos pechos y yo gruñí con aprobación. Ella los miró, jadeó y luego agarró las mantas blancas una vez más. Gruñí de nuevo, pero esta vez con fastidio.

Después de nuestra noche juntos, pensé que se sentiría cómoda mostrándose ante mí.

Tal vez lo único que necesitaba era tiempo. Lo entendí. Este apareamiento podría estar desarrollándose rápidamente para ella. No tenía idea de cómo se producían los apareamientos en este plano.

Le ofrecí el plato de comida y ella inclinó la cabeza hacia él, con una pequeña sonrisa extendiéndose en su rostro.

Ella es magnífica en su belleza.

Cuando tomó algo del plato en señal de agradecimiento, gruñí por lo bajo. Se lo quité, lo que la hizo dar un respingo de sorpresa. Se lo acerqué a los labios y observé cómo se abrían con sorpresa. Se lo ofrecí y ella se inclinó hacia delante, mordisqueándolo con esos dientes diminutos e inútiles que probablemente no podrían morder a un jabalí verrugoso ni aunque lo intentara.

Le acaricié los labios con el pulgar mientras masticaba y luego tomé otro bocado del plato. Con cuidado, la alimenté una y otra vez, deteniéndome solo el tiempo suficiente para darle suaves besos en los labios.

Cuando estuvo saciada, se llevó la mano al estómago y sacudió la cabeza. Comí el resto de la comida. Me miró con ternura, pero la envoltura blanca todavía estaba pegada a su pecho.

Sin embargo, no podía culparla. Nuestro apareamiento era nuevo y nos llevaría tiempo acostumbrarnos el uno al otro. Ni siquiera *me* había visto desnudo todavía.

Incliné la cabeza hacia un lado, dejé el plato a un lado y comencé a desnudarme para ella. Sus ojos se abrieron de par en par, supuse que con absoluta emoción y expectación, mientras yo me quitaba las correas de cuero del cuerpo. Ya había limpiado y guardado mis armas después de que ella se durmiera.

Hizo pequeños ruidos mientras su mirada se deslizaba sobre mi figura y supe que había flexionado mis músculos un poco más de lo necesario. Me agaché para soltar los lazos de mis pantalones y ella extendió sus manos con una exclamación que no entendí.

Por alguna razón, no creo que me esté diciendo que siga adelante.

Capítulo 18



Becca

Oh, Dios mío, se está desnudando para mí.

Estaba acalorada y al mismo tiempo agarraba mis perlas imaginarias. Él era apetecible de pies a cabeza. Cada centímetro suyo era una obra de arte y perfección, pero no sabía qué había hecho para que pensara que yo quería ese espectáculo.

Quiero decir, quiero el show, pero no ahora.

Era demasiado temprano en la mañana para estar despierta, mucho menos para lidiar con toda su perfección semidesnuda.

—¡Para! —grité, moviendo bruscamente la mano hacia delante para hacerle entender que *no* debía desabrocharse los pantalones.

Aunque realmente quiero que lo haga.

Después de la noche anterior, me sentía más cómoda con él, pero no sabía si podría soportar tanta desnudez orca tan temprano. Mi cerebro podría fallar y morir.

Levantó las palmas de las manos en señal de rendición y yo reprimí una sonrisa cuando él me sonrió. Creo que me estaba enamorando de la naturaleza tranquila de este

macho. La forma en que manejaba las situaciones con humor y aceptación era algo que deseaba poder emular. Había sido convocado de un *tomo* a un *mundo* completamente nuevo, y lo había aceptado.

Avanzó, con las rodillas sobre la cama, y mis ojos se abrieron cuando se inclinó sobre mí.

—N'am'osh —ronroneó, metiendo mi cabello detrás de mi oreja y distrayéndome con su hermosa sonrisa. Le estaba devolviendo la sonrisa cuando sentí que la manta se me caía de las manos y dejaba mi cuerpo al descubierto.

Su mirada bajó hasta mis pechos y su sonrisa se hizo más amplia.

—No es justo —jadeé, tirando de la manta hacia arriba y transformando su buen humor en una mueca.

Solté una carcajada y extendí la mano hacia su rostro. Se quedó completamente inmóvil, su mirada curiosa mientras me observaba. Acaricié un colmillo, luego la sombra del vello en sus mejillas y barbilla. El vello rozó mi palma y me estremecí.

Luego le pasé un dedo por la nariz y por su frente. Ni siquiera se inmutó, sus ojos no se apartaron de los míos. De hecho, su sonrisa se hizo aún más amplia.

—Eres tan guapo —le susurré, y él cerró los ojos mientras yo le acariciaba la mejilla. Se volvió para besarme la palma de la mano y sentí cómo me invadía una oleada de calor.

Me mordí el labio y me di vuelta para buscar mi teléfono. No me lo permitió, mantuvo mi palma en su mano y me atrajo hacia él hasta que estuve debajo suyo. Mis ojos se abrieron de par en par por la inquietud, pero no intentó mover la manta que nos separaba.

En cambio, repitió los mismos gestos en mi rostro, recorriendo mis rasgos como yo lo hacía con los suyos. Mi corazón se derritió y le devolví el beso en la palma. Gimió en lo más profundo de su garganta y se inclinó para acariciar con sus colmillos la piel de mi cuello.

Si nos quedamos así nunca vamos a salir de esta cama.

Con ese pensamiento en primer plano en mi mente, me incorporé y me aclaré la garganta. —Tenemos que ir a ver a Dristan y Penélope—, le dije y sus ojos brillaron al reconocer los nombres. Señalé al techo y él echó la cabeza hacia atrás para mirar hacia donde yo señalaba.

Oculté mi sonrisa mientras me escabullí de debajo de él mientras estaba distraído. Corré al baño y lo dejé en la cama. Cerré la puerta, apretándome la espalda contra ella, pero grité cuando la puerta se abrió, moviéndose conmigo. Rok entró, mirando a su alrededor con interés y curiosidad. Negué con la cabeza, indicándole que se fuera, pero él arqueó una ceja y cruzó los brazos sobre el pecho.

Macho testarudo.

—Tengo que prepararme —le dije con fastidio.

Se encogió de hombros y empezó a curiosear por la habitación, pero sin perderme de vista. Puse los ojos en blanco y me dirigí al lavabo para cepillarme los dientes. Se acercó a mí y me observó con interés mientras llenaba el cepillo con pasta de dientes.

Cuando empecé a cepillarme los dientes, emitió un suave gruñido y se inclinó para mirarme. Oculté mi sonrisa mientras observaba lo que estaba haciendo. Busqué en el armario, encontré un cepillo de dientes sellado, lo abrí y se lo ofrecí.

Frunció el ceño y su mirada se desvió del cepillo de dientes que sobresalía de mi boca al que tenía en la mano. Con movimientos cuidadosos, lo tomó, le puso *demasiada* pasta de dientes y lo olió.

Separé los labios para mostrarle cómo me estaba cepillando los dientes y él gruñó, empezando por los suyos con tanto entusiasmo que me estremecí. Me incliné para escupir la pasta de dientes de mi boca y él hizo lo mismo, sonriéndome mientras le entregaba la toalla para que se limpiara la cara, que estaba cubierta de burbujas.

Imitó cada parte de mi ritual matutino y me reí cuando se aplicó crema humectante en la cara. Mientras yo la frotaba suavemente, él se restregaba la cara con demasiada

fuerza. Lo detuve y le mostré cómo hacerlo, manteniendo mis manos suaves. Cerró los ojos y soltó un pequeño suspiro.

Cuando terminé, me cepillé el pelo bajo su escrutinio. Después le tendí el cepillo, pero él se dio la vuelta para que yo lo hiciera por él. Reprimí una carcajada y le hice un gesto para que se sentara en el inodoro cerrado. Lo hizo y comencé a cepillarle su sedoso cabello con suaves caricias.

Soltó un ronroneo y me sobresalté solo por un momento antes de continuar. Inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras lo cepillaba. Me detuve solo el tiempo suficiente para tomar un poco de aceite para agregarlo a los largos mechones.

Él estaba disfrutando de toda la atención, y a mí no me costó nada dársela.

—¿Estabas solo, entonces? —susurré, la tristeza me invadió al pensarlo—. Yo también estaba sola, hasta que encontré a Becca y a su familia —le dije y supe que estaba escuchando con gran atención, aunque no entendiera ni una sola palabra—. No te preocupes —añadí, pasando mis dedos por su cuero cabelludo y haciéndolo ronronear aún más fuerte—. Ahora me tienes a mí.

Estaba haciendo una promesa con el corazón, que no estaba segura de poder cumplir, pero una cosa era cierta.

Él nunca volverá a estar solo.



Sacar a Rok de nuestro apartamento y meterlo en el ascensor fue una hazaña digna de diez barras de chocolate enteras. Vestirse delante de él era un riesgo en sí mismo, y casi derribó la puerta del baño cuando lo dejé afuera para poder usar las instalaciones.

No iba a dejar que este macho me viera hacer pis. ¡Es demasiado raro!

Con mi hombro apoyado en su espalda y mis pies hundiéndose en el suelo, respiré profundamente y me esforcé por sacarlo del ascensor. Estaba demasiado ocupado

examinando todos los botones y estaba casi segura de que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba tratando de moverlo.

Saqué mi teléfono de mi bolsillo mientras él se inclinaba para murmurar en orco hacia los botones que estaban iluminados en el panel.

—Tenemos que irnos —le dije, y emitió un chirrido que estaba segura era una traducción terrible del orco, si nos guiamos por su nivel de lenguaje común.

Me miró con curiosidad y extendió la mano para dejarme pasar. Suspiré, me quité el pelo de encima y pasé a su lado. Me volví para mirarlo con enojo, pero él tenía la mirada clavada en mi trasero.

Me ardía la cara y seguí adelante para presionar el botón que estaba al costado de la puerta. Rok se acercó después de tocar las cámaras empotradas en el techo, algo que yo nunca podría *alcanzar*, pero él sí, y luego hizo lo mismo con el mecanismo de llave de la puerta.

Cuando se abrió y apareció una Pen emocionada, suspiré aliviada y la abracé. — Gracias a los dioses. Una persona cuerda —, exclamé.

—Si yo soy tu base de *cordura*, no tengo muchas esperanzas en ti —respondió ella, saludando a Rok, quien inclinó la cabeza y levantó la mano para replicar el gesto.

Fue tan lindo que tuve que esconder mi sonrisa detrás de mi mano.

—Sí, lo amas —dijo Pen, y le di una palmadita en el hombro antes de entrar.

—Dristan está en la cocina —me dijo, y asentí, dirigiéndome hacia él. Levantó la vista de donde estaba cortando una fruta del dragón¹.

—Buenos días, Becca —dijo, antes de volver a mirar lo que estaba haciendo—. Veo que pareces estar bien descansada.

Puede que sus palabras no tuvieran la intención de ser sarcásticas, pero así lo tomé. Me incliné hacia delante y lo miré con los ojos entrecerrados. —¿Qué sabes tú?

¹Pitahaya.

Dristan arqueó las cejas y miró hacia atrás para ver si había alguien más allí. —¿Qué demonios iba a saber yo? ¿Qué dije?

Resoplando, me volví para mirar a Penélope, que intentaba mantener una conversación en orco. Por las respuestas forzadas, me di cuenta de que no estaba pasando por un momento muy fácil.

—Todavía está aprendiendo lo básico —explicó Dristan detrás de mí—. ¿Y debería agregarte a la lección, ya que tu compañero es un orco que no habla común?

Me mordí el labio inferior antes de asentir. —Sí, por favor. Aunque tenga que volver a casa, quiero poder hablar con él mientras esté aquí.

Dristan me miró fijamente por un momento antes de inclinarse hacia delante, apoyando los antebrazos en la isla de mármol. Yo lo imité, de modo que quedamos uno frente al otro.

—Te das cuenta de que no se irá a casa sin ti, ¿verdad? —preguntó, dándole un mordisco a la fruta del dragón.

—No puedo ir con él —le expliqué, sacudiendo la cabeza—. Tengo a Pen y a sus padres. Y ahora a ti y a Rudgar. Además, tengo un nuevo trabajo al que tengo que ir esta mañana después del desayuno.

Él resopló y se reclinó para continuar cortando. —Está bien, pero tendrá que regresar para arreglar sus asuntos antes de venir a vivir aquí.

—*¿Vivir aquí?* —chillé, y Rok estuvo a mi lado de inmediato, levantando mi rostro con sus enormes y suaves manos para examinarme, ladrando en orco a Dristan.

El macho le respondió con ladridos y se miraron con furia durante unos momentos antes de que Dristan pusiera los ojos en blanco y volviera a cortar.

—Dile que no dije nada que te molestara —se quejó—, o seguirá haciendo acusaciones.

—No me ha molestado —le dije a Rok, aunque no lo entendería, sacudiendo la cabeza y forzando una sonrisa en mi rostro—. Estoy bien.

Rok me examinó, escrutando mi rostro un buen rato antes de besarme la frente. Apreté sus dedos con los míos por un momento.

—Sí, porque es obvio que *no* sientes nada por el macho —se burló Dristan, poniendo los ojos en blanco.

—Sé amable —le dijo Pen, robándole la fruta del dragón de sus dedos.

Observé cómo el macho grande y aterrador perdía su rudeza en un instante y le pasaba el cuenco de fruta que había estado preparando a su compañera. Me desmayé por dentro, miré a Rok y recordé el desayuno que me había preparado esa mañana.

Sabía que a los orcos les encantaba alimentar a sus parejas. Había visto y leído lo suficiente sobre sus rituales de apareamiento como para conocer los conceptos básicos, pero experimentarlo de primera mano era otra cosa.

—¿Qué haría él aquí? —pregunté en voz alta, pero Dristan respondió con facilidad.

—Tiene suficiente oro de dragón como para que los hijos de tus nietos no tengan que trabajar ni un solo día en su vida —se burló—. Pero puede trabajar con Rudgar si se aburre. Siempre podemos necesitar a alguien con su experiencia en batalla en nuestro equipo.

—¿Experiencia en batalla? —pregunté, volviéndome para mirar a Dristan, que estaba acurrucado alrededor de Pen mientras ella servía cuatro tazas de café. Nos pasó una a cada uno y vi que Rok me miraba con curiosidad mientras tomaba un sorbo.

—Se nota por las muescas de su colmillo —dijo, señalando a Rok con la barbilla y vi las líneas prolijas talladas alrededor de cada uno de sus relucientes colmillos. Intrigada, extendí la mano para pasar los dedos por encima de ellos y los ojos de Rok se oscurecieron de lujuria.

—Hay tantas —murmuré.

—Eso significa que tu macho es el más fuerte y feroz de donde viene —dijo Dristan.

Le sonréí a Rok y él me devolvió la sonrisa, sus ojos se movían entre Dristan y yo, pero sin interrumpirme.

—Pero ¿y si él...? —comencé, pero Dristan me interrumpió.

—Lo único que oigo son excusas, Becca. Te doy soluciones, pero sigues cavando. — Escuché a Pen golpear a Dristan en el pecho y gruñó, pero no se retractó de sus palabras.

—¿Puedes preguntarle qué le gustaría hacer? —le pregunté a Dristan, sin apartar la mirada de Rok, que estaba delante de mí, levantándome la barbilla y estudiando mi rostro como si quisiera memorizarlo—. ¿Si le gustaría volver a su casa o quedarse aquí?

Dristan habló con palabras lentas y deliberadas, pero Rok negó con la cabeza, interrumpiéndolo, ladrando solo unos pocos sonidos cortos antes de acariciar mi mejilla con su dedo.

—Dijo que se quedaría aquí contigo —me dijo Dristan y mi corazón se derritió mientras mi respiración se detenía en mi pecho.

Tragué saliva con fuerza, luchando por no llorar mientras le dedicaba una sonrisa temblorosa. —Está bien —susurré, y todas mis esperanzas se fusionaron en un haz de felicidad—. Puede quedarse.

—Contigo —enfatizó Dristan y asentí, mordiéndome el labio inferior.

Se lo contó a Rok, cuya sonrisa se hizo más grande y soltó una risa rápida antes de tomarme en sus brazos y hacerme girar en círculo. No pude evitar besarlo y él se quedó quieto, profundizando su beso antes de que Penélope se aclarara la garganta detrás de mí.

—Aún no sabes nada de él —dijo con tono travieso, empujando la taza de café hacia él.

—Nos conoceremos —le dije, sin apartar la mirada del macho que acababa de aceptar como mío, mientras él tomaba un sorbo de la fuerte bebida y luego la escupía, con el rostro desencajado por el asco—. Será nuestra pequeña prueba de fuego.

Capítulo 19



Becca

—No —le insistí a Rok y él murmuró algunas palabras en orco, dando patadas en el suelo y sacudiendo una de las mesas cercanas. Crucé los brazos bajo mis pechos y negué con la cabeza—. No me importa cuál sea tu argumento. De todos modos, no lo entiendo. La respuesta es *no*.

Gruñó, un sonido bajo de fastidio, pero algo instintivo dentro de mí sabía que, cuando se trataba de mí, este macho era todo ladridos y nada de mordida. Incliné mi barbilla hacia atrás, mi terquedad estaba a la vista.

—No —repetí y su labio se curvó, así que supe que estaba reconociendo la palabra y que no le gustaba.

Qué pena.

Nuestra prueba de fuego había comenzado tan pronto como regresamos a nuestro apartamento. Tenía que ir a trabajar y le pedí a Dristan que le dijera a Rok que tendría que quedarse en casa hasta que yo regresara. No le había gustado cuando Dristan se lo dijo y ahora estaba mostrando claramente su disgusto por la idea.

—No —dijo con un sonido áspero.

Se me escapó una risa sorprendida, pero no pude ceder. Llamaron a la puerta y vi cómo Rok se acercaba a ella, utilizando su cuerpo para bloquearme el paso. Me mordí el labio para contener la sonrisa que me provocó ese gesto protector.

Intercambiaron unas palabras antes de que Rok abriera la puerta y se golpeara el pecho con el puño ante Rudgar. Me estremecí al ver la fuerza con la que se había golpeado, cuyo sonido resonó en la habitación. Rudgar repitió el saludo antes de saludar.

—Hola, Becca.

—Hola, Rud —le dije—. ¿Puedes explicarle a Rok que no puede venir conmigo a trabajar?

—Por eso estoy aquí—, sonrió, —he oído que podría estar buscando un profesor de Lengua Común y un trabajo.

—Oh —dije, agitando las manos de la emoción—. ¿Podrías enseñarle algo de común?

Rok nos miraba con sospecha.

—Sí, por supuesto. Los orcos son expertos en el lenguaje. Así es como nos adaptamos tan bien, cuando otras especies mueren —dijo Rudgar con una sonrisa orgullosa y puse los ojos en blanco mientras continuaba—. Aunque hay un atajo que le he pedido a uno de mis muchachos que investigue. Si podemos conseguirlo, no tendremos que preocuparnos por más lecciones.

—¡Gracias! —grité, agarrando mi bolso y corriendo hacia la puerta. Rok tenía una expresión de pánico absoluto en su rostro, sus manos extendidas para bloquearme, pero me deslicé bajo su brazo y pasé junto a Rudgar. —Adiós, Rok —le envié un beso y salí corriendo por la puerta—. Te llamaré cuando llegue, Rud.

Rudgar gruñó y supe que estaba impidiendo que Rok corriera tras de mí.



—Bueno, miren quién es —dijo Jun, con sus brazos cubiertos de plumas rojas cruzados sobre su delgado pecho—. La alborotadora.

Tenía una sonrisa de disculpa ya preparada en mi rostro cuando vi a los guardias de seguridad pululando por todo el frente de la biblioteca. Al pisar el suelo donde iba a trabajar, no podía creer que hubiera tanta gente allí.

—Becca —llamó Gideon desde el lado de Jun, con una mirada preocupada en su rostro mientras caminaba hacia mí. Se pasó una mano por el cabello—. Lamento mucho no haber estado aquí cuando el orco salió del libro...

—Un orco que *ella* convocó —chilló Jun, acercándose también.

Gideon le hizo un gesto con la mano para que se fuera. —Sea como sea —dijo, poniendo los ojos en blanco para que pudiera ver que estaba frustrado con el tipo—, lamento no haber estado aquí para protegerte.

—Oh —dije, dándole mi mejor sonrisa, la más tranquilizadora—. Estuve perfectamente bien.

Gideon frunció el ceño. —¿Estás bien?

Asentí y miré a mi alrededor, donde todo tipo de seres se apresuraban. —Sí, estoy a salvo. ¿Puedo preguntar qué está pasando?

—Están buscando pistas sobre adónde ha ido ese *bruto* —resopló Jun—. No puedes imaginar que lo dejaran quedarse aquí y buscara más kinnaras a los que acosar. —Dijo esas últimas palabras mientras se acariciaba suavemente el trasero, donde pude ver que le habían arrancado *docenas* de plumas.

Tuve que hacer uso de toda mi autodisciplina para no reírme. Rok definitivamente se había mostrado entusiasmado.

Entonces me di cuenta de la seriedad de sus palabras.

—¿Lo están buscando? —le pregunté a Gideon, y sus ojos se entrecerraron antes de asentir. —B-bueno, no tengo idea de adónde fue —dije, alisándome la falda con las manos—. Me dejó al costado del camino y luego se alejó. Corrí a casa. —Asentí con firmeza, esperando que nadie me hiciera preguntas.

Gideon mantuvo la mirada fija en mí y me esforcé por mantenerla, rezando para que me creyera. Asintió lentamente.

—Me alegro de que estés a salvo. No tenemos idea de dónde vino y podría ser peligroso—, dijo.

—N-no parecía peligroso —me lamí los labios para decir mientras Jun fanfarroneaba a nuestro lado.

—Claro que sí. Me *atacó* —, resopló.

Gideon volvió a poner los ojos en blanco, pero los nervios en mi estómago estaban revueltos y mi mente estaba acelerada.

—Sólo quiero decir que no me hizo daño ni nada. Simplemente parecía confundido —le dije a Gideon—. Estaba hablando en orco.

—¿Y cómo *sabrías* qué idioma estaba hablando? —preguntó Jun, cruzando sus delgados brazos sobre el pecho.

—Mi mejor amiga está casada con un orco —le dije, levantando la barbilla—. Y sé *mucho* sobre los orcos y su cultura.

Jun se burló, se dio la vuelta y se alejó, pero murmuró “*invocadora de orcos*” con una voz despectiva para que pudiera escucharlo.

Me subieron las mejillas y miré a Gideon. Sacudió la cabeza y suspiró. —No le hagas caso. No es más que un viejo idiota lleno de prejuicios. —Se tomó el tiempo de mirar a su alrededor antes de inclinarse más cerca—. Vi las imágenes de él yéndose contigo —me dijo en voz baja y el corazón me dio un vuelco.

Sentí miedo por Rok. No quería que esos lunáticos se le acercaran.

—Y si yo lo vi—, continuó, —otras personas también lo vieron. Ese macho *no* te iba a dejar tirada en la calle. Tal vez quieras cambiar tu historia.

Me mordí el labio y abrí los ojos de par en par.

Él sabe.

—Eres su compañera, ¿verdad? —preguntó, dándome una sonrisa triste.

—No sé de qué estás hablando —respondí, pero sabía que mi cara me delataba.

—Está bien, no te metas en problemas por esto. Si son compañeros, puede que haya algo que podamos hacer. Un procedimiento especial. Déjame investigarlo —murmuró, mirando hacia atrás, hacia donde estaba trabajando el resto del equipo de seguridad, rodeando el libro del que había salido Rok con cinta amarilla—. Te avisaré. Lo que encuentre. Mientras tanto, dile que huiste de él y que no sabes a dónde fue.

Observé su rostro amable y le di un gesto de asentimiento y una sonrisa agradecida. —Gracias—, susurré, y él se encogió de hombros.

—Debajo de toda esta piedra soy un romántico —dijo, dándose un puñetazo en el pecho, con un sonido fuerte y hueco—. Pregúntenle a mi novia imaginaria.

Mi sonrisa se alargó cuando me guiñó un ojo antes de marcharse. Sus ojos se fijaron en Trixy, que se apresuraba hacia mí con sus ocho patas y casi se estrellaba de cara contra un estante antes de darse cuenta de adónde iba y cambiar de dirección.

—Oh, gracias a los dioses —gritó Trixy, agarrando mis manos entre las suyas—. Cuando vi cómo te había raptado como a una bestia —jadeó, sacudiendo la cabeza—, me preocupé mucho.

—Oh, oh —le sonréi, intentando parecer aliviada—. Sí, yo también estaba preocupada. ¡Pero luego me escapé!

Trixy asintió, sus múltiples ojos fijos en mí, esperando el resto de la historia. Desconcertada, me lamí los labios y miré a mi alrededor.

—Me llevó a la... —Mis ojos se clavaron en el estante con vasos desechables usados que cubrían algunos de los estantes—. ¡A la cafetería!

Trixie inclinó un poco la cabeza. —¿La cafetería? ¿A la vuelta de la esquina?

—Sí —dijo asintiendo rápidamente—. Creo que estaba tratando de encontrar algo de comer o algo. Tal vez le gustaba el olor. No llegamos hasta allí antes de que le diera una patada en los huevos y saliera corriendo —terminé la historia con entusiasmo, sonriéndole.

Su sonrisa era vacilante antes de sacudir la cabeza y tomar mi mano entre las suyas. —Bueno, me alegro de que hayas logrado alejarte de él. Déjalo en manos de estos tipos. Son los mejores. Lo rastrearán y lo enviarán de regreso al lugar de donde vino—, me aseguró, dándome una palmadita en la mano.

—Pero... La cuestión es que... —, se interrumpió, haciendo una larga pausa antes de continuar. —Parecía que te había reconocido como su compañera cuando salió del libro, Becca—. Se mordió el labio inferior con un colmillo y mi palma se empapó de sudor bajo la suya. La miró antes de levantar la vista hacia mí. —Y eso es lo que me hace pensar que volverá por ti. No te preocupes. Podemos protegerte.

Ella cree que tengo miedo por mí, no por él.

—Gracias —le dije, fingiendo estar aliviada, aunque estaba casi segura de que mi cara lucía estreñida.

—Por supuesto —me aseguró, dándome una palmadita en el hombro—. ¿Querías que enviáramos guardias a tu casa? La biblioteca tiene cobertura de seguro para este tipo de cosas, y tenemos fondos adicionales si...

—No, no —le dije, intentando hablar con un tono despreocupado, pero mi voz era tan aguda que era un milagro que pudiera entenderme—. Estoy perfectamente bien. No tienes que preocuparte por mí. Solo concéntrate en las cosas importantes.

Ella asintió y me miró con simpatía. Me di cuenta de que había asumido que yo estaba asustada. Sin embargo, prefería que pensara eso a que estuviera escondiendo un orco gigante en mi apartamento.

—El aquelarre de la calle de abajo vendrá más tarde hoy para comenzar el rastreo místico —dijo, dándome una sonrisa tranquilizadora, sus colmillos brillando a la luz—. Y una vez que lo llevemos de regreso a donde vino, ya no tendrás que preocuparte más. Con suerte, podremos encontrarlo hoy.

—Rastreo... místico —dije, y el horror me invadió.

Oh, no.

Capítulo 20



Rok

Miré a Rudgar con el labio fruncido mientras me impedía seguir a Becca hacia la puerta. Me volví para mirarlo con enojo, pero él me estaba devolviendo la sonrisa.

—No te preocupes por ella. Sólo va a trabajar —, me aseguró, como si eso fuera a hacerme sentir mejor.

Trabajar.

Mi hembra no debería tener que trabajar. Tenía suficiente oro para cuidarnos. Si la cantidad que había traído conmigo no era suficiente, solo necesitaba encontrar una manera de regresar a mi cueva. Tenía más tesoros de donde provenía eso.

Le daría más. Las monedas que le había dado no habían sido suficientes. Incluso dentro de un clan, a cada familia se le permitía quedarse con una parte de sus ganancias y esas ganancias se le entregaban a la compañera, ya que ella era quien cuidaba el hogar.

—¿Cuántas monedas serían suficientes para que Becca dejara de trabajar? —le pregunté a Rudgar, que no estaba familiarizado con los gastos de este mundo.

Observé la opulencia de nuestro entorno. No era la casa más segura, pero era lujosa. No iba a esperar que mi hembra me cuidara. Mi orgullo como macho no lo permitiría.

—Le gusta lo que hace—, dijo Rudgar encogiéndose de hombros. —Dudo que cualquier cantidad de dinero pueda detenerla.

Fruncí el ceño y crucé los brazos sobre el pecho mientras lo miraba.

—¿Estás bromeando? ¿A mi hembra *le gusta* trabajar? ¿Qué trabajo hace?

—Es bibliotecaria —dijo, haciendo un gesto hacia mí—. Te llamó desde uno de los libros que hay allí.

Mis ojos se abrieron de par en par. Mi compañera era una guardiana del conocimiento. Una sonrisa se dibujó en mi rostro al darme cuenta de que si ella no hubiera estado cuidando esos libros, nunca la habría conocido.

—Entonces podrá seguir trabajando —ronroneé con una sonrisa.

Rudgar puso los ojos en blanco y se dio la vuelta para dirigirse a la cocina y abrir la nevera portátil. —Sí, no creo que tengas nada que decir al respecto, Rok, pero te dejaremos seguir pensando eso.

Fruncí el ceño mientras él examinaba lo que había dentro antes de tocar una de esas pequeñas cajas que vi que llevaba todo el mundo. Aunque esta era mucho más grande, más resistente que la que llevaba Becca.

—¿Qué es eso? —pregunté, acercándome para tocar la caja en su mano.

—Es un teléfono —dijo, apretándolo contra su pecho como para protegerlo—. Un medio de comunicación y entretenimiento.

—¿Entretenimiento?—, pregunté mientras lo miraba. El lenguaje que estaba usando en la caja no me resultaba familiar, pero me intrigaba. —¿Puede cantar? ¿Bailar?

Rudgar me sonrió ampliamente. —Puede cantar. Incluso usa diferentes voces.

Impresionado, toqué la caja. —Canta para mí—, exigí.

Rudgar soltó una carcajada y luego jugueteó con la caja hasta que empezó a cantar una canción de cuna en orco que no había escuchado desde que mi madre estaba viva.

—Cantas muy bien—, le dije, tratando de no echarme a llorar frente a este macho y la caja. —¿Conoces alguna más?

Rudgar hizo algo más con él y comenzó otra canción en orco. Esta era una canción de celebración obscena que había escuchado en una boda. El cambio de un extremo al otro me hizo reír.

—Quiero uno —le dije a Rudgar—. ¿Cómo puedo capturar uno?

—Te traeré uno—, me dijo, dándome una palmada en el hombro mientras la caja se quedaba en silencio. —Te lo entregaré hoy y mañana podemos trabajar en cómo lo usas. Te ayudará, porque vas a empezar a trabajar conmigo.

Incliné la cabeza hacia él: —¿Cuándo?

Me ayudaría poder ganar más monedas para empezar de nuevo mi tesoro. Incluso si no pudiera volver a mi cueva, quería poder cuidar de mi hembra y de las crías que tuviéramos juntos. Esta era la oportunidad perfecta.

—Hoy puedo presentarte a todos. Estoy trabajando en hacer algunos trámites para ustedes —me dijo, inclinándose sobre la brillante losa de piedra en el centro de la habitación y pinchando la fruta antes de volver a escribir en la cajita que tenía en las manos—. Tendré todo listo para finales de semana, seguro. Y también puedo hacer que me traigan más comida hoy.

—¿Cuánto dinero necesito ganar para todo eso? —le pregunté, frunciendo el ceño.

Arqueó las cejas y sacudió la cabeza. —Tu moneda es tuya, Rok. Dristan está trabajando para convertirla en dólares para ti.

—¿Dólares?—, pregunté. Le había oído decir algo parecido antes, pero sin saber qué significaba.

—Es la moneda de cambio de aquí —dijo, sacando algo de sus pantalones. Abrió el estuche de cuero y sacó un trozo de papel, que me tendió. Lo miré a él, luego miré el

papel endeble antes de tomarlo. Lo sostuve entre mis dedos con cautela, temeroso de romperlo.

—¿Son dólares? —, pregunté, levantándolo.

—Son cien dólares, para ser más específico —respondió con un resoplido—. Y tendrás más que suficiente una vez que Dristan te instale. Tampoco tienes que volver a trabajar nunca más, si no quieres. Simplemente pensé que eras como yo. No puedo quedarme en casa sin un propósito —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no habría un propósito? —, pregunté. —Quisiera quedarme en casa cuando nazcan mis hijos y cuando mi pareja me necesite, pero ¿por qué estaría en casa si no fuera así?

—Exactamente —se rió Rudgar—. Si tuviera que quedarme de brazos cruzados, perdería la cabeza.

Bajé la mirada hacia sus pulgares antes de entrecerrar los ojos y mirarlo. —Eres... muy extraño.

Rudgar soltó una carcajada. —Supongo —dijo, dándome una palmada en la espalda—. Así que déjame llevarte a mi casa para que te pongas algo de ropa primero.

Cruzó la habitación hacia la puerta y yo lo seguí. Me hizo una demostración de cómo abrir la puerta con la *llave* que me estaba dando. Una vez más, no parecía ninguna llave que yo conociera, pero la extraña magia de este reino tenía sus propósitos.

—Mi empresa instaló todas las cerraduras y cámaras en este edificio —dijo—, y aquí es donde estarás. Te quiero cerca de casa por si alguien viene a husmear. Con Dristan teniendo una compañera y luego Becca mudándose con nosotros —dijo con un suspiro y sacudiendo la cabeza—, no podemos correr ningún riesgo. Necesitamos que sea seguro aquí. Así que te dejo eso a ti.

Asentí con la cabeza. No confiaría la seguridad de mi pareja a nadie más y me conmovió saber que Dristan también me estaba confiando la de Penélope.

—Gracias por esto —le dije a Rudgar con voz ronca—. Nunca permitiré que nada les haga daño.

Rudgar asintió con una sonrisa y se dirigió hacia el maldito dispositivo de transporte en la pared. Me detuve de golpe, sacudí la cabeza y lo señalé. —*Eso no*—, lo acusé, burlándome de él. La bestia repugnante era una monstruosidad de metal en la que no confiaba ni un segundo.

—Es un ascensor—, dijo Rudgar con una sonrisa.

—Es una trampa mortal —corregí, levantando la barbilla—. Y la odio.

La sonrisa de Rudgar se hizo más grande. —¿Qué tal si te muestro cómo funciona de camino a tu oficina? Será un gran día de aprendizaje. Espero que estés preparado.

—Por supuesto que sí —resoplé y di un paso cauteloso hacia el *ascensor*.



Giré la cabeza sobre los hombros mientras me subía a la trampa mortal llamada ascensor. Aprendí rápido y entendí las cosas con facilidad, pero sabía que algunas de las cosas que Rudgar me había mostrado hoy, me costarían acostumbrarme.

Había otra caja mágica que mostraba las vistas de diferentes áreas del edificio, a la que Rudgar llamaba *computadora*, y me había asignado un equipo. Iba a reunirme con ellos más tarde, pero primero quería ir a ver a mi Becca. La había visto entrar en el edificio y quería ser la primera persona que viera al llegar a casa.

Las puertas se abrieron al piso, porque había casi cincuenta pisos en este *edificio*, por lo que me habían asignado un equipo de cuatro orcos por ahora. No era ni de lejos un experto en este plano, así que él estuvo de acuerdo en que lo mejor sería empezar a formarme con un equipo más pequeño, que ya conociera la distribución y pudiera enseñarme cómo funcionaba todo antes de comenzar como su líder.

Después de eso, haríamos crecer el equipo de a uno por vez hasta que pudiéramos brindar protección suficiente al clan. Ese era el sueño de Dristan. Quería que este edificio fuera la base de operaciones de los orcos de la ciudad que no tuvieran clan.

Ese pensamiento me golpeó en el pecho. Me encantaría ser parte de eso. De reunir a todos los orcos sin rumbo que se sentían tan solos como yo hace apenas un día. Ahora, tenía un pequeño clan y una compañera.

Estaba radiante de alegría mientras me dirigía a la puerta del apartamento que compartía con mi pareja. Tras jugar con la llave durante unos minutos, abrí la puerta y la vi correr hacia mí.

—Rok —jadeó ella, rodeándome con sus brazos.

Puedo acostumbrarme a esto.

La envolví en un abrazo, apretando su pequeña figura contra mí y dejando que su suavidad y calidez se extendieran a través de mí.

Ella está feliz de verme.

Habían pasado años desde que alguien me saludara cuando volví a casa. Me sentí satisfecho cuando levanté su barbilla para presionar mis labios contra los suyos. Ella comenzó a decir algo, pero sellé mis labios contra los suyos, saboreando la sensación de tenerla en mis brazos.

Esto es lo que me faltaba. Ella llena cada parte de mí que estaba vacía.

La hice girar en mis brazos y mi hembra soltó una risita antes de relajarse, entrelazando sus dedos en mi cabello.

Capítulo 21



Becca

Era difícil permanecer molesta cuando alguien estaba tan feliz de verte. Era como si hubiera estado esperando mi regreso todo el día.

Una chica puede acostumbrarse a esto.

Cuando regresé a casa y él no estaba, me invadió el pánico absoluto, pensando que había sucedido lo peor y que lo habían encontrado. Un aquelarre era algo poderoso y si tenían los ojos puestos en mi macho, no estaba segura de cuánto tiempo podría retenerlo.

Con ese pensamiento, apreté mis dedos en su cabello, dejando que me mareara con sus besos. No creía que pudiera recordar a nadie que se alegrara cuando yo llegaba a casa.

Los hogares comunitarios en los que viví y las familias de acogida eran *agradables*, pero no eran *míos*. Cuando encontré a Pen, era lo más parecido a un hogar que había tenido nunca, pero ni siquiera eso era. Tenía que dejarlo cada noche y volver a mi propio hogar.

La forma en que los ojos de Rok se iluminaron cuando me vio hizo que mi corazón se derritiera en mi pecho. Años de habitaciones vacías y silenciosas se llenaron en un instante con la sonrisa de su hermoso rostro. Parpadeé para alejar las lágrimas que llenaban mis ojos y me sumergí en su sabor.

—Rok —murmuré contra sus labios—, no puedo perderte —le dije, sabiendo que no podía entenderme.

Susurró algo en orco, haciéndome retroceder, y tuve que obligarnos a dejar de movernos, alejándome de él con pura fuerza de voluntad.

—Espera —jadeé, mi respiración era errática.

Al darme cuenta de que *llevaba algo* sobre su musculoso pecho, me aparté para observarlo. Arqueé las cejas mientras lo observaba.

¿Un traje?

Él bajó la mirada para mirarse a sí mismo antes de encontrarse con mi mirada, su sonrisa arrogante me decía que *sabía* que se veía bien.

Por supuesto que sí.

La obra maestra hecha a medida le quedaba perfecta, y me mordí el labio inferior mientras lo observaba de pies a cabeza. Si Rudgar pensaba que estaba suavizando los rasgos más duros de Rok, estaba equivocado. Este traje hacía que mi rudo orco pareciera aún más peligroso.

—¿Estás listo para dirigir tu propia pandilla, grandullón? —le pregunté, acariciando sus solapas con mis manos.

Me sonrió radiante, acicalándose con su nuevo traje. Si bien lo hacía lucir delicioso, también estaba agradecida de que Rudgar hubiera tenido la previsión de ponerle algo que lo ayudara a camuflarse. Nada decía “*no soy de aquí,*” como dos correas de cuero por camisa.

—Me sorprende que hayas dejado tu hacha —le dije, y él me colocó un mechón de pelo detrás de las orejas antes de rodearme con sus brazos y abrazarme. Apreté mi cara

contra el centro de su pecho y algo que siempre había estado *fuera* de mi alcance me llenó.

Pertenencia.

No sabía cómo me sentía tan cómoda con ese macho, pero aunque no pudiéramos entendernos, había algo que decir sobre la conexión entre nosotros que ni siquiera había comenzado a entender. —No te van a llevar—, le dije, mirándolo fijamente, trazando mi dedo a lo largo de su mandíbula. Cerró los ojos ante el toque, y yo estaba sonriendo por lo largas que eran sus pestañas cuando sonó el timbre.

Abrió los ojos de golpe y al instante me colocó detrás de él en actitud protectora. Apreté mi rostro contra su fuerte espalda, inhalando su aroma embriagador, mientras la preocupación me invadía.

No pudieron haber llegado tan pronto. No había manera.

—Espera en el dormitorio —le dije, tirando de su mano y él se giró hacia mí, con la confusión grabada en su rostro.

Lo tiré con más fuerza y él me permitió que lo llevara al dormitorio con entusiasmo. Cuando intenté irme, cerrando la puerta, él se negó, sacudiendo la cabeza hacia mí.

—Por favor —le supliqué—, quédate aquí por ahora. Vuelvo enseguida.

Su ceño se frunció profundamente y un gruñido bajo salió de sus labios, pero me permitió cerrar la puerta. Me apresuré a llegar a la puerta principal, mirando a mi alrededor para asegurarme de que todos los artículos relacionados con los orcos estuvieran guardados. Resultó que era como si yo fuera la única habitante de nuestro nuevo apartamento.

Frunció el ceño y tomé nota mentalmente de ir a comprarle algo a Rok antes de abrir la puerta con lo que esperaba que fuera una expresión agradable y tranquila. Con toda probabilidad, parecía un desastre nervioso con una sonrisa salvaje.

—Oh, gracias a los dioses —jadeé, dando un suspiro de alivio.

Rudgar y Dristan sostenían bolsas al otro lado, con las cejas en alto.

—Parece que estabas esperando a otra persona —me dijo Rudgar.

—La gente del trabajo —suspiré, retrocediendo para dejarlos pasar. Llevaban tantas bolsas que me tocó a mí levantar las cejas. —Están buscando a Rok.

—Sabía que iban a venir a buscarme —gimió Rudgar, y Dristan gruñó en señal de acuerdo. Penélope entró detrás de él, con expresión preocupada, y me abrazó. Había estado escondida detrás de ellos.

—¿Saben que está aquí? —preguntó mientras Rudgar y Dristan comenzaban a colocar bolsas en la isla.

—No, les dije que no sabía dónde estaba, pero están contratando un aquelarre —le dije, mordiéndome el labio inferior.

Miró a Dristan, que se acercó a ella. Se acurrucó contra él y, después de encontrar a Rok, supe exactamente lo segura y protegida que se sentía en sus brazos.

—¿Un aquelarre? —preguntó Rudgar, apoyado contra la isla y con los labios fruncidos—. Mierda. Las brujas podrían rastrearlo.

—¿Cómo? ¿No hay forma de esconderlo? —pregunté, frotándome los brazos con las manos y sintiendo frío de repente.

Rok eligió ese momento para salir del dormitorio. Le envié una sonrisa y se dirigió hacia mí, mirando a todos los demás con sospecha antes de abrazarme y acunarme contra él. Vi a Pen reprimir una risa y le envié el dedo medio mientras me permitía hundirme en mi macho.

—Lo invocaste desde el libro —explicó Rudgar, lanzando una mirada tranquilizadora hacia Rok—. Eso significa que todavía tendrá rastros de esa magia. Si pueden conseguir un aquelarre lo suficientemente fuerte, los traerá aquí de inmediato.

—No pueden llevárselo sin más —le dije, mientras me giraba en los brazos de Rok para mirarlo de frente—. Él quiere quedarse aquí y yo... —Me quedé en silencio, sin saber cómo quería terminar esa frase, pero Rudgar no necesitaba que lo hiciera.

—Encontraremos una manera, Becca, no te preocupes —me dijo y Pen me dio un firme asentimiento que me llenó de consuelo.

—Gracias —les dije, tratando de contener las lágrimas que se me escapaban. Mi familia era la mejor. Incluso los nuevos miembros, grandes, malvados y novatos—. Sé que es pedir mucho...

—Lo es —dijo Dristan encogiéndose de hombros y se ganó una palmada de Pen—. ¿Qué? Básicamente estamos escondiendo a un delincuente —se defendió, señalando a Rok—. Pero nos lo quedamos, por Becca. —Dijo esto último mientras inclinaba la barbilla hacia mí y me guiñaba el ojo—. Mi nueva hermana y la mano de obra gratis para cuando necesitemos una niñera.

—Yo también te amo —le dije poniendo los ojos en blanco—. Y será mejor que te apresures con esas promesas que estás haciendo sobre sobrinos y sobrinas.

Rudgar soltó una carcajada mientras Pen reía y Dristan fruncía el ceño.

—Ya basta de hablar de nosotros —dijo Pen, frotándose las manos mientras señalaba las bolsas que tenía delante—. Estas son algunas cosas que Rok necesitará, además de algo de ropa y comida.

Rok le habló a Dristan, su voz retumbaba en su pecho, donde yo todavía estaba apretada contra él. Dristan respondió, señalando la isla.

—Necesito aprender orco —murmuré, y Rudgar sacudió la cabeza, tendiéndome una botella con una sonrisa radiante.

—No por mucho tiempo —dijo, interrumpiendo la conversación de Rok con Dristan—. Tenemos un regalo para ti.

Fruncií el ceño al ver la botella tapada que tenía en la mano. Era pequeña y violeta, pero no era eso lo que me intrigaba, sino el brillo que la rodeaba.

Magia.

—¿Qué hay dentro? —le pregunté, arqueando las cejas.

—Es una poción traductora —dijo, sacando pecho—. La conseguí antes de mi último viaje a Harbash para visitar a los ogros. Cuando consulté con mi proveedor, tenía otra en existencia. —Me la pasó y la estudié. La botella en sí era incongruente, pero cuando la destapé, el olor a huevos que me invadió fue casi abrumador.

—Oh, Dioses —dije con voz ahogada y Rudgar me lanzó una mirada de disculpa.

—Sí, es bastante asqueroso, pero es justo lo que necesita. Es una forma infalible de entender y hablar el primer idioma nuevo que escuchas —me dijo, haciéndome un gesto para que le pasara la botella a Rok—. Por supuesto, necesitas otra para cada nuevo idioma, pero funciona. Me he estado divirtiendo viendo a Pen luchar por aprender orco, pero también le compré una.

Lanzó la segunda botella al aire antes de guardarla en su bolsillo y guiñarme el ojo.

—La guardaré un poco más. Voy a hacer que se la gane.

Me reí entre dientes y sacudí la cabeza. Se consideraba el hermano mayor de Pen y se burlaba de ella casi con la misma frecuencia con la que lo hacía con Dristan.

Le dijó algo en orco y Rok miró con el ceño fruncido la pequeña botella con sospecha. Se la sostuve y su ceño se disipó de inmediato. Sin dudarlo, la tomó y tragó el contenido a pesar de que olía terrible.

Oh, me estoy enamorando perdidamente de él.

La confianza que ya tenía en mí era asombrosa. Y ni siquiera habíamos tenido la oportunidad de conocernos realmente. Ahora era mi oportunidad.

Capítulo 22



Rok

El sabor de la poción era tan desagradable como el olor, pero lo retuve, sin estar seguro de qué esperar.

—*Te ayudará a entendernos*—, fue todo lo que dijo Rudgar, pero cuando mi dulce Becca me la ofreció, con la esperanza llenando sus ojos, no pude decir que no. Si esta pequeña hembra me pidiera que saltara desde el borde de un acantilado, lo haría.

—¿Puedes entenderme? —preguntó Becca y mis ojos se abrieron de par en par mientras las palabras se condensaban en mi mente.

Espera. ¿Está hablando orco?

Bajé mis manos temblorosas hasta su rostro, ahuecando sus mejillas. —¿Becca? —susurré, escrutando su mirada.

—Oh, Dios mío, está funcionando—, respondió ella, con una sonrisa brillante en su rostro.

—¿Cómo es posible que esto suceda? —pregunté, pasando mis manos por su cuello y hombros, acercándola más a mí, hasta que estuvimos apretados el uno contra el otro.

—Creo que esa es nuestra señal para irnos —dijo Dristan, tirando de su compañera y su hermano hacia la puerta. No aparté la mirada de mi compañero.

—Es una poción —susurró mientras la puerta se cerraba con un *clic* detrás de nuestros invitados—. Para que entiendas el idioma común. Y lo estás hablando también. Esto es una locura. —Sin embargo, me sonreía radiante y su alegría irradiaba de ella—. No sabía cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera hablar contigo. Iba a empezar las lecciones de orco con Dristan de inmediato.

—¿Aprenderías mi idioma? —pregunté, frunciendo el ceño mientras recorría con mis manos sus dulces curvas.

—Por supuesto —respondió ella, como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Y no te molestará si se lo enseño a nuestros jóvenes? —le pregunté, bajando las manos para ahuecar su delicioso trasero y arrastrándola más fuerte contra mí. Sus ojos se oscurecieron y sus pequeños y romos dientes se clavaron en su labio inferior.

—Espero que puedas enseñármelo a mí también —dijo ella, riendo un poco—, pero todavía no hemos hablado de tener hijos. ¿Los quieres?

Asentí con la cabeza, fruncié el ceño y murmuré con seriedad: —Todos los que podamos tener. Soy el último de mi clan, Becca, y espero que puedas ayudarme a que crezca de nuevo.

Sus ojos se abrieron de par en par y respiró profundamente. —Siempre supe que quería tener hijos, Rok. Mi familia... Bueno, estuve sola hasta que conocí a Pen y a sus padres, así que sabía que quería formar mi propia familia, pero siempre pensé que uno o dos...—. Se quedó callada mientras la levantaba en mis brazos y la llevaba hacia el dormitorio.

—No, no —dijo riéndose y dándome una palmada en el hombro—. Todavía no.
¡No vamos a empezar ahora!

—¿Por qué no? —exigí, acariciando su garganta con mi cara y rodeando su suavidad con mis colmillos.

—Porque ni siquiera nos conocemos realmente—, se rió.

—Te conozco, compañera —ronroneé, pasando la lengua por la curva de su cuello—. Sé que eres brillante y ambiciosa. Amas a tu familia, eres leal a todos los que consideras tuyos y pones toda tu confianza en ellos. Espero que puedas amarme así algún día. Además de eso, tu tacto me quema por dentro y por fuera y tu valentía me asombra. —La bajé a la cama y me incliné para besarle los labios—. Estoy muy agradecido de haber sido bendecido contigo.

Me aparté de ella cuando probé la sal de sus lágrimas. Ella me miró parpadeando desde su posición tumbada en la cama.

—Y tú eres lo más delicioso que he probado en mi vida —le dije, lamiéndome los labios mientras bajaba la mirada hacia su vagina. Su risa tintineante hizo que mis labios se curvaran—. No te lo había pedido antes, mi Becca, pero necesito una respuesta tuya o mi *amu* me cortaría la cabeza —le dije, refiriéndome a mi madre—. ¿Serás mi compañera?

Sus labios se separaron y me miró a la cara durante un largo momento. Contuve la respiración, rezando por haber hecho lo suficiente, por haberle demostrado lo suficiente, para que me considerara un candidato adecuado para ella. No había podido cortejarla como quería, pero esperaba que pudiera ver mi potencial y creer en nosotros como yo creía.

—Sí —susurró, y su sonrisa me iluminó—. Sí —repitió y mi cuerpo tardó un momento en descongelarse del lugar donde había estado esperando.

El ronroneo de satisfacción que salió de mi pecho fue fuerte y orgulloso. Sus ojos se entrecerraron cuando resonó en su interior, un sonido capaz de domar incluso a los compañeros más agresivos.

—Deberíamos guardar la comida —murmuró, pero su cuerpo me decía lo contrario. Su espalda estaba arqueada, ofreciéndome sus pechos y sus piernas estaban separadas, sus caderas se inclinaban hacia arriba, su cuerpo se preparaba para mi pene. Pasé un colmillo por su hombro.

—¿Se estropeará? —, le pregunté y ella asintió, pero enterró sus manos en mi cabello.

Ella me quiere.

La idea era tan gratificante que sentí que mi pecho se hinchaba de orgullo. Yo estaba hecho para complacer a esta hembra.

—Entonces guardémoslo y volvamos aquí —le dije, poniéndome de pie.

Sus piernas me rodearon y sonreí triunfante.

—¿Puedo darte un beso primero? —murmuró, y enterré mis dedos en su cabello, presionando mis labios contra los suyos.

—Un beso —susurré—. Así que así se llama.

Ella asintió y pasó la lengua por mis labios. En cuestión de segundos estaba entre sus piernas, que se enroscaron alrededor de mi cintura.

—Más —murmuré contra su boca, mi pene palpitaba mientras ella chupaba mi lengua.

Estoy perdido.

—Te necesito desnuda —le dije, luchando por mantener el control pero sintiendo que me hundía aún más en mi celo.

No se suponía que ocurriera todavía, pero había estado en su presencia, rodeado de su aroma, y ahora mi cuerpo me decía que necesitaba estar dentro de ella. Necesitaba llenarla con mi semilla.

—Tenemos que ir a desempacar las compras —me dijo, pasando sus dedos enloquecedores por mi columna—. Pero luego quiero que preparemos la cena y charlemos. Después, te voy a chupar. ¿De acuerdo?

Parpadeé mientras sus palabras llenaban mi mente de imágenes sucias. Había soñado con eso, lo había deseado y rezado por ello, pero nunca imaginé que mi compañera estaría interesada en eso, ya que ella no era una orca.

—Sí —convine con un entusiasmo que la hizo reír—. Pero quiero lamerte hasta que te corras tres veces. Luego me chuparás y después te joderé.

Su risa burlona fue música para mis oídos. —Veo que ya estamos superando nuestras expectativas—, se rió entre dientes. —Vamos a ir paso a paso, ¿de acuerdo?

Asentí, la levanté en mis brazos y le di un suave beso en la nariz mientras la llevaba de vuelta a la cocina. Desempaqué las bolsas con ella, asombrado por todos los alimentos que nuestro clan nos había proporcionado.

—Te voy a llevar a una tienda de comestibles y vas a perder la cabeza —comentó Becca mientras me impedía darle un buen mordisco al filete que estaba cubierto con una barrera transparente similar a un escudo.

—No comemos plástico —me dijo, dándome un beso en los labios—. Pero puedo prepararte eso más tarde, si quieres.

Solté un suspiro de felicidad mientras seguía sus órdenes, guardando las cosas en la nevera y en la *despensa*, como ella la llamaba, mientras mis ojos se quedaban atónitos ante la gran cantidad de pequeñas latas de metal que contenían comida. No estaba seguro de a qué tipo de técnicas de cocina estaba acostumbrada mi compañera, pero estaba dispuesto a aprender.

Mientras las pilas de comida dejaban paso a las pilas de ropa, aparté mi expresión de angustia y la vi contener la risa. Levantó una bolsa, haciendo pucheros, y yo no quería nada más que probar su dulce labio inferior.

—¿No quieres probártelos? —preguntó con voz burlona y me provocó un escalofrío de placer.

No estaba acostumbrado a que se burlaran de mí. Todos en mi plano se sentían demasiado intimidados por mi tamaño y las historias de mis batallas.

Esta hembra no. Mi pareja no me tiene miedo.

—¿Hay más comida para guardar? —pregunté, y sus ojos se abrieron de par en par al identificar el brillo en mi mirada como lo que era: pura lujuria.

—B-bueno, no —jadeó mientras la tomaba en mis brazos. Dejó caer la bolsa que tenía en sus manos mientras la llevaba a nuestra cama. La acosté sobre ella y se sentó, pero con solo un empujón de mi dedo índice, volvió a caer hacia atrás.

Su largo cabello castaño oscuro se extendía detrás de ella; su aroma era rico y delicioso por la excitación. Me tomé mi tiempo tirando de la parte delantera de su blusa, tirando hacia abajo hasta que ella desabrochó los pequeños pestillos planos en la parte delantera de su ropa.

Gruñí en voz baja mientras se desnudaba ante mí, pero frunció el ceño al ver la cubierta que insistía en usar sobre sus pechos. Intenté rasgarla por el centro con mis garras, pero me di cuenta demasiado tarde de que ya las había desafilado para poder usar los dedos y darle placer.

En lugar de eso, usé mis colmillos. Con un mordisco rápido que la hizo gritar, la liberé.

—¡Oye! —, exclamó, —¡Ese sujetador era caro!

—Te compraré docenas más, te lo prometo —le dije, sin saber cuánto costaría la delicada tela, pero trabajaría hasta el cansancio si eso significaba que podría desnudar sus pechos perfectos para mi vista cada vez que quisiera.

Sonréí a las bellezas que tenía frente a mí, ahuecándolas entre mis palmas con aprecio.

Capítulo 23



Becca

Un macho como este...

Volvió a sonreírme al verme los pechos y eso me llenó de orgullo. Tenía unos pechos estupendos. Tal vez tuviera estrías y un lunar debajo de uno de ellos, pero estaban llenos y todavía no habían empezado a caerse.

Cuando Rok ronroneó y me frotó los colmillos y la cara con ellos, me reí. Estaba casi segura de que a este macho tampoco le molestaría que empezaran a caerse. Le encantaba tener acceso a ellos.

Pasé mis dedos por su cabello, sus párpados pesados mientras me miraba.

Mi macho. Mi compañero.

Todavía no estaba segura de si estaba en medio de un sueño febril o no, pero si lo estaba, esperaba no despertar nunca. Tenerlo aquí conmigo estaba llenando las partes de mí que se sentían vacías. Él era la pieza que me faltaba.

Pasó su lengua por mi pezón y sentí que mi sexo se contraía de deseo. Incliné la cabeza hacia atrás con un gemido cuando metió los dedos debajo de mi falda y recorrió mis muslos con las manos.

—Rok —jadeé, enterrando mis manos en su cabello y levantando su rostro hacia el mío. Él inclinó su cabeza en señal de interrogación y me lamí los labios con inquietud—. Solo... quiero que sepas que creo que puedo enamorarme de ti —susurré y vi que sus ojos se agrandaban mientras sus labios se abrían—. Sé que piensas que soy valiente, pero no es nada comparado contigo. Manejaste este cambio como si no fuera nada. Te ocupas de todo como viene y no te afecta. No puedes saber lo asombroso que es eso para mí —le dije con una pequeña risa, sacudiendo la cabeza.

—Soy exactamente lo contrario. El cambio me asusta y estoy bastante estancada en mis costumbres —susurré, pasando mis dedos por sus sedosos mechones—. Creo que fuiste hecho para mí —añadí con un temblor en mi labio inferior—. Para mostrarme la diversión que la vida tiene para ofrecer. Para abrirme los ojos a cosas nuevas y llenar el vacío que hay en mi interior.

Apreté mis dedos contra mi pecho y él hizo lo mismo, con asombro en su mirada.

—¿Tú también lo sientes? —preguntó con voz grave y ronca. Asentí y él acarició con la nariz el lugar donde estaban mis dedos.

—He estado completo desde que te conocí, mi Becca. Déjame que también te haga sentir completa —murmuró, y las lágrimas que había estado tratando de contener se deslizaron por mis mejillas ante sus palabras.

—Está bien —le dije, ahuecando sus mejillas y levantando su rostro hacia el mío—. Te mereces la mejor mamada de la historia por eso.

—¿Qué es una mamada? —preguntó con voz apagada mientras lo besaba riendo.

—Voy a chuparte hasta que te corras en mi garganta —, dije riendo, y esas palabras obscenas me hicieron mojarme aún más. Las imágenes que se reproducían en mi cabeza, chupando la gruesa verga de ese sexy macho, me hicieron gemir.

Su gemido fue fuerte mientras deslizaba su mano más arriba en mi muslo. —No hasta que me llene de ti, compañera. Este dulce regalo será mío—, ronroneó y jadeé cuando sus dedos recorrieron mi sexo empapado.

—Por favor —le supliqué y su ronroneo comenzó de inmediato.

Bajó por mi cuerpo, con ese ronroneo retumbante vibrando contra mí y aumentando la relajación y el placer que ya sentía. Sus labios se cerraron sobre un pezón mientras sus dedos grandes y fuertes se cerraban alrededor del otro, pellizcándolo ligeramente.

Gemí, frotando mi sexo aún cubierto contra su otra mano, donde deslizaba un dedo grueso a través del algodón, entre mis labios. Iba a estallar, estaba segura.

Sus succiones se volvieron más voraces mientras pasaba sus colmillos por la tierna piel de mi pecho, cambiando al otro para marcarlo antes de apartarse, con los ojos brillantes de fuego posesivo.

—Mía— gruñó, con su piel verde contrastando maravillosamente con la mía mientras se abría paso entre mis pechos, bajando y arrastrando mi falda, rasgándola antes de que tuviera oportunidad de protestar.

Contuve la respiración con asombro mientras él miraba fijamente mi ropa interior, se lamía los labios y se inclinaba para arrancármela con los colmillos. Quedó completamente destrozada bajo el ataque de sus dientes, y yo observé cómo tiraba los restos por encima del hombro.

Sus párpados se pusieron pesados mientras hundía su rostro en mí, olisqueando mi piel, recorriendo todo mi cuerpo con su cara como lo había hecho antes. Se cubrió de mi aroma con orgullo, y eso me hizo sentir aún más húmeda. Presionó su lengua sobre mí y el calor hizo que arquease la espalda.

Se fundió en mí y mis piernas se abrieron más, permitiéndole presionar esa lengua gruesa y talentosa con más fuerza contra mi sexo. Mis dedos se curvaron cuando su

amplia boca me cubrió por completo, su ancha lengua recorriendo mi clítoris hasta que me convertí en un desastre sollozante debajo suyo.

—Oh, Dios mío —gemí, agarrando su cabello con mis dedos, tratando de anclarme mientras me corría con un grito. Temblé bajo la embestida de su lengua, adorándola con todo mi ser. Nunca me había corrido así con nadie más.

Su lengua fue una revelación a la que nunca pensé que me acostumbraría. Era tan gruesa y ancha que se movía sobre cada centímetro de mi cuerpo, y cuando volvió a chupar mi clítoris, fue tan fuerte que me envió a una estratosfera de placer que no sabía que existía.

Intenté apartarlo cuando la presión comenzó a aumentar de nuevo, preocupada por lo que un segundo orgasmo como ese podría hacerle a mi cordura, pero él se negó a apartarse de su objetivo, gimiendo contra mí mientras yo temblaba, con mi vulva palpitando con un placer tan intenso que no estaba segura de poder sobrevivir. Rok soltó una risa ronca, y las vibraciones de los movimientos me hicieron sollozar con otra oleada de placer.

—Espera, por favor —le supliqué, con los muslos temblorosos y los dedos doloridos por la fuerza con la que sujetaba su cabello. —No más.

Esta vez, su gruñido era de fastidio, con el ceño fruncido mientras levantaba la cabeza con un resoplido. —Más —insistió y yo sacudí la cabeza, jadeando mientras soltaba su cabello. Me había llevado algunos mechones y estaba a punto de disculparme cuando Rok metió un dedo grueso dentro de mí que me hizo arquear la espalda con un jadeo.

—¡Oh! —Mis ojos se abrieron de par en par con asombro mientras movía mis caderas en busca de más—. Oh, Dios mío, sí —gemí, y él pasó su colmillo por la parte interna de mi muslo, con una sonrisa en sus brillantes labios.

—Puedes tomar más, compañera mía. Me lo estás rogando —dijo con una presunción que se había ganado.

—Más —acepté, y casi pierdo la cabeza cuando añadió un segundo dedo.

—Te estoy preparando para mí —me dijo, mordiéndome la piel del muslo. Grité, pero el dolor no era nada comparado con el placer corriendo por mi cuerpo.

—Mía —ronroneó, mientras sus dedos trabajaban dentro de mí hasta que me convertí en un desastre lloroso debajo de él.

—Tuya —dije, pellizcando mis propios pezones, y el calor me invadió el cuerpo mientras cabalgaba sus dedos como si fuera mi juguete favorito—. Por favor, Rok. Tu pene. Lo necesito —supliqué, intentando alcanzarlo, pero él negó con la cabeza, manteniéndose lo suficientemente alejado como para que no pudiera tirar de él hacia mí.

—Uno más, Becca. Uno más —me dijo, su voz era una oscura promesa de todo lo que alguna vez había soñado.

Creo que me va a matar.

Clavé mis uñas en las costosas sábanas que había debajo de mí, sin importarme que probablemente estuviéramos haciendo un desastre.

—Rok —grité, mientras sus dedos me acariciaban lentamente, presionando dentro y llegando a todos los lugares correctos.

Se tomó su tiempo, alargando el delicioso placer hasta que sentí que me estaba torturando.

Me sentí tan llena, sus dos dedos tan largos y gruesos que era más de lo que había tenido dentro de mí antes. Si esto eran solo dedos, no sabía cómo iba a tomar su pene, pero iba a intentarlo con entusiasmo.

Abrió los dedos como una tijera y mi gemido me valió la presión de sus labios en mi garganta. —Eso es, compañera. Siénteme dentro de ti —gruñó, y sentí que mi humedad goteaba. Estaba segura de que iba a quedar una enorme mancha húmeda en la manta. Iba a tener que cambiar las sábanas, pero no me importaba.

—Déjame chupártela —le supliqué, sabiendo que si seguía jodiéndome con sus dedos, volvería a correrme y luego exigiría que me tomara.

Pero primero quería hacerlo sentir tan bien como él me había hecho sentir a mí. Las embestidas de sus dedos se ralentizaron y se le formó entre las cejas esa pequeña arruga que ya me tenía medio enamorada. Respiraba entrecortadamente mientras me miraba a la boca y yo me lamía los labios para darle un pequeño espectáculo. Bajó los párpados con sensualidad, pero negó con la cabeza.

—Córrete una vez más para mí —insistió, y mis labios se separaron por la sorpresa durante un instante antes de que él volviera a mover los dedos, introduciendo otro más. Grité, con una contracción mucho más fuerte que antes. —Una vez más y luego te voy a coger—, me dijo, y yo tragué saliva con dificultad, luchando por recordar mi nombre mientras él usaba su otra mano para quitarse el cinturón, y el ruido de la hebilla me provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

—Rok —gemí, evitando que mis ojos se pusieran en blanco mientras me concentraba excesivamente en lo que me estaba revelando.

Su pene era una obra de arte brutal. Era *enorme*, la cabeza goteaba un pequeño hilo de líquido preseminal que se me hacía agua en la boca para probarlo. La cabeza era casi del tamaño de mi puño y habría cruzado las piernas si no me estuviera jodiendo con los dedos hasta dejarme sin aliento.

Mientras sus dedos se curvaban y tocaban un punto dentro de mí que lanzaba chispas electrizantes de placer por todo mi cuerpo, perdí la vista y la voz cuando me corrí por tercera vez. Siguió moviendo esos dedos dentro mío, murmurando palabras de elogio que ni siquiera pude entender, hasta que quedé inerte debajo de él.

—Ahora estás lista —dijo riéndose entre dientes, moviéndose de manera que tocó mi clítoris con la cabeza de su pene. Sollocé, demasiado sensible para seguir jugando, pero de alguna manera, mi cuerpo se estaba recuperando de nuevo, el hormigueo comenzó en mis dedos de los pies cuando lo pasó sobre mi clítoris nuevamente.

—Por favor — le supliqué, necesitando sentirlo dentro de mí más que el aire que respiraba. Solté un grito de sorpresa cuando la gruesa cabeza rozó mis labios al empujar lentamente, con sumo cuidado, mientras su mirada buscaba en mi rostro señales de dolor, incluso cuando sus labios se separaron en un suspiro.

Me moví al sentir la primera punzada de incomodidad cuando él empujó la punta hacia dentro, con un estiramiento fenomenal y abrumador.

—Oh —grité, extendiendo la mano para agarrar sus anchos hombros, necesitada de aferrarme a algo. Me mordí el labio mientras empujaba hacia adentro otro centímetro.

Capítulo 24



Rok

Hice todo lo que pude para no correrme dentro de ella de inmediato. Mis ojos se pusieron en blanco mientras la penetraba más profundamente, mi pene palpitaba con su sedoso calor. Esto era lo más placentero que he hecho en mi vida.

Mi cerebro estaba confuso mientras intentaba contener mi celo; eso no era algo que pudiera permitirme hacer con mi hembra hasta que la hubiera tomado suficientes veces para que se acostumbrara a mi tamaño. Gemí, recorriendo su piel con mis colmillos y dándole suaves besos en la garganta.

Apenas tenía la cabeza de mi pene dentro de ella, pero ya estaba sintiendo que mis bolas se tensaban. Esto no auguraba nada bueno para mi resistencia.

Mordí su garganta con mis colmillos, dejando una marca en su delicada piel que quería que otros machos vieran. Con esto, ella era mía y nadie podía cuestionarlo. Este paso final era todo lo que necesitaba para hacer la reclamación.

—Eres mía, Becca —le murmuré, y sus dedos se clavaron en mis hombros. Me aparté lo suficiente para poder ver que sus ojos, que antes habían estado llenos de lujuria, tenían una pizca de preocupación.

Se mordisqueaba el labio inferior, pero me dedicó una sonrisa vacilante. Mi corazón se derritió por esta hembra, tan valiente y perfecta, que intentaba ocultar su incomodidad.

—Podemos parar, compañera —susurré, metiendo su cabello detrás de su oreja, donde estaba pegado a su rostro con gotas de sudor—. No tenemos que... —solté un gruñido de placer cuando mi hembra movió sus dedos por mi cuerpo, clavándose en mi trasero y empujándome hacia adelante, más profundamente dentro suyo—. Espera —jadeé, tratando de detenerla, pero mis ojos se cruzaron cuando tomó casi la mitad de mi pene dentro de ella.

Su propio grito no estaba tan lleno de placer como yo quería. Tenía un dejo de dolor que me hizo querer cortármelo. No debería lastimarla.

—Está bien—, me dijo, con sus hermosos ojos cerrados. —Sabía que sería así al principio. Déjame acostumbrarme.

Pasé mis labios por su mandíbula. —Aún podemos parar —gemí, pero ella sacudió la cabeza e intentó tirar de mis caderas hacia adelante otra vez. Esta vez estaba listo para ella, manteniéndome quieto. —No, mi Becca —jadeé, su dulce sexo apretando mi pene hasta que pensé que me correría en ella de inmediato—. No quiero hacerte daño.

—Tómame —suplicó y tuve que hacer un gran esfuerzo para no obedecerla.

—No puedo hacerte daño —murmuré contra su piel acalorada—. Jamás podría hacerte eso.

—Por favor —jadeó, moviendo sus caderas contra las mías hasta que creí que iba a explotar—. Necesito más.

Mis brazos temblaban mientras me apoyaba sobre ella. No importaba lo que pasara, no iba a tomarla como una voraz bestia. No la sujetaría debajo de mí y la embestiría hasta correrme dentro de ella como si fuera un animal.

Era mi adorada compañera y yo iba a ejercer todo el control que pudiera hasta hacer lo correcto por ella. Exhalé un suspiro entrecortado, curvando los dedos de una mano bajo su delicioso trasero, apretándola para recordarme lo suave y delicada que era.

—Rok —gimió, besándose la cara y haciendo que mi pecho se apretara de amor por ella—. Te deseo. Te necesito.

Esas palabras me tranquilizaron lo suficiente como para saber que sería capaz de darle lo que necesitaba. Con movimientos lentos y cuidadosos, eché las caderas hacia atrás y empecé a moverme con embestidas pausadas y superficiales. Ella gritó, gimiendo mientras se aferraba a mí, abrazándose con tanta fuerza que sentí como si fuéramos una sola cosa.

Sí. Esto. Esto es lo que necesitaba.

Sus uñas me arañaron los hombros y apenas podía sentirlo, pero hizo que mi pene palpitara con la necesidad de correrse. Mi hembra se estaba volviendo loca debajo de mí. Yo le estaba haciendo eso a ella. *Yo.*

—Me encanta tu pene, Rok —jadeó, y me invadió el orgullo mientras le daba una embestida más firme, empujando otro centímetro más.

A mi hembra le encanta esto. Le encanta mi verga. Algún día me amará.

Se apretó más fuerte contra mí, cada terminación nerviosa de mi cuerpo se iluminó de placer mientras ella temblaba en mis brazos. Calculé su reacción mientras embestía con más fuerza, y su maravilloso grito llenó mis oídos.

—Sí, más —gritó ella, y yo gemí mientras seguía embistiendo, moviendo ambas manos hacia su trasero, usando mis rodillas para equilibrarnos mientras la jodía.

Después de un largo momento, toqué fondo dentro suyo, gritando mientras ella me tomaba por completo.

Recosté a mi preciosa compañera en la cama, observándola con asombro mientras intentaba permanecer pegada a mí, pero necesitaba verla. Necesitaba asegurarme de que no sentía dolor. Lo que encontré fue una diosa despeinada, tumbada en nuestra cama.

Mechones de su largo cabello se aferraban a su rostro y sus pechos, y el brillo del sudor la hacía resplandecer ante mí. Sus ojos eran lánguidos charcos de placer y sus labios, hinchados por los besos, estaban entreabiertos. Sus pechos se movían con sus jadeos mientras se retorcía sobre mi pene, y yo me quedé paralizado por el asombro.

—Jódeme, Rok —me suplicó, y yo fui incapaz de hacer nada más que obedecer.

No puedo creer que ella sea mía.

Pero más tarde daría gracias por mi suerte. Por ahora, mi compañera necesitaba lo que solo yo podía darle. Empecé a moverme, entrando y saliendo de ella de nuevo, y casi pierdo el equilibrio. Era una sensación tan agradable... Estaba tan apretada que ni en mis sueños más salvajes había imaginado que algo pudiera ser tan placentero.

El gruñido que salió de mi pecho fue involuntario mientras contemplaba el éxtasis en el rostro de mi hembra. Ajusté mi agarre sobre ella, apoyando las rodillas en la suavidad de la cama, asegurándome de tener suficiente fuerza para una embestida sólida hacia adelante. La fuerza que utilicé nos empujó a ambos hacia arriba a lo largo de la cama.

Si me había preocupado hacerle daño con el movimiento, enseguida me di cuenta de que estaba equivocado. El sexo de mi hembra casi me exprimió el semen mientras ella gritaba, arqueaba la espalda e intentaba clavar me sus pequeñas uñas en los antebrazos. La diferencia de tamaño entre nosotros era aún más evidente al ver que sus diminutos brazos ni siquiera podían sujetarme bien.

Miré hacia abajo, hacia donde estábamos conectados, y gemí; el hormigueo comenzó a recorrí mi columna y me indicó que iba a correrme.

Joder, es lo más caliente que he visto jamás.

El sexo de mi compañera se aferraba a mi pene y brillaba con sus jugos mientras yo la penetraba dentro y fuera de ella. Con cada embestida, veía cómo se movía su suave vientre y mis labios se abrieron en una sonrisa salvaje.

Mi semilla va directa a su vientre.

Quería que quedara embarazada esta primera vez. Quería a mi hijo o hija dentro de ella, uniéndonos sin ninguna duda. La imagen de ella hinchada y embarazada de nuestro hijo era suficiente para empujarme fuera de la cornisa en la que me había estado tambaleando. Dejé de tener cuidado y en lugar de eso *me cogí* a mi compañera. Ella gritó, su vagina estrangulando mi pene mientras se corría, mi nombre era un sonido confuso en sus labios.

Sentí el primer chorro dentro de ella, un grito que salió de mi garganta mientras mis testículos palpitaban, tensándose casi hasta el punto del dolor. Mi orgasmo fue como un golpe en la nuca mientras mis caderas se sacudían hacia adelante. La llené, cayendo hacia adelante sobre mi hembra y ella dio un grito ahogado, corriendo de nuevo, sus piernas temblaban mientras me envolvían, apretándome cerca y moviendo sus caderas, aguantando su orgasmo antes de derretirse debajo mío.

Pasaron unos largos y agotadores momentos hasta que me di cuenta de que estaba aplastando a mi compañera. Me levanté de inmediato.

—¿Becca? —pregunté, ahuecando su precioso rostro entre mis manos—. ¿Estás bien?

Sus ojos parpadearon y se abrieron en una exhibición perezosa antes de que una sonrisa de satisfacción se extendiera por su rostro. —Mejor que nunca—, murmuró con un suspiro de felicidad antes de que sus ojos se cerraran nuevamente y se durmiera con su rostro todavía en mis brazos.

Solté una risa incrédula, rozando mi rostro con el suyo antes de mirar hacia abajo, donde mi pene apenas se estaba desinflando, deslizándose fuera de mi hembra dormida en un chorro de semen. Sonreí mientras sumergía mis dedos dentro de ella, metiendo algunos de nuevo, mientras se retorcía contra mí con un gemido bajo.

Si esto es un sueño no quiero despertar jamás.

Capítulo 25



Becca

Al despertar, rodeada de calor y del aroma embriagador de mi compañero, suspiré y acurruqué mi trasero contra su duro pene. Gruñó y sus brazos me apretaron más contra él. Yo era la cucharita y estaba sofocada, este macho desprendía calor como una fragua, pero nunca me había sentido tan cómoda en mi vida.

A parte del dolor punzante entre mis piernas.

Hice una mueca, sabiendo que necesitaría algo de tiempo para acostumbrarme al tamaño de Rok. Sin embargo, estaba segura de que estaría a la altura del desafío y me giré en sus brazos para mirar su cuerpo dormido.

Él gruñó y frunció el ceño, pero yo lo alisé con el dedo y pronto volvió a dormirse. El dolor en mi pecho mientras miraba sus largas pestañas que se extendían sobre sus mejillas y las muescas perfectamente marcadas en sus colmillos me indicó que estaba cayendo con fuerza.

¿Te estás cayendo? Chica, ya estás de bruces en el suelo.

Metí un mechón de su largo y brillante cabello detrás de su oreja. Mi corazón se derritió cuando él se acurrucó contra mi tacto. Se movió, acercándose más y enterrando su rostro contra mi garganta. Su inhalación profunda seguida de un suspiro de satisfacción fue todo lo que necesité para dar esa caída final.

Maldita sea. Lo amo.

Pasé mis dedos por su cabello, sintiéndome como un lío pegajoso, pero sabiendo que no me soltaría a menos que estuviera en un sueño más profundo. Cuando su respiración se estabilizó, me solté con cuidado de sus brazos.

Su gruñido molesto me hizo contener la risa mientras caminaba de puntillas con el trasero desnudo hacia el baño. Después de una ducha, todavía caminaba con las piernas arqueadas mientras me dirigía a la cocina. Estaba revolviendo huevos en una sartén cuando sonó mi teléfono. Al responder, sonréí a quien llamaba.

—Eres una *zorra*—, me dijo mi mejor amiga, —ni siquiera pudiste mantenerlo en tus pantalones durante dos noches.

—En primer lugar, ¿quién *usa* la palabra *zorra* hoy en día? —me burlé y ella soltó una risita—. En segundo lugar, ¿cómo puede alguien esperar que lo guarde en mis pantalones cuando mi compañero es tan sexy como él?

—Nadie se lo espera —dijo entre risas antes de adoptar un tono serio—, pero te conozco y sé lo que significa que te acuestes con él. ¿Qué tan grave es?

Suspiré y sacudí la cabeza mientras volvía a la sartén para asegurarme de que los huevos no se me quemaran. —El pronóstico es crítico—, admití.

—Mierda, ya sabes lo que eso significa, ¿no? —preguntó—. Tengo que comprar *dos* conjuntos de ropa de bebé para que nuestros pequeños puedan combinar.

—Te voy a *asesinar* —le dije y ella empezó a reír de nuevo.

—Vamos, Becks, esto es todo lo que siempre soñé. ¡Nuestros bebés crecerán juntos!—, insistió.

—Quiero decir —dije mordiéndome el labio y permitiéndome soñar. —Eso *sería* genial.

—Ahora sólo tenemos que encontrar la pareja de Rudgar y nuestro pequeño clan estará completo —suspiró feliz.

—Muy bien, señorita casamentera, no intentemos venderlo en el mercado abierto —bromeé, poniendo los ojos en blanco mientras servía los huevos y luego comencé con el tocino.

—¿Estás cocinando ahora mismo? —preguntó—, porque *sabes* que se va a enojar si intentas alimentarte después de la primera vez que tengas sexo, ¿verdad?

Me quedé congelada y abrí mucho los ojos mientras miraba la comida que estaba preparando.

Oh, mierda.

Me olvidé de eso. Era parte del ritual de apareamiento de los orcos. Necesitaban alimentar a su pareja después de su primera noche juntos para demostrar que podían cuidar de ella.

Mierda, mierda, mierda.

Estaba a punto de guardar todo cuando un Rok despeinado entró en la cocina, con los ojos llenos de horror mientras miraba del plato de huevos a mí y viceversa.

—Me tengo que ir —le dije a Pen, colgando el teléfono y extendiendo mis manos hacia Rok en un gesto de apaciguamiento. —Está bien, esto no es lo que parece —empecé, pero él frunció el ceño mientras se apresuraba hacia adelante.

—Lo siento, mi Becca. Lo siento mucho. Debería haberme despertado...

—No —dije sin aliento, agarrándolo por la cintura y apretándome contra él, encajando tan perfectamente que alivió un poco la tensión de mi cuerpo—. Es mi culpa. Olvidé que querías alimentarme y pensé que en lugar de eso te prepararía el desayuno. Es algo humano y...

—¿Es esto —preguntó, pasando su mano por mi espalda, con voz lenta y pensativa— algo que harías por tu compañero?

Asentí y me acurruqué contra su pecho. —Supongo. Es algo humano. Solo quería agradecerte por una noche maravillosa juntos.

—¿Entonces no te molesta que no haya salido a cazar para ti, esta mañana? — preguntó con voz cautelosa.

Me aparté y arqueé las cejas. —¿Cazar? No espero que caces por mí *nunca*, Rok, y mucho menos a la mañana siguiente de haberme dado la mejor noche de mi vida.

Su sonrisa radiante era contagiosa. —¿La mejor noche?

—La mejor noche *de mi vida* —insistí, mordiéndome el labio inferior.

—Yo también —me dijo, acariciando mi cabello con su cara—. Todavía no puedo creer que haya sucedido de verdad. Sigo pensando que me voy a despertar de nuevo en mi cueva solitaria sin ti.

Se me partió el corazón por él, pero negué con la cabeza. —Nunca. Nunca volverás a estar solo. Nunca lo permitiré.

Su risa retumbó en su pecho. —Gracias, mi Becca—, susurró, —y me siento muy honrado de que estés realizando tu ritual de apareamiento por mí.

Abrí los ojos como platos y me aparté, asintiendo. —Sí, esto es *definitivamente* parte de un ritual de apareamiento —dije con voz rígida, ya que era terrible mintiendo.

Sonrió radiante y miró nuestros platos. —¿Qué tengo que hacer?

—Come —le dije, dándole un beso rápido en los labios. Intenté apartarme, pero él me atrajo para darme un beso más profundo y mis rodillas se aflojaron un poco antes de que me soltara. Me tambaleé hacia la estufa y me di cuenta de que había quemado el tocino.

Apagué el fuego y casi me quemé los dedos al sacar las tostadas de la tostadora antes de emplatarlas y darle la porción más grande a él. La aceptó con un nivel de

reverencia que me pareció encantador. Me observó mientras llevaba los platos a la isla antes de ponerme frente a él y darmel comern primero.

Con cada bocado que daba, fruncía el ceño con concentración mientras encontraba la porción perfecta de tocino, huevo y tostada que yo disfrutaba. Insistió en que comiera más, su mirada bajó hasta mi estómago hasta que sentí que el calor me recorría las mejillas.

Estaba segura de que no era un buen momento para quedarme embarazada, pero después de lo ocurrido la noche anterior y la conversación con Pen esa mañana, necesitaba averiguar si estaría bien quedarme embarazada pronto. Sin embargo, mientras Rok acariciaba mi cabello con su nariz y sus grandes manos se posaban sobre mi vientre, la punzada en mi pecho me decía que estaba más cerca de lo que pensaba.

—Tengo que ir a trabajar —le dije y el gruñido molesto que soltó casi me hizo reír—. Deberían haber terminado con la limpieza, pero quiero asegurarme de que no dejen ningún rastro que te encuentre. Debería haberlo comprobado ayer, pero estaba demasiado asustada. —Acuné su rostro entre mis palmas y él agachó la cabeza para que pudiera alcanzarlo—. No puedo perderte.

Su mirada se suavizó y me sonrió, dándome un beso suave en los labios. —A mí me pasa lo mismo, compañera. No puedo vivir sin ti —susurró.

Tarareé, complacida, pero luego miré mi reloj y mis ojos se abrieron. —Oh, no. Llegaré tarde si no me preparo ahora. Quédate aquí y no me distraigas con tu cuerpo sexy—, chillé, saliendo apresuradamente de la habitación y viéndolo sonreír detrás de mí, flexionando su pecho musculoso mientras lo miraba con lujuria.



Llegué *justo* a tiempo para trabajar, la culpa me invadía porque era mi tercer día en el *trabajo de mis sueños*, pero no podía encontrar en mí la fuerza para arrepentirme del

tiempo que había pasado con mi compañero esa mañana. Me detuve en seco frente a la entrada de mi sección y todos los ojos se volvieron hacia mí.

Todavía parecía una escena de un crimen, con gente apiñada a su alrededor, pero al menos había menos gente. Vi a Jun, con los ojos entrecerrados mirándome y la nariz baja para asegurarse de que me estaba mirando con el ceño fruncido, pero levanté la mano en un gesto amistoso.

Su ceño fruncido era enorme mientras se giraba para centrarse en la mujer que estaba mirando. Estaba hablando con ella. Parecía humana, pero por el vestido largo negro con bordados dorados podía decir que era una bruja. Había intentado unirme a un aquelarre cuando era más joven, rogándole a Pen que se uniera a mí, pero no había hecho falta más de una reunión para que me echaran por ser una "*humana débil e impotente*".

Después de eso, comencé a desconfiar de ellas, a pesar de que muchos de ellas eran extrovertidas y amigables, y daban la bienvenida a los forasteros para todos los rituales excepto los más secretos a los que solo los miembros del aquelarre estaban invitados.

Me acerqué a Jun y a la bruja con la barbilla en alto y una sonrisa en el rostro. — Buenos días —, les dije a ambos y Jun asintió y la bruja me miró con expresión interrogativa.

Sus ojos oscuros me miraron con deslumbrante brillo mientras extendía la mano. Llevaba las uñas pintadas de un azul intenso y el brillo bronceado de su piel me hizo desear ser más aficionada a las actividades al aire libre de lo que era.

Quizás Rok pueda ayudarme con eso.

El pensamiento hizo que una sonrisa se extendiera por mi cara y ella arqueara una ceja mientras hacía eco de mi expresión.

—Soy Tasia. Es un placer conocerte. Becca, ¿estoy en lo cierto?

Asentí y le estreché la mano antes de soltarla. —No pude hablar contigo ayer, pero esperaba que pudiéramos charlar hoy. Tú eres quien invocó al orco, ¿verdad?

Mi sonrisa se convirtió en una mueca y solté lo que esperaba que fuera un “ajá” bien interpretado.

—Entonces tendré que hacerte una limpieza mágica, si te parece bien —me dijo, señalando la mesa que había frente a mi escritorio. Me puse rígida bajo su atenta mirada, pero me dirigí hacia donde había libros y estuches, junto con pequeñas bolsas negras, esparcidas sobre la superficie. El fuerte aroma de las hierbas me invadió y vi un par de cristales cuyos nombres tampoco conocía.

—Esto es fascinante —le dije a Tasia cuando ella se acercó a mí. —Siempre me interesó la brujería, pero no nací con ese don.

—No hace falta nacer con ello —dijo encogiéndose de hombros mientras acercaba un par de bolsas de hierbas junto con un mortero de cristal grande—. Un aquelarre puede tener una o dos brujas que nacen con este oficio, pero aceptamos a todas aquellas cuya energía e intenciones coincidan con las nuestras —añadió sonriéndome—. Tenemos un par de plazas libres si quieres echarnos un vistazo.

—¿En serio? —pregunté, planteándome si sería posible acercarme a este aquelarre y averiguar qué sabían sobre la ubicación de Rok. —No sabía que eso fuera posible.

Ella se encogió de hombros, metiendo un rizo teñido de rojo detrás de su oreja mientras arrugaba su nariz respingada. —Esa es la vieja generación y tal vez algunos aquelarres más pequeños que todavía se aferran a esas formas prejuiciosas. Nuestro aquelarre no es así. Somos de las que ganan dinero... — se interrumpió, levantando sus ojos castaños oscuros hacia los míos, —... las brujas que pueden usar sus dones para ganar dinero, claro. Nos llaman para trabajos como este, pero si no fuera por mi hija, solo haría hechizos de protección y círculos de energía todo el día—. Sacudió la cabeza, riendo un poco mientras agregaba hierbas al mortero.

La observé mientras los trituraba hasta convertirlos en polvo, se dio la vuelta para mirarme con un puñado y asintió. —Está bien, ahora quédate quieta.

Me quedé paralizada mientras ella daba vueltas a mi alrededor, esparciendo el polvo en el suelo mientras recitaba palabras que no entendía. Cuando estuvo de pie frente a mí otra vez, levantó las palmas de las manos.

—Toma mis manos —dijo ella en voz baja y tranquilizadora.

Dudé por un largo momento, estudiando sus manos, deseando tener una manera de escapar de lo que fuera que estaba sucediendo, pero ella permaneció allí, tan paciente como una santa, simplemente esperando. Bajé mis manos temblorosas hacia las suyas y tan pronto como se tocaron, un ligero brillo emanó del círculo que me rodeaba.

Oh, no.

Ella comenzó a cantar de nuevo, sus apretados rizos se movían ligeramente con un viento que yo no podía sentir. Cuando se detuvo, inclinó la cabeza hacia mí y entrecerró los ojos.

¡Mierda, mierda, mierda!

—Es tu compañero —dijo en voz baja, soltando un profundo suspiro—. Y tú lo estás escondiendo.

—N-no —tartamudeé, dando un paso atrás y saliendo del círculo—. Eso no es verdad.

—Tú también eres una mentirosa terrible —añadió, poniendo los ojos en blanco—. Pero no hay nada que podamos hacer al respecto, Becca. Firmamos un contrato y tenemos que enviarlo a casa. —Sacó un sobre del bolso que estaba sobre la mesa, sacó dos hojas de papel y las pasó hasta la última página, donde había dos firmas en rojo escarlata en la parte inferior—. Es un pacto de sangre —me dijo, dándome una sonrisa arrepentida—. Tengo que enviarlo de vuelta.

—No sé de qué estás hablando —susurré, mirando a mi alrededor con ojos desorbitados antes de centrarme en ella una vez más—. Pero si lo supiera, ¿no podemos firmar un contrato? Puedo pagarte con todo lo que tengo...— *Lo cual no es mucho.* —Lo

que pidas... —*Simplemente pediré un préstamo a Pen. Estoy segura de que a ella y a Dristan no les importará.* —¡Y luego puedes dejar que se quede!

Apretó los papeles en mi mano y volvió a señalar las firmas. —Los pactos de sangre significan que no puedo romperlos. Lo siento mucho, pero tendré que encontrarlo y enviarlo de regreso. —Se encogió de hombros, volvió a poner el contrato en el sobre y se frotó los brazos como si tuviera frío—. Si hubiera una manera, créeme, habría encontrado una manera de ayudarte. Pero esto no tiene margen de maniobra.

Tasia se mordió el labio inferior mientras bajaba la mirada al suelo. —Sin embargo, no me parece bien separar a compañeros predestinados—. Se giró para mirar hacia donde Jun estaba gritando órdenes a algunas brujas más, con el mismo uniforme que llevaba Tasia. —¿Por qué no lo enviamos de vuelta y puedo ver si puedo abrir un portal hacia donde está? Es magia muy avanzada, pero conozco a alguien que podría ayudar.

—No, no te lo vas a llevar —le dije, tragando saliva y dando un paso atrás—. Y, de todos modos, no sé de qué estás hablando —añadí, aclarándome la garganta y levantando la barbilla—. No sé dónde está.

Su mirada era comprensiva y se encogió de hombros. —Está bien. Bueno, cuando me necesites, aquí está mi información de contacto—, dijo, extendiéndome una tarjeta. —Como dije, intentaré ayudar a traerlo de vuelta.

—No se *va a ir* a ningún lado —susurré, dándole la espalda y corriendo hacia mi bolso y mi teléfono. Metí su tarjeta en mi cartera y escribí un mensaje a Pen.

Becca: MAYDAY. Saben dónde está. Es culpa mía. Asegúrate de que no salga del edificio.

Pen: Está bien, no te preocupes. Volveré a casa ahora.

Respiré hondo, sintiéndome aliviada. Si alguien podía manejarlo, esa era Pen. Ella había estado matando mis dragones desde que éramos niñas.

Becca: Gracias. Te amo.

Pen: Yo también te quiero. Le dije a Rud que lo vigilara. Él también está en camino.

Por supuesto. Ella es un genio.

Sentí que la tensión abandonaba mi cuerpo. Casi había olvidado que tenía a mi familia detrás de mí. No había forma de que me arrebataran a Rok. Ni ahora ni nunca.

Capítulo 26



Becca

Me apresuré a llegar a casa después de mi turno en la biblioteca, agarrando los libros que necesitaba y corriendo hacia el apartamento que compartía con Rok. Ya había confirmado que Pen estaba allí. Abrí la puerta y respiré aliviada al ver que el edificio era muy seguro.

Más tarde le agradecería a Dristan y Rudgar por eso, pero por ahora, simplemente estaba agradecida de estar aquí en lugar de en mi viejo y destrozado hogar de donde vengo. Al entrar, vi a Rok ya de pie para saludarme, con una amplia sonrisa en su rostro.

—Mi Becca —suspiró, la alegría llenó su voz y me apretó contra él, abrazándolo fuerte. Respiré su aroma, agradeciendo a cada dios que estaba escuchando que este macho estuviera a salvo.

—Hola —dije, todavía sin aliento por haber salido corriendo del ascensor. Miré a Pen por encima de él y ella me miró con las cejas enarcadas.

Solté una carcajada antes de alejarme de Rok para poner los libros que sostenía sobre la mesa de café. —Está bien, ¿entonces Pen te contó sobre las brujas?— Le pregunté y él asintió, la cautela llenaba su mirada.

—Me están buscando y saben dónde estoy—, me dijo, y lo abracé fuerte. Me rodeó con sus brazos y me pasó la palma de la mano por la espalda.

—No te van a atrapar —le dije con más confianza de la que sentía—. Y sólo tenemos que despistarlas. Saben que estás aquí, pero no pueden entrar. Así que no podrás salir del edificio.

—No lo haré —me aseguró, acariciando mi espalda de arriba a abajo con la palma de la mano. Fue entonces cuando me di cuenta de que temblaba contra él y de que la adrenalina de mi cuerpo no disminuía.

—Los protegeremos —nos aseguró Pen a los dos, acercándose a donde estábamos—. No se preocupen. Ya hablé con Dristan y Rudgar. Ambos lo saben y vamos a hacer todo lo posible para asegurarnos de que ambos estén a salvo.

Tenía la garganta demasiado apretada por la emoción como para darle las gracias, pero por su expresión podía ver que sabía lo que quería decir. Solté a Rok el tiempo suficiente para abrazarla y ella susurró: —Te tengo— contra mi sien.

Tal como siempre lo había hecho cuando éramos niñas. Me sentí muy agradecida por la hermana que había encontrado a lo largo de mi camino.

—Te amo —le dije y ella me apretó más fuerte.

—Yo también te amo —me aseguró, dándome un último abrazo que me dejó sin aliento antes de soltarme. También le dio un abrazo a un sorprendido Rok antes de alejarse, con expresión decidida—. Y nos aseguraremos de que estés a salvo —le dijo. —Por ahora, Becca tiene la idea correcta —continuó, señalando con un gesto la pila de libros que había reunido—. Acostúmbralos a nuestro mundo y asegúrate de que se sienta cómodo aquí. Porque aquí es donde se va a quedar—. El destello de determinación en sus ojos ya me hizo sentir mejor.

—Gracias —le dije y ella puso los ojos en blanco.

— *Nunca* tendrás que agradecerme. Ahora voy a reunirme con Rudgar. Vamos a trabajar en algunas características adicionales para los sistemas de seguridad de aquí. El edificio está prácticamente vacío, excepto por nosotros, pero tenemos que hacer algunas comprobaciones de antecedentes de todos los que viven y trabajan aquí—. Se mordió el labio inferior, con los brazos cruzados sobre el pecho. —Dristan quiere desalojar a los otros tres inquilinos, pero no estoy segura de que sea una buena idea—. Puso los ojos en blanco.

—Trabajan para Rudgar y son orcos, así que entienden lo que está pasando. Creo que ayudarán con la protección, pero siempre que sean machos y estén cerca de mí, Dristan... —suspiró, pero no necesitaba explicar más.

Incluso Rok asintió con la cabeza, comprensivo. Dristan era tan gruñón y posesivo como cualquiera. Era conocido por mirar con enojo a cualquier macho soltero que se acercara a menos de un kilómetro de Pen.

—No necesita desalojar a nadie por nosotros —le dije con una pequeña sonrisa—. Aunque estoy casi segura de que está usando esto como excusa para ejecutar un plan que lleva meses preparando.

—¡Cómo si no lo supiera! —gruñó, pero hizo un gesto con la mano mientras se marchaba.

Miré a Rok, que me miraba con afecto y se movía para abrazarme una vez más. —Hola —susurró. La nueva y floreciente intimidad entre nosotros me llenó el estómago de mariposas.

—Hola —respondí, emitiendo un chillido rápido mientras él agachaba la cabeza y me besaba. Encajaba tan bien entre sus colmillos que me puse de puntillas para mantener el contacto con él cuando intentó separarse.

Me dio más de lo que quería, lamiendo mi boca con su amplia lengua.

Para alguien que hace un par de días ni siquiera sabía lo que era besar, lo aprendió rápido.

Suspiré satisfecha y me acurruqué contra él. Agarró mis caderas con sus grandes manos y sus dedos me dieron un apretón íntimo en el trasero que me hizo arquearme contra su pecho.

—Oh —jadeé, y él me levantó en brazos—. Espera —jadeé, y él se detuvo de inmediato, quedándose inmóvil donde estaba. Sonréí y me incliné para darle un beso en la mejilla—. ¿Estás bien?

Frunció el ceño y me acercó más para que pudiera sentir la presión dura de su pene. Sentí un calor intenso en mis mejillas, pero me reí.

—No *así*—, le expliqué—. ¿Estás bien con todo lo que está pasando? ¿Necesitas hablar de ello?

—¿Hablar? —preguntó, encogiéndose de hombros—. Tenemos enemigos que están intentando alejarme de ti. Me niego a irme. ¿De qué hay que hablar?

Le sonréí a este macho fuerte, acariciándole la mejilla con la palma de la mano y observando cómo sus ojos color chocolate oscuro se cerraban de placer ante el contacto.

—¿Quieres hablar de cómo te hace sentir?

Su expresión estaba llena de asombro y se sentó en un sillón conmigo todavía en sus brazos. —¿Esto es lo que hacen las compañeras?—, preguntó con voz llena de reverencia. —¿Preguntar sobre emociones?

Me encogí de hombros y le coloqué un mechón de su pelo largo y espeso detrás de la oreja. —No lo sé. Nunca he tenido pareja antes. Pero quiero saber cómo te sientes. ¿Tienes miedo?

Frunció el ceño y me besó de nuevo. Fue un beso largo y posesivo que me hizo retorcerme entre sus brazos. —Lo único que me asusta es pensar en perderte —admitió en un susurro, enterrando su rostro en mi garganta. Lo abracé fuerte, sosteniendo su nuca en mi mano y mordiéndome el labio inferior para detener las lágrimas que intentaban abrirse paso hacia mis ojos.

—Nunca me vas a perder —le dije, esforzándome por ocultar el sollozo que sentía crecer en mí.

Su suspiro de alivio fue tan grande que me moví unos centímetros en sus brazos cuando lo soltó. Me acurruqué contra él, girándome hasta quedar a horcajadas sobre su regazo, con los brazos alrededor suyo. Todavía me dolían los muslos por cuando me había jodido la noche anterior, pero mi coño me decía que estaba lista para otra ronda con este hombre sexy dentro de mí, aunque sabía que eso me dejaría fuera de combate por un tiempo.

—¿Puedo tocarte? —, le pregunté, y su sonrisa fue lenta y lleno de cariño.

—Nunca tienes que preguntarme, mi Becca. Cada toque tuyo es un tesoro —susurró y sus palabras fueron otro golpe para mi corazón, rompiendo la armadura con la que lo había rodeado cuando pensé que nunca conocería a alguien de quien pudiera enamorarme.

Este macho estaba a punto de hacerme enamorar de él. Y, si era sincera conmigo misma, ya había recorrido más de la mitad del camino. Mordiéndome el labio, deslicé mis manos por su pecho, mis dedos recorriendo los contornos de sus músculos, su piel una caricia decadente y aterciopelada contra la mía y las duras protuberancias debajo, una viril muestra de fuerza.

Aunque era mucho más grande que yo, nunca me sentí amenazada por Rok. Todo mi instinto me decía que me protegería y me mantendría a salvo.

Capítulo 27



Becca

Me incliné hacia delante, le di un beso en la piel y oí que tragaba saliva. Sonreí mientras pasaba la lengua por su cuerpo. Este macho, este macho *enorme e intimidante*, se deshizo con un golpecito de mi lengua.

—Mi Becca —murmuró, apretando mi trasero con sus grandes manos—. ¿Puedes tomarme otra vez? —Su voz era baja y ronca, y transmitía la lujuria que yo estaba creando en él.

Rok acarició mi ego como ningún hombre lo había hecho antes. Yo era hermosa y sensual a sus ojos. Nunca gorda y aburrida como había pensado que era durante años. Me acurruqué contra su piel mientras asentía. —Quiero que estés dentro de mí, pero creo que tendré que esperar hasta mañana o estaré demasiado dolorida para volver a hacerlo en otra semana—, admití, con una pequeña explosión de inseguridad atravesándome.

¿Seguirá queriéndome si no puede tenerme?

Tragó saliva con dificultad, utilizando su mano en mi trasero para frotar mi sexo cubierto por la ropa, arriba y abajo por su miembro. —Está bien. Déjame saborearte en su lugar—, suplicó, y no pude evitar sonreír.

Eso es todo. Este macho es perfecto.

—¿Qué tal si primero te desnudas para mí? —le pregunté, pasando mi lengua por la cresta de su larga oreja.

Me levantó del sofá y me abrazó mientras se bajaba los pantalones antes de que pudiera decir otra palabra. Mi risa ante su entusiasmo solo me hizo más consciente de lo cómoda que me sentía con él.

Nunca antes me había reído en una relación. Nunca había podido disfrutar sabiendo que podía ser exactamente quien era sin tener que ponerme una máscara. Acaricié mi rostro contra el suyo, su barba incipiente me rozaba y me hacía temblar.

Jadeé cuando me acomodó de nuevo en su regazo. Estaba completamente desnudo y emití un pequeño sonido gutural de agradecimiento que hizo que su pene se sacudiera debajo de mí. Sonréí como el gato de Cheshire, más que complacida con el efecto que había tenido en él.

—Oh, parece que necesitas ayuda con eso —le dije, deslizándome de su regazo para pararme frente a él y sacando mi blusa por encima de mi cabeza. Tragó saliva con fuerza, estirándose hacia adelante para acariciar mis pechos, pero me alejé de él. —Ah, ah —bromeé, y él frunció el ceño, no contento con su falta de acceso a mi cuerpo. —Estamos siendo pacientes —le dije y él asintió lentamente.

Mi confianza aumentaba con cada movimiento que hacía, una poderosa sensualidad me llenaba, como nunca antes había experimentado. Me giré hacia él, observando cómo sus ojos estaban clavados en mi cuerpo. Le encantaba cada rincón y cada curva. Lo veía en su mirada. Me volví para darle la espalda de nuevo, desabrochándome el sostén, pero sujetándolo para mantener mis pechos cubiertos mientras le lanzaba una mirada sensual por encima del hombro.

Rok se lamió los labios y su pene palpitó frente a mis ojos. —Más, Becca — ronroneó. El sonido sordo y retumbante que provenía de su pecho relajó mi cuerpo y me hizo más imprudente.

Me mordí el labio y tiré de mi falda con una mano hasta que cayó más allá de mi trasero, rozando mi piel hasta que se formó un charco a mis pies. Mi trasero desnudo quedó expuesto, una de las tangas que había elegido para usar solo para él, aseguraba que su vista no estuviera obstruida.

Un gemido entrecortado salió de su pecho, haciéndome cosquillas hasta que mi estómago se agitó. Era tan fácil complacerlo. Me encantaba eso. No había juegos entre nosotros. Solo atracción.

—¿Te gusta? —le pregunté, tirando del material de encaje hasta que chocó contra mi piel. Su mirada estaba fija, su cuerpo paralizado, excepto por ese pene que goteaba líquido preseminal.

Él asintió lentamente, sin apartar la mirada de mi trasero mientras se lamía los labios. —Quiero una marca de apareamiento ahí también—, me dijo y se le escapó una risa.

—No creo que nadie pueda verla —dije encogiéndome de hombros y frunciendo el ceño.

—Nunca —susurró, apretando con las palmas de las manos los bordes del sillón y clavando sus garras romas en la tapicería de una forma que me decía que deseaba que fuera yo a quien apretara en su lugar—. Nadie te verá *never* así —continuó, reprimiendo un gemido mientras arqueaba las caderas, su pene empujando hacia arriba y deslizándose contra su estómago—. Pero quiero mi marca en cada centímetro de ti. Para que la veas. Para que la *sientas* ...

El hilo de crema que caía por mi muslo me indicó que me *encantaba* esa idea. Su mirada estaba entrecerrada mientras lo observaba, sus ojos eran tan negros como la noche por lo dilatadas que estaban sus pupilas.

—No sé si voy a ser capaz de no joderte—, admitió en voz baja. —Voy a mantener las manos aquí—, dijo, apretando los brazos del sillón con tanta fuerza, que temí que los aplastara con su potencia. —Y tendrás que decirme qué hacer.

El vértigo que sentí al oír esas palabras casi me deja fuera de combate. ¿Tendría que decirle a ese enorme y formidable macho qué hacer? ¿Yo estaría a cargo?

Adoré la noche anterior, cuando se apoderó de mi cuerpo, lo tomó como propio sin cuestionarlo, pero esto era algo que quería probar. Asentí, me volví hacia él y me quité el sujetador.

Su gemido era de dolor, sus caderas se arqueaban mientras miraba mis pechos, esos dedos tuyos clavándose *un poco más fuerte*.

Vamos a tener que tener una asignación de muebles para daños futuros, lo puedo ver.

La idea me hizo sonreír mientras me acercaba a él, y mi pequeño striptease tuvo más que el efecto deseado. —¿Te gusta lo que ves, Rok? —le pregunté, deslizando mis manos por mis caderas, mis costados, mis pechos y luego mi cabello, levantando la pesada masa y soltándola del clip con el que la había sujetado.

Tenía la mandíbula floja mientras me examinaba de pies a cabeza. —No creo que seas real —jadeó, tragando saliva con fuerza—. Te he imaginado. Todavía estoy en mi cueva, solo, y esto es un sueño.

Mi risa fue seductora, algo de lo que no había creído ser capaz hasta ese momento. —Te prometo que no lo soy—, le dije, con el pecho dolorido por el hecho de que pudiera pensar eso. —Estoy aquí.

Me acerqué a él, sentándome a horcajadas sobre su regazo nuevamente y en lugar de mirar mi cuerpo como había estado todo el tiempo, me miró a los ojos.

—Prométemelo. Prométeme que realmente estás aquí. Eres realmente mía —susurró, sus palabras eran una súplica silenciosa.

Acaricié su hermoso rostro con mis manos, recorriendo sus pómulos fuertes y marcados con mis suaves dedos. —Te lo prometo—, le susurre, con una voz que transmitía lo mucho que significaban esas palabras para mí. —Estoy aquí y soy tuya.

Cerró los ojos con fuerza durante un largo instante antes de volver a abrirlos, con una capa de lágrimas en la mirada. —No me dejes.

—No lo haré —le dije, inclinándome para presionar mis labios contra los suyos. Lo hice como un beso dulce y reconfortante, pero él tomó mi boca con un dejo de desesperación, entrelazando su lengua con la mía y haciendo que mi cabeza diera vueltas.

Me devoró por completo, cautivándome hasta que gemí contra sus labios. Sus callosas palmas recorrieron mi cuerpo, rozando mi piel y haciéndome temblar de necesidad por él.

—Rok —susurre; su nombre era una oración en mis labios.

Me besó más profundamente, alejándose sólo el tiempo suficiente para decir: —Un toque. Sólo uno y luego te soltaré. Necesito asegurarme de que...—. Se quedó en silencio, sus dedos apretando mi trasero, separando mis mejillas por un momento antes de sumergir su dedo dentro de mí. Mi cabeza cayó hacia atrás sobre mi cuello ante la bienvenida intrusión.

El sonido que salió de él fue de lujuria pura y sin adulterar. Levanté la cabeza de golpe para mirarlo y moví las caderas para mantenerlo dentro de mí, apretando con fuerza su dedo.

Tenía los labios entreabiertos y el sudor le perlaba la frente y el cuello. —Estás tan jodidamente mojada para mí —susurró, mostrando los colmillos en lo que solo podía ser una restricción mientras sacaba su dedo.

Grité por la pérdida, mirando con asombro como él chupaba ese dedo en su boca de inmediato, tomando cada gota brillante de mi crema en su lengua.

—Lo más dulce que he probado jamás—, ronroneó y perdí la cabeza con sus palabras.

—Necesito que me tomes —exigí y él negó con la cabeza.

—No, mi Becca. Nunca te haré daño —me dijo y volví a ahuecar su rostro entre mis manos.

—Puede que duela un poco, pero si no corro ahora, moriré —dijo con toda la seriedad que sentía.

Su risa estridente me hizo enfadar y le di un empujoncito en el pecho.

—Lo digo en serio —me quejé, y él me acercó más, presionando mi vulva cubierta por ropa interior contra su desnudo miembro. Jadeé de sorpresa y placer cuando usó su agarre en mi trasero para frotarse a lo largo.

—Así —murmuró, inclinándose para pasar su lengua contra mi pezón.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo mientras asentía, sin dudar ni un momento en empezar a mover mis caderas contra él. No había tenido sexo con un chico desde la secundaria, pero lo único más placentero que esto, era cuando él estaba dentro de mí.

—Rok —jadeé y apoyé la cara en su fuerte hombro.

Gimió, sus dedos temblaban mientras apretaba mi trasero antes de quitarlos, colocándolos de nuevo en los brazos del sillón. —No puedo tocarte, mi Becca. Si lo hago, te voy a tomar—, me dijo mientras me acurruqué a su alrededor, enterrando mis dedos en su pelo mientras mecía mis caderas.

Mi cabeza cayó hacia atrás con un gemido mientras comenzaba a moverme a un ritmo mesurado, cabalgando sobre su pene como si fuera un potro salvaje. Una mano temblorosa volvió a tocar mi cadera y sentí un dolor agudo cuando él me rompió el lateral de la tanga y me la quitó hasta dejar mi sexo al descubierto.

—Oye —dije sin aliento, mordisqueándole la oreja a modo de castigo—. Acabo de comprarlas.

Murmuró tonterías en respuesta, echando la cabeza hacia atrás para que yo tuviera vía libre a su garganta. Lo mordí allí, hincándole los dientes mientras sentía cómo su pene separaba los pliegues de mi sexo. El simple contacto de mi clítoris con su carne ardiente era más de lo que podía soportar.

Jadeé, empujándome contra su pecho hasta que miré esos ojos oscuros y brillantes. Tenía los labios entreabiertos y respiraba con dificultad. Rok podía levantar el refrigerador sin sudar, pero *esto* ... Esto lo estaba haciendo jadear y chorrear de sudor.

Puedo hacerle esto. Convertirlo en masilla en mis manos.

El asombro que me invadió al darme cuenta de ello casi me derriba, pero no había forma de que dejara de hacer lo que estaba haciendo. Me moví con más fuerza contra él, dejando escapar pequeños gemidos de mi garganta a medida que me acercaba al orgasmo. Mantuvo sus ojos en nosotros, lamiéndose los labios mientras miraba hacia abajo, donde se abrían los labios de mi sexo alrededor de su miembro. Me incliné un poco, apretándolo contra mi vagina, y él comenzó a temblar, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—No —jadeó, inclinando la cabeza hacia atrás mientras cerraba los ojos con fuerza y apartó la mirada de nuestra vista—. No puedo joderte. Te haré daño. Por favor, mi Becca. —Su voz era ronca, un rasgueo erótico en mi oído, recorriendo mi columna hasta que me convertí en un desastre tembloroso encima de él.

—Me voy a correr —le dije, sin aliento, mucho más que él—. Pero te necesito dentro de mí solo por un segundo.

Sus ojos se abrieron de golpe y asintió, lamiéndose los labios mientras yo comenzaba a descender. Mi cuerpo aún no se había acostumbrado a su grosor. Era una montaña enorme y su pene coincidía con su tamaño.

Sus labios se movían mientras susurraba algo para sí mismo. No estaba segura de lo que estaba diciendo, pero probablemente era algo así como “*No la agarres y te la tires sin miramientos*”

Pensar en eso me hizo gritar, mi vagina se apretó con fuerza contra él mientras me deslizaba hacia abajo unos centímetros, tomando la cabeza goteante de su pene dentro mío. Nuestros jugos combinados lo estaban haciendo más fácil. Otro centímetro me hizo estremecer la columna vertebral, mi orgasmo casi estaba sobre mí.

—Ayúdame —jadeé, sacudiendo la cabeza para evitar correrme de inmediato—. Te necesito dentro antes de correrme. Por favor —le supliqué, temblando en sus brazos.

Sus manos también temblaban mientras agarraba mis caderas, un pequeño tirón me regaló unos centímetros más de él dentro de mí. Grité cuando mi sexo se estiró a su alrededor, mi espalda se arqueó mientras luchaba por no correrme.

—Todo —supliqué, extendiendo la mano hacia atrás para agarrar sus fuertes muslos con mis manos.

Gruñó una palabra que no entendí, flexionando los dedos contra mi trasero mientras me empujaba hacia abajo. Mi vulva se agitó a su alrededor cuando finalmente me llenó hasta el borde y alcancé un orgasmo intenso. Grité, moviendo las caderas y disfrutando del orgasmo, mientras mi visión se oscurecía y el placer me invadía.

Sus caderas se sacudieron, dando un fuerte empujón mientras echaba la cabeza hacia atrás y soltaba un rugido cuando sentí su pene golpear dentro mío, llenándome con chorros y chorros de semen. Gemí, mareada por el placer mientras me desplomaba contra él. Pasó sus manos con reverente devoción sobre mí, murmurando palabras en orco que no pude entender.

—Mi compañera—, murmuró en lengua común, mientras sus dientes mordisqueaban mi marca. Grité, le di un golpe en el hombro y luego solté un suspiro de satisfacción y me acurruqué contra él.

Sabía que debía moverme. El semen se escurría de mí y probablemente acabaría resbalando por sus piernas hasta el sillón que teníamos debajo, pero estaba sin fuerzas en sus brazos. Y mientras sus manos continuaban su incursión por mi cuerpo, sentí que se me cerraban los ojos.

Capítulo 28



Rok

Pasé las palmas de las manos entre las piernas de mi hembra mientras se recostaba contra mí. Había estado jugueteando con los botones de las perillas sobre la bañera hasta que empezó a llenarse. Había tapado el desagüe con mi trasero, bloqueándolo el tiempo suficiente para que se llenara con el agua tibia, que era casi como una cascada mientras fluía de la tubería, hasta que el hermoso cuerpo de mi hembra estuvo flotando en él.

Me hundí hasta el fondo como una piedra, como me pasaba en la mayoría de las aguas, así que la moví hasta que su cabeza quedó apoyada contra mi hombro y ella soltó un suspiro de satisfacción. Mis manos recorrieron su cuerpo, usando el jabón que había encontrado para enjabonar sus deliciosas curvas.

Mi pene ya estaba duro otra vez y tuve que reprenderlo severamente. Estaba agotada y no podía tener más sexo hasta que se recuperara. Y no había forma de que yo pudiera hacer algo más que disfrutar de su cuerpo con mis manos y dedos mientras ella se reponía.

Se acurrucó contra mí y la atrajo más cerca, sintiendo la sedosa piel de su suave vulva donde había metido mi dedo. No quería que mi semen se escapara de ella más de lo que ya lo había hecho.

Todavía no había percibido ningún cambio en ella, pero esperaba poder sentir pronto que llevaba en su seno a nuestro pequeño. Hasta entonces, no iba a desperdiciar ni una gota de mi semilla. Todo iría a parar a su interior.

No importa cuánto me guste la sensación de su boca a mi alrededor.

Tragué saliva mientras mi pene se hinchaba aún más con ese pensamiento. Su ágil boca y lengua eran mágicas. Acaricié el pezón de mi hembra con el pulgar de la mano que no estaba enterrada dentro de su sexo.

—Rok —murmuró con un dulce suspiro, mientras subía su brazo por detrás de mi cuello para abrazarme más cerca.

Ella esta soñando connigo.

Mi pecho se llenó de orgullo incluso cuando me di cuenta de que no quería quedarme dormido. Estaba casi seguro de que se trataba de un sueño. Nada había sido nunca tan perfecto. Nada en mi vida había llegado tan fácil.

Siempre había asumido que mi hembra no me aceptaría, que era demasiado rudo y brusco para que cualquier hembra quisiera que fuera su dueño. Había estado solo durante tanto tiempo que me había estancado en mis costumbres.

Sin embargo, mi hembra se acoplaba tan bien a mí, con tanta facilidad, que no podía creer que fuera real. Apreté mi cara contra su cabello, inhalé y cerré los ojos para saborear su aroma.

Por favor, por favor que esto sea real. Nunca dejes que me separe de ella.

Sus ojos parpadearon y ella soltó un bostezo muy dulce, dándose vuelta hasta que me vi obligado a sacar mi dedo de su apretado sexo. El mismo gemido de queja nos abandonó a ambos y sus hermosos ojos se centraron en mi rostro.

Esos labios carnosos que tanto me encantaban se curvaron en una sonrisa y ella me dio un beso en la mejilla antes de mirar a su alrededor. —Hola —susurró, en un tono bajo e íntimo entre nosotros—. ¿Hora del baño? —Su sonrisa era feliz y dulce mientras se acomodaba contra mí, sus senos enjabonados presionados contra mi pecho.

Tragué saliva con fuerza mientras asentía. Pasé la mano por su espalda y por su cadera, curvándome alrededor de su trasero para aferrarme a ella, la posesividad me invadió. No había forma de que pudiera dejarla ir.

—Hora del baño —murmuré, acariciando con la cara su espeso cabello, que había soltado del lazo que lo sujetaba. Nos rodeaba, flotando en el agua junto con el mío, entrelazados como yo quería que estuviéramos: inextricablemente conectados.

—Pareces muy serio —me dijo en voz baja mientras me acariciaba la mejilla con un dedo y sus ojos aún lánguidos y somnolientos—. ¿En qué estás pensando?

Pasé mi dedo por su mejilla, mi enorme pulgar verde contra su rostro elegante. —Me preguntaba si estarías embarazada—, le dije, sin mentirle abiertamente. Un jovencito nos uniría. Si ella estaba embarazada de mi hijo o hija, su vida estaría ligada a la mía sin importar lo que sucediera.

Incluso si se da cuenta de que no soy digno de ella.

—No lo creo —dijo ella, sacudiendo levemente la cabeza, recostándose contra mí y envolviéndola con mis brazos. Su delicioso trasero estaba apoyado contra mi pene y, aun así, yo solo quería abrazarla.

Permanecer así para siempre.

—No es un buen momento para concebir —dijo mirándome con atención.

Mi corazón se hundió ante sus palabras, pero lo intenté de nuevo.

—Pero tal vez —murmuré, presionando mis labios contra su marca y mis colmillos rodeando su cuello.

—Tal vez —confirmó ella, recostándose nuevamente en mis brazos. Apoyando su peso contra mí, tan leve, casi imperceptible.—Y creo... creo que estoy bien con eso—.

Parecía sorprendida por eso, y me pregunté si realmente quería jóvenes. Creía recordar una breve conversación después de tomar la poción del lenguaje, antes de distraerme con el delicioso cuerpo de mi compañera, pero el recuerdo era vago.

Mis labios se separaron para preguntar, pero los cerré de inmediato, demasiado asustado para saber su respuesta. Si no los quería, no sabía si sería capaz de *no* presionarla, y eso era algo que no estaba dispuesto a hacer. Sería su elección.

Frunció el ceño cuando ella levantó la mano y dejó caer el agua tibia sobre mis manos, que rodeaban su vientre redondeado. Si *no* hubiera querido tener hijos, me habría pedido que no me corriera dentro de ella. Me habría detenido en lugar de acercarme más cada vez que lo hacía.

La esperanza, esa emoción traicionera, llenó mi pecho y la atraje más fuerte hacia mí, adorando la presión de nuestra piel mientras nos sumergíamos en el agua.

—Nunca pensé que conocería a mi pareja predestinada —susurró, y yo estaba absorto en sus palabras, tensándome debajo suyo—. Siempre supuse que era un cuento de hadas o para personas que no eran como yo—. Su risa autocrítica me hizo fruncir el ceño.

—Eres perfecta—, le dije, y ella me devolvió una sonrisa radiante mientras echaba la cabeza hacia atrás para mirarme, con los ojos brillantes y llenos de lágrimas.

—¿Crees eso? —preguntó en voz baja y temblorosa.

—Sí —le confirmé con un asentimiento firme, ahuecando el precioso rostro de mi compañera en una mano—. La hembra más perfecta que los dioses hayan creado jamás.

Cerró los ojos con fuerza, pero aun así una lágrima se deslizó entre sus pestañas.

¿Qué estoy haciendo mal? ¿Cómo es que la verdad la lastima tanto?

—No llores —murmuré, pero Becca negó con la cabeza y se pasó un dedo por debajo de los ojos.

—Entonces me di cuenta —continuó, como si no la hubiera interrumpido, — de que todavía no te conocía —se acurrucó contra mí y deslizó sus suaves dedos por mis

antebrazos—. Y que solo necesitaba ser paciente. Estabas ocupado tratando de convertirte en alguien perfecto para mí, en otro lugar.

Me quedé quieto contra ella, congelado bajo el agua caliente.

¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—Me alegro mucho de haberte invocado de ese libro —suspiró satisfecha y me abrazó con más fuerza—. Nunca he sido más feliz que ahora.

El golpe en mi pecho se sintió casi como si me hubieran aplastado allí con una poderosa hacha de batalla.

La hago feliz.

El nudo de emoción que me obstruía la garganta me impedía hablar. Intenté aclararme la garganta, pero en lugar de eso, hundí la cara en el pelo de mi hembra, inhalé su aroma decadente y dejé que las lágrimas se deslizaran por mis ojos mientras murmuraba palabras de gratitud hacia ella y hacia los dioses que me la habían regalado.

—Q-quiero tener tus bebés, tus pequeños —me dijo en voz baja y vacilante después de un largo momento, y sentí que se me escapaba el aliento del pecho—. No sé si nos conocemos lo suficiente para eso. Ni siquiera hemos tenido la oportunidad de establecer una rutina.

Se lamió los labios y se volvió para mirarme de nuevo. —Y creo que eso es importante. Que los padres estén en una situación buena y estable antes de traer un hijo al mundo. Sobre todo porque tú no eres de aquí —dijo encogiéndose de hombros. Intentaba parecer indiferente, pero podía ver el surco de su frente, la rigidez en su postura y la tensión de su mandíbula—. ¿Está bien?

—Sí —le dije, enterrando mi cara en el cabello de esta valiente hembra. Puede que haya luchado en guerras y combatido contra enemigos, pero esta conversación era igual de difícil, si no más, debido a lo que estaba en juego.

Mi hembra me estaba dando su verdad y, aunque una pequeña parte instintiva de mí todavía deseaba que la semilla que había plantado en lo más profundo de su útero

hubiera echado raíces, sabía que tenía razón. Levanté la espesa melena de su cabello y le di un beso en la suave nuca.

—Cuando estés lista —le dije en un susurro y ella se estremeció cuando mi aliento sopló sobre su piel sensible.

—Pensé que insistirías —dijo, entrelazando sus dedos entre nuestro cabello que flotaba entre nosotros.

—Todo lo que hacemos es tu elección, mi Becca —murmuré, tirándola hacia mí otra vez hasta que chilló, mi pene rozando el pliegue de su trasero. Gemí, pero ignoré lo que estaba sucediendo por debajo de mi cintura para prometerle mi compromiso como compañero. —. Nunca te presionaré para que me des más de lo que estás dispuesta a dar. —Me aclaré la garganta, pasando mi lengua por su oído antes de murmurar palabras en voz baja—. Sin embargo, mentiría si dijera que no intentaré convencerte de que veas las cosas a mi manera.

Su risa de sorpresa hizo que una sonrisa se extendiera por mi rostro. —Lo espero con ansias—, se rió, recostándose contra mí nuevamente. Pasó un largo momento antes de que inclinara la cabeza hacia algo en el costado de la bañera, levantándolo para que yo lo viera. Era el artefacto de metal que había estado dentro del desagüe de la bañera. Lo había sacado de un tirón después de no poder descubrir cómo usarlo.

—Rok —pronunció mi nombre mientras hacía girar la pieza de metal entre sus dedos—. ¿Es este el tapón de la bañera?

Capítulo 29



Rok

Las lecciones en el mundo de Becca, como había llamado cariñosamente a las sesiones diarias que mi hembra había comenzado a darme, habían tenido dificultades para despegar. No ayudaba que mi hembra fuera un bocado delicioso y perfecto que quería probar cada vez que regresaba a casa conmigo.

Había pasado poco menos de una semana y cada mañana, antes de que ella se marchara, yo lanzaba lo que ella llamaba un “*orcstrum*” con el que intentaba bloquear la puerta. Hasta ahora, mis intentos por retenerla habían fracasado estrepitosamente, pero estaba seguro de que, tras unos días más, podría convencerla de que no valía la pena estar separados.

Hasta ahora, me había dado *deberes*, por lo que me veía obligado a soportar programas de *televisión* llenos de colorido que estaba casi seguro de que estaban hechos para niños. La primera vez que lo encendió, tuve lo que consideré una reacción perfectamente normal ante aquello. Le grité y traté de matarlo con mi hacha.

Desde entonces, me había dado cuenta de que a mi hembra no le gustaba que la protegiera de las imágenes en movimiento. En cambio, quería que yo encontrara una forma de obtener conocimientos sobre cómo funcionaban las cosas en la sociedad educada. Mi resumen hasta ahora era que este plano era una locura. Por alguna razón, sus animales podían hablar, sus cabezas eran *demasiado* grandes para sus cuerpos de una manera que estaba seguro de que en cualquier otro lugar se desplomarían y no podrían moverse, lo que podría explicar por qué la comida y la carne eran tan abundantes aquí y no era necesario cazarlos, y estaba casi seguro de que los perros Blue Heeler² eran los mejores.

Cuando regresaba a casa todas las tardes, lo hacía con libros que abarcaban tantos temas que sentía que mi cerebro daba vueltas. Si no me diera besos cada vez que acertaba algo, me habría dado por vencido casi al empezar.

—Está bien —comenzó, recostándose en mis brazos mientras yo me acomodaba contra el sofá, acurrucándola contra mi cuerpo de la manera que me encantaba. Tenía un libro abierto en sus manos, sus dedos señalando una imagen de algo que le parecía relevante para que yo aprendiera—. Este es un mapa de Grebath —me dijo—. Esta es la ciudad en la que estamos ahora. Aquí mismo —continuó, señalando algo en el papel— es donde estamos ahora mismo.

Un mapa.

Ahora que estaba interesado, me concentré en lo que ella señalaba. Las líneas se entrecruzaban en el papel y me confundían. Había tantos senderos y caminos que me dejaban perplejo. Aun así, seguí recorriendo el mapa con la mirada, buscando en mi mente recuerdos de cuando había estado navegando desde el lugar al que ella me había convocado.

Ahora sabía que allí era donde ella trabajaba.

² Perros ganaderos australianos

La biblioteca.

Encontré la palabra, debido a la poción que me ayudaba a leer común y hablarlo, y la señalé. —¿Aquí es donde vas todos los días? —le pregunté, y ella me sonrió con orgullo en sus ojos.

—¡Sí! —, dijo entusiasmada, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no dar saltos de alegría. —Así es. Así que si alguna vez sales del edificio, lo cual no vas a hacer hasta que sea seguro —me dijo, dándome una mirada severa y yo asentí con la cabeza, reconociendo que me quedaría adentro y a salvo, lejos de las brujas que la preocupaban—. Aquí es donde puedes encontrarme durante el día. —Levantó sus labios para besarme y yo aproveché de inmediato, profundizándolo hasta que gimió, sus dedos agarrando mi brazo para mantenerme cerca.

Una satisfacción presumida me invadió cuando dejó caer el libro sobre su regazo y centró su atención en mí. Cada vez que lograba distraerla de sus libros, era una victoria. Le gustaban tanto que estaba seguro de que eso significaba que me quería más.

Quería preguntarle si era así. Más que eso, quería decirle cuánto había llegado a quererla, pero no quería forzarla a decirlo. Tampoco quería saber si *no estaba* perdidamente enamorada de mí.

—Pero no puedes irte —murmuró contra mis labios, alejándose para darme otra mirada de advertencia. Sabía por qué. Estaba al tanto de que yo había comenzado a moverme por el edificio, aprendiendo su diseño con Rudgar y las formas de entrar y salir de los pisos sin ser notado.

Mientras ella estaba ausente, una vez terminados mis estudios diarios de *dibujos animados*, como los llamaba Rudgar, o de *programación educativa*, como los llamaba Becca, fui con él para comenzar a aprender el importante trabajo de proteger al clan.

Este edificio era mi nuevo hogar y iba a aprender a protegerlo con mi vida.

—Y no puedes salir a recibirme como lo hiciste ayer —añadió, mirándome con el ceño fruncido. Le sonréi sin arrepentirme.

—No puedo evitarlo si te veo, mi Becca —le dije y su expresión se suavizó. Me dio un beso en los labios antes de negar con la cabeza.

—Pero no es seguro—, insistió.

Asentí, fingiendo que no lo volvería a hacer en el futuro, sabiendo que lo haría. No había ninguna situación en el que ella regresara a mí y yo no fuera a verla.

Tomó su dispositivo de comunicación y observé con asombro cómo usaba el artilugio para mostrarme el mapa nuevamente, ampliando el área y mostrándome cuán grande era realmente Grebath. Levanté las cejas.

—¿Cuántos seres viven aquí? —pregunté, inclinando la cabeza mientras empujaba el mapa para que se moviera.

—Casi cinco millones, creo —dijo, frunciendo el ceño mientras pensaba—. O tal vez más. Esa cifra es algo que recuerdo de hace años—. Usó su dedito para deslizar sobre la pantalla del artefacto que teníamos frente a nosotros y observé con asombro cómo desaparecía.

Magia.

La miré con los ojos entrecerrados, preguntándome por millonésima vez si era una bruja antes de encogerme de hombros y acercarla más, enterrando mi cara contra su garganta mientras ella golpeaba con los dedos.

No me importa. Bruja o no, ella es mía.

—Oh, Dios —jadeó, y me aparté para mirar lo que estaba señalando. El número tenía tantas comas que arqueé las cejas—. Siete millones y sigue creciendo. Grebath pronto duplicará su tamaño y ahora somos parte de él—. Me sonrió.

No podía entender del todo el atractivo de querer vivir en un lugar que ya estaba superpoblado de seres, pero si eso la hacía feliz, me quedaría donde ella quisiera. Enroscó sus dedos en mi cabello mientras yo me acurrucaba contra su garganta otra vez, dejando que su aroma me envolviera en comodidad y *hogar*.

—Olvídé decirte que vamos a cenar con el resto de nuestro *clan* —dijo, abrazándome fuerte. La pequeña risa al final de la palabra *clan* me indicó que apenas se estaba acostumbrando a pertenecer a uno.

Aunque todavía era demasiado pequeño, el clan Everlock empezaba a sentirse como uno solo. Con Dristan como nuestro jefe, mi oro se había invertido y él me había mostrado el saldo de la *cartera de inversiones* que había iniciado para mí.

Sea lo que sea lo que eso signifique.

También había tantas comas y números que simplemente asentí con la cabeza y le ofrecí un puñetazo en el pecho en señal de gratitud. No estaba seguro de lo que significaba todo eso, pero por la forma en que me lo había explicado, podría vivir de las ganancias de las inversiones y darle a mi pareja la clase de vida cómoda que se merecía.

No es que ella acepte mis regalos.

Fruncí el ceño mientras miraba mentalmente las monedas de oro que se encontraban dentro de una bolsa en la caja fuerte de nuestro dormitorio. Becca las había puesto allí tan pronto como pudo, guardando mi regalo y sin gastar ni una sola moneda.

Me había dicho que era muypreciado para ella y que no quería desperdiciarlo ni invertirlo con Dristan, pero la parte insegura de mí se preguntaba si lo estaba guardando a salvo para poder devolvérmelo cuando decidiera que ya había tenido suficiente de mí.

Mi corazón se encogió de preocupación, pero se calmó cuando se acurrucó contra mí, acomodándose en ese lugar de mi pecho que había sido creado solo para ella. Encajamos como una cerradura y una llave: su suave cuerpo contra mis bordes duros.

—Podemos quedarnos dentro —le dije, pasando la palma de mi mano por su espalda y una sonrisa traviesa se extendió por mis labios mientras ella temblaba debajo mío.

—Ya les dije que sí —murmuró, con un tono de arrepentimiento en sus palabras. Suspiré, tratando de sacar de mi cabeza las imágenes de cómo había querido pasar la noche.

Tendré que raptarla cuando terminemos la cena.

El pensamiento me hizo sonreír de nuevo y le di un beso en el pelo cuando su teléfono empezó a sonar. Ahora que sabía que la pequeña caja negra era un dispositivo de comunicación, entendí su necesidad. No significaba que yo la necesitara, sin importar cuántas veces Rudgar intentó ponerme una en la mano.

—Soy Pen —me dijo, pasando el dedo por el cristal—. Hola —dijo con voz alegre, sosteniendo el teléfono entre nosotros.

—¿Puedes preparar esos deliciosos ziti al horno que preparaste para Acción de Gracias el año pasado? —preguntó sin preámbulos—. ¿Va a ser demasiado? Puedo pedir algo, pero...

—¿Qué hizo? —preguntó Becca, con sospecha y diversión al mismo tiempo, y se volvió para sonreírme como si estuviéramos compartiendo una broma. Me incliné hacia ella, con el corazón dolorido de amor porque me estaba incluyendo.

—Se comió *todo* el pastel de pollo que preparé —suspiró Pen al otro lado del teléfono—. Lo juro, actúa como si no lo alimentara.

—Voy a preparar un ziti al horno. ¿Quieres que le ponga un poco de carne o...? —Becca se rió y sacudió la cabeza.

—Sí, por favor. Estoy horneando dos pollos, pero estos machos pueden *comer* —dijo Pen, y ambas se rieron a carcajadas. No estaba seguro de qué era lo gracioso en eso. Éramos guerreros emparejados. Por *supuesto*, comíamos mucho para asegurarnos de permanecer fuertes y capaces de proteger nuestros hogares.

Inflé el pecho para que Becca pudiera ver lo capaz que era, pero ella puso los ojos en blanco y se alejó de mí, dirigiéndose a la cocina, todavía charlando con Pen.

—¿Querías que hiciera dos? Este horno es *enorme* y tengo suficientes suministros—, se inclinó sobre la encimera, gruñendo mientras sacaba un plato de cerámica pesado. Me apresuré a agarrarlo con facilidad y lo puse sobre la encimera.

Me dio una sonrisa agradecida mientras ella y Pen discutían opciones de cosas que podrían preparar. Fruncí el ceño, preguntándome qué podría aportar a la comida. Becca me había prohibido salir del edificio, así que no podía buscar nada, pero había visto un poco de harina en la despensa y prepararía un *Turr* delicioso. Mi madre se había sentido orgullosa de él la primera vez que lo preparé y ese fue el mayor elogio que pude recibir.

Hasta ahora, Becca y yo no habíamos tenido la oportunidad de cocinar juntos. Estábamos demasiado ocupados tocándonos y habíamos estado hurgando entre los alimentos, comiendo carnes secas, quesos y panes precocidos para alimentarnos.

Capítulo 30



Becca

Observé a Rok mientras reunía los ingredientes. Se giró para sonreírme mientras colocaba un cuenco frente a él, con las palmas de las manos apoyadas sobre la isla.

—Yo también voy a hacer algo, mi Becca —anunció, su entusiasmo era visible en cada centímetro de su cuerpo. Estaba casi vibrando de emoción y me dieron ganas de abrazarlo fuerte.

Quiere alimentar a nuestro clan, como no ha podido hacerlo con el suyo.

Me tragué las lágrimas que amenazaban con salir y asentí, sonriéndole. —Eso suena increíble. ¿Necesitas ayuda para encontrar algo?—, pregunté, extendiendo la mano para agarrarlo por la cintura y abrazándolo fuerte.

Sacudió la cabeza y su mirada se suavizó mientras se inclinaba para darme un beso en la frente. —No, tengo todo lo que necesito aquí. Pero avísame si necesitas ayuda—, me dijo, acariciando mi cabello con su nariz.

Asentí con la cabeza y me volví para empezar a llenar la olla con agua. Observé divertida cómo mi compañero empezaba a verter harina en un bol sobre la encimera.

Cuando terminé, empecé a levantarla, pero con un *tsk*, Rok la levantó con una mano y la depositó sobre la estufa.

Cuando tuve que colar la pasta, él lo hizo de nuevo, se hizo cargo con facilidad y luego me dio un beso en la coronilla. Traté de ayudarlo con lo que *estuviera* haciendo, pero siempre me echaba.

—Puedo ayudarte —le dije mientras rallaba queso—. En realidad, soy una muy buena cocinera. Es solo que no he podido mostrar toda mi destreza culinaria porque sigues distrayéndome con tu sexy cuerpo—. Terminé mi explicación con una mirada fulminante, porque todo era *culpa* suya.

Soltó una carcajada y sacudió la cabeza, dejando caer la masa sobre la superficie enharinada de la isla y comenzando a amasar. —Si eso significa que puedo joderte en cada superficie de nuestra casa todo el día, mi Becca, estoy dispuesto a morirme de hambre—, se rió.

Puse los ojos en blanco, pero hice un pequeño gesto de placer ante sus palabras.

—Espera a que pruebes mi ziti—, le dije, agitando en su dirección la cuchara que estaba usando para revolver la salsa. —Es algo que te cambia la vida. Lo compré en una caja—, dije asintiendo. —Y luego lo hice más rico agregándole aún *más* queso.

—No más rico que tú —se quejó, pero lo escuché y me acerqué de puntillas hasta que pude darle un beso en la mejilla cubierta de harina.

Me dio una palmada en el trasero mientras me alejaba y me reí a carcajadas. No recordaba haberme divertido tanto cocinando. Era una tarea que disfrutaba, pero el *proceso* nunca fue lo que me interesó. Era el producto.

Estar con él en la cocina me recordó cuando me sentaba en la cocina con la madre de Pen los fines de semana cuando me quedaba a dormir en su casa. La cocina se había convertido en un refugio seguro donde podía aprender y explorar. Los libros eran la segunda mejor opción. Pero nada *superaba* esas horas en las que pasaba el tiempo fingiendo que ella también era *mi* madre y que yo pertenecía a la familia.

Al mirar a Rok, me di cuenta de que eso era exactamente en lo que nos estábamos convirtiendo. Ahora *él* era mi familia. Estábamos llenando el vacío que existía en nuestras vidas con cada uno de nosotros. Y yo estaba decidida a hacer de la cocina un lugar divertido para él.

Mezclé la salsa de carne, el queso y la pasta en dos platos de cerámica enormes y me aparté con una sonrisa, enviando un silbido a Rok. Se dio vuelta y arqueó las cejas.

—Oye, guapo, ¿puedes acercar ese hermoso trasero para ayudar a una chica? —le pregunté con un puchero juguetón, ladeando la cadera y apoyándome en el mostrador antes de girarme para darle una vista privilegiada del mío—. Te lo agradecería *mucho*.

Parpadeó y me miró, con los labios entreabiertos por la sorpresa, su mirada se dirigió a mi trasero y luego a mi rostro varias veces antes de asentir lentamente, confundido. Reprimí mi risa mientras se acercaba arrastrando los pies y sus manos se dirigían directamente allí.

—Sí, sí —me aparté, presionándome una mano en el pecho y señalando con la otra los platos—. Esos tienen que ir al horno —le dije con un puchero antes de acariciar con mi mano su brazo firme y musculoso—. Y necesito al macho *más fuerte* para hacerlo.

Sacó pecho, aunque no lo necesitaba, ya era *enorme*, y agarró los platos como si no pesaran una tonelada. Me acerqué, me incliné hacia el horno y le di una mirada privilegiada a mis pechos.

—Aquí mismo —le dije con una sonrisa lasciva.

Depositó los platos dentro del horno industrial y luego se acercó a mis pechos. Di un salto y jadeé.

—Eso no es muy gentil —le dije con un chasquido de la lengua—. Todo se trata de —añadí, acariciando con el dedo su pecho y sus abdominales, lanzándole mi mirada más sensual por debajo de mis pestañas—. La espera. La paciencia es una virtud —terminé con un gesto solemne.

—¿Paciencia?—, preguntó, lamiéndose los labios mientras observaba mi dedo deslizarse más abajo antes de terminar con un golpecito firme en su ya hinchado miembro. Se estremeció ante el movimiento y luego me miró con cara de “*¿en serio?*”.

Repetí el gesto serio y me acerqué a él, que estaba trabajando en su... *postre*. No parecía haber mucho chocolate ni dulzura, pero estaba colocando capas de manzanas en el fondo de un plato, así que eso era algo.

—¿Necesitas ayuda con algo? —pregunté, inclinándome para inhalar el aroma fresco de las manzanas. Mientras estaba inclinada sobre el postre, moví mi trasero de un lado a otro. Miré por encima de mi hombro para ver a mi compañero de pie justo detrás de mí, con los labios entreabiertos mientras me miraba con asombro y lujuria ardiendo en sus ojos—. Quiero asegurarme de que tienes *todo* lo que necesitas —murmuré, inclinándome un poco más hasta que mi trasero se presionó contra él.

El gruñido bajo que emitió mientras me alcanzaba me hizo chillar y me di la vuelta para golpearle el pecho con la palma de la mano. —Uh, uh. Nada de tonterías mientras cocinamos —jadeé, como si me horrorizara su comportamiento.

Él frunció el ceño, pero entonces le guiñé un ojo y se le escapó una sonrisa. —¿Todavía no tengo permitido tocarte? —preguntó en un susurro bajo y yo sonreí, asintiendo. —¿Por ahora solo mirar? —Asentí de nuevo y él emitió un gruñido suave y resignado—. Entonces deberías desnudarte para mí.

Me tocó a mí quedarme boquiabierta antes de echar la cabeza hacia atrás y reírme. Me abrazó y me echó la barbilla hacia atrás para besarme los labios.

—No me desnudaré para ti antes de la cena —dije sin aliento, mientras volvía a concentrarme en el postre—. Porque nos olvidaremos de todo y pasaremos la noche aquí.

Era cierto. Cuando ponía mis manos y mis labios sobre él, perdía la noción del tiempo. Por eso había tenido que prohibir el sexo matutino hasta que tuviéramos un poco más de control. Casi había llegado tarde al trabajo tres veces antes de poner fin a la

situación. Era cierto. Cuando ponía mis manos y mis labios sobre él, perdía la noción del tiempo.

—Pero puedes enseñarme a hacer esto. ¿Cómo se llama y dónde lo aprendiste? — Volví a su postre y olí las manzanas otra vez, cerrando los ojos con placer.

—Se llama *turr* —explicó, mientras comenzaba su propio proceso de preparación de capas. Primero manzanas, y suspiré aliviada cuando añadió miel, luego una fina capa de masa que extendió con sus enormes palmas planas—. Y aprendí con mi abuela, mi peetamu. Ella me mostró cómo hacerlo antes de mostrárselo a mi amu —dijo, con expresión de satisfacción, y mi corazón se derritió por él.

—¿Qué cuchillo usaste? —le pregunté, inclinándome para mirar las rodajas de manzana.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza antes de levantar uno de los cuchillos que usaba en la batalla, del costado del mostrador. Observé con horror cómo cortaba rápidamente una manzana para demostrarlo.

—¿Lo lavaste? —jadeé.

—Por supuesto que sí —se burló—. No quisiera que la sangre entrara en contacto con la comida.

No pude pronunciar palabra mientras él seguía colocando capas de manzanas y masa en el plato. Cuando terminó, se dirigió al horno y lo metió, dándose la vuelta para mirarme con una sonrisa maliciosa.

—Tenemos que esperar un poco —me dijo, entrecerrando los ojos con lujuria. Retrocedí hasta el mostrador antes de levantarme de un salto, sabiendo que esta posición me pondría a la altura perfecta para mi compañero. Extendí la mano hacia él y se unió a mí con entusiasmo, tomando mis labios en un beso aplastante.

—Nada de sexo —jadeé contra sus labios, mientras él asentía con la cabeza antes de devorar mi boca.



Estaba jadeando, tumbada sobre Rok, desnuda en el suelo de la cocina, cuando sonó el temporizador del ziti. Me acurruqué contra su pecho con un suspiro.

—Deberíamos levantarnos antes de quemar la comida —dije, y él pasó su palma sobre mi espalda, con una sonrisa satisfecha en su hermoso rostro.

—Está bien —murmuró, pero pasaron varios minutos antes de que fuéramos lo suficientemente fuertes como para levantarnos.

Eché un vistazo a los ziti y maldije al notar que la parte superior estaba un poco más dorada de lo que me hubiera gustado. La corteza del turr de Rok también parecía un poco cocida, pero como no estaba familiarizada con ella, no podía estar segura.

—Los míos ya están listos —le dije, mientras estábamos completamente desnudos delante del horno caliente.—. ¿Los tuyos también?

Asomó la cabeza por encima de mi hombro. —Sí, los sacaré—, dijo, y yo me giré para agarrar unos guantes para él. Cuando volví a mirarlo, tenía los dos platos en las manos, sin *protección* contra el calor.

—Oh —jadeé, corriendo hacia él y agitando las manos con inútil preocupación.

Me miró con una ceja arqueada mientras colocaba los ziti en la placa con movimientos suaves.

—Tus manos —jadeé, tomándolas entre las mías y soplándolas antes de acunarlas contra mis pechos desnudos, mirándolo con preocupación—. ¡Te quemaste las manos!

Miró mi rostro y luego sus manos, que estaban apoyadas sobre mis pechos, un par de veces antes de asentir lentamente. —Sí. *Muy quemadas*—, dijo, pronunciando las palabras.

Nerviosa, lo arrastré hacia el fregadero, abrí el agua fría y metí sus manos debajo de ellas. —Oh, Rok —grité, abrazándome a su brazo y dándole besos frenéticos en la piel—. ¡Lo siento mucho!

—No hiciste nada —dijo, girándose para mirarme, pero volví a meterle las manos bajo el agua fría.

—¡Debería haber tenido los guantes listos! —exclamé, sacudiendo la cabeza mientras me apresuraba a buscar el botiquín de primeros auxilios en el baño. Me apresuré a regresar, pero Rok ya había quitado las manos del agua fría y las secaba con una toalla.

—Espera, puede que tengas quemaduras —grité, agarrando sus manos para inspeccionarlas. Fruncí el ceño ante la piel perfecta e incliné la cabeza hacia un lado—. Pero... ni siquiera están hinchadas ni nada. —Lo miré con el ceño fruncido por la preocupación—. ¿Es normal?

Apartó la mirada de mí y se fijó en su mano. —Uhhh... Sí, sí, muy normal. La piel de los orcos es *dura* —dijo, dando una palmada en las manos y haciéndome estremecer al pensar en el dolor que debía estar sintiendo—. No mostramos las heridas como lo hacen otras especies.

—Mi pobre bebé —lo arrullé, abrazándolo por la cintura. Él dio un suspiro de felicidad mientras me balanceaba de un lado a otro.

Capítulo 31



Becca

Entré en el apartamento de Pen, con mi mano metida dentro de la de Rok, que no estaba herida, y la otra envuelta sin apretar en una gasa para evitar cualquier infección. No estaba segura de si había alguna diferencia entre nuestros mundos en términos de gérmenes.

Para estar segura, traté de cubrir la mayor parte posible de la piel afectada. Era difícil *ver* la piel afectada ya que todo parecía normal. Sin embargo, tomar precauciones adicionales no podía hacerle daño, así que le di besos en los labios mientras lo cuidaba, asegurándome de que estuviera cubierto de abrazos y tuviera acceso completo a mis pechos para distraerlo del dolor.

Había tenido una sonrisa feliz en su rostro todo el tiempo, solo hizo una mueca de dolor cuando le pregunté si le dolía. Su gran estremecimiento me había dicho cuánto mi fuerte compañero me estaba ocultando la verdadera intensidad del dolor.

Pen nos recibió en la entrada del enorme ático que compartía con su pareja, con los brazos abiertos para abrazarnos. Le di un fuerte apretón y ella exclamó por encima de la mano de Rok, inquieta como solo una hermana podía hacerlo.

—¡Oh, no, Rok! ¿Te lastimaste? —preguntó ella, jadeando, con su dedos presionados sobre su boca en estado de shock.

—Ayudándome —le expliqué, sintiéndome culpable. Miré a mi compañero con una mirada de disculpa, pero él evitaba mi mirada. Me dolía el corazón al pensar que estaba enojado, pero sabía que tenía derecho a estarlo. Había sido descuidada. —Sacó los ziti del horno y no tenía guantes listos para él —le dije, señalando los platos apilados dentro de la bolsa que llevaba en el dedo meñique de su mano herida.

Le pedí que me dejara tomarlas, pero se burló. Y cuando le solté la mano que no se había quemado para que pudiera usarla, la agarró de nuevo y me hizo un pequeño puchero.

Eso le valió un gran beso en el ascensor mientras subíamos. A Rok le encantaba el cariño de cualquier tipo y yo estaba más que dispuesta a dárselo.

—Lamento oír eso —dijo Pen con el ceño fruncido—. Pero es extraño, porque Dristan siempre saca cosas del horno con las manos desnudas y *nunca* se lastima.

—Quizá sea porque no es de aquí —supuse, mientras le acariciaba el brazo de arriba a abajo con la palma de la mano cuando se puso rígido a mi lado—. Pero sea lo que sea, espero que no tenga que ver a un médico. No quiero que abandone el edificio.

—Podemos hacer que el médico de Dristan venga aquí si lo necesita —me dijo Pen, dándole a Rok una sonrisa alentadora, girándose para llevarnos a la sala de estar donde podía escuchar voces.

Cuando entramos, me quedé sin aliento, la emoción bullía en mi cuerpo. Me abalancé sobre la pareja que ya se había levantado de sus asientos y se dirigía hacia mí.

—Dios mío, no sabía que iban a venir. ¡Los habría recogido! Los habría... —comencé, con la voz temblorosa por la emoción.

Las últimas semanas habían sido las más largas que había pasado sin ver a las dos personas del mundo a quienes consideraba mis padres. La madre y el padre de Pen se acercaron a mí y me apretaron en fuertes abrazos y sentí que Pen también se envolvía a nuestro alrededor.

Contuve las lágrimas mientras algo se asentaba dentro de mí que no sabía que faltaba. Con esa última pieza en su lugar, miré por encima del hombro a Rok, donde estaba de pie, con el ceño fruncido en su rostro.

Le sonreí y le tendí la mano. Dudó un momento antes de acercarse. Cuando nuestros dedos se encontraron, me aparté del abrazo para tomar su mano entre las mías.

—Estoy tan contenta de que estén aquí. Tengo que presentarles a alguien —les dije, mientras me giraba para sonreírle al macho que había llegado a mi corazón—. Este es mi Rok. Es mi compañero.

Sus labios se entreabrieron mientras me miraba fijamente, la intensidad de su mirada me decía lo mucho que estaba sintiendo en ese momento. Era la primera vez que le presentaba a alguien nuevo y quería que fuera perfecto. Especialmente esta vez.

—Y estos son mis padres —le dije, extendiendo mi mano hacia donde estaban ellos.

Los ojos de Rok se abrieron de par en par y se inclinó ante ellos, con el puño en el corazón. —Es un honor para mí conocerlos a ambos—, les dijo, sin levantarse de su pose.

—El honor es nuestro —se rió Keith, extendiendo la mano para tocar el hombro de Rok en señal de bienvenida—. Escuché que eres tú quien robó el corazón de nuestra chica.

Rok finalmente se levantó de su reverencia, sus ojos cautelosos mientras asentía. —Debería haberme acercado a ti primero, por supuesto. No quise faltarte el respeto...—

comenzó, pero Susan lo despidió con un gesto, lo abrazó y lo apretó tan fuerte como pudo.

Los ojos de Rok estaban enormes mientras me miraba por encima del hombro de ella. No pude hacer otra cosa que sonreírle, sabiendo que esta maravillosa pareja que había acogido a una niña huérfana sin necesidad alguna, lo aceptaría en su seno siempre y cuando yo lo quisiera, y así era.

Keith me rodeó los hombros con el brazo y le hizo un gesto con el dedo a Rok. —Pero será mejor que la trates bien. Si escucho alguna queja, voy a echarte encima a Rudgar —anunció, señalando a Rudgar, que estaba a punto de meterse en la boca lo que yo sabía que era una de las famosas galletas de Susan.

Se señaló a sí mismo en señal de interrogación y, cuando Keith le hizo un gesto de aliento, él asintió de vuelta. —Por supuesto—, se atragantó con su bocado de galleta. —Estoy disponible para cualquier ayuda que necesites.

Él volvió a llenarse la cara de galletas y yo puse los ojos en blanco.

—Nunca le haré daño —se apresuró a tranquilizarlos Rok—. Y la protegeré —añadió—. De cualquier cosa y de cualquier persona que necesite hacerlo. —Sus ojos se abrieron aún más y miró a Dristan—. ¿Tienen los números para mostrarles cuánto vale el oro del dragón en este plano? —Se volvió hacia Keith y Susan, con expresión frenética—. Puedo cuidar de ella. No tengo el oro conmigo, pero...

—No es necesario —dijo Keith, levantando las manos para detener la perorata que había iniciado Rok—. Nuestra niña no necesita que nadie la cuide. Trabaja en la biblioteca más grande de Grebath —explicó, abrazándome más fuerte, irradiando orgullo a toda la sala y Susan me abrazó por la cintura para sumarse a la suya.

Mi corazón estaba tan lleno que no sabía qué hacer.

—Solo necesitamos que estés ahí para ella —explicó Susan, girándose para mirarme con el ceño fruncido—. Ella cree que debería hacerlo todo por sí misma, pero

eso no es cierto. Tener a alguien contigo que te acompañe en esta vida es muy importante —añadió, ahuecándose las mejillas y dándome un beso en la frente.

Intenté contener las lágrimas mientras asentía, pero no lo logré. Le di una sonrisa llorosa y me reí. —Ahora lo sé—, le dije mientras ella me secaba la lágrima con el pulgar.

—Bien —dijo en voz baja y luego se volvió hacia Rok. —Y he hecho galletas suficientes para alimentar a un ejército de orcos, así que asegúrate de tomar algunas.

Sonrió mientras me dirigía hacia él, abrazándolo fuerte mientras la voz confusa de Rudgar llegaba detrás de nosotros.

—¿Esto era para todos?—, preguntó, levantando el enorme tupperware vacío.



—Me alegro mucho de que hayas venido—, le dije a Susan, tomando su mano en la mía en la mesa del comedor. Todos los platos estaban esparcidos y se escuchaba una charla a lo largo de toda la mesa.

—No me lo perdería —me dijo, dándome un empujoncito en el hombro—. Una de mis hijas se está enamorando y la otra está embarazada. —Agitó una mano frente a su rostro mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. Es como si todos los sueños que tenía para las dos finalmente se estuvieran haciendo realidad.

Me incliné para abrazarla y Pen la abrazó desde el otro lado. —La mía aún no es emocionante. Acabamos de enterarnos. Pero *Becca* —, susurró, —finalmente encontró al orco de sus sueños. Recuerdo cuando teníamos seis años y hacíamos dibujos de cómo serían nuestras bodas.

Se tapó la boca para ahogar la risa. —Me dibujé casándome con papá, pero *Becks* ... *Becks* ya sabía quién sería su caballero con armadura de cuero—. Se rió entre dientes y sentí un calor en la cara cuando recordé de qué estaba hablando.

—Me gustan los orcos —dijo encogiéndome de hombros.

—No hay nada malo en tener un tipo —dijo Susan, dándole un golpecito a Pen en la mano—. Y a mí también me gusta ese orco. Haría cualquier cosa para hacerla feliz. Ya me lo puedo imaginar.

Miré hacia donde estaba Rok sentado a mi lado, observando el filete que tenía frente a él con un tenedor. Se inclinó hacia mí y yo incliné la cabeza en su dirección.

—No hay sangre —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Cómo sabemos que es una presa reciente?

Eché la cabeza hacia atrás con una carcajada y él se sobresaltó a mi lado, antes de darme una sonrisa. —Te traeré otro—, le dije, dándole un beso en la mejilla, y Pen nos despidió con un gesto, recogiendo el plato de Dristan que estaba frente a él mientras nos miraba boquiabierto.

Ella se lo pasó a Rok y él dio un suspiro de satisfacción mientras comía el filete crudo.

—Eso era *mío* —gruñó Dristan, golpeando la mesa con los puños con un fuerte estruendo.

Acostumbrados a sus rabietas, nadie más en la mesa se molestó siquiera en mirarlo y continuaron con sus comidas como si no lo hubieran escuchado.

Rok parpadeó, mirando el filete y luego a él y parecía dispuesto a devolver el plato.

—Puedes comer ziti —le dijo Pen a Dristan con un beso en la mejilla—. De todos modos, no sé si podría besarte después, si te lo comieras. Parece que las náuseas matutinas están empezando a aparecer y no soporto su olor—. Ella arrugó la nariz y él se le echó encima de inmediato, le inclinó la cara hacia atrás y le puso la mano sobre el estómago para frotarlo suavemente.

—Debiste haber dicho algo, no volveré a comerlos —murmuró dándole un dulce beso.

Su suspiro de felicidad fue todo lo que necesité oír para hacer un gesto a Rok. Dudó solo un momento más antes de devorar el filete con gusto.

—Y esto es algo que hizo Rok, ¿verdad? —preguntó Susan a mi lado, cortando el hojaldrado postre.

Rok asintió y se sentó para sonreírle. —Es una receta de clan. Se transmite de generación en generación. —Frunció el ceño mientras negaba con la cabeza—. Cada generación añade su propio toque. El mío son las capas. Normalmente se hace en una tarta —explicó, haciendo un gesto con las manos para mostrar un tamaño más pequeño que el que había hecho—. Me gusta más así.

Ella asintió, tomó una buena porción y yo hice lo mismo. Un bocado. Me hizo gemir. Las manzanas ácidas y el hojaldre junto con la dulzura de la miel eran perfectos.

—Dios mío —susurré, dándole otro buen bocado—. Estás haciendo esto todos los días para mí.

Su sonrisa era contagiosa mientras miraba con satisfacción.

—¿Te gusta? —preguntó y asentí, dándole otro mordisco y gimiendo.

Eso animó a todos a probar un trozo. Los elogios lo hicieron sonreír y que le hincharan el pecho de orgullo.

—Lo volveré a hacer para la próxima cena—, les dijo a todos, y ellos respondieron con la boca llena mientras gemían a cada bocado.

Incluso Dristan dijo: —Dos más la próxima vez—, mientras le daba un bocado a Pen y luego tomaba uno para él.

—Eres guapo y sabes cocinar —le dije, acariciando con los dedos un costado de su rostro mientras él me miraba—. Creo que me quedaré contigo.

Me sonrió y se inclinó para darme un suave beso en los labios. Cuando se apartó, me di cuenta de que nunca había sido más feliz en mi vida. Apoyé la cabeza en su hombro y observé a mi familia reír y charlar juntos; la satisfacción me invadía hasta el borde.

Capítulo 32



Rok

Observando la pequeña caja negra frente a mí, miré a Rudgar, quien me dio una sonrisa, todavía paciente después de todas estas semanas.

—Está roto —le dije con firmeza.

Tocó el pequeño bulto negro a la derecha, que Rudgar había llamado *ratón*, pero no se parecía a ningún roedor con el que yo estuviera familiarizado, y la caja negra volvió a la vida, mostrando una imagen de cielo azul.

—Es magia oscura —agregué, señalando hacia ella.

—Es una computadora —dijo Rudgar con un suspiro, frotándose el puente de la nariz entre los dedos—. Y vas a tener que aprender a usarla.

—Mi madre decía que *nunca* debes meterte con la magia oscura le dije, sacudiendo la cabeza y manteniendo mis manos firmemente pegadas a mis costados.

No lo voy a tocar

—Pero *no es* magia oscura—, dijo Rudgar, moviendo el ratón hasta que algo sucedió en la caja. No sabía cómo estaban conectados, pero no iba a tocar al roedor para

averiguarlo. —¿Ves? Si haces *clic* aquí, puedes ver todo el edificio—, me dijo, y aparecieron imágenes en varias cajas negras frente a mí.

Les susurré y di un paso atrás hasta que vi a Becca en una de las pantallas inferiores. La señalé y me invadió el horror.

—¿Cómo quedó atrapada mi Becca ahí? —pregunté, preparado para romperla y liberarla. Rudgar inclinó la cabeza hacia atrás para mirar el techo y dejó escapar un suspiro.

—Eso sólo demuestra que está en casa —dijo con voz seca.

—¿Dónde? —Miré fijamente la imagen en miniatura, gruñendo por lo bajo.

—Está afuera —dijo, frotándose la cara con las manos.

Me di la vuelta para irme de inmediato, agitando la mano hacia las cajas que estaban detrás de mí. —No te dejes atrapar por la magia oscura, Rudgar. Los brujos no juegan limpio—, le advertí.

Él gruñó y yo continué hacia el ascensor, que Rudgar me había enseñado a utilizar. El cableado y la maquinaria que facilitaban su uso eran asombrosos. El plano en el que estábamos ahora, era una maravilla.

Las puertas se abrieron y me apresuré a cruzarlas, levantando la cabeza para buscar el olor de mi hembra. Fruncí el ceño. No había ni rastro de él en ninguna parte. Casi volví adentro cuando la vi: un destello de hermoso cabello oscuro.

Sonréí y me dirigí hacia ella, pero bajé la velocidad cuando me di cuenta de que su olor no era el adecuado. Cuando se volvió hacia mí, sus ojos eran de un rojo brillante en lugar de su habitual color avellana, abrí los ojos y di un paso atrás.

—Lo siento por esto —dijo la imagen de Becca, agitando la mano frente a ella, y su apariencia cambió de inmediato mientras me tendía un tomo. La hembra que estaba frente a mí tenía el pelo corto y puntiagudo de color azul y la piel de color beige—. Pero tienes que volver.

Mis labios se abrieron en un gruñido. —Nunca la dejaré —dije, pero ella ya había empezado a decir palabras que no entendía. Me di vuelta, pero sentí que me empujaban hacia atrás.

Vi a Rudgar corriendo hacia mí, con los ojos muy abiertos por el horror, pero no pude llegar hasta él, fui empujado hacia atrás, mi mundo girando como lo había hecho antes, cuando me trajeron aquí.

—Dile que la amo y encontraré la manera de regresar —le grité a Rudgar mientras me desvanecía en la nada.

El dolor en el pecho me hizo caer de rodillas, agarrándome el corazón.

Mi Becca.

La había perdido. En mi imprudencia, había caído directamente en una trampa y ahora había perdido a mi compañera. Un fuerte sollozo me abandonó mientras apretaba la carne sobre mi corazón roto.

La necesitaba. Necesitaba volver con ella.

Y voy a matar a cualquiera que se interponga en mi camino.

Cuando mis ojos se aclararon y la rabia reemplazó al dolor, vi que estaba de nuevo en mi cueva.

Solo.

Solté un fuerte bramido de dolor y furia. El sonido de pasos corriendo detrás de mí, en una cueva que siempre había estado vacía, me hizo girar y enfrentarlos.

¿Becca?

La decepción y la ira reemplazaron la tenue esperanza que había tenido cuando el olor de los orcos machos llenó mi nariz. Miré a mi alrededor y vi que mi cueva, que antes estaba ordenada, ahora estaba llena de pieles, herramientas y armas, todas apiladas al azar unas sobre otras.

Fruncí el ceño y enseñé mis colmillos mientras los machos entraban con las hachas preparadas.

Los conozco.

Tres machos mestizos sin clan que habían pedido unirse a mí en partidas de caza en el pasado. Lo había permitido porque no quedaban machos mayores para entrenarlos. Su clan había sido atacado por la misma enfermedad que el mío. Incluso había considerado pedirles que se unieran a mí, pero me alegré de no haberlo hecho.

Los pequeños ladrones tomaron el control mientras yo estaba ausente.

Gruñí bajo en mi garganta y el más grande del grupo, Krusk, bajó su hacha por un momento en estado de shock.

—¿Jefe Rok? —preguntó, frunciendo el ceño mientras miraba mi ropa. Todavía llevaba uno de los trajes que tanto le gustaban a mi hembra—. ¿Eres tú?

La furia me invadió por todo: el hecho de que me hubieran arrebatado de mi compañera, la maldita bruja por secuestrarme en primer lugar y ahora estos machos que estaban dentro de mi fortaleza cuando solo necesitaba encontrar una manera de regresar. Eché la cabeza hacia atrás, aullando un fuerte grito de batalla y los machos levantaron sus armas nuevamente, con los ojos muy abiertos por el miedo.

¡Deberían tener miedo, sucios ladrones!

Me abalancé hacia adelante, apuntando a Krusk, la amenaza más apremiante, y agachándome para esquivar su hacha en alto con la delicadeza de un macho experimentado. Las muescas de mis colmillos casi habían cubierto por completo a cada uno de ellos, mientras que estos tres solo tenían muescas por las cacerías y batallas en las que me habían acompañado. Choqué contra Krusk sin molestarlo en agarrar un arma.

Mis manos desnudas servirían.

Caímos al suelo con un fuerte estruendo, y el desastre que habían esparcido por todo el suelo amortiguó al macho. Me aparté y le di un puñetazo en la cara. Él gruñó, la cabeza se le giró por el golpe y la mandíbula se llevó la peor parte.

—¡Krusk! —gritó el segundo mayor, Savla—. ¡Hermano! —Intentó apartarme, pero solo logró agarrarme el brazo antes de que le diera otro puñetazo en la cara a Krusk. Usé el codo y lo empujé hacia atrás, contra el estómago del segundo macho.

Soltó un suspiro entrecortado y se desplomó en el suelo, soltando mi brazo. Retiré el puño para golpear a Krusk de nuevo, que me miraba con horror, cuando sentí un dolor agudo en la nuca. El golpe me hizo caer hacia delante, mi visión se nubló durante un largo instante antes de levantarme y girarme para enfrentarme a la amenaza que tenía detrás.

El macho más joven, Enka, estaba detrás de mí, sosteniendo en sus manos el cristal decorativo que mi madre me había regalado para cuando encontrara a mi compañera, con los ojos muy abiertos por el horror. —Jefe Rok... —empezó a decir, midiendo con precisión la intención de asesinato en mis ojos, pero Krusk también se levantó, apresurándose a pararse frente a él, golpeando su puño contra su pecho y cayendo sobre una rodilla en señal de súplica.

Enka siguió sus pasos y Savla se puso de pie tambaleándose, sus respiraciones sibilantes sonaban fuertes en el silencio de la cueva mientras imitaba a sus hermanos.

—Jefe Rok, perdónanos, por favor —dijo Krusk en voz baja—. Cuando llegamos hace dos semanas para nuestra habitual cacería de invierno contigo, encontramos tu cueva vacía y otra tribu intentando apoderarse de tu tierra. Decidimos quedarnos y defenderla para ti.

—¿Y no estabas tratando de robar lo que es mío? —gruñí, mirando a mi alrededor, donde mis armas y joyas estaban esparcidas sobre mi cama, como si las hubieran rebuscado.

—S-solo estábamos mirando, lo juro —gritó Enka, mirándome de reojo antes de volver a bajar la mirada—. Somos leales a ti, jefe Rok.

Mi ira se estaba agotando rápidamente, pues me di cuenta de que, si bien habían hecho un desastre, no parecía que faltara nada. Observé a los tres machos, pasándome la palma de la mano por la boca mientras se formaba un plan en mi cabeza.

Capítulo 33



Rok

—Es una idea terrible —le susurró Enka a Krusk, pero el macho lo hizo callar.

Puse los ojos en blanco mientras agarraba una gran bolsa y abría la caja tallada que había guardado debajo de mi cama. El fuerte suspiro a mis espaldas me indicó que los chicos habían visto lo que había dentro.

Mi tesoro.

El oro de dragón era el metal máspreciado que se podía conseguir, pero yo era el orgulloso propietario de un tesoro de oro. Llené mi morral, añadiendo el cristal y los dos anillos de oro que mi madre había dejado en la parte superior de la pila para mí, antes de darme la vuelta y entrecerrar los ojos. Había dejado una parte considerable en la caja. Los tres machos estaban reunidos detrás de mí, revisando mis armas para encontrar lo que les convenía.

—Si aceptan acompañarme —les dije con los ojos entrecerrados—, esto es suyo. Señalé el oro que quedaba en la caja y se quedaron boquiabiertos.

—¿Tanto? —preguntó Krusk, y asentí, sabiendo que era más oro del que estos machos ganarían en docenas de batallas, pero ellos lo necesitaban más que yo en este plano, y si podían ayudarme a encontrar a los brujos en su fortaleza oculta, se habrían ganado con creces su sustento.

Savla negó con la cabeza y el tipo, que suele ser tranquilo, me miró con los ojos entrecerrados. —¿Por qué es tan importante que regreses al lugar de donde viniste?

Mi frustración estaba aumentando, pero la reprimí, sabiendo que los necesitaría de mi lado. Merecían una respuesta. —Necesito volver con mi compañera.

Tres pares de ojos se abrieron de par en par por la sorpresa y enderezaron la espalda con interés. —¿Tu compañera? —preguntó Krusk, inclinándose hacia delante—. ¿La has encontrado?

Asentí, mi corazón dolía al pensar en ella sola y sin saber a dónde había ido. —Ella me convocó a su plano, pero una bruja me envió de regreso—, expliqué, mi labio se curvó ante la palabra *bruja*.

Todos sisearon y Enka llegó al punto de escupir a un lado, para protegerse de la magia oscura. —Entonces, ¿por qué buscarías a los brujos? —preguntó Krusk, sacudiendo la cabeza—. No puedes confiar en ellos.

Respiré con cansancio y asentí. —Lo sé, pero no tengo forma de volver atrás. Si les doy suficiente oro, estoy seguro de que pueden abrir un portal para que pueda volver con ella —dije, pasándome la palma de la mano por la cara—. No tengo otra opción.

Enka miró a sus hermanos mayores antes de volver a mirarme a mí. —Yo... conozco a alguien que puede ayudarte —empezó a decir y Krusk le gritó una reprimenda, impidiéndole hablar.

Agarré a Enka por las correas de cuero que había tomado de mi colección y lo acerqué más a mí. Sus hermanos me miraban preocupados, pero no se molestaron en detenerme. —¿Quién? —pregunté, pero Enka miró a Krusk en busca de permiso.

El macho suspiró, apretando los dientes mientras decía: —Es una bruja que está en el borde de tu bosque. Apareció hace muchos meses. Es *muy* poderosa. He visto la magia que puede hacer y es aterradora, pero...—, se quedó en silencio, sacudiendo la cabeza. —Se la llevaron. Ayer.

—¿Quién? —grité, soltando a Enka y enfrentándome a Krusk.

—Los brujos —suspiró—. Vimos lo que pasó, pero no pudimos detenerlos. Los escuchamos decirle que la iban a usar como recipiente para llevar al hijo de su líder. —Krusk se encogió de hombros y frunció el ceño—. Intentamos seguirla, pero perdimos su rastro.

—Tu nariz es mucho más sensible que la nuestra —interrumpió Enka, con una expresión de entusiasmo—. Nos dijo que podía encontrar a nuestras parejas. No creo que estuviera mintiendo, jefe Rok. Ha hecho milagros. Yo mismo los he visto. Si alguien puede ayudarnos, es ella.

Lo miré con los ojos entrecerrados. —¿Ayudarnos? —pregunté, levantando una ceja.

El macho tuvo la decencia de parecer avergonzado y agachó la cabeza. —Pensé que si la rescatábamos, también podría ayudarnos a localizar a nuestras compañeras.

—¿Estás haciendo esto por razones egoístas?—, le pregunté, —¿O realmente crees que ella puede enviarme de regreso?

Él asintió de inmediato. —Ella puede ayudarte. Ha abierto portales con nada más que algunos ingredientes básicos. Lo he visto con mis propios ojos. Los brujos no son *nada* comparados con ella. Es por eso que la han capturado —dijo, con voz segura y fuerte.

Lo pensé un momento antes de volverme hacia Krusk. —No puedo correr riesgos con esto. Si la rescatamos y los brujos se vuelven contra nosotros, ninguna cantidad de oro los convencerá de ayudarme. Necesito estar seguro —razoné.

Él asintió y apretó el hombro de su hermano menor. —No está exagerando. Ella es más fuerte que ellos. Hicieron falta una docena de brujos para someterla —explicó.

—Bien —gruñí, señalando el oro—. Entonces llévate esto. Puedes pagarle para que encuentre a tus compañeras después de que me envíe de regreso. A la mía.

Dudaron solo un momento antes de que Krusk tomara el cofre con manos temblorosas y comenzara a apilar tres montones de monedas de oro. Los dejé solos y pasé a mis armas. Deslicé mi hacha en las correas que llevaba a la espalda, después de haberme quitado el traje que había estado usando, prefiriendo las correas de cuero y los pantalones que usaba para la batalla.

Agregué cuchillos y até varias bolsas a mi espalda. Miré alrededor de mi cueva, con un dejo de melancolía resonando en mi pecho mientras me despedía de ella. Me había criado aquí y siempre tendría un lugar enorme en mi corazón.

Pasé la mano por los grabados que habían hecho mis padres. Había empacado el peine de mi madre y se lo iba a regalar a mi compañera en cuanto la viera. Aunque regresar a mi hogar no había sido lo ideal, hubiera preferido llevar a mi compañera conmigo para mostrarle de dónde venía, me alegré de poder despedirme de mi antiguo hogar junto con mis padres.

Llevé flores a la tumba de mi madre y dejé mi mejor cuchillo sobre la de mi padre. Presenté mis respetos lo mejor que pude, deshaciéndome de la creencia, tan arraigada, de que me enterrarían con ellos. El universo había elegido algo diferente para mí y no lamentaría la pérdida más de lo que celebraría la ganancia.

Mi pareja sería mi futuro y honraríamos los recuerdos y las tradiciones de mis padres de la misma manera en que nos amábamos el uno al otro y a nuestros hijos. Pensar en eso me provocó una punzada de pérdida en el pecho y tuve que dejar lo que estaba haciendo para apoyarme contra la pared de mi antiguo hogar. Cerré los ojos con fuerza y tragué saliva.

No podía vacilar ahora. Necesitaba volver con ella. Me estaba esperando. Incluso ahora, podría estar llevando a nuestro pequeño. La idea envió una helada punzada de terror por mi columna vertebral. Algo con lo que nunca había estado familiarizado hasta que me di cuenta de que tenía algo que perder.

No puedo dejarla desprotegida.

Moviéndome más rápido, me apresuré con mis preparativos y caminé. Me dirigí a la sección de mi cueva donde los tres hermanos guardaban el resto de las armas. Entrecerré los ojos y miré a los machos, respirando profundamente antes de tomar una decisión.

—Quiero regalarles esta cueva y esta tierra —les dije, y se dieron vuelta con la sorpresa escrita en sus rostros. Me habría divertido, pero me estaba acostumbrando a ver esa expresión en sus rostros—. Cuando encuentren a sus compañeras, tráiganlas aquí —les dije, señalando con la barbilla la pared con los grabados de mi familia y mi herencia—. Los agregaré a mi clan.

Los machos se quedaron inmóviles, mirándome con asombro. —¿Nos aceptarías?

—Como hermanos —dije asintiendo y esbozando una pequeña sonrisa. Apenas podía reunir una sin mi compañera, pero lo intenté por ellos—. Me gustaría poder quedarme para enseñarles más, pero mi compañera me dio la bienvenida a su clan y le he jurado lealtad a mi nuevo jefe.

—¿Un nuevo jefe? —preguntó Enka con los ojos muy abiertos—. ¿Uno que sea más fuerte que tú?

—El otro plano no mide la fuerza de un jefe como lo hacemos aquí —expliqué, sacudiendo la cabeza—. Pero es más inteligente y astuto que cualquier orco que haya conocido. Y cuida de su clan.

—Nunca pensé que te inclinarías ante un jefe —dijo Krusk en voz baja.

—Nunca me pidió que me inclinara —dije con una débil sonrisa—. Es el tipo de macho al que *quieres* seguir. Y protegió a mi compañera cuando ella no me tuvo a mí

para cuidarla. Son el clan que me faltaba. Y su compañera es la matriarca perfecta para nosotros.

La matriarca de un clan era el papel más importante. Su sabiduría y su capacidad para mantener el clan en marcha eran la razón por la que era un papel que había que desempeñar. Un jefe no era un verdadero jefe sin su compañera. La única razón por la que me habían considerado jefe era porque nadie creía que pudiera desafiarlo y sobrevivir.

La mirada melancólica en los ojos de los machos me hizo arrepentirme de mis palabras. No quise restregarles el hecho de que ellos también estaban sin rumbo en este mundo. Con suerte, encontrarían a sus parejas y Krusk asumiría el cargo de jefe con su hembra a su lado.

—Conozco la disposición básica de la fortaleza de los brujos —les dije, tratando de distraerlos de su tristeza—. Pero nada concreto. No conozco a nadie que haya estado dentro.

Krusk asintió y miró a Savla. Hasta ese momento había estado callado, pero dio un paso adelante y se acercó a la mesa de piedra que estaba a su lado, donde colocó un pergamino. Me acerqué más y arqueé las cejas al darme cuenta de que había dibujado un boceto detallado de los edificios y había marcado uno en particular.

Señaló el lugar y lo golpeó con una garra. —Aquí es donde la tendrán. Es donde más guardias la rodean desde que se la llevaron —dijo con su gruñido bajo—. Y no esperan que nadie vaya a buscarla. Están concentrados en mantenerla dentro.

Asentí, acariciando mi barbilla con mis dedos mientras estudiaba el mapa que había dibujado. —Este es un trabajo increíble. Debes haberlos estado observando durante mucho tiempo—, le dije y él agachó la cabeza, asintiendo.

—Les robo provisiones cuando nos faltan—, me dijo, aclarándose la garganta y sentí que mi cuello se calentaba de vergüenza.

Estos machos habían pasado hambre y yo no lo sabía, por lo que había llenado mi tesoro hasta el tope. —Nunca más necesitarás robar provisiones —le dije con voz ronca—. Estas tierras son ricas en caza.

Frunció el ceño y asintió, pero no dijo nada en respuesta.

—Gracias, Jefe Rok —murmuró Krusk mientras seguíamos estudiando el mapa.

—Deberíamos entrar por aquí —dijo Savla, señalando la pared que estaba a la derecha del edificio que había rodeado—. Será lo más fácil para escapar rápidamente. Además, no hay tanta gente allí. Pasan la mayor parte del tiempo en el salón principal y en el área de dormir.

Gruñí en señal de aprobación del plan. —¿Cuánto tiempo hace que la tienen?—, pregunté, cuestionándome si nos quedaba tiempo para prepararnos.

—Desde ayer —dijo Enka con los ojos llenos de preocupación—. De ahí veníamos. Tenemos que recuperarla —insistió.

Savla asintió con vehemencia. —He visto lo que les hacen a las hembras, jefe Rok. Cuando las vuelvas a ver, no serán más que cáscaras vacías. Hemos intentado rescatarlas en el pasado, pero hemos fracasado. Esta vez, te tenemos a ti. —Me miraba con el tipo de adoración a un héroe que no estaba seguro de merecer.

—Los protegeré a todos lo mejor que pueda. Me enfrentaré a todo lo que se nos presente. Krusk me respaldará —dije, mirándolo y observando cómo enderezaba los hombros con orgullo—. Y quiero que ambos se concentren en encontrar y sacar a la bruja de allí sana y salva —agregué, volviendo mi mirada hacia los otros dos.

Ambos asintieron con la cabeza en señal de acuerdo.

—Asegurémonos de tener todo listo antes de irnos. Tardaremos casi tres horas en llegar y luego necesitaremos... —Hice una pausa cuando Enka parecía querer hablar.

Hice un gesto hacia él y dije:

—Si tomamos el atajo que hemos descubierto, podemos acortar el viaje en casi una hora.

—¿Un atajo? —pregunté con curiosidad—. ¿En *mis* tierras?

Asintió con entusiasmo mientras Krusk y Savla parecían avergonzados. —Sí. Hemos estado usando tus tierras como un atajo para sacar sus productos más rápido durante años—, dijo Enka con orgullo.

Gruñó cuando su hermano le dio un codazo en el costado. Luego abrió mucho los ojos y agachó la cabeza para mirarme. —Lo siento.

Solté un bufido divertido antes de sacudir la cabeza. —Está bien. Es bueno que ya estén conociendo la tierra. Pronto será suya y necesitarán conocer sus debilidades para fortificarla contra los intrusos —les dije, arqueando una ceja al pronunciar la última palabra.

Todos agacharon la cabeza de nuevo, pero yo no estaba tan molesto como creía que debería estar. Estaba demasiado concentrado en lo que traería el resultado futuro de este rescate.

Mi Becca.

Solo pensar en ella era suficiente para hacerme querer ir a la tierra del hechicero y obligar a la bruja a que me enviara de regreso. Reprimí los impulsos que me devoraban y respiré profundamente.

—Tenemos que entrar cuando menos lo esperen—, les dije a los tres machos. —Espero que no hagamos mucho alboroto. Sólo entrar y salir.

Los gruñidos de aprobación eran música para mis oídos. No necesitaba que intentaran demostrar su valía en este viaje en particular.

Capítulo 34



Becca

No puedo hacer esto.

No podía recuperar el aliento. Se habían llevado a mi compañero. Habían usado el mismo tomo del que lo había invocado y lo habían devuelto al libro.

Cuando recibí la llamada de Rudgar, no había pensado ni un solo momento en el trabajo soñado que había deseado toda mi vida.

Salí corriendo, tomé el primer taxi que vi y lo dirigí a la casa que había compartido con mi compañero.

Rudgar me sacó del taxi y me abrazó, y se disculpó, pero yo no quería oír nada más que me explicara lo que había pasado.

Cuando lo hizo, me dejé caer al suelo. Me levantó en sus brazos y me llevó a mi apartamento.

Pen llegó un poco más tarde, pero yo estaba en un estado confuso y nebuloso del que parecía incapaz de salir. Lo único que sabía era que mi compañero se había ido y no sabía qué hacer.

Pen estaba diciendo algo, caminando frente a mí y hablando con palabras rápidas mientras Rudgar asentía y tecleaba en su teléfono. Dristan también estaba allí, con el ceño fruncido mientras escuchaba a su compañera.

Su compañera.

Me dolía el pecho y se me escapó un gemido cuando los recuerdos de Rok llenaron mi mente. Su encantadora sonrisa. La forma en que sus ojos se suavizaban cuando me miraba. La forma en que mi corazón se llenaba cuando estaba en sus brazos.

Pen hizo una pausa en su perorata el tiempo suficiente para agacharse y abrazarme. La dejé, todavía flotando en ese estado en el que estaba atrapada.

Ella se sentó a mi lado, dándome suaves palmaditas en la espalda, pero eso no ayudó al doloroso agujero que se había formado dentro de mí tan pronto como él se fue.

Rudgar solo había confirmado lo que ya sabía. En cuanto se fue, sentí un dolor agudo en el pecho. Un vacío enorme que resonaba con su pérdida.

Sentí que se me iba la respiración y me esforcé por contenerla. No podía llorar. Necesitaba concentrarme. Necesitaba un plan.

Lo necesito.

La sensación de humedad en mi mano, que estaba apretando mi falda con fuerza, fue impactante, pero no podía concentrarme en eso. El movimiento a mi alrededor había comenzado cuando sonó un fuerte gong.

Me estremecí al oír el ruido, pero no sabía qué significaba. Pasaron muchos momentos hasta que oí que alguien me llamaba y que una mano me agarraba con fuerza.

Conocía esa mano. Era Pen. Ella estaba tratando de llamar mi atención, pero yo todavía luchaba por encontrar algo que me ayudara a mantenerme firme.

Flexioné mis dedos sobre los suyos, apretándolos y concentrándome en mi agarre sobre ella. El calor de su mano. Me tomó un largo momento, pero finalmente pude mirarla.

Su rostro flotó frente a mí por un segundo antes de aclararse. Me dirigió una sonrisa trémula.

—Hola, Becks —susurró, y sentí cómo se me hacía un nudo en la garganta al percibir la compasión en su voz.

Dios mío, no, Pen. No puedo lidiar con esto.

—Alguien ha venido a verte —dijo, mientras me pasaba la mano por el brazo. Me sorbí la nariz y giré la cara en la dirección en la que ella había estado mirando.

Cuando vi a la mujer pelirroja, todo se detuvo de golpe. La furia se apoderó de mí como una mecha encendida, sofocando la tristeza que me había estado agobiando.

—Tú —susurré, poniéndome de pie y casi cayéndome, ya que mis rodillas todavía estaban débiles—. ¿Cómo te atreves a venir aquí después de lo que hiciste?

Ella levantó las manos y tragó saliva con fuerza. —Lo sé. Sé lo que hice... —comenzó, dando un paso atrás mientras yo daba otro hacia ella.

—Espera, Becks —dijo Pen, agarrando mi mano entre las suyas y evitando que atacara a la mujer que me había arrebatado a mi compañero—. Escuchémosla. Dijo que tal vez tuviera una solución.

Gruñí desde lo más bajo de mi garganta, un sonido salvaje que había oído de Rok, y le mostré los dientes.

—Ella *hizo esto* —insistí, y Pen asintió, apretándome cerca y sujetándome.

—Puedes hacerle lo que quieras después de que la escuchemos, ¿de acuerdo? —me tranquilizó y los ojos de Tasia se abrieron enormes.

—En realidad, sólo quiero ayudar —dijo a toda prisa—. No había nada que pudiera hacer con el contrato. Pero ahora que está cerrado, puedo buscar a tu macho. Podemos encontrarlo.

—¿Puedes traerlo de vuelta? —dije sin aliento, sintiéndome mareada—. ¿Tengo que leer el libro otra vez?

La idea se arraigó en mi mente y casi corrí hacia la puerta para ir a la biblioteca, pero Tasia negó con la cabeza. —Una invocación de compañeros solo puede funcionar una vez—, dijo con voz triste, antes de sonreír. —Pero puedo encontrarlo. Si sabemos exactamente dónde está, entonces podemos encontrar a alguien que pueda abrir un portal.

Fruncí el ceño con confusión. —¿No puedes *abrir* un portal?— pregunté, con pánico aferrándome la garganta—. Puedo pagarte. Puede que no tenga mucho dinero ahora, pero...

Jadeé, me di la vuelta y corrí hacia el dormitorio que había compartido con Rok. Abrí de golpe el armario y empujé la ropa hasta que dejé al descubierto la pequeña caja fuerte que había en la parte de atrás.

Me temblaban los dedos mientras luchaba por abrir la cerradura con huella dactilar. Cuando se abrió, agarré las monedas de oro que mi compañero me había regalado cuando llegó a nuestra casa.

Salí corriendo del dormitorio y vi que todos me miraban en estado de shock. Le tiré las monedas a Tasia y ella atrapó la mayoría, pero dos cayeron al suelo con un ruido fuerte. Me agaché y me esforcé por recogerlas en mi prisa antes de entregárselas también.

—Por favor —le supliqué—. Toma esto y abre el portal para traerlo a casa.

Ella miró las monedas con asombro antes de sacudir la cabeza. —Lo siento mucho, pero no puedo abrir el portal. Solo puedo encontrarlo a él. Mis poderes no son lo suficientemente fuertes—, me dijo con tristeza en su voz.

La esperanza que había estado rebosando en mi pecho murió, todo mi cuerpo se desplomó por la decepción. Ella tomó mis manos y me devolvió el oro.

—Pero puedo encontrar a alguien que pueda —dijo ella, con palabras cada vez más firmes—. Sé que *podemos*. Mi aquelarre no es el único en la ciudad.

Una sonrisa vacilante se extendió por mis labios mientras agarraba sus manos entre las mías, apretándolas mientras las monedas caían de entre nuestros dedos. Vi a Dristan hacer una mueca detrás de ella, pero lo ignoré.

—¿Puedes adivinar dónde está ahora? —pregunté, con el miedo todavía obstruyéndome la garganta—. ¿Así puedo asegurarme de que está a salvo?

Ella asintió y me dio una sonrisa tranquilizadora. —No te preocupes, lo enviamos de regreso a su casa—, dijo en voz baja y tranquilizadora.

—Su hogar es una tierra feudal donde tiene que luchar por su vida—, Dristan gruñó, con fastidio por todos lados. —Y aunque cumpliste un contrato, lo devolviste allí sin una sola arma.

Mi corazón se congeló en mi pecho de la misma manera que la sonrisa de Tasia se congeló en su rostro.

—No habíamos pensado en eso —jadeó, sacudiendo la cabeza y moviéndose hacia la gigante mesa de comedor que aún no habíamos tenido la oportunidad de usar. Empujó el lugar y sacó una bolsa con cordón de su bolsillo. Arrojó el contenido a la mesa y cayó con un ruido metálico.

¿Piedras y ramitas?

Me acerqué a ella, mis ojos se movían entre los trastos de la mesa y luego hacia su rostro. —¿Se supone que esto te ayudará a encontrarlo?—, aclaré, con la duda llenando mi mente.

¿Qué clase de bruja es ella?

Ella asintió, esparciendo las ramitas y las piedras en un círculo antes de extenderme la mano. La tomé con vacilación, preguntándome qué demonios iba a hacer.

—Está bien, necesito que pienses en él. Que sientas el vínculo que existe entre ustedes —me dijo, con expresión concentrada mientras ponía la mano sobre el círculo que había formado.

Me estremecí al sentir cómo el poder vibraba a través de ella, provocándome una sacudida de sorpresa. Impresionada y emocionada por la posibilidad de que esto funcionara, apreté los ojos con fuerza e imaginé a mi apuesto compañero en mi mente.

Sus ojos color chocolate, su pelo largo que me hacía cosquillas en la nariz por las noches, la forma en que sus labios se curvaban alrededor de sus prominentes colmillos. Me encantaba la pequeña curva en su nariz que me indicaba que alguna vez se la había roto.

El tirón de una conexión en mi pecho me hizo saber que lo que estábamos haciendo estaba funcionando. Escuché a Pen jadear detrás de mí, pero me costó concentrarme, hacer exactamente lo que ella me había dicho.

—Lo tengo —anunció Tasia con una pequeña risa. —Sé dónde está.

Mi mirada se abrió de golpe y casi me aparté de ella cuando vi que brillaba, su mano sobre el círculo derramaba luz sobre la mesa. En el centro del círculo, una de las piedras había sido arrancada y flotaba en el medio, tambaleándose en su borde.

Después de unos momentos, la piedra cayó sobre la mesa y la luz desapareció. Tasia se giró para sonreírme y levantó la piedra hacia mí. —Es aquí —chilló—. Tenemos su ubicación. Todo lo que necesitamos ahora es alguien lo suficientemente poderoso como para abrir un portal hacia él.

Solté un suspiro de alivio, la abracé y salté con ella. Pen se unió a nosotras y yo estaba mareada de emoción.

Vamos a encontrarlo.

Capítulo 35



Rok

Me asomé por encima del muro de piedra y lo toqué para ver qué tan estable era. No era demasiado alto para escalarlo, pero si la bruja estaba herida, podría ser difícil que lo superara.

Vi a un brujo moviéndose hacia el edificio en el que necesitábamos infiltrarnos y agaché la cabeza para evitar que me vieran. Miré a Krusk y lo vi de espaldas a mí, con el hacha en alto para protegerme.

Sentí un gran orgullo en el pecho y le di un golpecito en el hombro. Volvió la mirada hacia mí por un momento antes de volver a mirar hacia el bosque, haciéndome saber que me estaba escuchando.

—Hay un guardia fuera, pero espero que haya muchos más dentro, si es que intentan retenerla —susurré.

—El gran brujo es quien está tratando de convertirla en su novia —respondió Krusk en voz baja. —Lleva un cetro de oro. Si lo ves, evítalo. Puede que no sea tan fuerte como la bruja, pero podría lanzarte un hechizo malvado.

—Si nos ataca, me enfrentaré a él. Y si algo sale mal, agarra a tus hermanos y vete —le advertí.

Sacudió la cabeza, manteniendo la mirada fija en el área detrás. —No, no te dejaré atrás, no después de todo lo que has hecho por nosotros. Les haré una señal a mis hermanos para que se vayan, pero lucharé contigo —dijo, ignorando mi orden.

—Si no te vas, cachorro, te arrojaré por encima del muro y te *obligaré* a irte —le dije con un gruñido.

Su labio se curvó, pero no respondió. Puse los ojos en blanco, sabiendo que el testarudo macho intentaría quedarse. Observamos cómo el brujo que había entrado en el edificio llevando a la bruja se marchaba, con una bandeja vacía en las manos que brillaba bajo la luz del sol de la tarde.

Hora de comer.

Sería la distracción perfecta para que pudiéramos entrar al edificio. Le hice un gesto a Krusk para que me siguiera, escalando la pared con facilidad y hundiéndose en la hierba para amortiguar los sonidos que harían mis pasos. Krusk hablaba más fuerte detrás de mí, pero sabía que aún así no podrían oírlo.

Me hubiera gustado quedarme y enseñarles más a estos machos, ser su mentor, como mi padre había sido el mío, pero necesitaba regresar a mi hogar. A mi compañera.

Apreté los dientes ante la punzada que me atravesó el pecho al pensar en ella y avancé, agachado, moviéndome tan rápido como pude sin hacer ruido. Cuando llegamos al edificio, apoyé la espalda contra la pared y le hice un gesto a Krusk para que se quedara donde estaba.

Rodeé el edificio, me asomé y vi al guardia. Estaba mordiendo una manzana y puse los ojos en blanco. No esperaba un ataque y la forma en que había apoyado su espada contra la pared me indicó que no estaba preparado.

Hice un gesto detrás de mí para que Krusk pusiera en marcha nuestro plan y él lanzó una piedrecita al suelo de piedra frente al edificio. El guardia se enderezó y se alejó del lugar donde estaba recostado contra la pared.

Me alegré por dentro cuando se movió sin su espada, yendo a investigar el ruido. Estaba mirando hacia afuera, inclinado para inspeccionar el área cuando me acerqué detrás de él, levantando la parte posterior de mi hacha sobre su cabeza. Con un movimiento rápido, se la clavé en la nuca y lo agarré de la camisa antes de que cayera al suelo.

Lo arrastré hasta la parte trasera del edificio. Gimió cuando lo bajé y lo dejé tendido para que no hiciera ruido cuando su cuerpo tocara el suelo. Le hice un gesto a Krusk para que me siguiera hasta la puerta y la abrí con cuidado, asegurándome de que el picaporte no hiciera ruido.

Hice un gesto de dolor cuando la puerta se abrió con un chirrido y entré, pero no había nadie en la entrada. El pasillo conducía a docenas de puertas a ambos lados y luego a una sala abierta. Levanté la cabeza, olí profundamente y entrecerré los ojos hacia la zona abierta. Me acerqué sigilosamente, con el fuerte olor de una mujer aterrorizada en mi nariz.

Cuando me acerqué, vi a tres hombres allí, de pie frente a la mujer encadenada a una pared. Levanté el labio ante su cobardía.

Éstos no son machos, son monstruos.

—Si me das un beso, bruja, te daré un bocado de este pan, dijo uno de ellos engatusándola en Magia, el idioma que hablan los practicantes de magia, y yo sonreí cuando ella le escupió en la cara. Los orcos habían crecido aprendiendo Magia para poder comerciar con los brujos cercanos, pero todo eso había cambiado cuando empezaron a atacarnos y a prohibirnos el acceso a sus tierras. Aprender el idioma era ahora cosa de guerreros que necesitaban espiar al enemigo, más que una forma de

comunicación auténtica. Nos ayudó que los brujos pensaran que éramos demasiado inferiores a ellos como para aprender nuestro propio idioma. Nos daba la ventaja.

—Prefiero morirme de hambre antes que besar tu fea cara —ladró.

Mi sonrisa desapareció cuando el hombre retiró el brazo y le dio una bofetada en la mejilla. —No te preocupes, puta, pronto nos besarás—, se rió, dándole un gran mordisco al pan él mismo.

—Deberíamos alimentarla, ¿no? —preguntó uno de los brujos, inclinando la cabeza hacia ella—. ¿No tendrá que estar lo suficientemente sana para ser el recipiente?

—La alimentaremos cuando esté embarazada —se burló el otro, mordisqueando un trozo de carne seca en su mano y luego tomando un trago de la bebida con la otra mano antes de dejarla en la mesa cercana. Una mesa que estaba cubierta de herramientas que Rok estaba seguro de que habían usado para torturar. Alicates oxidados y martillos cubiertos de sangre.

—No puedo esperar a que Lord Veron encuentre el momento perfecto para el ritual. —El hombre con la carne seca emitió un gemido bajo mientras acariciaba con su dedo la mejilla herida de la hembra.

Ella frunció el labio mientras se apartaba de él, pero la agarró por la barbilla y la apretó con más fuerza hasta que ella emitió un gemido bajo. —Quiero mi turno con ella —susurró.

—Pero tendrás que esperar un tiempo, hasta que tenga el niño —dijo el otro hombre, que seguía atiborrándose de pan.

—Pero después de eso —dijo el idiota que todavía tenía sus manos sobre la hembra—, ella es toda mía.

—Nuestra —argumentó el comedor de pan, mientras un trozo de pan cubierto de saliva salía de sus labios mientras hablaba.

—Sí, es nuestra —el cruel macho se inclinó para presionar su nariz contra el cuello de la hembra. Ella gimió de nuevo, luchando contra las cadenas que la sujetaban hasta que se sacudieron violentamente—. Es toda nuestra.

Fue entonces cuando vi las llaves en su cinturón. Con un plan en mente, avancé hacia esos brujos putrefactos, con mi hacha lista. Estaban tan distraídos con su desviación que estuve sobre ellos en segundos, mi mano sobre el hombro del tipo cuyo rostro todavía tocaba a la hembra.

Lo aparté de un tirón y él giró, dejando caer la carne que sostenía en su mano.

—¡Oye! —gritó, pero sus ojos se abrieron como platos y se quedó boquiabierto cuando me vio—. ¿Orco? —preguntó, mientras mi puño se estrellaba contra su cara.

Krusk ya había avanzado hacia el devorador de pan y lo había empujado contra la pared, junto a la hembra. Mientras se ponía de pie, me volví hacia el tercer macho. Sacó su espada del cinturón y se enfrentó a mí, y yo agarré mi hacha.

—¿Qué mierda quieres? —espetó—. Como si no hubieran robado ya bastante.

—¿Cómo llamarías entonces a alguien que retiene a una mujer contra su voluntad? —grité, y mi hacha golpeó su espada. Se aferró a ella, tenso por la fuerza del golpe.

Un fuerte grito resonó a mi espalda y sentí que algo me golpeaba con fuerza. Maldije, con un dolor explosivo en la nuca, pero mantuve el agarre del hacha, con el brazo temblando mientras me mantenía en pie. Me giré para mirar con ira hacia atrás y vi a otro brujo allí de pie, atónito de que no hubiera caído al suelo después de golpearme con la sólida silla de madera. Esta yacía en pedazos a mi alrededor.

Sonréí con desprecio y empujé hacia abajo la espada del hombre con el que seguía luchando. Él gimió de dolor cuando sus brazos cedieron y su espada cayó al suelo con estrépito. Levanté mi hacha antes de volver a bajarla y, con un solo corte limpio, su cabeza se separó de su cuerpo.

Me volví hacia el otro hombre, la sangre goteaba por mi hacha y me salpicaba un lado de la cara. Tragó saliva y retrocedió con las manos en alto. Su mirada se precipitó

hacia la espada de su compañero muerto. El pequeño y rápido idiota se puso de pie antes de que me diera cuenta.

—Esa mujer es la novia de nuestro líder —gritó mientras se echaba hacia atrás y me atacaba. Era torpe y lo esquivé con facilidad, pero no me había dado cuenta de que el primer hombre al que había atacado se levantaba del suelo. Me apuñaló en el costado y gruñí, me volví para mirarlo con enojo y retrocedí para tenerlos a ambos en la mira.

Krusk se enfrentó al último macho, el choque de su hacha contra la espada me indicaba que se defendía bien. Ambos brujos cargaron contra mí al mismo tiempo, con las espadas listas, y yo agarré el brazo de uno de los hombres, sosteniéndolo sobre su cabeza mientras golpeaba con mi hacha la espada del otro.

Jadeó, soltó la espada por el golpe y se agarró la muñeca. El hombre al que sujetaba se retorció y me clavó la espada en el mismo lugar donde me había golpeado antes. Jadeé de dolor, agarré la espada con la mano y me giré para enfrentarme a él.

Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa cuando mi mano goteó sangre, pero logré arrebatarle la espada. Cayó con un ruido metálico de mi mano cuando lo acerqué más y golpeeé mi cráneo contra el suyo.

Su cuerpo se desplomó en mi mano y agarré al otro, que todavía sujetaba su muñeca rota. Lo levanté con facilidad, *apenas* evitando gritar mi furia y lo estrellé de cabeza contra la pared al lado de la mujer.

Nos miró boquiabierta todo el tiempo, pero cuando vio a Krusk, pronunció su nombre con voz entrecortada, un sonido esperanzador que me indicó que no lucharía contra nosotros. Agarré las llaves del cinturón del hombre y me moví hacia ella mientras oía un último choque de acero y luego un gemido de dolor del último hombre humano.

Me acerqué a la bruja y ella se quedó inmóvil mientras la liberaba antes de dar un paso atrás y levantar las manos para mostrarle que no era una amenaza. Era una mujer bonita, aunque ni de lejos tan bonita como mi pareja, con piel morena con matices

anaranjados cálidos y ojos de color marrón claro. Se masajeó las muñecas y dio un paso hacia Krusk, manteniendo su mirada fija en mí.

Cuando Krusk también se acercó a ella, lo abrazó. —No puedo creer que hayas venido a buscarme —dijo, pero sus palabras sonaban forzadas, casi como un eco de su voz.

La miré con curiosidad, pero también sabía que teníamos que sacarla de allí lo antes posible. —Vámonos. Ahora—, dije, retrocediendo apresuradamente hacia la puerta principal. Los oí seguirme, el roce de su falda sobre la piedra hacía que fuera fácil de ubicar.

Abrí la puerta y mantuve mi mano detrás de mí para decirles que dejaran de moverse. Cuando no escuché ningún movimiento a nuestro alrededor y no olí a nadie que se acercara, salí y les hice un gesto a Krusk y a la bruja para que se adelantaran. Me moví hacia atrás, permitiéndoles correr delante mío para escapar. Si alguien venía tras nosotros, lo enfrentaría con mi hacha primero.

El guardia que estaba detrás del edificio emitió un leve gruñido y se agitó, así que dejé caer la punta de mi hacha sobre su cabeza una vez más y quedó inconsciente de nuevo. Llegamos a la pared sin que nos vieran. Krusk emitió un silbido bajo que se hizo eco en el otro lado. Levantó a la hembra y la ayudó a escalar la pared. Ella saltó, y el sonido bajo del impacto me indicó que uno de los hermanos de Krusk la había atrapado al otro lado.

Nos tocó a nosotros seguirlos y lo hicimos, abriéndonos paso por encima del muro. Cuando estuvimos del otro lado, señalé hacia el bosque. Teníamos que darnos prisa antes de que alguien se diera cuenta de lo que había sucedido. En cuanto lo hicieran, vendrían por nosotros.

Presioné los labios con un dedo y les hice un gesto para que corrieran por delante. Lo hicieron, la mujer se levantó la falda y corrió tras ellos. Me enfrenté a la pared,

retrocediendo a toda prisa, después de haber explorado el camino y sabiendo que nada podría hacerme tropezar hasta que llegáramos a la línea de árboles.

Cuando llegamos, corrí tras ellos, las ramas secas y caídas crujían bajo mis pasos, pero sabía que nadie podía oírnos. Con una sonrisa de satisfacción, los alcancé en menos de un minuto.

La bruja apenas resistía, lo podía ver, pero teníamos que seguir alejándonos de ellos. Extendió la mano y se detuvo para inclinarse hacia adelante por la cintura, respirando con dificultad y agitando la mano en el aire.

—¿A-dónde vamos? —jadeó, mirándonos a ambos.

Su voz aún resonaba con esa extraña nota y yo hablé primero. —Vas a abrir un portal para que pueda regresar con mi compañera—, le dije y ella se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos.

Los otros tres machos inclinaron la cabeza hacia mí y me di cuenta de que había hablado en común.

¡Qué extraño!

Abrí los labios para intentarlo de nuevo, pero la mujer preguntó en perfecto común: —¿Hablas común?

—Tomé una poción —respondí, frunciendo el ceño—. Es el idioma que habla la gente de mi compañera. En el plano del que es ella.

Sus ojos se abrieron de par en par con asombro y me agarró el antebrazo, con su diminuta palma apenas cubriendo el frente. Fruncí el ceño y me alejé de ella.

Ninguna hembra me toca excepto la mía.

Ella apartó la mano de inmediato, sonriendo ampliamente. —Ella es de donde yo vengo —jadeó, dando un pequeño salto de alegría—. Pensé que nunca encontraría el camino de regreso después de que me convocaran aquí.

Dio un grito, se dio la vuelta y abrazó a Savla en lugar de a mí, algo que agradecí.
—Ahora puedo irme a casa—, gritó, mientras daba vueltas con él. Él se quedó inmóvil, dejándose girar y nos miraba como si quisiera que lo rescataran.

—¿Puedes llevarnos de regreso? —pregunté, con la esperanza llenándome el pecho. Ella dejó de celebrar y asintió con alegría. Los tres machos nos miraban, confundidos, sin entender lo que decíamos.

—Sí, puedo usar tu vínculo con tu compañera como atadura. Antes no tenía uno —se rió—. ¡Esto es perfecto!

Sonréí y mi voz sonaba esperanzada. —¿Puedes hacerlo ahora? ¿Qué necesitas?

Hizo una pausa, mordisqueándose la uña del pulgar mientras miraba a su alrededor y sacudía la cabeza. —No, maldita sea. Necesito mis hierbas para hacer el círculo sagrado de protección. No creo que pueda encontrarlas aquí. —Tenemos que volver a mi choza —suspiró antes de sacudir la cabeza—. Pero ellos saben dónde está. Vendrán a buscarme. —Frunció el ceño y apretó los puños—. Los odio tanto.

Centrándome en el hecho de que ella podría llevarme a casa, le pregunté: —¿Dónde está tu choza?

Sus ojos se abrieron de par en par y sacudió la cabeza, mirando a su alrededor. —Uh, no tengo idea. Seré honesta, no soy muy buena navegando.

Solté una carcajada y le pregunté a Krusk: —¿Sabes dónde vive?

Él asintió y su mirada se movió de un lado a otro. —¿Sabías que estabas hablando en lenguas?—, preguntó con las cejas enarcadas. Savla y Enka asintieron en señal de acuerdo. Ambos soltamos una carcajada.

—Me voy a casa —dijo en ese extraño y resonante idioma orco—. Y me lo llevaré conmigo.

—Tenemos que llevarla a su casa—, dije, —y luego ella podrá llevarnos.

—Vendrán —advirtió Krusk y ella asintió.

—Ahí es donde me atraparon, así que será el primer lugar donde buscarán.

—Entonces tenemos que darnos prisa —dijo, haciendo un gesto con la barbilla hacia la mujer. Savla asintió, la agarró y la echó sobre su espalda. Ella gritó, pero se agarró a él, rodeándole el cuello con los brazos y sujetándose bien antes de señalar hacia delante.

—¡Adelante! — Él puso los ojos en blanco y giró en la dirección opuesta antes de alejarse trotando.

—Lo sabía —anunció la mujer, lo cual era una evidente mentira.

Capítulo 36



Rok

Llegamos a un claro en el bosque donde se había construido una pequeña cabaña. Parecía destortalada y con parches, lo cual tenía sentido, ya que la bruja solo había vivido en este plano durante un corto tiempo. La miré con los ojos entrecerrados mientras se bajaba de la espalda de Savla y se apresuraba hacia la puerta principal.

—¿Cuándo llegaste?—, le pregunté, levantando la cabeza para oler el lugar. Hasta el momento estábamos a salvo.

—Hace un año aproximadamente —resopló mientras entraba a su casa, que estaba hecha un desastre—. Estos imbéciles dejaron mis cosas *por todas partes*.

—¿Y te quedaste atrapada aquí? —pregunté, frunciendo el ceño.

Ella asintió, se dirigió a un armario y rebuscó en él. —Me trajeron aquí y trataron de atraparme, pero escapé. He sido una practicante desde que tuve la edad suficiente para saber cuáles eran mis poderes. Mi madre me entrenó... —Se interrumpió ante esas palabras, congelándose por un momento antes de parecer ignorarlo—. Y luego ese *idiota* me trajo aquí para poder *reproducirse* conmigo. —Se dio la vuelta para mirarme, con las

manos en sus caderas redondeadas—. Y eso es simplemente *psicótico*. Quiere que tenga su malvada descendencia o algo así. Debería haber algún tipo de ley y orden aquí para proteger a las personas inocentes de ser tratadas de esta manera.

Asentí con la cabeza, esperando que eso aliviara un poco su ira y ella resopló antes de volverse hacia sus gabinetes para seguir hurgando. Tomó bolsas que olían a hierbas y las arrojó sobre la mesa destortalada en el centro de la habitación.

—Y entonces me encontré con esos tres —hizo un gesto hacia los tres orcos machos que custodiaban la puerta de la cabaña—. Y me ayudaron mucho. Al menos *algunos* de ustedes son amables —dijo con una sonrisa—. Gracias por salvarme, por cierto.

Asentí y arqueé una ceja mientras ella comenzaba a esparcir hierbas en un amplio círculo a su alrededor. —Sé que esos tres también querían tu ayuda para encontrar a sus compañeras—, dije y observé con diversión cómo sus cabezas giraban en nuestra dirección.

—Oh, *definitivamente* estoy estoy dispuesta a ayudarlos —me aseguró—, pero no están aquí. —Emitió un pequeño zumbido y levantó una bolsita de hierbas para olerlas antes de volver al armario.

—¿Qué quieres decir con que no están aquí? —le pregunté y los machos se giraron hacia nosotros y la observaron con la mirada entrecerrada.

—Sus compañeras no están en este plano —dijo ella, sacudiendo rápidamente la cabeza—. Ya las busqué, por supuesto. Quería ayudar.

—No me dijiste eso —argumentó Krusk, dando un paso hacia nosotros antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo y volviendo a concentrarse en el bosque—. Dijiste que podías ayudarnos.

—Oh, lo siento, creo que no lo expliqué —dijo encogiéndose de hombros, todavía rociando hierbas—. Tienen que estar a cierta distancia —continuó—. Y amplié mi poder tanto como pude, pero no están aquí. —Se tocó la barbilla, sacudiendo la cabeza—. No creo que estén en este plano. Puedo llevarlos al nuestro —agregó encogiéndose de

hombros despreocupadamente—. Si quieren. Incluso si no están allí, puedo hacer otro portal para ustedes una vez que esté allí. y podemos intentarlo de nuevo. Este tipo de magia consume enormes cantidades de energía, por lo que necesitaría recargarla.

La miraron boquiabiertos, mirándose entre sí. —¿Ir a donde vas? ¿Adonde llevas a Rok?

Ella asintió, juntó las manos y las colocó bajo su barbilla. —¡Pueden quedarse conmigo! Tengo una casa allí que me dejó mi mamá. No es muy grande—, agregó, mirándolos e inclinando la cabeza. —Pero supongo que *podemos* caber todos.

Todavía la miraban con los ojos entrecerrados cuando ella se giró hacia el círculo de hierbas y extendió las manos. Cuando sus dedos comenzaron a brillar, miré a los machos que habían vuelto la mirada hacia mí.

—Sé que es intimidante —dije encogiéndome de hombros— ir a un lugar nuevo, pero tengo un clan allí que también podría ayudarlos. Y tengo suficiente oro para cuidar de ustedes.

—Nosotros también te estamos agradecidos —dijo Krusk con voz baja y llena de gratitud antes de volverse hacia sus hermanos.—. Supongo que es algo que podemos discutir.

—Tienen que hacerlo rápido —gritó la bruja—, porque he iniciado el portal y será ahora o nunca.

Se quedaron boquiabiertos, pero el sonido de unos pasos nos hizo girarnos hacia el bosque.

—Avísanos cuando esté listo —le dije a la bruja—. Los brujos están aquí.

Ella me miró horrorizada y chilló: —Está bien—, antes de continuar con su magia.

Me dirigí a la puerta de su casa, saqué mi hacha y me enfrenté a la amenaza que se acercaba hacia nosotros. Esta mujer estaba arriesgando su vida para ayudarnos y nosotros la protegeríamos.

—Te necesito para esta parte —me llamó, extendiendo una mano brillante hacia mí. Fruncí el ceño y miré a Krusk, que asintió solemnemente mientras se agachaba en una postura defensiva, con el hacha lista.

Extendí mi mano para encontrar la suya y una descarga eléctrica impactante me atravesó cuando nos tocamos. El pulso de energía me oprimió el pecho y las imágenes de mi hermosa compañera pasaron por mi mente. Me sentí envuelto por la calidez de nuestra conexión y casi me hizo caer de rodillas.

—Oh, es hermosa —me dijo la bruja—. No te preocupes. Este vínculo es tan fuerte que ya puedo sentir que el portal se abre. Solo necesito un poco más de tiempo. —Me soltó y me alejé de ella a trompicones mientras la conexión con mi hembra se debilitaba.

Estuve tentado de agarrar su mano otra vez, para poder sentir a mi compañera nuevamente, pero me di la vuelta, preparándome para proteger a la bruja y así poder regresar con Becca.

—Soy Rok —le dije a la bruja, dándome cuenta tardíamente de que nunca me había presentado mientras me colocaba frente a ella.

—Soy Zara—, me llamó, mientras sus manos brillantes se movían formando intrincados patrones frente a ella.

Los sonidos de los pasos estaban casi sobre nosotros, así que me acerqué a la puerta. Entrecerré los ojos y mi olfato detectó a docenas de hombres que se dirigían hacia nosotros. Con el crepúsculo acercándose rápidamente, la visibilidad pronto sería un problema.

—Mierda —murmuró Krusk, sacudiendo la cabeza. Savla le hizo un gesto de asentimiento, mientras que Enka apretaba el hacha con tanta fuerza que me pregunté si dejaría una marca en la madera. —Son muchos —dijo en voz baja y preocupada.

—Y ejercen magia —añadió Enka, tragando saliva.

—Pero necesitarían tiempo para los hechizos —les dije, tratando de calmar sus preocupaciones—. En todo caso, sus armas y escudos estarán fortificados, pero el único

del que debemos preocuparnos es...— Me interrumpí cuando el movimiento entre los árboles dio paso a un hombre montado en un gran caballo, con su cabello rubio ondeando al viento. —*Él*—, gruñí, tras haber oído hablar del gran brujo a otros orcos que lo habían encontrado.

No era un luchador justo y usaba todo como arma. Fruncí el ceño y levanté un poco más el hacha mientras me preparaba para su ataque. Nos miró entrecerrando sus fríos ojos azules y con una terrible sonrisa en el rostro.

—Oh, mira —se burló desde la distancia—. Ha encontrado unos defensores asquerosos. Supongo que ustedes son los que irrumpieron en nuestra fortaleza y también robaron comida.

Sentí que Savla se estremecía a mi lado y la culpa volvió a golpear mi pecho.

Si solamente...

Interrumpí ese hilo de pensamientos y me concentré en el hombre. —Te devolveremos diez veces todo lo que te hayamos quitado si te vas ahora.

Sus cejas rubias se alzaron. Estoy seguro de que se consideraba guapo. El hombre era lo que la mayoría de las mujeres encontraban atractivo por fuera, pero la maldad fría y calculadora que impregnaba cada poro de su cuerpo me contaba una historia diferente.

Te destripará mientras mantiene esa falsa sonrisa en su rostro.

—Ya ves, lo que has *tomado*—, se burló, —es mi novia—. Esa frágil sonrisa desapareció de su rostro para revelar la expresión vacía de un monstruo debajo—. Y no perdonó a quienes me han robado.

—No soy tu novia, maldito imbécil —gritó Zara desde dentro de la cabaña y vi como la falsa sonrisa regresaba al rostro del gran brujo.

—Es muy luchadora—, nos dijo. —Me aseguraré de acabar con eso cuando la recupere.

—No pasarás por encima de nosotros —le dije, y él soltó una carcajada mientras levantaba una mano. Vi cómo empezaba a brillar.

—Cuando se los diga, salten lejos de la puerta —susurré a los demás y hubo asentimientos sutiles de todos lados. Mantuve mi mirada fija en esa mano. Cuando levantó el brazo, grité: —¡Ahora! —, justo cuando se lanzó en nuestra dirección.

Todos saltamos al mismo tiempo, esquivando la explosión. Esta golpeó la puerta de la cabaña, abriéndola de golpe y Zara gritó desde dentro.

—¿Estás bien? —, le pregunté, y ella respondió con un chillido: —Sí.

Ahora sabía exactamente cuánto tiempo le tomó a este monstruo generar su poder ofensivo. Con una sonrisa feroz, salté hacia adelante, blandiendo mi hacha. Él no se inmutó, sus hombres corrieron hacia adelante primero mientras él se burlaba en mi dirección.

—Disfrutaré arrancándote las entrañas del cuerpo, orco inmundo.

Dos espadas golpearon mi hacha al mismo tiempo y, aunque sentí el zumbido de sus refuerzos en mi brazo, supe que no eran rival para mí. Les enseñé los dientes a los dos hombres y palidecieron cuando los empujé hacia atrás. Se estrellaron contra el suelo, sosteniendo sus espadas en alto, pero con un golpe de mi hacha, les corté las cabezas a ambos. Cayeron con un ruido húmedo al suelo y ese instinto dentro de mí, el antiguo conocimiento de lo que significaba un sonido como ese, rugió de satisfacción.

Dos abajo.

Mi rostro estaba mojado de sangre mientras miraba al hombre en su caballo. A mi lado, Krusk, Savla y Enka luchaban cada uno contra un enemigo. El gran brujo miró de las cabezas caídas a mí y hubo un destello de inquietud en sus ojos antes de gritar:

—¡Mátenlos!

Enka golpeó con su hacha la armadura del hombre con el que luchaba y este cayó al suelo. Respiraba con dificultad, era el guerrero más nuevo entre nosotros. El grito de batalla de Krusk sonó mientras giraba, blandiendo su hacha con tanta fuerza que arrojó

al hombre contra un árbol cercano; el fuerte golpe hizo que las hojas cayeran alrededor de su cuerpo inconsciente.

Savla esquivaba los golpes de un brujo entusiasta. Su expresión no cambiaba, pero justo antes de que el hombre le asestara un golpe, lanzó un tajo con su cuchillo, ya que había perdido su hacha a varios metros de distancia en la pelea. La sangre brotó del costado del hombre y gritó, agarrándose la herida, con la mano temblorosa mientras sostenía su escudo en alto hacia Savla.

Tres hombres más se adelantaron, los demás consideraron nuestras posiciones y se dirigieron hacia la parte trasera del edificio.

Joder. No puedo dejar que la atrapen.

Se escuchaban cánticos espeluznantes cada vez más fuertes desde el interior de la cabaña, pero no sabía cuánto tiempo más necesitaría Zara para abrir el portal. Agarré con más fuerza el hacha, me dirigí hacia la derecha y moví la barbilla hacia la izquierda para que Krusk pudiera ver. Fue en esa dirección, dispuesto a bloquear el paso de cualquier hombre que intentara rodearnos.

Mis orejas se agitaron cuando me enfrenté a otro macho. Se oían más pasos acercándose en nuestra dirección.

Mierda. Refuerzos.

Los tres orcos me miraron, pues habían oído a los brujos acercándose. Vi la sonrisa malvada de Veron cuando él también los escuchó.

—Bueno, bueno, orco. Parece que estás a punto de ser superado en número —se rió, con un sonido retorcido y demoníaco.

Docenas más de brujos entraron en el claro, avanzando para rodearnos, y yo tragué saliva, relajé los hombros y me preparé para defendernos lo mejor que pudiera. Respiré hondo, listo para lanzar un grito de guerra cuando la luz volvió a brillar en sus manos. Sentí que me empujaban hacia la cabaña. Mi grito se convirtió en un chillido, algo que negaría si alguien lo hubiera oído.

Volaba hacia atrás, sin que nada me sujetara, con los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos. Krusk, Savla y Enka no estaban muy lejos de mí y nos estrellamos entre nosotros en la puerta, sin detenernos mientras la fuerza que nos empujaba nos arrastraba aún más rápido.

Veron gritó furioso mientras lanzaba un rayo mágico hacia nosotros. Me incliné para recibir el impacto, asegurándome de que todos estuvieran protegidos. Lo último que vi fue el horror en el rostro de Veron antes de que todo se volviera oscuridad.

Capítulo 37



Becca

—Tiene que haber alguien que pueda ayudarnos —sollocé, agarrándome el pelo con los puños mientras me sentaba en el sofá del apartamento que solía compartir con Rok. La noche anterior había sido una tortura. Dormir sin él después de enamorarme de la sensación de estar en sus brazos fue la peor experiencia de mi vida. —Lo necesito — jadeé, sacudiendo la cabeza.

Pen me rodeó con sus brazos y me acarició la espalda con la mano. —Tasia está mirando, Becks. Y nunca nos rendiremos. Él volverá a casa. Todavía no hemos encontrado el camino, pero lo *haremos* —me aseguró. Pero yo no tenía el mismo nivel de esperanza que el día anterior.

—Si él no puede venir a mí —dije, sollozando y poniéndome de pie, apretando los puños a los costados—, yo iré a verlo.

Era un plan terrible. Se me ocurrió después de que Tasia y yo visitáramos a todos los practicantes de magia de la zona. Nos recibieron con encogimientos de hombros y con las puertas cerradas en las narices.

Abrir un portal era complicado y requería *grandes* cantidades de magia. Al parecer, no cualquiera podía realizar los hechizos necesarios y casi nadie estaba dispuesto a intentarlo.

La última bruja nos había hecho un gesto para que saliéramos de su casa, cruzó los dedos en un gesto complicado antes de escupir frente a nosotros y decir: —La última bruja que abrió un portal en este plano fue secuestrada. ¡Fuera!.

Mientras me acostumbraba al rechazo, supe que aún no había probado la biblioteca. Tenía que haber un tomo mágico que pudiera llevarme hasta él. Estaba segura de ello. Solo tenía que encontrarlo.

—Es una idea *terrible* —insistió Pen, sacudiendo la cabeza y girándose para mirar a Dristan, que estaba sentado en el sillón.

Arqueó una ceja mientras pensaba. —Bueno, no es *la peor* idea —dijo arrastrando las palabras, pero Pen puso los ojos en blanco y se volvió hacia mí para tomar mis manos entre las suyas.

—No le hagas caso. Es un idiota —dijo ella, y Dristan gruñó su desacuerdo desde su asiento.

—No creo que sea una mala idea al menos investigar un poco —empezó a argumentar, cuando sentí una brisa en la habitación. Incliné la cabeza hacia un lado y miré a mi alrededor, pero no había ninguna ventana abierta.

—¿Tú...? —comencé a decir, pero me quedé boquiabierta cuando una luz arremolinada comenzó a formarse en el centro de la habitación. Una luz arremolinada que era tan similar a la forma en que Rok había aparecido la primera vez que jadeé, la esperanza me llenó hasta el borde.

Di un paso tembloroso hacia adelante y extendí la mano hacia donde podía ver que algo comenzaba a formarse. Me detuve de golpe cuando me di cuenta de que la forma era decididamente *femenina* y se movía hacia atrás, con el trasero por delante. Cuando la

forma se solidificó, vi a la mujer curvilínea salir del portal, con los brazos todavía extendidos hacia adentro.

—*Uf* —gruñó la mujer, dándose la vuelta mientras otra forma salía volando del portal y aterrizaba de espaldas junto a ella.

Un orco.

Jadeé, corrí más cerca, extendiendo el brazo solo un segundo antes de tirar de él hacia atrás nuevamente.

No era mi orco.

Otro orco aterrizó en una pila sobre el primero que había pasado. Me incliné hacia delante, con la esperanza rebosante en mi interior, pero se desvaneció de nuevo. Y luego una tercera vez, cuando un *tercer* orco aterrizó sobre los demás.

Llueven orcos, pero ninguno es el mío.

—Un... último... —dijo la mujer, con el rostro tenso mientras mantenía el portal abierto con las manos.

Un último orco atravesó el portal antes de alejarse, y el portal se cerró de golpe detrás de ella. Me quedé mirando al último orco en estado de shock.

Rok.

Con un grito, corrí hacia adelante. Estaba encima de la pila, los tres orcos debajo de él emitían sonidos de angustia, y podía entender por qué. Mi macho era *enorme*. Estaba casi a la altura de mis ojos, al estar tan alto, y ahuequé sus mejillas, pero Rok no respondió.

—Mierda —jadeó Pen—. ¡Ha vuelto!

—Y trajo amigos —añadió Dristan con voz gruñona.

—Calla —le susurró Pen, apresurándose a ayudar a la mujer mientras se levantaba, tambaleándose sobre sus pies—. Hola, déjame ayudarte a sentarte.

Mientras ella ayudaba a la chica a trasladarse a uno de los sofás, los machos que estaban debajo de Rok lo bajaron al suelo y se pusieron de pie. Miraron a su alrededor

con sorpresa en sus miradas, pero mis ojos estaban completamente concentrados en mi compañero.

—Rok, despierta, por favor —susurré, ahuecando sus mejillas. Tenía una marca de quemadura en el pecho y estaba cubierto de sangre—. ¿E-está sangrando? —jadeé, y uno de los machos sacudió la cabeza, arrodillándose a mi lado frente a Rok.

Habló en orco, con la voz temblorosa mientras le hablaba a la mujer que había traído a mi compañero a través del portal. Dristan frunció el ceño mientras traducía. —Le pidió que lo ayudara a curarlo. Los golpearon con magia antes de llegar y Rok los protegió.

La bruja asintió, con el ceño fruncido mientras se movía desde el sofá hacia nosotros, arrodillándose junto a nosotros. El orco le hizo lugar, asegurándose de que tuviera espacio para trabajar, pero incluso cuando me dije a mí misma que necesitaba moverme, no podía. Mis piernas no podían alejarse de este macho. Este macho que me había hecho una promesa de que regresaría, y lo había hecho.

Había resultado herido al proteger a otros, porque ese era el tipo de macho que era. No había forma de que sobreviviera a su pérdida. Las lágrimas se deslizaron por mi rostro mientras presionaba mi frente contra la suya.

—Sí —dijo Zara, sorprendiéndome al hablar en común y dándome palmaditas en la espalda—. Mantenlo con nosotros. Eres exactamente lo que necesita ahora mismo. Llámalo con tu vínculo. Es lo que nos trajo hasta ti en primer lugar.

No tenía idea de qué estaba hablando, pero traté de abrir todos mis sentidos, abrirme a la conexión que era casi palpable entre nosotros. Detrás de mí, cerca de su pecho, ella murmuró palabras que no entendí.

El resplandor de sus manos debería haberme asustado, pero la luz era tan cálida y relajante que hizo lo contrario. Me sentí protegida y esperanzada.

—Por favor, Rok —susurré, mientras las lágrimas caían sobre el rostro de mi macho—. Por favor, vuelve a mí.

Al principio pensé que lo había imaginado: el aleteo de sus largas y hermosas pestañas, pero jadeé y me aparté cuando abrió los ojos. Su perfección de chocolate me miraba fijamente, y el pequeño surco entre sus cejas me indicaba que podía verme.

—¿Estoy muerto? —preguntó con voz ronca y sus manos extendiéndose para acariciar mis mejillas—. ¿O estás aquí?

Solté una risa llorosa, acunando sus manos contra mi rostro. —Estoy aquí. Has vuelto a casa. Te extrañé mucho—, le dije, sin parar de llorar.

—No llores, mi Becca —susurró, mientras su gran pulgar recorría mis lágrimas y las secaba con suaves toques—. No quiero verte llorar nunca.

—Son lágrimas de felicidad —dije con hipo—. Estoy tan feliz de que estés aquí. Y a salvo.

El sonido de alguien cayendo al suelo a mi lado me sacó de nuestro reencuentro. La bruja había caído al suelo.

—Oh, no —jadeé, intentando alcanzarla, pero ella me hizo un gesto con la mano con un pequeño movimiento de sus dedos.

—Dame un minuto —dijo en voz tan baja que casi no la entendí—. Estoy recargando energías.

Miré a Pen, cuyos ojos estaban enormes mientras flotaba a su lado.

—Solo necesito dormir. —La bruja bostezó y Rok gimió mientras se sentaba, envolviéndome con sus brazos.

Perpleja, me acurruqué contra mi macho mientras la mujer se quedaba dormida, emitiendo suaves ronquidos. Miré a los otros tres machos que se habían reunido a nuestro alrededor. El más alto de ellos estaba tocando la lámpara de cristal sobre nuestras cabezas, el macho corpulento miraba por la ventana con asombro y el tercero observaba a Dristan como si fuera una amenaza. Me volví hacia Rok, con las cejas casi hasta la línea del cabello.

—Somos un equipo un poco heterogéneo—, dijo encogiéndose de hombros y haciendo una mueca de dolor. —Pero salimos de allí con vida y eso es lo que importa.

Mi expresión se transformó en una sonrisa mientras lo abrazaba fuerte, acunando mi rostro contra su cuello. —Sí, eso es lo que importa—, le dije antes de arrugar la nariz.
—Pero también estás cubierto de sangre y necesitas un baño.

Su risa áspera calmó el último rastro de preocupación que había en mi interior.

Capítulo 38



Becca

—Voy a hacer que todos se instalen en un dormitorio y luego volveré, ¿de acuerdo? —le pregunté a Rok, y él gruñó, haciendo saber su enojo con el plan. Sonreí, dejando un beso en su frente, pero giró su rostro en el último minuto, atrapando mis labios contra los suyos.

El beso era todo lo que había necesitado mientras él no estaba. Estaba lleno de pasión, calor y anhelo. No sabía lo que haría sin este macho, y nunca quisiera averiguarlo.

—No hagas nada raro ahí mientras se recupera —gritó Pen desde fuera de la puerta, golpeando sus nudillos contra la madera y Rok gruñó largo y fuerte.

Su risa me hizo sonreír y le di un último beso en los labios antes de apartarme. —Tiene razón. Tenemos que hacerte un examen antes de que te den el visto bueno para la actividad física, señor —le dije—. Además, necesitas ese baño.

Me sonrió. —¿Qué tal si vas a instalar a todos? ¿Y luego regresas y ayudas a tu pobre y herido compañero a frotarse la espalda?— El brillo en los ojos de mi *pobre y*

herido compañero, me dijo exactamente qué tipo de baño estaba esperando cuando regresara.

Y eso hizo que todo mi cuerpo se tensara de necesidad.

—Fregar espaldas es mi especialidad —le dije con un guiño antes de cerrar la puerta de nuestro dormitorio detrás de él.

Regresé a la sala de estar con el corazón lleno de amor por mi macho. Me detuve en el armario de ropa blanca y, cuando salí para ver qué estaban haciendo todos, tenía los brazos llenos de ropa de cama.

La bruja seguía durmiendo en el suelo, con los brazos abiertos y una pequeña línea de baba que le bajaba por el costado de la cara. Sonréí ante eso, frente a los tres machos que investigaban cada rincón de la habitación. De vez en cuando miraban a Dristan con sospecha, pero él, por su parte, estaba sentado en el sillón con Pen en sus brazos. Ella le susurraba, acariciando su mejilla con su nariz y su expresión rebosaba de satisfacción.

—Traje algunas mantas y almohadas extra para que duerman —dije desde detrás de la suave y esponjosa torre, y Dristan me tradujo, sin siquiera mirarlos mientras hablaba. Tiré la pila sobre el sofá y luego se las entregué a los machos, quienes las tomaron con asombro en sus ojos.

El más grande hizo una pregunta, con el ceño fruncido y una mirada cautelosa mientras nos miraba a mí y a Dristan. —Está preguntando si los vas a dejar quedarse—, tradujo Dristan.

Oh, estos machos han tenido una vida dura.

Asentí y señalé hacia la dirección por la que había venido, para que Dristan pudiera hacerles saber lo que estaba diciendo en orco. —Tenemos tres habitaciones disponibles para invitados —les dije antes de mirar a la bruja dormida—. Bueno, tal vez uno de ustedes pueda dormir en el apartamento de Rudgar, porque no estoy segura...

—Rudgar está en camino —dijo Dristan, todavía acurrucado con Pen. quien me hizo un pequeño gesto con el pulgar hacia arriba desde donde estaba sentada en su

regazo. Estaba segura de que estaba usando sus artimañas femeninas para convencer a Dristan de que esta era la única opción que teníamos.

No íbamos a dejar que el macho más gruñón del mundo pateara a esos dulces orcos en medio de la ciudad. Le sonreí a mi mejor amiga, muy agradecida por ella.

El golpe energético en la puerta me hizo respirar aliviada. Rudgar podría tener el espacio que necesitábamos para hacer lugar para uno o todos los chicos. Podía hablarles en orco y hacerles saber, con *muchas* más delicadeza que Dristan, que eran bienvenidos.

Me apresuré a abrir la puerta y le sonreí a Rudgar, cuyos ojos se entrecerraron en una especie de rendijas de sospecha ante mi expresión. —¿Qué hiciste? —preguntó, cauteloso—. Dristan dijo que Rok había regresado, pero tu mirada me dice que quieres algo.

—Eso es injusto —dije sin aliento, agarrándome el pecho y fingiendo estar dolida—. Mi compañero ha vuelto y estoy extasiada —dije con una sonrisa—. Y ahora no necesito nada.

Me sonrió de vuelta, alborotándose el pelo como el hermano en el que se había convertido. —Bueno, déjame entrar, quiero verlo.

Asentí, abrí la puerta de par en par y él entró antes de quedarse paralizado donde estaba. El diseño abierto del apartamento significaba que estaba viendo bien a los tres extraños orcos que estaban de pie en nuestra sala de estar. La cabeza de Dristan estaba inclinada hacia atrás en la silla mientras Pen acariciaba su garganta.

Él es masilla en sus manos.

Me giré para sonreírle a Rudgar mientras él miraba a los machos y luego a mí. —Tú también los ves, ¿verdad?—, preguntó en voz baja.

Solté una carcajada antes de asentir. —Sí. Ayudaron a Rok a regresar. ¡Y una bruja los trajo a través de un portal! —Estaba casi bailando donde estaba—. Pero necesitan un lugar donde quedarse y...

—Tienes habitaciones de invitados— argumentó Rudgar, mirándome con incredulidad.

—Sí —le dije asintiendo con firmeza—, y son más que bienvenidos aquí, pero son cuatro.

—Me miró y luego a los tres orcos que estaban en la sala de estar, observándolo con sospecha, de la misma manera que habían estado mirando a Dristan antes—. Y solo tres habitaciones.

—Veo tres —dijo, señalando a cada uno de ellos como si yo estuviera loca.

—Y la *bruja* —dije, señalando el suelo, donde se podía ver el cabello de la bruja sobresaliendo detrás de la mesa de café.

—Oh —dijo él asintiendo, antes de que sus movimientos se ralentizaran y mirara con los ojos entrecerrados en dirección a ella. Levantó la cara, inhaló profundamente y luego bajó la cabeza de golpe para mirarla de nuevo.

Observé cómo daba un paso vacilante hacia ella, pero los tres machos se adelantaron, bloqueando la mirada de Rudgar. Mis ojos se abrieron con sorpresa cuando el macho, normalmente tranquilo y relajado, levantó el labio en un gruñido de agresividad.

Los machos reaccionaron al unísono, se agacharon y emitieron gruñidos de advertencia. Agarré el brazo de Rudgar cuando él también comenzó a agacharse; el enfoque agresivo en su mirada me decía que el macho con el que estaba familiarizada estaba haciendo una pausa y su lado instintivo primario estaba saliendo a la luz.

—Rud —le advertí, agarrándole el antebrazo con fuerza. Su gruñido fue disminuyendo hasta que pudo sacudir la cabeza y esperé que estuviera saliendo del trance en el que se encontraba—. ¿Estás bien?

Fue entonces cuando la bruja se sentó, haciéndome jadear de sorpresa ante el repentino movimiento.

—Me gustaría irme a la cama ahora—, dijo, girándose para mirarme antes de mirar a Rudgar. Sus ojos se abrieron con admiración mientras su mirada recorría su cuerpo de pies a cabeza. —Bueno, *hola*, belleza—, jadeó, presionando su mano contra su pecho antes de desplomarse nuevamente en el suelo, desmayándose nuevamente y reanudando sus ronquidos.

Todos la miramos, desconcertados, antes de que me aclarara la garganta y extendiera mi mano hacia Rudgar. —*Rudgar*—, dije, antes de presionar una mano sobre mi pecho. —*Becca*—, añadí, y luego extendí mis manos hacia ellos.

—Krusk —dijo el macho más grande, golpeándose el pecho con el puño e inclinando la cabeza.

—Savla —dijo el macho a su derecha y luego el último orco se golpeó el pecho, y me estremecí al ver cómo el sonido del golpe resonó en toda la habitación antes de que inclinara la cabeza.

—Enka—, me dijo.

Sonriéndoles, me volví hacia Rudgar. —¿Puedes decirles que son bienvenidos a quedarse aquí, pero que tendremos que encontrar una habitación adicional para su amiga bruja? —Entrecerré los ojos, lo empujé en el pecho y me estremecí al lastimarme el dedo—. Y no *los amenaces* mientras lo haces.

Exhaló un suspiro de fastidio antes de volverse hacia los machos y hablarles en orco. Seguían mirándolo con recelo, pero asintieron con la cabeza.

—Y ella vendrá conmigo —me dijo Rudgar, señalando hacia el lugar donde la bruja estaba desmayada en el suelo otra vez—. Aquí no hay suficiente espacio —se defendió cuando le lancé una mirada acusadora.

—¿No crees que se sentiría más cómoda si hubiera otra mujer cerca? ¿Y si necesita algo que no quiere pedirte? —le pregunté, pero él se encogió de hombros y se frotó la nuca con la palma de la mano.

No estaba acostumbrada a que Rudgar fuera tímido. Las piezas del rompecabezas en mi mente encajaron y una sonrisa de satisfacción se dibujó en mi rostro.

—*Ohhhh* —le di un golpecito en el costado con uno de mis dedos *sanos*— . Ya veo, te *gusta* —canturreé con mi voz más infantil.

—Ni siquiera la conozco —se quejó Rudgar, pero noté que no podía apartar la mirada de ella.

—*Mmm, mmm* —murmuré, volviéndome para mirar a los machos. —Buena suerte sacándola de aquí —le dije, observando la forma en que la habían rodeado y cruzado sus fornidos brazos sobre el pecho.

—¿No puedes llevar a uno de los chicos contigo esta noche? —pregunté, susurrando con la comisura de la boca.

—No —insistió, y su obstinada respuesta me hizo poner los ojos en blanco—. Ella. Quiero que se quede conmigo.

—Está bien —suspiré, poniendo los ojos en blanco antes de caminar y arrodillarme junto a la bruja.

Los machos que la vigilaban no sabían qué hacer, así que se dispersaron cuando me acerqué. Después de todo, yo no era una amenaza para ella a sus ojos. Volvieron a mirar a Rudgar con enojo y cerraron filas a nuestro alrededor.

—Oye —le susurré a la bruja y ella me dio una palmada en la cara mientras intentaba apartarme. Le agarré la mano antes de que pudiera hacerme daño y le di un golpecito en la nariz.

Se sentó de nuevo, parpadeando lentamente y somnolienta. —Oye—, respondió con un gran bostezo. —Lo siento, necesito recuperarme. Usé mucha magia.

La gratitud por esta mujer era algo vivo dentro de mí y miré a Rudgar, que parecía estar en ascuas mientras esperaba. —Tengo un amigo que vive al otro lado del pasillo— , dije y ella me interrumpió, mirando de Rudgar a mí, antes de mover los dedos hacia él.

—¿El chico sexy con el traje? —preguntó, reprimiendo otro bostezo mientras Rudgar se congelaba, mirando detrás de sus hombros por un momento antes de devolverle el saludo con torpeza.

—Sí, ése. Tiene un dormitorio adicional, si lo quieres—. Le dije: —Tengo suficientes habitaciones para Krusk, Savla y Enka, pero eso te dejaría en el sofá. O uno de ellos podría dormir...

—No cabrían en tu sofá, no te ofendas —dijo, bostezando de nuevo—. Me quedaré con el guapo, no te preocupes.

—Su nombre es Rudgar —le dije.

—*Hottie McHotpants*³, lo tengo —dijo arrastrando las palabras, poniéndose de pie y tambaleándose sobre sus piernas antes de hablar con una extraña voz llena de eco a los tres machos. Les dio unas palmaditas en los hombros mientras se tambaleaba hacia Rudgar.

Él la miraba fijamente, fascinado y perplejo. Ella levantó los brazos hacia él y le ordenó: —¡*Uppies!*!⁴

Sus cejas se alzaron y me miró, pero yo me encogí de hombros, sin perder de vista a los tres orcos que la observaban con el ceño fruncido por la preocupación. Volvió a mirar a la mujer y su expresión se suavizó mientras hacía lo que le ordenaban, tomándola en sus brazos y acunándola contra su fuerte pecho.

Los ronquidos comenzaron de inmediato y la sonrisa de Rudgar era íntima mientras se giraba con ella, encaminándose hacia la puerta sin siquiera molestarse en despedirse. Señalé las mantas y almohadas que habían caído al suelo y los machos saltaron como uno solo para agarrar las suyas, dándome miradas de disculpa.

Son los más adorables. Nos los quedamos.

³ Sexy McPantalones Calientes

⁴ ¡Arriba!, ¡Upa!

Les sonreí, me di la vuelta y los llevé a las habitaciones adicionales. Señalé a cada uno de ellos y luego les indiqué la habitación en la que se alojarían. Entraron sin prisa y, al ver que no regresaban al cabo de unos minutos, decidí que Rok les haría una visita guiada a la mañana siguiente.

Por ahora, voy a ir a frotarle la espalda a mi compañero.

Capítulo 39



Rok

Siseé mientras el agua caía sobre los cortes que aún se estaban curando en mi cuerpo, y usé jabón para restregarlos. Estaría curado por la mañana, pero por ahora el dolor punzante era molesto.

Debería haber salido a ayudar a nuestros nuevos huéspedes, pero la idea de que mi hembra regresara a mí, me mantuvo donde estaba. Quería saborear cada centímetro de ella, renovar nuestros aromas fusionados en nuestros cuerpos.

El sonido de la puerta del baño al abrirse me hizo sonreír, el aroma de mi compañera inundó el espacio y el roce de su ropa me indicó que mi deseo se cumpliría antes de lo que esperaba.

—¿Ya los acomodaste? —le pregunté mientras ella se acercaba a mi espalda y dejaba besos en mi piel.

—Creo que a Rudgar le gusta la bruja —me dijo y yo arqueé una ceja, mirándola por encima del hombro.

—¿Zara? —pregunté y ella se encogió de hombros con una sonrisa traviesa.

—Supongo. La única bruja de la habitación —dijo riéndose—. Y Rudgar casi ataca a tus amigos por ella.

Sonréí entre dientes mientras me giraba para rodearla con mis brazos, adorando la sensación de su pequeño y exuberante cuerpo contra el mío. —Bien, tal vez fue bueno que me enviaran de regreso en ese momento—, le susurré, y ella frunció el ceño mientras me miraba. —Si no hubiera regresado, ella seguiría atrapada allí, siendo utilizada como receptáculo para la semilla del gran brujo—, le expliqué, y ella dio un grito ahogado, con una expresión de horror en el rostro.

—Qué asco —dijo, arrugando la nariz y sacudiendo la cabeza—. ¡Es terrible!

—Eso ni siquiera es lo peor —dije con un suspiro—. Krusk, Savla y Enka habrían ido a rescatarla. Si hubieran tenido éxito, habrían estado huyendo por el resto de sus vidas. O —escudriñé su mirada, preguntándome cuánta verdad podría soportar mi hembra, decidí contar todo—, los habrían atrapado, los habrían matado y ella habría sido secuestrada de todos modos.

Ella se estremeció contra mí, acurrucándose más cerca para consolarme. —Eso es terrible—, murmuró contra mi piel y asentí.

—A veces nos pasan cosas terribles para que podamos tener la oportunidad de ayudar a otros que lo necesitan—, susurré.

Suspiró, apoyó la barbilla en mi pecho y me miró. —Te amo—, me dijo y yo tomé sus palabras como un golpe en el pecho. No pude reaccionar, pero ella no me dejó, y continuó: —Y desearía no tener que estar sin ti ni un segundo, pero puedo admitir que, como eso ayudó a otras cuatro personas, no fue tan malo.

Me apretó tan fuerte como pudo y cerró los ojos. Las gotas de agua brillaron con la luz al quedar atrapadas en sus pestañas. —Yo también te amo—, le dije y ella jadeó, frunciendo el ceño y manteniendo los ojos cerrados.

Pasé mis dedos húmedos por su preciosa mejilla y sus ojos parpadearon y se abrieron con lágrimas. —Para ellos eres un héroe—, me dijo, —pero siempre serás mi héroe primero.

Sus palabras hicieron que mi pecho se hinchara de orgullo y bajé la cabeza para besarla. Me perdí en el gusto de mi hembra durante un largo momento antes de que ella se apartara para recoger su espeso cabello. Me hizo un gesto para que bajara la cabeza, tenía preparada una segunda cinta para el pelo y le sonréí, siguiendo sus instrucciones. Una vez que mi cabello ya húmedo estuvo atado, me acurruqué contra su garganta, pasando mis colmillos sobre su piel.

—Rok —susurró, rodeando mis hombros con sus manos mientras yo pasaba mis manos por sus costados, acariciando su piel húmeda.

—Te extrañé mucho, mi Becca —dije con voz ronca y llena de emoción.

—Yo también te extrañé —me dijo, tirando de mis colmillos, usándolos para llevarme de vuelta a su boca. El movimiento me encendió. La probé profundamente, hundiendo mi lengua entre sus labios. Ella gimió, enterrando sus dedos en mi cabello.

—Te necesito —me dijo, y en un momento la tuve en mis brazos, ya en camino a nuestra cama—. ¡Toallas! —se rió, y yo hice un pequeño desvío, agachándome para que pudiera agarrar dos.

Cuando llegamos al dormitorio, me pasó la tela suave por encima, acariciándome con ella y mi cuerpo se llenó de lujuria. Esta hembra iba a ser mía.

La marca de apareamiento era una de las formas más importantes de decirle a los demás machos que *se fueran a la mierda*. Había estado posponiendo la marca final entre el cuello y el hombro, la que los demás machos podrían ver a kilómetros de distancia, en caso de que mi olor en ella no fuera indicación suficiente de que estaba comprometida. Solo le había hecho marcas de mordiscos de amor, pero después de separarnos, supe que esto era algo que teníamos que discutir.

—Déjame marcarte, mi Becca —dije, y ella inclinó un poco la cabeza, lamiéndose los labios mientras pasaba el paño más abajo, secando mi cuerpo. Sonreí, la satisfacción latía dentro de mí porque mi hembra estaba tan distraída con mi forma. Era un buen augurio para cómo iría esta conversación.

—¿Marcarme? —preguntó, deslizando la toalla por mis abdominales hasta tocar la parte superior de mi pene, haciéndome quedar sin aliento.

—Sí —murmuré, enterrando mi cara contra su cabello húmedo. —Llevar mi marca permanente. Déjame hacerte mía—, no tenía intención de decir las palabras en tono suplicante, pero cuando dejó caer la toalla para tomar mi pene entre sus manos, así sonaron.

—Mmm —usó mi pene para guiarme hacia la cama hasta que pudo sentarse, abriendo sus piernas para hacerme espacio.

La miré fijamente, con los ojos llenos de lujuria, y perdí el hilo de mis pensamientos. Solo cuando giró la cabeza hacia un lado, pasando mi pene por su mejilla y dejando al descubierto su cuello, recordé lo que estaba tratando de decir.

Me agaché y le aparté las manos, y ella hizo pucheros. Sentí placer al pensar que mi hembra deseaba tanto mi pene que no podía concentrarse en nuestra conversación.

—Quiero marcarte —le expliqué, pasando el pulgar por la suave piel de su cuello que estaba al descubierto. —Aquí. Dime que puedo hacerlo—. Era más una exigencia que una petición, pero el celo que había estado evitando durante semanas me estaba golpeando como un tren de carga.

Tenía que contenerme, sobre todo si decía que no, pero mi cerebro me decía que esto era lo que ella quería. Era el siguiente paso en nuestro apareamiento y sé que disfrutaría cada segundo.

Me concentré en ella, esforzándome por ignorar los susurros ilícitos de mi cerebro. —¿Becca? —pregunté, usando la toalla que todavía sostenía en una mano para pasarla

por sus hombros y espalda. Luego por sus deliciosos pechos, emitiendo un gemido bajo ante sus sensibles y fruncidos pezones.

—¿Una marca como la de Pen? —preguntó, con voz curiosa y sin una pizca de censura. Mi bestia interior celebró con un puñetazo mientras yo exhalaba un suspiro de alivio al saber que la mejor amiga de mi hembra también estaba emparejada con un orco.

Liberé su cabello de los confines de la cinta para que cayera sobre su espalda, mi mirada se oscureció cuando la suave seda la envolvió.

—Similar a la de Pen —le dije, pasando mis dedos por su cabello—. Pero será nuestra. Cada marca de apareamiento es diferente. Única. Muestra a quién perteneces.

—Vi que arqueaba las cejas en señal de interrogación y me apresuré a añadir: —y quién te pertenece.

Ella asintió con satisfacción y yo le sonréí. —¿Te gusta pensar que te perteneceré, mi Becca?

—Pensé que ya lo habías hecho —se humedeció los labios y yo me derretí en sus manos cuando volvió a tirarme hacia delante por el pene. Iba a ir a *cualquier lugar* al que me llevara esta hembra, pero especialmente cuando me dirigía hacia su boca.

Jadeé cuando ella apuntó mi pene hacia mi ombligo, pasando la lengua por la parte inferior. Puse los ojos en blanco y pasé los dedos suavemente por su cuero cabelludo, masajeándolo en señal de gratitud.

—Quiero que me marques —me dijo antes de continuar la incursión de su lengua a lo largo del eje de mi pene, sumergiendo su lengua en mi raja y haciéndome gritar.

Sus pequeñas manos apenas podían rodearme, pero se las arregló, usando ambas para envolverme y tirar hacia atrás hasta que el prepucio fue retirado, dejando al descubierto la sensible cabeza.

—Mierda —jadeé mientras ella lo succionaba en su boca, mis rodillas temblaban bajo la embestida del placer—. Tu boca es mágica.

Soltó una risita que me hizo vibrar la columna y me dio vueltas la cabeza. No creía que fuera a sobrevivir a esto. El tiempo que había pasado lejos de ella había sido insopportable. Pero cada segundo que me tocaba llenaba el vacío hasta que rebosaba de ella.

Becca chupó con más fuerza y yo grité, empujando mis caderas impotente contra su boca. Ella se atragantó por un momento, lanzándome una mirada silenciosa y yo me quedé quieto de inmediato.

—Lo siento —le dije de inmediato, con el arrepentimiento filtrándose en mis palabras. No quería hacerle daño, pero ella me estaba haciendo perder la cabeza.

—Quédate quieto —me dijo mientras se apartaba, rozando mi pene contra su mejilla de nuevo, y me maravillé de lo pequeña que era en comparación conmigo. Era un milagro que su pequeño cuerpo pudiera contenerme, pero cuando lo hizo, solté un gemido de anticipación incluso cuando me rozó el prepucio con su lengua caliente, haciéndome perder la cabeza, fue perfecto.

Me costó seguir sus instrucciones, mis dedos en su cabello eran lo único que me mantenía cuerdo. Me estaban anclando, pero me preocupaba estar sujetándola con demasiada fuerza. Sin embargo, mis temores eran infundados, ya que mi hembra comenzó a chuparme con entusiasmo. Mi cabeza cayó hacia atrás sobre mi cuello mientras ella retorcía sus manos, masturbando mi pene, que ya estaba resbaladizo por su saliva, mientras chupaba la punta como si fuera la vocación de su vida.

Joder.

Estaba casi seguro de que me iba a correr en su boca. Intenté apartarla, pero mi hembra no lo permitió. Aun así, quería estar dentro de ella la próxima vez que me corriera. Apretando los dientes, clavé mis garras en el dorso de mi mano para estabilizarme y contenerme.

Funcionó, pero solo un poco, y me permitió relajarme durante unos segundos, mientras yo jadeaba y ella levantaba mi pene. Mis muslos temblaban cuando ella los

palmeó, obligándome a separarlos para que pudiera acceder a mi tenso escroto. Estaba lleno de semen para ella y yo gemí cuando lo chupó, con su lengua girando y haciéndome perder el control. Me sacudí mientras continuaba su asalto, chupando mi escroto mientras sus manos trabajaban mi pene hasta que vi estrellas.

No voy a durar.

Mis piernas se movieron hacia atrás contra mi voluntad, obligándola a soltarme, y la expresión de descontento en su rostro fue una recompensa en sí misma.

—¿Te encanta mi pene, mi Becca? —le pregunté con voz tan ronca que apenas podía entenderme a mí mismo. Pero a ella sí le encantaba.

—Me encanta —ronroneó, y yo gruñí por lo bajo, agachándome para levantarla por el trasero y arrojarla hacia atrás sobre la cama.

Ella gritó, sus piernas se abrieron para equilibrarse y yo aproveché, moviéndome sobre la cama y acomodando mis hombros entre ellas antes de que pudiera detenerme.

—Ahora me toca a mí —gruñí, y ella se sacudió cuando pasé mi lengua por su dulce y deliciosa vulva. Gemí, rodando mi cara en su perfección empapada. Extendí su aroma y sus jugos por mi cara, disfrutando de ella, mi bajo gemido de apreciación sonó en el silencio de la habitación—. Voy a comerte hasta que me suplique que pare —ronroneé contra ella, pasando mi lengua por sus pliegues hasta que se arqueó contra mi cara.

—Rok —jadeó y nunca había oído un sonido más dulce en mi vida que mi nombre en su lengua—. Por favor.

Una sonrisa salvaje se dibujó en mis labios al oír esa palabra. Mi hembra siempre había sido hermosa, pero cuando me lo suplicaba, con la cabeza echada hacia atrás y el cuello descubierto, con la agonía placentera escrita en sus rasgos, resplandecía. Una diosa que se había dignado honrarme con su presencia.

Y como cualquier adorador entusiasta, no iba a desperdiciar mi oportunidad. Ella gimió, arqueando sus caderas hacia mí. Suavicé la fricción de mi lengua, prolongando

su placer y provocándola con suaves movimientos en lugar de hacerlo de la manera que sabía que ella quería.

Ella quiere que la joda con mi lengua.

Su grito mientras levantaba sus caderas, rogando por más presión, más placer, hizo que mis labios se curvaran.

—Mi compañera codiciosa —ronroneé—. ¿Quieres correr?

Asintió, sus dedos apretados en mi cabello, sujetándome contra ella y guiándome hacia abajo. Una risa baja salió de mis labios antes de que endureciera mi lengua, empujándola dentro suyo. Sus piernas se envolvieron alrededor de mi cabeza y las apretó hasta que lo único que pude ver, oler, saborear, escuchar o sentir fue a ella. Sus gritos eran música para mis oídos, y sabía que si tenía que morir en ese momento, podría hacerlo como un orco feliz.

La jodí con mi lengua y ella se estremeció antes de que todo su cuerpo se pusiera rígido debajo de mí. Enrosqué mis dedos hasta que pude alcanzar su clítoris y eso fue todo lo que mi hembra necesitó para correrse gritando al techo.

Seguí con los movimientos, haciendo rodar las caderas contra la cama para aliviar el dolor incansable de mi pene mientras mi compañera se deshacía en mis brazos. Durante un largo rato, ella se estremeció debajo mío, sus deliciosos muslos temblando alrededor de mi cabeza y sus pies clavándose en mis hombros. Mi pene latía con fuerza y me estremecí.

Cuando se relajó, sus piernas se desplomaron y todo su cuerpo se aflojó. Sonréí y me arrastré por su cuerpo mientras ella me dedicaba una sonrisa perezosa. —Quiero hacerte correr dos veces más, pero tengo que estar dentro de ti o perderé la cabeza—, le dije mientras la besaba.

Ella gimió contra mis labios, devorándome mientras su cuerpo suave y relajado me hacía espacio. Me abrazó fuerte, sus grandes y hermosos senos presionados contra mi pecho y sus piernas rodeando mi cintura. Era como volver a casa.

Mi compañera. Mi todo.

La cabeza de mi pene presionó contra su sexo como si él también hubiera estado esperando reunirse.

—Intentaré ser gentil, mi Becca —le dije, pero ella gimió en lo más bajo de su garganta, sacudiendo la cabeza.

—Ahora —jadeó, balanceándose contra mi pene hasta que mis ojos se cruzaron. —Duro.

Gemí, empujándome dentro de ella, y su estrecho sexo me apretó, estrangulando cada centímetro de mí que entraba. Mi gemido era bajo y fuerte mientras presionaba más profundamente, perdiendo la visión durante un minuto completo mientras mecía mis caderas, abriéndome paso dentro de ella.

—Dioses, compañera mía —gruñí—, me quitarás mi semilla antes de que esté listo.

Quería oír su risa satisfecha durante el resto de mi vida. —Entra en mí—, ronroneó, pasando la lengua por la carcasa de mi oreja, haciéndome dar cuenta de que cualquier parte de mi cuerpo era erógena bajo la hábil lengua de mi hembra. —Te deseo.

Luchando por recuperar algo de compostura, me retiré unos centímetros antes de que el dulce llamado de sirena de su vulva me hiciera empujar hacia adentro. Ambos gemimos mientras la empujé unos centímetros hacia arriba en la cama.

—Mierda —gritó, arañando mi espalda con las uñas—. Por favor, por favor —gimió y con una última embestida llegué hasta el fondo de su interior. El gemido que dejó escapar en ese momento mientras sus dedos de los pies se enroscaban sobre mis pantorrillas era algo que quería oír todas las noches por el resto de mi vida.

Una embestida más, nuestros cuerpos moviéndose en sincronía, hechos el uno para el otro, fue todo lo que hizo falta para que Becca gritara y su cabeza cayera de golpe contra la almohada. Sus manos me soltaron, golpeando las mantas a ambos lados de ella con tanta fuerza que me sobresalté.

Pero el llamado de su dulce y apretado sexo era demasiado. Me rogaba por mi semilla y yo estaba decidido, y más que dispuesto, a dársela. Enterrado dentro de ella, acerqué mi cara a su cuello, alineando mi mordida con la marca que se desvanecía en su piel antes de mostrar mis colmillos.

Al morderla, la satisfacción de nuestro vínculo se arremolinó a través de mí y se estrelló contra la parte posterior de mi cabeza junto con el apretón masajeador de su vagina.

Me corrí rugiendo contra su piel, embistiéndola en la cama hasta que esta se estrelló contra la pared con ruidos fuertes y discordantes. Pesadas y largas corridas se vaciaron dentro de ella y la llenaron hasta el borde, inundándola hasta que empezó a gotear sobre las sábanas que teníamos debajo. Sus gritos se intensificaron cuando volvió a correrse, tensándose por última vez antes de quedar como un charco de miembros flácidos debajo de mí, con las piernas cayéndose a mi alrededor hasta quedar como un desastre esparcido de semen.

Lamí mi mordisco, removiendo mi pene dentro de ella y gimió, sus dedos apretándose contra mis costados. No pasó mucho tiempo antes de que su respiración cambiara y mi hembra se desmayara debajo mío.

Me tomé mi tiempo, alejándome de ella y separando nuestros cuerpos poco a poco para asegurarme de que no se despertara. Sonréí. Me quedé mirando el desastre que había hecho con su vulva. Usé mis dedos para empujar más de mi semen dentro de ella. Se retorció, y yo estaba demasiado preocupado por despertarla como para seguir haciéndolo. Me fui al baño, limpié mi pene y luego me acerqué a mi hembra con una toallita húmeda.

Me acomodé entre sus piernas, incapaz de evitar sonreír mientras la limpiaba con suaves pasadas del paño. Dio un suspiro de felicidad, manteniendo las piernas abiertas para mí. Le metí un poco más de mi semen y recé con esperanza para que mi semilla prendiera y pronto estuviera embarazada de mi cría.

Pasé mis colmillos por su suave piel y le bajé las piernas antes de tumbarme a su lado. Ella se acurrucó contra mí, acariciando con la nariz la piel de mi pecho, y yo enrollé mi cuerpo alrededor del suyo. Por fin me estaba haciendo a la idea de que realmente había vuelto con mi hembra. Envié otra plegaria, esta vez llena de gratitud.

Capítulo 40



Becca

Me levanté de golpe, despertándome sobresaltada, con el pánico apoderándose de mí y dolor en el pecho. Respiraba entrecortadamente mientras una enorme palma me recorría la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó Rok con voz ronca y me giré para verlo, con las palmas de mis manos en su pecho, mientras me estabilizaba.

—Estás aquí —susurré, las lágrimas corrían por mis mejillas mientras el alivio me invadía. Sus ojos se volvieron suaves y dulces, y asintió, acercándose a él.

—Estoy aquí, mi Becca. Siempre estaré contigo. Aunque me vea obligado a dejarte, encontraré el camino de regreso —me dijo, en voz baja y llena de recuerdos dolorosos.

—Lo sé —le dije, tranquilizada por su presencia mientras los recuerdos de la pesadilla, donde había desaparecido en ese portal, se desvanecían en el fondo de mi mente. —Te amo.

—Yo también te amo —murmuró, dándome besos en la parte superior de la cabeza.

El ruido de algo cayendo hizo que ambos levantáramos la cabeza y nos volviéramos hacia la puerta.

—Mierda —suspiró. —Olvidé que esos tres ya estarían despiertos. Aquí lleva tiempo acostumbrarse al cambio de horario.

—Es un milagro que no nos hayan despertado ya —me reí y él soltó un gruñido bajo.

—Saben que no es bueno despertar a un macho que se ha reunido con su pareja —me dijo y le di un suave beso en los labios antes de ponerme de pie.

—Iré a ayudarlos a preparar el desayuno juntos —dije, y él negó con la cabeza, tirándome de nuevo hacia la cama. Caí riendo, acariciándole la mejilla y admirando su precioso y apuesto rostro.

—Los ayudaré —murmuró con un profundo suspiro—. Pero primero, quiero darte algo—. Fruncí el ceño cuando se inclinó y rebuscó en su morral, que habíamos dejado al costado de la cama, con la prisa que tenía por examinar todas sus heridas. Levantó algo en sus manos y parpadeé al ver los pesados aretes de oro que me mostraba.

—Me has dado suficiente oro —le dije, dándole un beso en la mejilla; mi corazón se derritió ante su consideración, pero él negó con la cabeza y su mirada era seria.

—Son para ti. Mi amu me los dejó para mi compañera y los tomé antes de volver a casa —susurró.

Di un respingo de sorpresa, porque me dolía el corazón por mi compañero. Me estaba confiando una reliquia de su amada madre. Tenía la garganta obstruida por la emoción, pero asentí, tomándolos en mis manos y dándole un beso en los labios. —Gracias —dije, esforzándome por no sonar como si estuviera sollozando, aunque estaba cerca.

—Te habría adorado —me dijo, inclinándose la barbilla hacia atrás para poder besarme los labios—. Tu fuerza y tu valentía. Eres todo lo que ella siempre quiso para mí en una pareja.

No pude contener las lágrimas y apreté mi rostro contra su pecho por un largo momento mientras mis hombros temblaban. Pasó su gran palma arriba y abajo por mi espalda, su rostro enterrado en mi cabello, y supe que él también había derramado algunas lágrimas.

—Los mantendré a salvo y protegidos —le dije, apretándolos contra mi corazón. Me sonrió y me acarició la mejilla con un gran dedo antes de enderezarse.

—Quédate aquí e intenta dormir un poco más. Yo me encargaré de esos tres —dijo, señalando con la cabeza la puerta donde se oyó *otro* estruendo.

Agradecida por él, lo observé mientras se levantaba de la cama y caminaba hacia el armario. Admiré su trasero desnudo y musculoso, le lancé un silbido rápido y lo hice reír antes de ponerse los pantalones con cordón que habíamos encontrado y que le quedaban tan bien.

Cuando salió por la puerta, cerrándola con un suave *clic* detrás de él, caí de espaldas en la cama, acurrucándome en el lugar cálido que había dejado atrás. Rodeada por su calor y su aroma, sentí que mis párpados se cerraban mientras me aferraba a los aretes como a un salvavidas.



Despertarme por segunda vez fue mucho más placentero que antes. Las mantas estaban más frescas ahora sin Rok, un horno viviente que me mantenía caliente, pero aún conservaban su aroma. Me incorporé y me froté los ojos con las manos antes de dirigirme directamente a la caja fuerte de nuestro armario para guardar el preciado oro de su madre. Estaba radiante mientras entré al baño para ducharme.

No podía oír ningún sonido más allá de la puerta del dormitorio, así que me pregunté cómo había ocupado Rok el tiempo de los machos. Cuando estuve lista, salí y me dirigí a la sala de estar.

Allí encontré a tres orcos gigantes sentados en el suelo frente al televisor, mirando las imágenes mientras Rok estaba sentado en el sofá con la palma de la mano presionada contra su cara. Levantó la cabeza de golpe cuando entré y la frustración que había sentido antes fue reemplazada por una sonrisa.

Se puso de pie y avanzó hacia mí con ese paso elegante y depredador que me encantaba. —Traté de que no rompieran nada, pero dos cuencos están destrozados y le pedí a Rudgar que me consiguiera la poción de traducción que me funcionó a mí.

Asentí y noté que los tres machos nos miraban. Les sonreí y ellos se dieron un puñetazo en el pecho a modo de saludo. Hice una mueca, todavía no me había acostumbrado al saludo, pero Rok me distrajo con un beso.

Me perdí en él por un largo momento antes de darme cuenta de que nuestro pequeño público no había desviado la mirada. Nos miraban con gran interés y sentí que el calor me subía a las mejillas cuando me aparté de los brazos de Rok.

Frunció el ceño, se volvió hacia ellos y puso los ojos en blanco antes de gritarle algunas palabras en orco. Volvieron a fijar la mirada en el televisor y Rok se burló, tomándome en brazos. Grité, pero reí mientras me llevaba a la cocina y me sentaba en la isla.

—Te preparé el desayuno —dijo, acariciando mi mejilla con sus garras recién limadas—. Pero primero quería hablar sobre cómo vamos a vivir.

Asentí, envolví mis brazos alrededor de su cuello y le presté toda mi atención.

—Esos machos son unos que conozco desde hace años—, me dijo con voz seria. —Y si puedo, me gustaría que se quedaran con nosotros hasta que se establezcan y puedan encontrar su propio lugar.

—¿Como un clan? —pregunté, y él me miró a la cara durante un largo momento antes de asentir. —Está bien —dije encogiéndome de hombros y él se quedó paralizado antes de fruncir el ceño.

—¿Está bien? —confirmó y le sonreí, acercándolo más para darle un beso.

—Claro, está bien. ¿Pensabas que los iba a echar? —pregunté, mirándolo ofendida.

—No soy una desalmada.

—Lo sé —dijo sonriendo, poniéndose entre mis piernas. Miré de reojo a los machos que estaban en el suelo de la sala de estar, pero todavía estaban ocupados con la televisión, hablando entre ellos. Ayudó el hecho de que no entendían lo que decíamos.

—Simplemente no quería que pensaras que estaba tomando esta decisión sin consultarte.

—Quiero un clan —le dije encogiéndome de hombros, presionando mi cara contra su garganta y respirándolo—. Quiero una familia, y si estos machos fueron tu familia y te protegieron mientras estabas lejos de mí, entonces sería un honor para mí tenerlos.

El golpe de la puerta al abrirse nos hizo girarnos hacia ella. Pen entró apresuradamente, con bolsas y ropa de cama en sus brazos. Sonrió al ver dónde estábamos en la cocina antes de dejar las bolsas en el sofá y dirigirse hacia nosotros.

—Oye —dijo con voz entrecortada, señalando hacia donde los tres machos la miraban con curiosidad, —esas cosas son pesadas. Las traje para ver si les caben a los chicos. Son algunas de las cosas de Dristan y otras que pedí anoche.

—Eres una adicta a las compras —me reí y me incliné para darle un beso en la mejilla—. Gracias. Le estaba diciendo a Rok que son más que bienvenidos a quedarse aquí con nosotros.

—Claro —dijo Pen con el ceño fruncido—, pero también tenemos otros apartamentos disponibles en el edificio. Pueden quedarse en uno por ahora —añadió antes de que una sonrisa traviesa se apoderara de su rostro—. Al menos hasta que encuentren a sus compañeras. Es casi como si los orcos cayeran como moscas estos días.

—Tenía la lengua en la mejilla mientras le sonreía a Rok, pero él se rió entre dientes, acercándose más hasta que estuve envuelta a su alrededor.

—Fuiste quien empezó todo con Dristan —le dijo con un guiño—, entonces no estoy más que agradecido.

Ella le sonrió y le dio una palmada en el hombro. —Muy bien, dulce conversador. Sabía que ibas a ser un buen cuñado.

La puerta se abrió de golpe de nuevo y Dristan entró tambaleándose bajo el peso de docenas de bolsas más de las que llevaba Pen. Arqueó una ceja al ver que los machos volvían a manipular el televisor, puso los ojos en blanco y dejó caer las bolsas encima de las que había traído Pen.

Gravitó hacia su compañera de inmediato, atrayéndola hacia él para que estuvieran acurrucados cerca con sus manos sobre su estómago.

—Aww, qué dulce —dijo. Luego miré a Pen—. ¿Sabes lo que tenemos que hacer?

Ella sonrió. —Vamos a ir de compras tan pronto como podamos.

Los ojos de Dristan se abrieron de par en par con horror y señaló las numerosas bolsas que había en el sofá. — *Terminamos* de comprar...

—Para ellos —le dije encogiéndome de hombros—. No para el bebé.

—Gracias a los dioses que no tenemos que involucrarnos—, le dijo a Rok con un suspiro de alivio.

—Oh, los dos van —les informé, con una sonrisa maliciosa en el rostro—. Durante horas ... Y les va a gustar.

Rok soltó una carcajada, se puso detrás de mí y deslizó una palma sobre mi estómago. Lo miré y una sonrisa ya se extendía por mis labios. —Y pronto esperamos tener un segundo milagro por el que ir de compras.

—Podrían ser mejores amigos —murmuró Pen, con lágrimas en los ojos otra vez. Dristan la abrazó contra él y sus ojos desconcertados se posaron en los míos. Me encogí de hombros y mis ojos se llenaron de lágrimas de alegría.

Rok se volvió hacia mí, me hizo callar y trató de detenerlas, pero no pude evitarlo. Cada vez que leía sobre un final feliz en un libro, nunca pensé que me sucedería a mí. Estaba convencida de que no tenía la suerte suficiente.

Sin embargo, aquí estaba yo, rodeada de algunos miembros importantes de mi familia, abrazada al macho que amaba con todo mi corazón, soñando con el día en que haríamos la familia un poquito más grande y viviendo mi propio final de cuento de hadas.

Todo lo que siempre había deseado había llegado a mí de alguna manera. Cerré los ojos con fuerza y me dejé rodear por el amor.



Receta del Turr de Rok

Ingredientes:

2 manzanas grandes, miel, 2 hojas de masa de hojaldre

Opcional: Huevo, Azúcar glas y canela.

Hace 9 turr

Instrucciones:

Precalentar el horno a 400° F. (204°C)

Cortar la manzana en rodajas finas

Cortar las láminas de masa en 10 porciones cada una.

En una bandeja para hornear cubierta con papel pergamino, coloque 1 cucharadita de miel en 9 puntos espaciados uniformemente (3 filas y 3 columnas)

Extienda ligeramente para formar la base de la masa.

Coloque 5 rodajas de manzana encima de cada cucharadita de miel.

(Opcional) Espolvorear canela y azúcar glas encima de las manzanas.

Añadir otra cucharadita de miel a cada uno.

Cubrir con una porción de la hoja de masa.

Repetir las capas de miel y manzana.

Cubrir con una porción de la hoja de masa.

(Opcional) Pincele con huevo batido.

Hornee durante 15-20 minutos o hasta que la corteza esté dorada.

Una nota de la autora

¡Hola, mis amores!

No puedo empezar a decirles cuánto aprecio su enorme apoyo con esta nueva serie. Solo diré... Rok es mi nuevo amorcito y no me canso de él. Dicho esto, estoy empezando con el libro de Rudgar y ya estoy enamorada de él. Soy así de voluble cuando se trata de orcos.

¡¿Pero puedes culparme?!

Mucho amor,

Saam

Acerca de la autora

Saam King es una autora de novelas románticas paranormales que escribe sobre machos alfa sensuales y rudos y sus parejas atrevidas y sexys. Ha sido una lectora voraz y una escritora de todo lo relacionado con el romance desde que era demasiado joven para leerlo.

Saam vive en Ontario, Canadá, con su amorosa y comprensiva familia, y estresa a todos con su alocada agenda de escritura. Escribe *"felices para siempre"*, con una cucharada colmada de especias.